



LEONARDO PATRIGNANI

MEMORIA

LA ESPERADA CONTINUACIÓN DE *MULTIVERSO*



Continúa la historia de Alex, Jenny y Marco en el Multiverso. Alex, Jenny y Marco han comprobado por sí mismos lo que significa estar perdido en las calles infinitas del Multiverso. Sin embargo, ahora no saben como salir de Memoria, una dimensión mental, tan cerrada como una jaula, en la que pueden ver únicamente aquello que recuerdan.

Mientras transcurren los siglos y se precipita el final de su propia época, comienza una nueva Era en el planeta Tierra. ¿Cómo conseguirán valerse de los recuerdos para escapar de Memoria y evitar una condena eterna? ¿Qué secretos diseminados por el pasado les permitirán despertarse de nuevo en el futuro?



Leonardo Patrignani

Memoria

Trilogía Multiverso - 2

ePub r1.0

Titivillus 07.07.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Memoria*
Leonardo Patrignani, 2013
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

*A Valeria
Para despertarse... hay tiempo*

No hay nada que espante más al hombre que tomar conciencia de la inmensidad de lo que es capaz de hacer y convertirse.

SØREN KIERKEGAARD

Cuando también el tiempo sea domado, también del tiempo se hará mercado.

ALBERTO MASSARI

Prólogo

ERA el cielo de siempre.

Eran los rostros de siempre.

Era el refugio subterráneo, el túnel cavado en el muro para ver otra vez la luz, el silencio antes de la última pista escondida al final del disco. Un *dónde*, en un mundo en que ya no existía ningún lugar. Un *cuándo*, en una realidad sin futuro. Era el comodín aparecido en el mazo en el momento crítico de la partida.

Pero por el momento no era más que una jaula. Una ilusión de la mente. Aunque realista, creíble y verdadera.

Auténtica como el soplo de viento que se elevaba del paseo marítimo de Barcelona en aquella tarde de invierno, arrastrando por doquier octavillas rojas y azules en una danza sin coreografía.

Sincera como el sentimiento que entrelazaba los destinos de Alex y Jenny y que los había llevado hasta allí. Fuera de la pesadilla. Dentro de una nueva prisión.

El asteroide había borrado la vida sobre la Tierra, eso lo recordaban perfectamente. En cualquier posible dimensión paralela, en cualquier rincón del Multiverso. Pero ellos lo sabían, quizá siempre lo habían sabido. *Nuestra mente es la clave*. En el instante en que el Apocalipsis había decretado el fin de la carrera, sus ojos se habían apagado. Como los de cualquier otro habitante del planeta.

Sin embargo, los ojos del cuerpo no son las únicas ventanas abiertas a la realidad.

¿El disco había terminado, o los segundos seguían corriendo en el silencio, a la espera de un nuevo inicio? Alex y Jenny ignoraban por completo dónde se encontraban. Estaban a salvo, pero al mismo tiempo estaban muertos. Por lo que sabían, vagaban en un lugar de recuerdos, prisioneros de un fragmento mental, de un eco de la catástrofe, mientras el mundo verdadero era un desierto de cenizas. Y entonces, ¿cuál era, en realidad, el mundo verdadero? Y ¿quiénes eran ellos? ¿Qué había sobrevivido y qué había terminado para siempre?

La silla de ruedas de Marco había aparecido solo pocos segundos antes desde el fondo de la calle. Él se había acercado y ante la mirada incrédula de Alex y Jenny había pronunciado una simple frase y abierto otra vez la partida.

—Ánimo, muchachos. Salgamos de esta jaula.

Luego se había puesto de pie. De pie sobre sus propias piernas.

Y había sonreído.

Bienvenidos a Memoria.

El lugar donde el único escenario posible es el recuerdo. El interminable silencio entre el fin del disco y el inicio de la pista escondida.

LAS octavillas revoloteaban en el cielo catalán como pompas de jabón. Ora alegres, ora más agitadas, saltaban sobre el paseo marítimo hasta aterrizar en la playa. Después de la puesta de sol, el aire se había vuelto punzante, mientras sobre el mar de Barcelona se recortaba una apoteosis de colores encendidos y sugestivos que iban de los rasgones de violeta a las pinceladas rojas, de los arañazos azules a los destellos amarillos.

Ni siquiera cinco minutos antes una absurda visión había impresionado a Alex y Jenny, cuando habían entrado en una calle desconocida para ambos, donde habían encontrado la nada. Estaba allí, a pocos pasos de ellos, un manto de niebla densísima en la cual apenas podían moverse, lentamente, engullidos por el silencio. Mejor mantenerse apartados.

El vidente malayo, la pesadilla recurrente de Alex, se había manifestado al fin y había descubierto las cartas: aquello era Memoria. El destino que debían alcanzar desde el momento de su primer encuentro. El destino ya escrito. Desde luego, habían creído que era el lugar de la salvación, la Tierra Prometida donde refugiarse para evitar las consecuencias del impacto del asteroide contra el planeta Tierra. No había sido así. Memoria no era un paraíso afortunado que el Apocalipsis había dejado intacto. Memoria era el *después*.

Después de la destrucción. Después del fin del mundo. O mejor, de todos los mundos.

Alex y Jenny miraron largamente a Marco, hasta que el muchacho los alcanzó. El cabello negro, que nunca había conocido un peine, la camisa tejana desabotonada sobre una camiseta blanca con el cuello en pico metida en unos pantalones con los bolsillos anchos.

—Amigo... —dijo Alex, con los ojos desorbitados y brillantes. Habría deseado abrazarlo, demostrar la alegría que lo embargaba por haber encontrado a aquel hermano mayor, socio y cómplice fiel. La única persona que siempre había creído en él, cuando Jenny todavía no era más que una sombra sin rostro en una neblina densa e impenetrable. Habría querido estrecharlo, pero se sentía como paralizado por la emoción—. Esto no tiene sentido... caminas. Cómo...

Las palabras se le quebraron en la garganta. El amigo se limitó a extender los brazos, sacudir la cabeza y, con una sonrisa, ofrecerle su abrazo.

—He venido a echarte una mano —susurró Marco mientras lo estrechaba—. De otro modo, vete a saber la que montas...

Jenny permaneció aparte. Sobre el paseo marítimo seguían alternándose los personajes recuperados de su memoria y la de Alex, y se sentía casi hipnotizada por aquellas presencias completamente fuera de contexto. Incluso estaba el entrenador del equipo de natación, que, con los codos apoyados en el murete, permanecía con la mirada perdida en el horizonte.

Solo veis lo que recordáis.

Las palabras del vidente resonaban en la mente de la muchacha, aún trastornada, con los brazos cruzados para combatir los estremecimientos de frío. Mientras Alex y Marco se abrazaban y se daban un par de palmadas en los hombros, una pregunta sin respuesta flotaba en su mente: «Si el muchacho en la silla de ruedas no es más que un recuerdo, igual que los otros, ¿cómo es consciente de que se encuentra encerrado en Memoria? Y, además, ¿por qué ahora está en condiciones de caminar?».

Alex se volvió hacia ella.

—Este es Marco. Te he hablado mucho de él. No tengo ni idea de cómo es posible, pero... según parece, estamos todos en el mismo barco.

Jenny intentó esbozar una sonrisa, pero sus labios se estiraron en una mueca que revelaba incertidumbre e incomodidad. Alargó una mano hacia Marco mientras seguía pensando que todo era absurdo. No estaba muerta, a pesar de que la raza humana se había extinguido. Pero, por supuesto, no podía decir que estaba viva. Todo lo que veía en torno a sí era una proyección

de su pasado.

¿Estaban atrapados en una especie de sueño? Y su cuerpo, ¿dónde estaba en aquel momento?
O mejor, ¿qué era?

Apretó la mano de Marco mientras confiaba en que al menos él tuviera una idea de cómo volver atrás, si es que había manera.

—Así que tú eres Jenny —dijo él, asintiendo con la cabeza mientras la escrutaba. Había oído hablar tanto de aquella muchacha que ahora su belleza podía parecer previsible. En cambio, lo sorprendió. El físico atlético, esbelto, las piernas largas ceñidas por unos vaqueros ajustados, el castaño pelo ondulado que le caía sobre los hombros de nadadora e iba a posarse suavemente sobre la chaqueta de piel. Y aquellos ojos avellanados, intensos y penetrantes, que habían encantado a su amigo durante años, en los sueños y las visiones en que habían sido el único detalle de su figura que podía vislumbrar. Aquellos ojos que Alex había perseguido y encontrado, perdido y buscado. Y que lo habían acompañado en el salto al vacío, antes de que todo se volviera negro.

—Y tú eres el que lo sabe todo acerca del Multiverso —respondió ella, sin poder evitar un tono que quizá resultara hostil.

—Dime que sabes dónde nos encontramos. —Alex reclamó la atención de su amigo, después de haberse aclarado la voz.

Marco vaciló aún algunos instantes mientras observaba a Jenny; luego se volvió.

—Sé qué es todo esto, sí. Sé cómo he llegado. Pero no tengo idea de cómo salir de aquí, suponiendo que *fuera* haya aún algo de aquello que hemos conocido desde el día en que nacimos.

Jenny sacudió la cabeza, puso los brazos en jarras y se volvió hacia la playa.

—El genio de los ordenadores...

Alex bajó la mirada y Marco evitó replicar a la frase de la muchacha. Advertía una cierta desconfianza, un mal disimulado fastidio. Memoria era un túnel de interrogantes en el cual también él se sentía desorientado. No servían de nada todos los años de estudio, ni su innata y sorprendente capacidad de análisis. Faltaban piezas del puzle, indispensables para comprender la naturaleza de aquel lugar. Y su diversidad.

—Antes del impacto del asteroide, estabas en una silla de ruedas medio destruida, confinado en casa —prosiguió Alex, con los ojos clavados en los de su amigo—. Te había dejado allí. Cuando me desperté después del salto al vacío, mi vida continuó desde aquella maldita partida de baloncesto, como si todo lo que habíamos vivido entre tanto hubiera sido solo un sueño. Fui a verte, pero tú no sabías de qué te estaba hablando. Mi viaje a Australia, los desplazamientos en las realidades paralelas, Thomas Becker, el fin del mundo... Pero Jenny, en cambio, existía, era real, ya no era solo una visión que encontraba durante el sueño, como antes. Y había vivido las mismas cosas. Marco, explícame qué está sucediendo, te lo ruego.

Marco se pasó una mano por el pelo negro y desgreñado, luego se quitó las gafas y las puso en el bolsillo de la camisa. Sin los lentes, su rostro de rasgos marcados no parecía el de un muchacho de veintiún años que pasaba dos tercios del día frente a un monitor. Y además, ahora que estaba de pie sobre sus piernas, Alex lo veía bajo una luz distinta.

El tono de la voz de Marco se volvió serio; el timbre, profundo.

—Hay una dimensión paralela en que las cosas, en mi opinión, han ido de otro modo. Nunca me había ocurrido, pensaba que solo tú eras capaz de vivirlo. En cambio, cuando el asteroide estaba a punto de estrellarse contra la atmósfera, tuve una experiencia de *viaje*. Exactamente como os ha ocurrido a vosotros, creo.

Jenny se acercó a Alex y lo cogió de la mano.

—Estaba delante de la ventana —continuó Marco— y tenía entre las manos una vieja foto de mis padres durante un *pícnic*. Estaba asistiendo al fin del mundo cuando, no sé de qué manera

describirlo, fui como... *chupado* a otro sitio.

—Una especie de remolino, conocemos la sensación... —lo interrumpió Alex.

—Exacto. Cuando volví a abrir los ojos, estaba de nuevo en mí. Pero *en otra parte*. Estaba de pie, en la terraza de una casa de campo. Junto a mis padres. Vivos, ¿entiendes? Allí no murieron en el accidente de montaña. ¡Allí no hubo ningún accidente!

—Marco... esto es fantástico, pero...

—Déjame terminar. También en la dimensión en la que me encontré, como en la de origen, el asteroide estaba a punto de chocar contra la tierra.

—Entonces ocurrió en todas partes —observó Jenny.

—Sí. Pero allí... era distinto. Yo estaba sereno. Veía el terror en los rostros de la gente, mientras que yo esperaba la llegada del fin sin miedo.

—¿Por qué? —preguntó Alex, frunciendo el ceño.

Marco lo miró con ojos de fuego. Radiantes, resueltos.

—Estaba de pie frente al espectáculo del fin del mundo, con mis padres al lado y un cuaderno en la mano. No me preguntéis por qué, pero mi reacción instintiva, en vez de correr a abrazar a mi padre y a mi madre, o de llorar de alegría porque las piernas me sostenían, fue abrir el cuaderno. Solo sé que lo hice y que después ya no pude apartarme de él hasta el impacto. Aquel era mi diario, el diario de mi yo de aquel universo alternativo, en que no era solo un *hacker* o un apasionado por la informática. Era uno como vosotros. Tenía el don de viajar y exploraba las dimensiones paralelas desde los cuatro años. En el diario estaban anotados los detalles de cada experiencia. Naturalmente solo pude leer pocos pasajes... Cómo me habría gustado tener más tiempo. De todos modos, he disipado algunas dudas, pero aún hay muchos puntos oscuros en todo este asunto. Pero algo me ha quedado claro de inmediato, al hojear aquellas páginas. Por eso estaba sereno.

—¿Qué? —preguntó Jenny, mientras apretaba con más fuerza la mano de Alex.

—He comprendido que la muerte no existe.

—**E**STE es un lugar de memoria compartida. —Marco se volvió y dio la espalda a los otros dos. El tránsito de rostros conocidos y de simples transeúntes se volvió menos intenso. Muchos estaban remontando la zona del puerto, cerca de la parada del metro de Barceloneta. El viento se había hecho más débil, la mayor parte de las octavillas ahora yacía en tierra. En el cielo se habían condensado algunas nubes, mientras las olas se rompían con menos ímpetu en los escollos que circundaban el muelle y cubrían las rocas de espuma blanquecina.

Marco cruzó la calle y se acercó a la confluencia más allá de la cual Alex y Jenny habían visto la nada. Jenny observó a Alex con una expresión entre perpleja y desconfiada, luego se dejó arrastrar por el muchacho. El corazón comenzó a latirles con fuerza a ambos mientras el amigo se volvía otra vez hacia ellos.

—Hasta un mes después del despertar, no me di cuenta de inmediato de lo que me rodeaba. Los primeros días llevé la vida de siempre. En la silla de ruedas, con mis costumbres, mi rutina cotidiana. Estaba solo, en mi casa. Aquella en la que pasamos tanto tiempo juntos, Alex. En el archivador junto al Macintosh estaban siempre los recortes de periódico que hablaban de aquel maldito accidente de montaña. Creía que lo había soñado todo. El asteroide, la dimensión paralela en que los míos estaban vivos... todo.

—También para nosotros fue así —intervino Alex, buscando la aprobación de Jenny, que respondió con una mirada contrariada.

—Luego, un día, ocurrió algo extraño. Estaba trabajando en el ordenador y tenía una botella de agua sobre el escritorio. En un momento dado moví el teclado y sin querer la golpeé y cayó al suelo. Fue en aquel momento que tuve el impulso de levantarme y recogerla. De pie, sobre mis piernas. Un gesto absurdo... pero que lo cambió todo.

Alex siguió el discurso de su amigo con un nudo en la garganta, mientras sus ojos, cada tanto, presos de la curiosidad, trataban de ir más allá de aquel cruce que separaba la ciudad de la nada.

—Me di cuenta de que estaba *en otra parte*. Recordé algunas frases anotadas en el diario. Entonces bajé a la calle y en aquel momento comprendí qué era Memoria. Podía caminar por las avenidas de Milán que conocía, y todo estaba bien. Pero si daba la vuelta por una calle que nunca antes había recorrido... estaba el vacío.

—Nos ocurrió también a nosotros, Marco. Precisamente a la vuelta de aquella esquina.

—Fantástico.

«Será fantástico para ti», pensó Jenny, con la mirada fija en el paisaje circundante.

—También he venido a buscarte —continuó Marco, gesticulando de manera frenética— y tú eras el mismo Alex de siempre... ¡porque yo te recordaba así! Por el mismo motivo, cuando tú viniste a mi casa, no sabía nada de toda esa historia porque en realidad tú fuiste a buscar tu *recuerdo* de mí. En la práctica, hemos vivido durante unos treinta días en lo que yo llamo un *loop*. Una especie de arco temporal casual del pasado que nuestra memoria fue a repescar, para reproponérselo como única realidad posible en la cual movernos. Tal como hace con los edificios de las ciudades, con los objetos que nos son familiares.

—Es absurdo. Pero creo entender lo que dices. Durante este mes he tenido un montón de *déjà vu*. Parece más que lógico, de acuerdo con lo que dices.

—En mi opinión, en cambio, el cerebro se nos está haciendo papilla —intervino Jenny, con los ojos perdidos en el vacío, mientras soltaba la mano de Alex.

Marco ignoró la amarga ocurrencia y prosiguió.

—También yo tuve numerosos *déjà vu*. No sé qué ha sucedido hoy, ni por qué fui succionado aquí, a este paseo marítimo. Quizá, de algún modo, tú me hayas... llamado. Hasta hace una hora estaba recostado en mi cama tratando de recordar los apuntes de mi diario.

—Oídmeme, estoy harta —prorrumpió Jenny levantando la voz—. Parece como si estuviera en el manicomio. Si queréis continuar entre vosotros, hacedlo.

Alex se volvió, abrió desmesuradamente los ojos en una expresión de incredulidad y la aferró por un brazo.

—¿Pero qué demonios te pasa? Cálmate, por favor. Todos estamos muy agitados, no sabemos dónde nos encontramos y no es fácil para nadie.

Jenny respiró hondo, se soltó y cruzó los brazos, permaneciendo con la mirada dirigida a otra parte, como ignorando a los dos muchachos.

—¿Qué sabes de este sitio? —preguntó Alex, dirigiéndose nuevamente a Marco.

—Como te decía, es una especie de lugar de memoria compartida —respondió el amigo, señalando la calle más allá del cruce, aquella que para Jenny y Alex parecía haber sido borrada de la existencia—. Has dicho que detrás de esa esquina está la nada. Así es. Si ninguno de nosotros estuvo nunca en esa calle, ninguno de nosotros la ve. Pero podemos hacer algo, lo he descubierto en estos días, indagando por las calles de Milán.

—¿Qué? —preguntó Alex, mientras Jenny permanecía casi de espaldas.

—Observad.

Marco miró a su alrededor, cruzó de nuevo la calle y detuvo a un transeúnte en el paseo marítimo. Alex y Jenny lo contemplaron a distancia, mientras parecía pedir información en español al señor de mediana edad, que estaba remontando la costa en compañía de su perro labrador.

Por la gestualidad del hombre, parecía que Marco le había pedido la indicación sobre una calle o algo similar.

—Eso es —dijo con entusiasmo después de haber dejado marchar al señor, acercándose de nuevo a Alex y Jenny.

—¿Entonces? —preguntó ella, en tono seco.

—Entonces, ahora os daré una demostración empírica de mis teorías, que ya he verificado en Milán.

«Este habla como mi profesor de ciencias», pensó la muchacha con un gesto de intolerancia.

Marco se volvió de golpe y caminó hacia el cruce, girando a la izquierda y desapareciendo de su vista.

Alex se acercó a Jenny sin apartar los ojos de la calle.

Pocos segundos después el rostro radiante de Marco apareció por la esquina del edificio donde acababa de doblar.

—Exactamente como pensaba. ¿Estáis listos?

—¿Para qué? —preguntó Jenny.

Marco se acercó y le clavó los ojos, con la mirada radiante de quien acaba de adivinar la combinación secreta de la caja fuerte de un banco. La arrastró algunos instantes por los meandros más recónditos de su mente, dejándola aturdida. Fue como si una mano invisible saliera de la frente de Marco y atravesase la de Jenny para capturar cada uno de sus pensamientos y desarraigarlos, arrastrándolos consigo. La cogió y la soltó en pocos segundos, sin que ella pudiera ofrecer resistencia. Entonces hizo lo mismo con Alex.

—Vamos a expandir el mapa.

—**N**O me lo puedo creer... —La mirada de Alex estaba arrebatada por aquella que aparentemente podía parecer una visión banal y carente de significado, pero que en realidad cambiaba las cartas sobre la mesa y volvía a abrir cualquier posible escenario. Bastó superar el cruce, dirigir la mirada a la izquierda y todo estuvo más claro: una simple calle, algunos transeúntes, el letrero rojo de la entrada posterior del Casino que relampagueaba a lo lejos, unos taxis aparcados con la luz verde para indicar que estaban libres. Allí donde antes estaba la nada, donde la mirada no conseguía ir más allá de un muro de yeso impenetrable, ahora había una esquina de Barcelona. Viva.

—¿Cómo demonios es posible? —comentó Jenny, atónita. Sus ojos avellanados estaban abiertos de par en par frente a aquella visión.

—Memoria compartida. Os lo he dicho. —Marco rio.

La carcajada del muchacho sonó completamente fuera de lugar en los oídos de Jenny. Su tono pedante y el modo en que Alex estaba pendiente de sus labios la enfurecían. ¿Todo era un juego para él? ¿Los consideraba cobayas con las que poder demostrar sus absurdas teorías respecto de aquel lugar?

«No me gusta en absoluto», pensó Jenny. «Sin embargo, tiene la maldita razón», debió admitir.

—Hablando con ese señor, le he sonsacado algunos de sus recuerdos. Fue una operación dirigida, le he preguntado cómo podía llegar al Casino y evidentemente ha reconstruido en su mente el camino para llegar a él. Y me lo ha «pasado». Y yo he hecho lo mismo con vosotros. Memoria compartida.

—Es de locos... —replicó Alex, aún atontado.

—Es lo único que he entendido hasta ahora de esta realidad. Las personas pueden hacer las veces de portales.

—¿Portales? —repitió Jenny, mientras lanzaba una mirada de perplejidad a Alex.

Marco se aclaró la voz y continuó:

—Así es. Si estamos aquí hablando es gracias a nuestras facultades mentales, que, según parece, han sobrevivido a la muerte del cuerpo. Y vivimos en los recuerdos. No solo nuestros, por tanto, sino también de los otros. No sé cómo es posible, pero quisiera descubrirlo. Y la dimensión de los recuerdos es tan realista como ilimitada, si podemos interactuar con cualquiera que nos rodee y usarlo como paso. Es así como nos moveremos.

Jenny volvió la mirada hacia el paseo marítimo, no del todo convencida, y decididamente enfadada. Alex notó su reacción y levantó las cejas, sacudiendo la cabeza e intercambiando una mirada fugaz con Marco.

—¿Va todo bien? —le preguntó luego.

Ella se volvió lentamente y se puso a observar de nuevo aquel rincón de la ciudad que ahora estaba presente también en sus recuerdos.

—Estoy asombrada por tu demostración, Marco —dijo—, pero no entiendo de qué sirve todo esto. Y no me interesa demasiado. Me parece estar en una cárcel, ¡menuda salvación! No tengo la intención de jugar con la mente de las personas. ¿Para qué, además?

—Qué va, no...

—Todo lo que vemos no es real. ¿Me equivoco? ¿De qué me sirve robar de las mentes de los otros los mapas de todo el mundo, si nada de lo que veo existe de verdad? Aquella persona de allí —dijo Jenny extendiendo el brazo y apuntó el dedo hacia una señora sentada leyendo un periódico en un banco— no existe. Está ahí porque es el recuerdo de alguien, quizá ni siquiera nuestro, quizá del viejo con el perro. ¿Para qué lo quiero? Este mundo no tiene futuro. Nosotros no tenemos futuro.

Marco la miró en silencio durante un momento, mientras Alex agachaba la cabeza. Las palabras

de Jenny tenían un fondo de indiscutible verdad.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, entonces? —preguntó tímidamente.

—No lo sé —respondió ella, enojada—. Vosotros divertíos con vuestros experimentos, yo voy a dar una vuelta. Total, de aquí no podemos escapar. Y tenemos todo el tiempo que queramos. ¿Verdad?

—Pero Jenny, yo... —Alex alargó un brazo hacia la muchacha, que se apartó.

—Necesito estar un momento sola —susurró ella, sin que Marco la oyera. Sus ojos permanecieron un largo instante fijos en los de Alex, como si lo acusara de algo.

Los dos amigos se quedaron en silencio mirando a la muchacha que les daba la espalda y se encaminaba hacia el paseo marítimo. Alex reflexionó algunos instantes sobre la reacción de Jenny. ¿Por qué la había tomado con él? ¿Y con Marco? Estaban todos en el mismo barco y solo trataban de entender algo. Alex volvió a observar el nuevo mapa generado por los recuerdos del viejo con el perro, y, de golpe, a lo lejos vislumbró a sus padres, de la mano, en la acera opuesta.

—La terapia farmacológica no ha funcionado... de modo que tu psiquiatra nos ha mandado a un neurólogo, colega suyo, el doctor Siniscalco. Él te ha tratado de manera decididamente más eficaz... y ha resuelto tu problema.

—¿Cómo?

—Con una terapia electroconvulsiva.

—¿O sea?

—Un electrochoque.

—Alex, ¿qué te pasa? —Marco lo aferró por un brazo. El amigo sacudió rápidamente la cabeza, se frotó los ojos y lo miró.

—Nada, nada... —respondió, apartando con la mano el mechón rubio que le caía sobre la frente—. Me ha vuelto a la memoria el momento en que descubrí que mis padres, cuando tenía seis años, me habían hecho quemar el cerebro.

—La historia del electrochoque...

—Exacto. Escucha... este es un lugar de recuerdos, ¿correcto?

Marco miró a su alrededor. Estaba cayendo la tarde y las luces artificiales empezaban a brillar en las calles de Barcelona, mientras el aire se hacía más frío y desde el mar llegaba un soplo de viento punzante. Por las calles, solo había algún esporádico transeúnte. Y algunas personas que no tenían que estar allí. Pero estaban.

—Lo es.

—Bien. ¿Ves tú también a mis padres, allá abajo?

Marco se volvió y observó con atención más allá del letrero del Casino, cerca de la entrada de un aparcamiento con algunos coches de lujo en fila.

—Sí.

—Perfecto. Ahora quédate mirando. Voy a exigir algunas respuestas.

Alex metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se puso en marcha.

Mientras se alejaba de su amigo, a lo largo de la acera, las sensaciones más disparatadas se adueñaron de su ánimo. Se sentía vivo, lleno de energía. Advertía claramente la conciencia de la propia presencia física en aquel lugar. ¿Cómo podía ser todo una especie de sueño? ¿Cómo podían estar allí, él, Jenny y Marco solo con la mente? Sus pies pisaban el asfalto, las ráfagas de viento fresco silbaban junto a los oídos, cada sensación corporal era más que real.

Avanzó hacia el Casino, notando algunos detalles en torno a sí. Un cartón de leche abandonado en la acera, junto al escaparate de una tienda de ropa. Un contenedor de basura. Algunos taxis parados cerca de la entrada del aparcamiento subterráneo, donde un muchacho en uniforme negro con ribetes dorados acababa de acomodar un BMW cupé junto a un Maserati.

«Si estamos aquí gracias a lo que compartimos con aquel transeúnte, estos deben de ser sus recuerdos», pensó Alex. Conseguía ver a sus padres al final de la calle, de la mano. «Nuestras

memorias están mezcladas. La excursión de Jenny. La silla de ruedas de Marco. Las personas de mi vida en los escenarios de la del viejo. Si esto es verdad, quizá...».

Alex se bloqueó al instante y respiró hondo. Se le cruzaban los cables, como si no consiguiera seguir el rastro de aquel torbellino de interrogantes. Demasiadas preguntas, demasiadas dudas. Era mejor dar un paso atrás. Alex intentó distraerse observando los coches aparcados a lo largo de la acera, y vio algunas de aquellas octavillas rojas y azules que habían invadido el paseo marítimo, arrastradas hasta allí por el viento. Se inclinó y cogió una. Al levantarse, sintió el crujido de su rodilla derecha, exhausta por años de saltos a canasta y con los ligamentos en peligro desde hacía rato. Estaba habituado a oír aquel ruido, a menudo seguido por una punzada de intensidad moderada. Pero no aquel día.

Los ojos de Alex se fijaron en la inscripción que había en el centro de la octavilla: MÉS QUE UN CLUB. Al fondo había una foto que representaba el abrazo de algunos jugadores con la camiseta azulgrana después de un gol. Se trataba del famoso equipo de fútbol local, que debía haber jugado un partido hacía pocos días. La octavilla invitaba a acudir a la afición al Camp Nou, el estadio del Barcelona. Estaba escrito en catalán, pero parecía bastante comprensible. La fecha del encuentro era el 27 de marzo de 2014.

Alex frunció el ceño.

—Ha pasado mucho tiempo... —reflexionó en voz alta, luego se metió la octavilla en el bolsillo y siguió caminando. Más tarde pediría la opinión de Marco.

Era tiempo de indagar en su pasado.

LOS párpados apretados, como cancelas atrancadas y olvidadas por el tiempo.

El cuerpo inmóvil y suspendido, forma de no-vida obligada a una larga y silenciosa desmemoria. En torno a los ojos cerrados, el sombrío abismo. Se aplacó la ira, volvió la quietud. Y durará un instante eterno, ignoto y sin memoria.

Del apocalíptico estruendo solo se oyeron ecos sordos. Pero ella está en otra parte. Su existencia, ahora, es una réplica vibrante, una suntuosa puesta en escena en el teatro del alma, donde cada mirada puede conducir al sendero ajeno.

¿Qué hay del disco? ¿Ha acabado de verdad? Los segundos corren.

Sin embargo, podría jurarlo, se oye un ruido de fondo...

Una ráfaga imprevista de viento embistió el rostro de Jenny, mientras recorría el paseo marítimo en sentido opuesto al Casino. Las luces de las farolas dibujaban una estela que corría paralela a la costa y arrastraba la mirada hasta aquel singular edificio en forma de aleta de escualo que se recortaba a lo lejos, imponente y majestuoso en su originalidad arquitectónica.

Los ojos de Jenny volvieron al paseo marítimo. Debía de ser la hora de la cena, pero había varias personas por la calle. Reflexionó algunos instantes, en la tentativa de no pensar en Alex y Marco. Parecía que aquel lugar estuviera expresamente recreado por la mente para resultar sensato. A aquella hora la gente volvía a casa, igual como, en el último mes, cada persona a su alrededor se había comportado exactamente como se esperaba. Como si el pensamiento tuviera el poder de recrear un refugio mental acogedor, armonioso. De aquí el engaño, la trampa en la cual se habían encontrado Alex y ella en los últimos treinta días, viviendo en una realidad ficticia construida con la base de los fragmentos más vívidos de su memoria. Recordaba perfectamente los días pasados en la escuela, empeñada con un *déjà vu* tras otro: el profesor que leía la antología de literatura inglesa que ella recordaba muy bien, sus compañeros que hacían bromas ya oídas, su amiga Dani que tropezaba en el pasillo, en las inmediaciones de los baños de las chicas. Escenas ya vistas.

Hacía poco que había descubierto que se encontraba en el mes anterior al Apocalipsis. Y ahora caminaba por un paseo marítimo recreado por su memoria, en busca de una identidad, de un objetivo, de un significado. Vio a lo lejos a un grupo de muchachos y los reconoció por las mochilas. Eran sus compañeros de clase, y también aquel era un momento que recordaba bien: durante la excursión se habían reunido en corro para decidir qué hacer y habían resuelto remontar la Rambla para llegar al Hard Rock Café, en la Plaza de Cataluña. Sus voces, sus miradas... Era todo tan real.

«Es un maldito laberinto sin salida», pensó Jenny mientras se levantaba el cuello de la chaqueta, fastidiada por el aire insidioso de la tarde catalana. Sus compañeros desaparecieron detrás de un quiosco y se alejaron del paseo marítimo. Ella miró a su alrededor y luego empezó a caminar más rápidamente, directa al puerto.

—Por Dios, es espléndido... —murmuró cuando la muda hilera de embarcaciones ancladas en el puerto de Barcelona apareció ante sus ojos. Aquella visión le producía estremecimientos, exactamente como la primera vez que la había encontrado ante ella, durante la excursión. Otro *déjà vu*. Otro fragmento de su vida antes del estallido.

Jenny apartó la mirada, cruzó la calle con un salto y se dirigió a un letrero con una «M» que indicaba la parada del metro de Barceloneta, en el otro lado de la plaza. Bajó las escaleras deprisa y recorrió un tramo del pasaje subterráneo que llevaba a los tornos. Hurgando en sus bolsillos encontró una tarjeta. «Claro», pensó con una sonrisa amarga dibujada en el rostro mientras introducía el tique. «Es la *T-diez*, la de diez viajes... La compré con mi amiga Lisa el primer día de la excursión».

Mientras vagaba por el andén, observó a las personas que esperaban el convoy y pensó por un

instante que poseía un poder extraordinario, en aquella dimensión del pensamiento. Todo lo que la rodeaba era fruto de sus más recónditos cajones de recuerdos. Por tanto, ¿podía dar un paso hacia las vías, cuando entrara el tren? ¿Podía abofetear al primero que se le pusiera a tiro? ¿O la realidad circundante se comportaría de manera *armoniosa* y coherente con los valores y las reglas no escritas que su mente recordaba bien, poniéndola en apuros? ¿A cuánto podía atreverse, en un escenario exclusivamente mental? Sentía que le subía por dentro el deseo de arriesgarse, de romper el delicado y ficticio equilibrio que la rodeaba, pero se contuvo. Expulsó esos pensamientos y el rostro de Alex se superpuso a ellos. Quizá se había comportado mal, lo había decepcionado, pero no conseguía soportar la presencia de Marco en aquel contexto.

¿Estaba condenada a vivir el resto de su vida en una jaula mnemónica?

Si no podían cambiar las cosas, que al menos le fuera concedido pasar el tiempo con el muchacho de sus sueños, aquel por el que había cruzado los continentes y puesto en discusión su salud mental. El muchacho que había tenido de la mano mientras saltaba al vacío, durante el estallido del asteroide, para ir conscientemente al encuentro del fin antes de que el fin viniera a su encuentro. Si debía permanecer en un no-tiempo eterno que había sustituido la vida real para concederles el lujo de sobrevivir al fin del mundo, Jenny esperaba al menos encontrarse en aquella prisión de la mente junto al muchacho que amaba desde siempre.

«Pero si hay un modo de salir de aquí», debió admitir, mientras el tren de la línea amarilla aparecía por el túnel, «quizás el único en condiciones de encontrarlo es Marco».

Mientras Jenny subía al vagón de la línea amarilla para acercarse a Plaza de Cataluña, Alex llegó a pocos pasos de sus padres y se detuvo a observarlos. Giorgio y Valeria Loria se tenían de la mano, frente al escaparate de una tienda de Desigual. Las prendas expuestas ofrecían tonalidades de color que iban del amarillo al rojo, del violeta al verde oscuro, a menudo mezcladas entre sí con gusto típicamente español.

Se mantuvo aparte escrutando los rostros de sus padres. No conseguía oír qué estaban diciendo, pero los veía serenos. Quizás estaba frente al mejor recuerdo de los suyos, un recorte de felicidad que en los últimos años se había alejado y perdido como una de esas octavillas llevadas por el viento.

No necesitó llamar su atención. Fue Valeria quien se volvió hacia él de repente, como si lo hubiera vislumbrado por el rabillo del ojo.

Los ojos de su madre traslucían incomodidad.

—Alex... ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que vosotros, supongo.

—¿Pero tú...? —se entrometió Giorgio—. ¿No deberías estar estudiando?

Alex lo miró sin responder. Era una conversación absurda, insensata. Su padre hablaba como si se encontraran en la cocina de su casa de Milán. En cambio, estaban prisioneros en una especie de paradoja espacial, en un lugar de memoria compartida, como había dicho Marco. Se hallaban en un rincón de la ciudad que formaba parte de los recuerdos del viejo catalán interrogado por su amigo. Sin embargo, Valeria y Giorgio seguían ligados a su realidad de origen. «Quizá», pensó Alex, «si le pregunto a mi madre qué hay en la nevera, ella se volverá hacia el escaparate de Desigual para abrirla».

Alex permaneció en silencio algunos segundos, reflexionando sobre su próximo movimiento. Sus padres se volvieron nuevamente hacia la tienda, comportándose como habrían hecho dos personajes de un videojuego: listos para interactuar solo si eran interpelados.

—¿Tú me harías daño, mamá? —preguntó Alex, de pronto, poniéndole una mano sobre el hombro.

Valeria se volvió, frunciendo el ceño, con la mirada sorprendida.

—Cariño... ¿Qué cosas se te ocurren?

—¿Tú me quieres, verdad? ¿Nunca permitirías que me pusieran las manos encima y que me hicieran algo contra mi voluntad?

Giorgio dio un paso hacia delante, pero la mirada de Alex permaneció fija en Valeria. La mujer, confusa, no sabía qué responder. Sacudió ligeramente la cabeza, mientras el muchacho le clavaba los ojos y buscaba un paso para penetrar en el muro de los recuerdos. Sabía que podía hacerlo. Ya había vivido en primera persona el incidente de Marco, indagar en el pasado de sus padres cuando había vuelto a su infancia para descubrir que Jenny siempre había formado parte de su vida.

Lo que nunca habría imaginado era que pudiera descender tan profundamente. Con una simple pregunta, excavando en los secretos sepultados en la memoria de su madre, había abierto una puerta sobre una realidad lejanísima.

No entendió cómo, pero entró. En el transcurso de pocos instantes.

Fue como atravesar un túnel a toda velocidad, superando millones de rostros, sonidos, paisajes y voces.

Cuando Alex volvió a abrir los ojos, frente a él había un periódico.

Era el *Corriere della Sera* del 16 de junio de 1996. La mesa sobre la que estaba apoyado era la de la cocina de su casa, en Via Lombardia, en Milán. En la primera página, se hacía referencia a las primeras elecciones libres en la Federación rusa, para elegir al presidente de la República.

«Mil novecientos noventa y seis...», recalcó mentalmente mientras miraba a su alrededor.

Dos años antes de su nacimiento.

MARCO se encaminó hacia el muelle, decidido a no interferir en el encuentro entre Alex y sus padres.

Se devanaba los sesos sobre las pullas de Jenny. Era evidente que no le caía simpático. Quizá porque, en el fondo, él era el tercero en discordia. Por el bien de Alex, si hubiera podido, se habría apartado. Habría desaparecido, no se habría entrometido. Pero había que salir de aquel sitio.

«Debe de haber un modo...», pensó mientras paseaba por la lengua de tierra, entre dos filas de escollos, que iba a morir en el mar. Un escenario relajante, plácido.

Precisamente en un muelle similar a aquel había comenzado todo, lo recordaba bien. En la Altona Beach Pier de Melbourne, donde Alex y Jenny se habían citado y no se habían encontrado, por lo que descubrieron que vivían en dos realidades paralelas.

Marco se detuvo, con un pie apoyado en un escollo, y levantó la mirada para admirar las primeras constelaciones nocturnas. El aire fresco lo obligó a cerrarse la chaqueta hasta el cuello. Ya había localizado el Cinturón de Orión, un verdadero punto de referencia en la infancia de Alex y Jenny. Luego vislumbró la inconfundible forma de Júpiter, una pequeña esfera mucho más compacta que los puntitos luminosos que la rodeaban. A simple vista no conseguía ver los cuatro satélites, pero recordaba perfectamente las noches pasadas frente a la ventana de la sala, con la silla de ruedas colocada junto al telescopio, la cabeza de lado, las gafas puestas de cualquier manera en el pelo desgreñado y el ojo derecho pegado al objetivo. Su «medio», como lo llamaba él, capaz de efectuar ampliaciones notables, de vislumbrar no solo los satélites de aquel planeta sino también extraordinarios frescos del cosmos como la nebulosa de Andrómeda o las Pléyades. Era su tercer ojo, la ventana al universo que lo arrastraba por las galaxias en las raras noches milanesas en que el cielo lo permitía.

Recordaba cada detalle. Bastaba cerrar los ojos y era como tener enfrente las ópticas, el contrapeso y el trípode. La ventana de la sala. La mesa de trabajo, con los tres fieles ordenadores alineados uno junto al otro. El sillón con los brazos gastados en el que se sentaba siempre Alex. La fila de neones azules que iluminaba la pared a sus espaldas. Cuando Marco volvió a abrir los ojos, Memoria había adquirido la apariencia de su casa.

El tren en que viajaba Jenny llegó a la parada de Plaza de Cataluña y la mayor parte de la gente que estaba junto a ella salió. Escuchar a escondidas algunas conversaciones en catalán le dio la misma sensación experimentada durante la excursión, cuando con una amiga se había sentado, en el convoy del metro, junto a dos señores que sin duda estaban discutiendo de fútbol.

Jenny siguió el río de personas y salió finalmente al aire libre. Su mirada se extendió por la plaza, que recordaba muy bien: el imponente edificio de El Corte Inglés se erguía sobre el lado opuesto, mientras frente a ella algunos niños se perseguían por el jardín en el centro de la plaza. Se había sentado en uno de aquellos bancos, con sus compañeros de clase. No podía olvidarlo. Había sido allí donde Sean lo había intentado por primera vez, sin éxito. Su físico esculpido por el *surf* no bastaba, la tez dorada, los ojos claros y el timbre cálido de su voz no eran suficientes. Porque él no era Alex, aunque Alex en aquellos tiempos existía solo en su cabeza.

Jenny se volvió y encontró con la mirada el letrero del Hard Rock Café. Dejó pasar un bus turístico e intercambió una fugaz sonrisa con una señora rubia de rasgos de Europa del norte sentada en el piso superior, descubierto y lleno de gente, concentrada en sacar fotografías. Entonces cruzó la calle.

Caminar por Memoria era como vivir en un continuo *déjà vu*, ahora ya se había acostumbrado. Cuanto más miraba a su alrededor, más aparecían fragmentos de su pasado. Desordenados y confusos. Reflexionó en ello mientras andaba hacia la entrada del local: a aquella señora no la

había visto durante la excursión, no era una turista. Era una suplente de matemáticas, que algunos meses antes había sustituido durante una hora a su profesora, en el Scoresby Secondary College. Y no era australiana. Era alemana.

Jenny entró en el Hard Rock Café, decidida a expulsar aquel enésimo recuerdo. Una muchacha con el pelo rapado la acogió de inmediato con una amplia sonrisa y la voz chillona:

—¡Hola! ¿Estás sola?

Ella sonrió, incómoda, y asintió, huyendo con la mirada hacia una vitrina que ocupaba la pared cercana a la entrada. Enmarcaba un traje negro y largo, con una fila de tachuelas en las mangas y un cinturón de piel apretado a la altura de la cintura. La placa de abajo decía:

CRISTINA SCABBIA - LACUNA COIL

DARK ADRENALINE TOUR

—Sígueme, por favor... —le dijo la chica.

Jenny se hizo acompañar a una mesa. Mientras caminaba detrás de la camarera, un Mustang dorado llamó su atención, ofreciéndose en todo su esplendor. Estaba colgado sobre la barra circular del bar y giraba sobre sí mismo. Un verdadero himno a la llamativa y vistosa fachada que Estados Unidos ofrecía en las cadenas de restaurantes en que triunfaban reliquias musicales y cinematográficas.

La camarera señaló a Jenny una mesa libre, luego se alejó. La chica no tuvo tiempo de sentarse cuando la voz de Lily Dover chilló a sus espaldas.

—Eh, asocial, ¿quieres unirse a nosotros o no?

Tenía que habérselo imaginado. Había estado en aquel local con sus compañeros de clase, en la única tarde en que los profesores los habían dejado libres. Cuando se volvió, lo primero que vio fue el carmín exagerado en los labios de Lily. La consideraba una boba y siempre la había ninguneado. Lo detestaba todo de ella: la manía de ser siempre el centro de la atención, el tono de la voz, aquella continua gesticulación, la ropa excesivamente provocativa. Era obvio que atrajera a los chicos como la miel... Al menos la mitad de los varones de su clase habían tenido algo que ver con Lily Dover. Jenny la usaba como una especie de papel tornasol: si un chico hacía caso a aquella fresca acababa automáticamente en su lista negra, lo cual incluía a la mayor parte de sus compañeros.

«Solo faltaba esta», pensó mientras se unía de mala gana al grupo de amigos. Por un momento deseó volver donde Alex, a la carrera, aunque esto significaba compartirlo con Marco. Mientras estuvieran atrapados en Memoria, había pocas alternativas.

Lo que Jenny no sabía, mientras se sentaba entre Lily y Sean en la mesa del Hard Rock Café, era que Alex ya no se encontraba en el paseo marítimo, donde lo había dejado. Estaba sentado a la mesa de la cocina, como un inesperado huésped de un recuerdo de su madre sepultado quién sabe dónde, mientras Valeria y Giorgio subían las escaleras de casa y se intercambiaban efusiones dignas de dos enamorados en su primera cita.

Alex estaba allí, en la cocina.

Pero aún no había nacido.

Sus ojos estaban arrebatados por la primera página del *Corriere della Sera* y clavados en aquella fecha: 1996. El ruido de las llaves en la cerradura lo sobresaltó. Se volvió de golpe, y, mientras la llave daba cuatro vueltas, consiguió escabullirse por el pasillo, en dirección a su habitación.

Se refugió allí y cerró la puerta, mientras sus padres entraban en casa y dejaban las maletas en el suelo. Cuando se apoyó con la espalda en la puerta de madera, tratando de no hacer ruido, un rápido vistazo bastó para constatar un detalle tan sorprendente como obvio: aquella no era *aún* su habitación. Delante de él había una mesa llena de papeles, una calculadora Sharp de enormes dimensiones, con las teclas grandes como la pantalla de su móvil, una foto enmarcada que retrataba a Valeria bajo la Torre Eiffel y algunos archivadores azules apilados.

En las paredes, ningún póster de campeones de baloncesto, ningún porta-CD. Solo un par de

cuadritos que nunca había visto, que representaban a mujeres mofletudas con las mejillas rojas y la mirada lánguida. Abajo, a la derecha, un mueble de madera oscura con la puerta de vidrio alojaba un estéreo de la Marantz. Tenía el plato para los vinilos levantado y la colección de discos de su padre estaba en la superficie debajo del sintonizador. Recordaba esa colección. En la realidad de la que él venía, estaba confinada en el sótano desde hacía años. En la casa ahora tampoco había un tocadiscos para reproducir el rico catálogo de música de *jazz* y blues americana.

Alex permaneció en silencio, las voces acolchadas de Giorgio y Valeria llegaban indistinguibles desde la entrada. Cuando el ruido de los tacones de su madre se hizo poco a poco más cercano, su corazón empezó a latir con violencia en el pecho. Pero Valeria pasó de largo y se dirigió con toda probabilidad al dormitorio. Alex soltó un suspiro, pero también un par de segundos más tarde la voz de Giorgio atronó en el pasillo:

—¡Pongo las maletas en el despacho!

«¡Oh, joder!», pensó Alex mientras miraba a su alrededor presa de la agitación. ¿Cómo podría explicar su presencia en aquel lugar? A los ojos de sus padres sería simplemente un ladrón, un joven malhechor que se había colado en la casa. ¿Cómo podían imaginar que era su único hijo, caído en una realidad temporalmente desviada?

No había dónde esconderse, la única solución era abrir la ventana y tirarse al vacío. Alex cerró los ojos y se rindió a lo inevitable.

Pero cuando la puerta se abrió detrás de él, sucedió algo imprevisto: su padre entró en el despacho y siguió farfullando palabras incomprensibles mientras acomodaba las maletas junto al Marantz, abría la ventana y levantaba las persianas.

Después de lo cual Giorgio dejó el despacho y dijo algo a Valeria. Alex permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el vacío. En su mente, un nuevo conocimiento hizo una brecha como un claro de luz entre las nubes.

«No me ven. Aún no he nacido; por tanto, no existo».

CUANDO Marco enfocó el telescopio delante de él, sus labios dibujaron una risa burlona.

—Hogar, dulce hogar... —dijo, mientras miraba a su alrededor.

Los estantes invadidos por los tratados científicos le transmitieron una acogedora sensación de calor, pero su sonrisa se transformó en una mueca de disgusto cuando se dio cuenta de que estaba sentado en la silla de ruedas eléctrica. Había vuelto a la realidad originaria y las sensaciones corporales eran completamente fieles. Trató de ponerse de pie, pero ningún músculo de las piernas respondía.

¿El recuerdo era tan extraordinariamente preciso que lo clavó en aquella silla a pesar de que era consciente de que se encontraba en una realidad puramente mental?

«Parece uno de esos sueños en que intentas gritar y no lo consigues», pensó mientras apoyaba una mano en la rueda derecha y la acariciaba, antes de empujarla hacia delante para moverse en la dirección opuesta. Dio marcha atrás, luego guio la silla hacia la cocina, pasando por el estrecho pasillo. Habría podido accionar los mandos eléctricos, pero prefería usar los brazos. Tener el control de esos músculos lo consolaba.

Cuando entró en la cocina, se percató del fuego debajo de la cafetera. El aroma ya estaba invadiendo la estancia, mientras su mirada pasaba rápidamente del calendario colgado en la nevera al reloj de pared. Necesitó una fracción de segundo para entender qué día era. Y qué momento en particular.

La confirmación llegó pocos instantes después, cuando desde lejos oyó la banda sonora de *Rocky IV*. Era el tema con el que Marco había sustituido el fastidioso chillido del interfono del inmueble. El mando a distancia verde que había patentado, y que tenía la función de gestionar interfono, timbre y cerradura de la puerta de entrada, estaba apoyado en un estante de la cocina. Lo agarró, apretó una tecla y respondió:

—¿Sí?

—Marco, soy Alex, perdona la sorpresa.

—Alex... sube.

Perdona la sorpresa. Recordaba incluso demasiado bien aquella frase. Sabía perfectamente a qué momento de su pasado había sido catapultado. Alex entraría, diciéndole que tenía que hablarle de algo importante. Se sentarían en la sala, el amigo haría una broma sobre la fila de neones azules que iluminaba la estancia, él le ofrecería una Coca-Cola y Alex empezaría a contarle sus desvanecimientos.

Pocos días después, con su ayuda, Alex partiría hacia Melbourne para verificar si Jenny era solo una alucinación o una persona de carne y hueso.

«Sé con exactitud cómo irán las cosas. Quién sabe si puedo cambiar el curso de los acontecimientos...», se preguntó el muchacho.

—Te veo bien... —empezó Marco cuando Alex entró en la casa, con la bolsa de baloncesto en bandolera, el mechón rubio que le caía sobre la frente y casi escondía sus ojos azules. Los ojos glaciales de quien sabía esconder una emoción, si decidía no dejarla traslucir. Pero, en el caso de Marco, aquellas pupilas aparentemente frías e indiferentes eran un libro abierto, desde siempre. Podía leer en ellas hasta la más mínima turbación del ánimo, cualquier inseguridad. No era casual que su amigo se hubiera dirigido a él en aquellas circunstancias. Sabía que sería el único en creerle. El único que no le aconsejaría que se hiciera ver por un loquero.

—Desde cierto punto de vista, es el período más hermoso de mi vida.

«Las mismas palabras... es un *déjà vu* continuo». Marco cogió una lata del pequeño bar-nevera en forma de coca-cola que tenía junto a la mesa de trabajo, en la sala. El amigo dejó caer la bolsa en el suelo y se sentó en el sillón.

—¿Qué necesitas? —preguntó Marco.

—¿Los tienes siempre encendidos? —La mirada de Alex se demoró sobre la plancha aplicada en la pared de la derecha con las seis lucecitas de neón que daban a la habitación un aspecto similar al de una sala de juegos.

—Solo cuando estoy aquí, trabajando en el PC.

—Ah, entonces, siempre.

—Exacto.

Marco permaneció un instante en silencio después del intercambio de ocurrencias. Era la misma conversación. La misma escena. Un fragmento de un pasado tan cercano en el tiempo que presentaba cada detalle de manera fiel y precisa. Las palabras de Alex eran las mismas, y también él se encontró respondiendo, casi sin quererlo, de la misma manera.

Dejó a su amigo la posibilidad de contarle todo, sin interrumpirlo. El deseo de ver qué habría ocurrido si hubiera roto el delicado equilibrio de aquel momento era fuerte, pero se contuvo.

Hasta que fue el momento de hablar del viaje y Marco improvisó algo fuera de programa.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—No lo sé, no tengo una cantidad semejante.

En aquel punto, en su pasado, había ofrecido ayuda a su amigo. Había sacado tres mil euros de una cuenta en la cual acumulaba sumas sustraídas aquí y allá con sus pequeños timos de *hacker*; había mandado a Alex al correo para que le dieran una tarjeta de prepago y la había recargado para cubrir todos los gastos del viaje. Y su amigo había podido partir.

No había mejor ocasión.

—Sí, entiendo —dijo, triste—. No sé cómo ayudarte. Solo para llegar a Melbourne se necesitarán al menos mil, mil quinientos.

—Como mínimo...

—Más la vuelta. Y el hotel.

—Y la comida.

—Amigo mío, lo lamento, pero creo que a esta chica, si existe, la conocerás cuando seas mayor de edad y encuentres un trabajo.

Alex bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—Maldición. De algún modo lo haré. Aunque tenga que robar.

Marco sonrió y trató de cambiar de conversación. Los dos pasaron una horita hablando de Jenny y luego Alex decidió volver a casa.

El pasado estaba tomando otro cariz.

Cuando Alex cerró la puerta de entrada a sus espaldas, Marco levantó las cejas, condujo la silla hacia la ventana de la sala y escrutó más allá del vidrio. Los grises perfiles de los edificios milaneses dibujaban geometrías conocidas, mientras las luces de la tarde hacían brillar las calles, que parecían una serie de pistas de aterrizaje. ¿Qué había hecho? ¿Había impedido, de veras, el encuentro entre Alex y Jenny, o el lugar en que se encontraba no era más que una especie de sueño lúcido, una reproducción realista de una escena de vida vivida, pero de consistencia evanescente, destinada a agrietarse de inmediato? ¿Sus acciones tendrían un efecto sobre el presente? ¿Había, aún, un presente?

Su mirada vaciló sobre el cielo cubierto de nubes, mientras en su cabeza rebotaban los interrogantes más disparatados. El pensamiento se detuvo por un instante en el asteroide que en pocos días decretaría el fin de la civilización. Aquel centelleante montón de tierra encendida que pronto aparecería sobre sus cabezas. Quizás era mejor volver lo antes posible a la reconfortante realidad ficticia de Barcelona. Pero en el silencio de su vieja casa, frente a un mundo inconsciente del inminente fin, los interrogantes estaban claros: ¿cuán profundamente podría llegar? ¿Cuáles eran los confines de Memoria? ¿Qué escondía el laberinto de recuerdos en que se encontraba?

A veces, la envuelven aullidos siniestros e inquietantes.

Llegan de las profundidades, son arrastrados por las corrientes y a medida que avanzan toman cuerpo, se agigantan, resuenan en torno. Cuando la embisten, silban y retumban como la suma de mil gritos desgarradores. Dura poco, por suerte. Se alejan pronto. Es la voz de los abismos, rompe el silencio algunos instantes, pasa y se va. Ella puede oír, pero no entender, ni puede ver.

Los párpados están aún cerrados, como muros insuperables más allá de los cuales se yergue una ciudad desconocida. Alrededor, el hielo ha paralizado todo movimiento.

Solo se puede *ser*, sin *existir*.

Se puede *vagar* por otra parte, se puede *pensar*.

¿Aún se podrá *vivir*?

—Entonces, Jenny, ¿desde cuándo ninguneas a tus amigos del alma? —preguntó Lily con tono sarcástico, mientras Sean reía con los otros varones sentados a su derecha.

Ella alzó los ojos hacia el techo del local, sopló y se volvió hacia su compañera de clase:

—Yo no ninguneo a nadie. No sabía que estabais aquí.

—Pero si hemos venido juntos —intervino Gerard, sentado en el lado opuesto de la mesa, con el denso pelo rizado que caía sobre una chaqueta de piel tachonada—. ¿Has bebido?

Jenny no consiguió responder. Sacudió la cabeza, luego observó a Sean, a su lado.

Sabía que durante la excursión lo intentaría con ella y lo recordaba perfectamente en aquel momento. La mirada del *surfer* era seductora, su sonrisa era más explícita que una declaración. Con aquella actitud estaba anticipando lo que a continuación se traduciría en hechos. Pero al menos habría podido defenderla, en aquella situación. Frente a las ocurrencias de Gerard y las pullas de Lily habría podido intervenir, si ella le interesaba de veras. Alex lo habría hecho, estaba segura.

—¿Me pasas el menú, por favor? —le preguntó, mientras alguien junto a Gerard reía sarcásticamente.

Sean se lo tendió sin apartar la mirada de sus ojos.

—*Señorita...*

—Gracias —respondió Jenny, con una sonrisa de circunstancias impresa en el rostro.

En el interior del Hard Rock Café había mucha confusión, y su grupo no hacía más que contribuir a alimentarla. Las mesas estaban todas ocupadas, mientras que los camareros saltaban como chispas enloquecidas para servir a los clientes. En la megapantalla estaban pasando un vídeo de *Rock the night* de los Europe, en el cual la banda entraba en un *fast food* e improvisaba un concierto entre las mesas.

Jenny continuaba mirando a su alrededor, desorientada. Se sentía fuera de lugar, como una alienígena caída en una realidad extraña y hostil, mientras sus amigos hacían bromas vulgares sobre las chicas de detrás de la barra y Lily seguía estando en el centro de la atención. Pero no de la suya.

—Voy un momento al lavabo —dijo Jenny en un momento dado, después de haber pedido una hamburguesa.

—¿Te acompaño? —preguntó Olivia Stamford, mientras se acomodaba la diadema deportiva sobre la frente para sujetar su densa cabellera rizada. La última imagen que recordaba de Olivia formaba parte de uno de los numerosos *viajes* en que Jenny había sido succionada, acabando enfrentada a una realidad distorsionada. Había sido su amiga quien la había socorrido el día en que se había desvanecido en los baños de la escuela, después de un control que le había ido mal, cuando aún creía que sufría alucinaciones.

—No, gracias, voy sola —respondió ella, apartó la silla y se alejó. Un chico detrás de la barra en

el centro del local le señaló los servicios, con un gesto que apuntaba hacia la planta inferior, farfullando algo en catalán.

Jenny pasó, rápida, entre los camareros con las bandejas en la mano. Se escabulló con agilidad y alcanzó las escaleras, siguiendo con la mirada una fila de cuadros que alojaban discos de oro firmados por los músicos que los habían conquistado dominando las clasificaciones.

Cuando bajó los primeros peldaños, todo en torno a ella comenzó a girar, como si estuviera borracha. Cuanto más intentaba avanzar, más se sentía en equilibrio precario y advertía una sensación de entorpecimiento de las articulaciones y de ofuscamiento de la vista. Las paredes estaban tapizadas de reliquias, desde el primer contrato firmado por los miembros de Queen a uno de los discos de platino de Guns n' Roses, pero sus ojos se convirtieron, de repente, en un revoltijo de colores indistintos, de manchas sin contornos sobre un fondo rojo que se empalidecía cada vez más.

Cuando alcanzó el segundo tramo de escaleras, la razón de aquella sensación estuvo frente a ella. La nada.

Las paredes habían desaparecido, los cuadros y las reliquias musicales habían sido engullidas por los abismos de su memoria. No había otro tramo de escaleras. Apenas estaba el que acababa de recorrer.

«Calma, Jenny, debes conservar la calma. Este sitio no está en tus recuerdos, no lo ves porque nunca has estado aquí. Solo debes regresar a la planta de arriba, con calma...».

Trató de alargar los brazos hacia atrás para apoyarlos en la pared. Por lo menos en el último trecho que recordaba. Retrocedió, paso a paso, corriendo el riesgo de tropezar, con la mirada perdida allí donde la realidad era una extensión blanca sin confines ni horizontes.

Cuando volvió a distinguir algunos contornos a su alrededor, se volvió y corrió por las escaleras, buscando la planta superior. No tenía ninguna intención de dejarse ver trastornada por sus compañeros. Con toda probabilidad la pondrían de nuevo en apuros o a disgusto.

Jenny superó la barra y se dirigió hacia la salida, sin mirar a nadie a la cara. Sentía la necesidad de volver donde estaba Alex, arrojarse en los únicos brazos que le daban consuelo y permanecer allí, con los ojos cerrados, protegida. No se percató de que alguien había salido del local inmediatamente después de ella y la estaba siguiendo.

—¿Te acuerdas? Tenía aquella cita...

La voz de Valeria Loria lo alcanzó mientras Alex salía del despacho de su padre y se encontraba en el pasillo. Giorgio estaba en la cocina y se afanaba con la cafetera. Alex se acercó lentamente, casi intentando no hacer ruido, aunque su presencia era del todo evanescente en aquel lugar. Nadie estaba en condiciones de verlo, y no había objeto, puerta o muro que pudiera obstaculizarlo. Era como un ectoplasma silencioso viajando entre los recuerdos de su madre.

Cuando Valeria salió del baño, Alex sintió que sus pasos se acercaban, pero permaneció inmóvil junto a la jamba de la puerta, con los ojos clavados en Giorgio, que estaba soplando en el filtro del café para echar el viejo en una bolsa colgada en la manilla de la ventana. La madre pasó literalmente a través de él. Se la vio aparecer delante, de espaldas, como si hubiera salido de su cuerpo. En realidad, no había nada corpóreo ni en aquel sitio, ni en otra parte, en Memoria. «Quizá», pensó, «ya no haya nada corpóreo en ninguna parte».

—¿Qué cita? —preguntó Giorgio, mientras pasaba el filtro bajo el agua del fregadero.

—Aquella con el doctor, para la visita, sabes...

Alex se adelantó algunos pasos y, como un director, giró en torno a sus padres para escrutar mejor las expresiones de sus rostros. Su madre estaba en plena juventud, tal como la había visto en alguna vieja foto. Se detuvo a notar la dulzura de sus rasgos, la pureza de la piel aún sin arrugas ni signos de la edad, la forma física extraordinaria de la mujer que hasta el embarazo había conservado una frescura atlética envidiable, debida también a quince años de danza

clásica. Giorgio, en cambio, era bastante similar en su aspecto, solo el pelo era más denso y brillante, y tenía una luz distinta en los ojos. Unas ganas de vivir, de descubrir aún algo nuevo, que en el curso de los años había abandonado poco a poco, hasta transformarlo en un hombre desapasionado, con pocos y tediosos intereses. Llevaba una chaquetilla beis sobre una camisa medio abierta y unos pantalones de tela blanca, de crucero. El padre que recordaba Alex, en cambio, vestía casi siempre con americana y corbata. Un perfecto representante de la sociedad dedicada al trabajo.

—Ah, sí, el ginecólogo.

Giorgio alzó los ojos y llevó la mirada más allá de la ventana de la cocina. El cielo era una alfombra blanca y gris, fría. Valeria se acercó y lo cogió de la mano, con el rostro sereno y distendido.

—Será nuestro niño. ¿Te imaginas?

Giorgio la miró durante un momento, luego la atrajo hacia sí y dejó que ella apoyara el rostro contra su pecho. Le rozó el cabello, delicadamente.

—No le cuentes demasiado nuestros asuntos, no quisiera que los metiera en sus próximos ensayos.

—Muy gracioso... Stefano es un gran médico. El mes pasado dio una conferencia en Nueva York, ¿lo sabías? —Valeria sonrió y retrocedió; entonces se volvió de golpe hacia Alex y lo miró a los ojos, como si pudiera verlo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Giorgio, con la frente arrugada.

Valeria se volvió nuevamente hacia él. Esbozó una sonrisa y comprobó el reloj.

—Nada, nada... me había parecido ver una sombra. Voy a prepararme, la cita es a las cuatro.

Giorgio encendió el fuego bajo un hornillo. Con una cucharita llenó el filtro hasta el borde, pescando el polvo oscuro de un pote de cerámica con la inscripción COFFEE en caracteres antiguos.

—¿Te acompaño?

—No, tranquilo —respondió Valeria—. No es necesario.

—Hasta luego, entonces —dijo él sin mirarla, mientras cerraba la cafetera y la colocaba sobre el hornillo.

—¿Ni un beso a tu nueva mujercita?

El hombre se volvió y estrechó a Valeria durante algunos instantes. El hijo que aún no había nacido estaba sintiendo cada una de sus emociones. Advertía la incertidumbre, la ansiedad que este nuevo proyecto de vida llevaba consigo, pero al mismo tiempo la curiosidad, la alegría y la esperanza.

—Te amo, no lo olvides —susurró Giorgio.

—Tengo buena memoria, ¿sabes? —dijo Valeria esbozando una sonrisa. Entonces se volvió y desapareció de la cocina.

Giorgio se sentó, a la espera de oír el habitual borboteo de la cafetera. Se quedó reflexionando, pero ninguno de sus pensamientos escapaba a Alex. «¿Estaré a la altura de este papel? ¿Y si algo fuera mal? ¿Y si perdiera el trabajo?».

Alex dejó la cocina y fue hacia el dormitorio.

La puerta estaba abierta. Su madre, solo en braguitas, estaba ante sus ojos, con un pie apoyado en el borde de la cama. Se estaba poniendo unos pantis. El pecho, pequeño y firme, parecía una visión sin sentido. Siempre había visto a su madre con un escote generoso, sin saber que esa particular característica física había sido fruto del embarazo.

Alex se volvió de golpe, incómodo ante la idea de haber observado de arriba a abajo el cuerpo desnudo de su madre como el peor de los mirones. Su pensamiento lo arrastró lejos durante algunos instantes. De pronto recordó que, de pequeño, soñaba con convertirse en el hombre invisible, para poder observar a los demás sin ser visto... Bueno, la situación grotesca en que se

encontraba casi parecía la realización de aquel sueño infantil.

Pero en ninguna de sus fantasías habría podido imaginar que terminaría atrapado en una realidad puramente mental, con el mundo real reducido a una extensión de cenizas y humo coronada por nubes tóxicas y gas. Un ilimitado espacio de tierra sin futuro, de agua sin vida. Una silenciosa bola de roca en órbita en el sistema solar, que se había vuelto de repente inhóspita.

La civilización de Alex había recorrido su último trecho del sendero. Se había rendido a la naturaleza. Había obedecido impotente las leyes del cosmos, despiadadas e iguales para todos los posibles universos paralelos.

Pero en los recovecos de los recuerdos, allí donde todo había sucedido y el tiempo no seguía una marcha lineal, continuaba resonando un rumor de fondo.

Un débil, pequeño e insignificante chisporroteo.

El lejano eco de la esperanza.

MIENTRAS Valeria Loria salía del portal del bloque de Via Lombardia, un reloj cercano a un quiosco marcaba las cuatro menos veinte. Alex la siguió mientras caminaba a paso rápido hacia la parada de un autobús. El aire era bochornoso y húmedo, los rayos del sol se habían abierto camino entre las nubes grises formando un claro en la paleta incolora sobre sus cabezas. Alex miró a su alrededor. Su Milán, la ciudad en la cual nacería dentro de un par de años. Cuando el autobús llegó, vio un cartel sobre el costado que decía:

3-17 DE JUNIO, ¡TODOS AL CINE POR 7.000 LIRAS!

«Siete mil liras...», rumió Alex mientras subía junto a Valeria y la seguía hasta un asiento vacío, al fondo. Era su ciudad, pero todo parecía muy distinto. Era la querida y vieja Milán, dieciocho años antes del fin del mundo. Había menos coches, pero podía ser solo una impresión. Sin duda, había menos publicidad en los medios de transporte. Un chiquillo sentado algunos puestos más adelante tenía entre las manos un *walkman* de la Sony y en la cabeza un par de auriculares voluminosos. De pronto, apretó una tecla lateral y la tapa del lector se abrió. Sacó el casete, lo hizo girar ciento ochenta grados y lo reintrodujo. Aquel *walkman* pertenecía a la generación anterior, pero a los ojos de Alex parecía una pieza de anticuario, de aquellas que se encuentran en los museos. No veía un casete desde que había revuelto los cajones de su padre, en el sótano, en busca de una antorcha. En casa, en su presente, solo había CD y música en formato digital.

Valeria bajó después de tres paradas, Alex la siguió y la vio detenerse frente a un bar, comprobar la hora y luego entrar. Cuando estuvo en el interior también él, la radio del local estaba tocando las últimas notas de «Wonderwall» de los Oasis. El locutor comenzó a hablar sobre el final de la pieza, anunciándola como la mejor clasificada entre los sencillos internacionales. Alex sonrió. Para él, aquella pieza era un clásico.

Su madre pidió un café, lo bebió a toda prisa y pasó a la caja con un billete de mil liras que sacó de un bolsillo interior de la chaqueta, como si lo hubiera puesto allí aposta para aquel objetivo. Entonces salió, miró a su alrededor con un par de movimientos rápidos de la cabeza, y caminó hacia el portal más cercano. Alex levantó los ojos y notó que el edificio en cuestión era una torre bastante alta; la fachada parecía un enorme espejo compuesto por centenares de vidrieras. Allí se reflejaba la plaza de enfrente, que asumía una grotesca forma oblonga, las siluetas de los árboles y las casas estiradas como sombras de la tarde.

Valeria apretó un botón del interfono y se presentó. Empujó el pesado portón y entró. Alex no tuvo que hacer este esfuerzo. Siguió a su madre hasta el mostrador de una recepción y la vio anunciarse a una chica de uniforme, que cogió un teléfono y marcó un número de tres cifras. Poco después, señaló a Valeria el ascensor.

Subieron a la cuarta planta, mientras mil dudas atestaban la cabeza de la mujer, que Alex sentía rodar entre las paredes de su cerebro. La percepción física era tan inexistente, como invasora la psicológica. Cada turbación, cada momento de ansiedad o preocupación de Valeria lo embestía como un tren en marcha, en un singular juego de empatía y de compartir sentimientos a los que no podía sustraerse.

La madre recorrió un pasillo y llegó frente a una puerta. Llamó y esperó una respuesta. Le abrió un hombre, invitándola a sentarse. Llevaba una bata blanca. Su aspecto era bastante joven, pero sus ojos comunicaban determinación y competencia.

«Ya he visto en alguna parte a este hombre... ¿pero dónde?», Alex se esforzó por recordar, pero no obtuvo una respuesta. Percibió, en cambio, un indicio de temor en el ánimo de su madre, pero la ansiedad estaba menguando y ella parecía finalmente serena.

—¿Quieres aguardar aquí en la sala de espera, Valeria? Eres la próxima —dijo el hombre.

La madre de Alex se sentó junto a una mesita llena de revistas apiladas. En la pequeña

habitación, amueblada solo con un par de plantas y tres filas de sillas, había otra mujer que podía ser su coetánea, concentrada en garabatear en una agenda.

—¿Por casualidad... estás antes que yo? —preguntó Valeria, para romper el hielo.

—¿Quién? ¿Yo? —La mujer alzó la mirada de golpe. El pelo castaño desordenado le caía sobre la frente dándole un aspecto abandonado, mientras las gafas de lectura de gruesa montura la hacían parecer una estudiante de bachillerato—. No, no, no te preocupes. He llegado antes por los horarios del tren. Mi cita es dentro de una hora.

—Entiendo, de acuerdo. ¿Es la primera vez que vienes a esta consulta?

—Sí, sabes... soy una... cómo decirlo, una admiradora del doctor. Lo conocí en una convención y he leído todos sus ensayos. Yo me llamo Clara, ¿y tú? —preguntó, tendiendo la mano.

—Valeria. Es un placer. ¿No eres de Milán, verdad?

—Se nota, ¿eh? —Rio—. Soy de Roma. En realidad, no por mucho tiempo. He decidido trasladarme.

—¿Ah, sí? ¿Te vienes al norte?

Clara sonrió y cerró la agenda, luego la metió en el bolso:

—No, cambio de vida. Me traslado a Australia.

—¡Espléndido! —respondió Valeria, en voz baja pero con entusiasmo—. ¿Cómo es eso?

—Cuestiones de corazón... He conocido al hombre de mi vida. Lo sé, quizá sea estúpido decirlo, pero... he perdido la cabeza. Y todo por haber entrado por casualidad en un bar. Él estaba de vacaciones en Italia con un amigo, pero es de Melbourne. Un muchacho guapísimo... se llama Roger. ¿Alguna vez te ha ocurrido algo así?

«No es posible». Alex se quedó petrificado. Con los ojos clavados en Clara y el cuerpo paralizado frente a aquella secuencia de nombres. Clara, de Roma. Roger, australiano. No podía ser una coincidencia. «¡Es absurdo, esta es la madre de Jenny!».

Valeria rio, cortada.

—¡Qué coincidencia! A veces basta con entrar en el bar adecuado. Buena suerte, Clara, es un gran paso.

—Sí, lo sé. Y bueno, quisiéramos tener de inmediato un niño... Pensar que la gente no cree en los flechazos, en el destino. Yo creo en ellos desde siempre. Me dicen que soy extraña porque me curo con la homeopatía y creo en los horóscopos. ¿Te parezco extraña?

—En mi opinión, el mundo es lo extraño. Tienes que hacer lo que sientes, Clara. Si estáis convencidos de querer tener un niño, es inútil esperar solo porque los demás no están habituados a actuar por instinto. ¿Esperas un niño o una niña?

Clara alzó las cejas, pensativa. Después sonrió:

—Quisiera una niña. ¿Y tú?

—Para mí es indiferente, pero mi marido preferiría un varoncito.

Alex les dio la espalda y se llevó las manos a la cabeza. Pero no estaba trastornado. Estaba electrizado. En ese fragmento mnemónico de su madre estaba encerrado algo mucho más importante que un simple recuerdo.

Aquel encuentro era una tesela fundamental del mosaico.

El doctor abrió la puerta e hizo salir a una muchacha en la veintena, que saludó y alcanzó el ascensor casi a la carrera. Invitó a pasar a la madre de Alex a la consulta.

—Me alegro de verte, Valeria —empezó el doctor—. ¿O debería decir «señora Loria»?

—Oh, bueno... —respondió la mujer, levantando la mano izquierda y mostrando, orgullosa, su alianza en el anular—, aún tengo que acostumbrarme.

—Espero que hayáis pasado una buena luna de miel. ¿Cómo está Giorgio?

—Hace alarde de serenidad, pero estoy segura de que está aterrorizado ante la idea de convertirse en padre. Tiene miedo de no estar preparado.

—Es normal, también yo he pasado por eso. —El doctor se levantó, dio algunos pasos hacia la

ventana y se quitó las gafas para limpiarlas con un paño—. Bien, comencemos la visita. Puedes desvestirme. Mientras acabo de imprimir estas hojas informativas que entrego siempre a las pacientes que desean tener un niño.

Alex permaneció en un rincón, apartado, casi escondido. La escena continuó frente a sus ojos como si se tratara de una película tridimensional en la cual estaba colado. Incómodo frente a su madre que se quitaba la ropa, se concentró en el doctor. No solo estaba seguro de que ya había visto a aquel hombre, sino que comenzaba a percibir también sus pensamientos, como un río en crecida que corría por su cabeza. Pero no lograba concentrarse en cada emoción o estado de ánimo, entrar en profundidad. Y había algo extraño, algo que desentonaba en medio de una ejecución impecable, pero no entendía de qué oscura anfractuosidad provenía.

—¿De qué se trata?

—Rutina. Dietas que seguir, comportamientos aconsejables, trucos diversos... como ya sabes, he publicado varios ensayos sobre el asunto. Estos son algunos de los temas que abordo durante las conferencias.

—Lo sé, lo sé. También tienes fans, ¿sabes? ¡La mujer de la sala de espera, a la que visitarás después de mí, te vio en una convención en Roma y se ha leído todos tus libros! Parece que ha venido expresamente...

—Sí, me ha llamado a menudo en este período y ha falsificado documentos para hacerse visitar.

—Prepara la pluma para los autógrafos...

Valeria se recostó sobre la camilla, con la camiseta levantada hasta el pecho, las piernas desnudas y las pantorrillas apoyadas en los soportes. El doctor cogió la última hoja impresa y la colocó sobre una pila, en su escritorio, luego se puso unos guantes y se acercó a la mujer.

—Ya que quieres tener un hijo, te hablo rápidamente de una novedad en el campo científico del que hemos discutido durante la última convención en Atlanta. Se trata de una vitamina del complejo B, llamada ácido fólico. Los americanos ya han avanzado mucho desde este punto de vista, pero aquí en Italia la administración aún no se ha convertido en una praxis. Yo estoy convencido de su utilidad. Si estás de acuerdo, basta con un pinchazo. No en vena. Subcutánea, en la barriga.

—¿Para qué sirve?

—Ayuda a evitar posibles malformaciones en el feto, como la espina bífida o la anencefalia. La vitamina debe administrarse aun antes de quedar embarazada y en los tres meses sucesivos. A continuación te prescribiré unas pastillas de modo que puedas tomarla por vía oral, pero con este pinchazo te doy un impulso.

Alex miró al doctor mientras un estremecimiento le subía lentamente por la espalda, hasta hacerlo temblar durante algunos instantes. Mientras el hombre desenvolvía una jeringa y sacaba el líquido de una probeta, una sensación de ansiedad embistió a Alex y una duda se insinuó en él, como un soplo de aire gélido que se filtra de una corriente. En las palabras del doctor había presente una vibración particular... como si el hombre estuviera mintiendo. Alex advirtió el aumento de sus palpitaciones, notó un reguero de sudor cerca de la sien derecha y empezó a parpadear varias veces, como en un tic incontrolable.

—Eres mi ginecólogo —dijo Valeria, tranquila—. Y de fama mundial, por añadidura. Haz lo que debas hacer, todo lo que sirva para que el niño esté bien es una prioridad.

Tu niño estará muy bien...

El pensamiento del doctor llegó a Alex como una frase articulada en voz alta, clara y nítida, mientras el hombre introducía la aguja en la piel bajo el ombligo de Valeria, y la mujer cerraba los ojos sin chistar para relajarse.

Alex penetró en las pupilas del doctor y percibió satisfacción, complacencia y curiosidad. El corazón del hombre volvió a un ritmo regular, la sonrisa se hizo distendida. No estaba claro qué se ocultaba detrás de aquella especie de engaño del que Valeria acababa de ser víctima, pero

algo era seguro: aquella jeringa no contenía una vitamina.

Después del encuentro con Alex, Marco permaneció algunos minutos observando la ciudad. Sentado en la silla de ruedas frente a la ventana, el pelo desordenado con mechones rebeldes que caían sobre las gafas, la mirada de quien tiene mil pensamientos en la cabeza. Mil interrogantes. Había creído que era un chico con talento, pero nada más. No un viajero, como su amigo. No una persona capaz de abrir los ojos *en otra parte*. Poco antes del impacto, estaba casi seguro de que su momento había llegado, junto al de todos los habitantes del planeta. Algunos de estos estaban frente a sus ojos, en las calles. Caminaban inconscientes a lo largo de los senderos de su memoria, rostros desconocidos que aún no sabían cuán breve sería su vida. ¿Cuántos de ellos se habrían enfadado, aquella tarde, en casa? ¿Cuántos habrían discutido con sus familiares, o habrían renunciado a una ocasión, dicho que no a una cita, sin saber que aquellos eran los últimos días de su vida? El asteroide barrería miles de millones de renuncias, lamentos, deseos. Miles de millones de proyectos, ambiciones, sueños sin futuro y calles interrumpidas a medias. Marco observó a las personas con un velo de tristeza.

«Si aún tenéis alguna emoción por vivir, hacedlo», pensó. «No renunciéis, no perdáis vuestra última ocasión».

Rememoró los últimos momentos de su vida. Los anteriores al impacto. Había tenido entre las manos una foto especial, una imagen del pasado que lo devolvía con la memoria a una excursión que había hecho con sus padres. Un simple *pícnic*, pero representaba uno de los mejores recuerdos de su último año juntos. Antes del trágico accidente.

Como había contado a Alex, se había perdido en el remolino de recuerdos y había sido involuntariamente catapultado a otra parte. Durante algunos minutos, sin saber ni cómo ni por qué, había vivido un fragmento de una existencia paralela. Otra versión de sí mismo, de pie sobre sus piernas, en una realidad en la que él viajaba desde la infancia, sus padres estaban vivos y en un diario estaban anotadas sus experiencias en las dimensiones paralelas.

«Si hubiera tenido más tiempo...». Marco impulsó la silla hacia el oscuro pasillo y alcanzó la cocina. Una luz débil penetraba por la cortina asomada sobre el patio interior del edificio y daba a la habitación un aspecto lúgubre, frío. En la mesa aún había un par de latas abolladas, una servilleta llena de migas, una botella de agua sin tapón.

Grisés y silenciosos compañeros de una vida que casi le costaba recordar. O que quizá prefería olvidar. La vida que había vivido desde el día del accidente hasta el impacto del asteroide. Una existencia atormentada, conducida por una vía que nunca se había cruzado con la de la buena suerte. Solo con su fuerza de voluntad y haciendo rodar miles de engranajes de su cerebro había logrado continuar adelante. Sus estudios, sus pasiones y sus competencias siempre le habían sido de ayuda en los momentos de dificultad. Pero ahora, en una situación como aquella, ¿de qué modo podían ser útiles?

Marco dejó de observar la mesa, pensó que ordenarla sería completamente inútil dada la naturaleza del lugar en que se encontraba, y volvió a la sala con la botella de agua en la mano. Bebió un sorbo, como para probarla. La sensación del líquido que descendía por la garganta era fiel, creíble. Memoria era una reproducción perfecta del mundo tal como lo había conocido. Cuando dejó la botella sobre una mesita junto al sillón, dirigió la mirada sobre un bloc de notas apoyado sobre la repisa, delante de una enciclopedia científica. Lo cogió, hojeó algunas páginas y sus ojos fueron atraídos por un apunte que debía de haber escrito algún tiempo atrás:

Un estudio ha demostrado que si observo un vaso, y estoy conectado a un detector de la actividad neuronal, en un mapeo de mi cerebro se ilumina la zona dispuesta a la observación de ese vaso. Pero si cierro los ojos e imagino el mismo vaso, en la pantalla se iluminará la misma zona, estará implicada la misma red neuronal.

Marco dejó el bloc de notas. Se quitó las gafas, miró a su alrededor y observó el vacío. Había una idea que remolineaba en su mente, pero no conseguía enfocarla. Golpeteó con la patilla de

las gafas contra una sien, pero la idea no se manifestaba. Así, se desplazó hacia los tres fieles ordenadores, uno junto al otro sobre la mesa, en *stand by* como de costumbre y reactivables con la sola presión de una tecla.

De repente, Marco dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Nuestra mente es la clave! —prorrumpió, con el rostro radiante y los ojos brillantes de satisfacción, como si acabara de resolver un intrincado enigma—. Aunque no tengo enfrente aquel maldito vaso, la mente activa la misma red neuronal para recrearlo. ¡Somos nosotros los que imaginamos el mundo que queremos alcanzar!

Con el latido cardíaco acelerado, Marco accionó la silla hacia el pasillo y entró en el dormitorio. Con un esfuerzo se izó sobre los brazos y se recostó sobre las sábanas desordenadas, mientras la habitación estaba envuelta en la oscuridad. Las persianas bajadas solo dejaban abiertas algunas pequeñas ranuras. Era imposible que la luz se filtrara e iluminara la habitación.

Cerró los ojos en el silencio total, mientras con la mente volvía a aquel fragmento de vida alternativa, a aquellos pocos instantes en que, antes del impacto del asteroide, había conseguido ver y entrar en un mundo que no conocía en absoluto. El mundo en que su vida había cogido la bifurcación correcta frente al cruce de las posibilidades, sin encontrar ningún accidente mortal a lo largo del camino. El mundo en que también él, que creía que no era nada especial, había desarrollado el poder de cruzar el umbral.

Imaginó la terraza de la casa de campo, la tapa azul del diario en que anotaba cada detalle de sus viajes, buscó las sensaciones únicas de cuando aún podía caminar sobre sus propias piernas. Luego volvió a ver los rostros de sus padres, y a la vez los de los campesinos, aterrorizados, con la mirada vuelta al cielo a pocos minutos del fin del mundo. Recreó mentalmente cada detalle, del que recordaba los contornos, los colores. Los ojos siempre cerrados, mientras cada rumor en torno a él se perdía lejos, Marco trazó en su cabeza el escenario, el destino.

Mientras era succionado por el remolino y se deslizaba a aquel rincón del Multiverso, el chico frunció el entrecejo. Pensaba que había sido el único, en aquella realidad, que había mantenido la calma en los instantes que precedían al impacto del asteroide. El único que tenía conciencia de que era posible un después, si bien aún no sabía explicar cómo. Pero no era el único.

También su padre estaba sonriendo.

HE visto los proyectos, todo es verdad...

¿Cómo puedes saberlo?

Todo acabará... nosotros sobreviviremos.

He visto los proyectos...

¿Cómo puedes saberlo?

Este es su plan...

He visto...

Marco abrió desmesuradamente los ojos.

El confuso enredo de palabras continuaba rebotando contra las paredes de su cráneo, mientras trataba de enfocar la habitación en que se encontraba. Ya no estaba recostado en el dormitorio de su pequeño apartamento en Viale Gran Sasso.

Estaba sentado, con los codos apoyados en los brazos de un sillón de piel blanca, las piernas extendidas una sobre la otra y los pies sobre una mesita. Sentía el peso de las articulaciones inferiores, lo sentía perfectamente. Como en Barcelona cuando se había levantado de la silla de ruedas para demostrar a Alex y Jenny que en aquella realidad estaba en condiciones de caminar, también en el lugar donde se hallaba podía ponerse en pie, estaba seguro.

Y lo hizo.

La amplia sala en que se había despertado estaba amueblada con un estilo moderno, minimalista. Aparte de algunas repisas y una mesa de oficina, negras, el color predominante era el blanco. A su derecha había un diván semicircular, mientras que una altísima pared-armario frente a él alojaba un televisor de pantalla plana y una fila de decodificadores en el espacio más bajo.

«Si es mi casa, en esta realidad paralela tenemos mucha pasta...». Marco se volvió y encontró la puerta corredera que daba al exterior. Se acercó, la hizo deslizar y salió. Conocía bien aquella terraza. Era exactamente el sitio que buscaba. El fragmento que había tenido la suerte de vivir durante pocos minutos, antes del fin del mundo. Ahora estaba allí, y quizá tenía todo el tiempo que quisiera. Volvió a la sala y llamó a voces a su madre y a su padre, pero evidentemente no estaban en casa. Sobre las repisas había algunas fotos enmarcadas, la prueba de que por allí no había habido accidentes mortales. Aquellas imágenes eran momentos gozosos de una vida que hasta poco tiempo antes creía que había sido negada a sus padres. Una vida que habían vivido solo hasta que el *jeep* se precipitó por el barranco, llevándoselos para siempre.

«Pero no hay un solo sendero que recorrer», pensó Marco mientras observaba las imágenes y una lágrima descendía bañándole el rostro. «Vivimos todos los destinos posibles».

Miró hacia el lado opuesto de la sala. Había una puerta. Intentó llamar de nuevo a su padre, y al hacerlo recordó las extrañas sensaciones experimentadas durante el paso entre una dimensión y otra. Aquellas frases... aquella sonrisa en el rostro sereno.

Dio algunos pasos hacia la puerta, titubeante, la abrió y se encontró en un largo pasillo. Recorrió la mitad y llegó a un tramo de escaleras que descendía a la planta de abajo, pero continuó adelante y alcanzó la ventana al fondo del pasillo. Marco permaneció algunos instantes observando el campo más allá del vidrio, luego dio marcha atrás y empezó a curiosear; abrió cada puerta. Descubrió un par de dormitorios, ordenados e impersonales, probablemente habitaciones para los huéspedes, y dos grandes baños, uno de los cuales alojaba una bañera de hidromasaje circular. Era posible reflejarse en los sanitarios de tan resplandecientes que estaban. Exactamente lo contrario de su casa. Pero también aquella era su casa, pensó, sin duda tenían una o varias mujeres de la limpieza.

He visto los proyectos... todo es verdad.

Marcó trató de expulsar las voces en su cabeza. De nuevo en las proximidades de las escaleras,

decidió descender. Se encontró en un amplio vestíbulo. En las paredes había colgados cuadros modernos sobre tela y plexiglás. Un par estaban divididos en trípticos que acababan componiendo un ocaso sobre una playa de arena blanca, y un horizonte nocturno de una ciudad que se asomaba al mar.

Fue a la puerta de entrada y la abrió. No volaba ni una mosca, ni dentro ni fuera. La visión que se encontró frente a él confirmó sus sospechas: en aquella realidad eran potentados. Había una piscina de al menos quince metros por diez, construida en el centro de un gran jardín y rodeada por tumbonas y sombrillas. La hierba estaba recién cortada, el perfume era embriagador. Marco alzó la mirada al cielo: no parecía que estuviera llegando ningún asteroide. Perfecto, tenía tiempo de curiosear un poco. Recorrió toda la parte externa de la villa y tropezó con un *box* al aire libre con un cobertizo metálico y tres plazas para coches. Dos estaban ocupadas: había un BMW X6 negro aparcado, con los cristales posteriores tintados, las llantas en aleación de 21 pulgadas y una carrocería tan impecable que parecía apenas salido del concesionario, y un modelo de Jaguar que no conocía. Evidentemente sus padres habían salido con el coche que ocupaba la tercera plaza.

—¡Vaya!... —comentó mientras proseguía más allá, pasando a la parte posterior y observando la terraza desde abajo. Aquella terraza en la que se había encontrado mientras el amasijo de roca encendida corría por el cielo invernal y se disponía a declarar el fin de los juegos, y los campesinos a cien metros de distancia temblaban de miedo. Mientras que su padre sonreía. Cuando se encontró frente al acceso entró en casa y subió a la primera planta. Había otras habitaciones que no había explorado, puertas que aún no había abierto.

Junto al tramo de escaleras, abrió una que reveló un trastero. Más ordenado que la cocina de su apartamento de Milán, constató Marco con una sonrisa burlona en el rostro. Los productos para la limpieza de la casa, los paños, las escobas, estaban todos en fila uno junto al otro. Cerró, sacudió la cabeza y continuó adelante.

La puerta siguiente daba a un despacho. Quizás era el despacho de su padre. La decoración era más clásica en comparación con el resto de la casa, con un escritorio y muebles de madera antigua y sillas en piel negra sobre un parqué pulido como es debido. Una rica biblioteca ocupaba toda la pared de la derecha, un mapa enorme estaba colgado sobre la de la izquierda. Un certificado enmarcado colgado detrás del sillón decía:

STEFANO DRAGHI
DOCTOR EN MEDICINA
SUMMA CUM LAUDE

—¿En Medicina...? —susurró, perplejo—. Mi padre no es médico, es abogado.

De pronto, una fugaz escena proveniente de su pasado cobró forma embistiéndolo con la violencia de una bofetada. En aquella diapositiva mental estaban él, su padre y su madre. Sentados en la cocina, en su realidad de procedencia, algunos años antes del trágico accidente. «Sí», decía Stefano, con un velo de melancolía. «Yo habría querido, era el sueño de mi abuela. Deseaba verme con la bata blanca... Pero no pasé aquel maldito examen de ingreso. Es una de mis grandes frustraciones. Y así acabé en Derecho».

Marco se despertó y sus ojos volvieron a enfocar el diploma enmarcado y colgado en la pared. «En esta dimensión paralela debe de haber pasado el examen de ingreso...», pensó Marco mientras se acercaba a los cajones del escritorio.

Decidió abrirlos y las crípticas voces en su cabeza comenzaron a tener un sentido.

«Quisiera penetrar en sus recuerdos... ¿pero puedo hacerlo? Ya estoy en un escenario generado por la memoria de mi madre, ¿a qué me arriesgo si intento cavar aún más a fondo?». Alex permaneció inmóvil frente al escritorio del doctor.

Su madre acababa de salir, y poco después el hombre llamaría a la siguiente paciente. La que se convertiría en la madre de Jenny.

El doctor escribió algo en una agenda de mesa, ancha y plana con la tapa oscura. Luego la cerró.

En cuanto alzó la mirada, sus ojos se clavaron en los de Alex, como si estuviera en condiciones de verlo.

«Al menos debo intentarlo...». Alex mantuvo la calma y penetró lentamente en los pensamientos del hombre, atravesando cada barrera emocional y cavando profundamente para robar cualquier elemento útil para su pequeña indagación.

Salió de ellos, pero a un alto precio. Fue arrojado fuera de aquel mundo en pocos instantes, expulsado por aquel sustrato de recuerdos que había exigido un esfuerzo y una concentración inhumanos.

Fue succionado por el remolino y durante algunos momentos le pareció que era una prenda centrifugada en una lavadora, lanzada con violencia en un túnel de mundos superpuestos que pasaban rápidamente ante sus ojos.

Pero en esos pocos instantes pasados en los recuerdos del doctor, había encontrado la tesela que conectaba aquel rostro con algo que él conocía bien.

Se trataba de un fragmento, un fugaz e inolvidable instante custodiado en los meandros de los recuerdos del doctor. En aquel *flash*, el hombre tenía la barba larga, que en el recuerdo de Valeria ya no llevaba. Por eso no lo había reconocido.

En esmoquin, el pelo estirado hacia atrás, se estaba acomodando la chaqueta frente a un espejo. Luego, aquel instante se desvanecía y se superponía una diapositiva de algunas horas más tarde, cuando una guapa mujer vestida de novia danzaba con él en medio de otras decenas de parejas en una sala de baile adornada de fiesta. El doctor estaba feliz, elegante y despreocupado. Era el día más hermoso de su vida. Frente a él, en la última instantánea que Alex consiguió recordar, un fotógrafo de dos metros de altura con un físico de jugador de rugby.

—Sonreíd, por favor... ¡Viva los novios! —gritaba el muchachote. Y entonces disparaba.

Alex recordaba bien aquella fotografía. Estaba enmarcada y exhibida sobre una repisa en casa de Marco, en su realidad originaria. Nunca habría podido olvidarla. ¿Cuántas veces su amigo la había cogido en la mano, con un nudo en la garganta, imprecando contra el destino? ¿Cuántas veces Alex había visto sus ojos brillantes al observar aquel recuerdo de un tiempo que ya no volvería?

Incrédulo y pasmado, solo tuvo tiempo de reconocer al padre de su mejor amigo, antes de que el remolino lo arrastrase.

Cuando volvió a abrir los ojos, las luces centelleantes del letrero del Casino de Barcelona rompían la oscuridad de la silenciosa noche catalana.

¿CUÁNTO tiempo?

¿Cuánta *eternidad* se está deslizando?

El abismo no conoce la luz. Es un fondo profundo, apagado, donde reina un espectral silencio interrumpido solo por esporádicos aullidos que la envuelven como un velo de muerte y de inmediato la abandonan. Ella está allí, protegida, sola. No tiene la percepción del tiempo exterior, porque el interior es un reloj clavado en el hielo. Su cuerpo está sepultado en las profundidades del mundo tal como su mente viaja libre y vagabunda por aquellas del ánimo. De ambos abismos deberá salir.

El calor deberá sustituir al hielo.

¿Pero cuánto tiempo? ¿Cuánta *eternidad* debe transcurrir?

Jenny puso rumbo a las Ramblas, que desde el Hard Rock Café llevaban al mar, moviéndose entre la gente que abarrotaba el paseo, abundante de quioscos y puestos de todo tipo. ¿Eran todos elementos de su memoria? Quizá sí, dado que durante la excursión había recorrido aquella calle con sus compañeros de clase, escabulléndose entre los centenares de turistas para llegar a la carrera a la zona del puerto de Barcelona.

Pero mucha de aquella gente podía ser fruto del intercambio de los recuerdos del transeúnte catalán al que Marco había interrogado. ¿Cómo distinguir la *propia* realidad, en un lugar de memoria compartida? Mientras caminaba a paso rápido, Jenny reconoció a un artista callejero, que se exhibía saliendo del agujero de una mesa dispuesta como si su cabeza fuera el plato principal de la cena. Debía de haberse hecho también una foto junto a aquella mesa, durante la excursión. Recordó también un quiosco que vendía pequeñas y graciosas reproducciones de políticos y futbolistas, con la cabeza enorme y el cuerpo en miniatura. Pero la multitud de personas que la rodeaba podía estar compuesta también por amigos y parientes del señor catalán. ¿Quién podía decirlo? Jenny sacudió la cabeza, confusa; luego una certeza surgida de la nada le produjo un estremecimiento en la espalda.

Se detuvo un instante, paralizada por un pensamiento que llegó sin preaviso como un huésped indeseable y se le plantó en la mente como un clavo.

«Todas estas personas están muertas».

Cerró los ojos durante un momento y lo volvió a ver todo. Como en una secuencia rápida de diapositivas, las imágenes de su fuga de Milán se proyectaron en su cerebro y la devolvieron atrás. Al horror. La lanzaron a las últimas horas de vida del planeta Tierra, cuando ella y Alex habían escapado de la ciudad huyendo del toque de queda, se habían refugiado en el chalecito de una familia, y la noche antes del fin del mundo habían hecho el amor. Un sublime momento fuera del tiempo, un instante de ensueño en una realidad próxima a la pesadilla, mientras el cielo era un encendido enredo de nubes y polvo, la tempestad de viento y detritos arremecía y el asteroide entraba en escena como el más increíble de los fuegos artificiales en un firmamento de tonalidades variadas.

Jenny liberó un grito agudo y sus ojos se desorbitaron. No quería permanecer prisionera de aquel recuerdo. Por nada del mundo.

«¿Por qué hemos sobrevivido a todo esto?», se preguntó apartándose del rostro un mechón de cabellos.

La mano que se apoyó sobre su hombro le heló la sangre en las venas.

Permaneció inmóvil durante un momento.

—Mi niña, ¡cómo has crecido!

Jenny se volvió de golpe.

Aquel timbre ligeramente ronco era una señal distintiva que habría reconocido en medio de un millón de voces. La persona que más amaba en el mundo cuando era pequeña. De la que se

fiaba. La misma que la había envenenado en la dimensión paralela de la que provenía Alex.

«Mary...», pensó mientras se volvía, con el corazón tamborileándole en el pecho.

Frente a sus ojos estaba la niñera que la había criado. Su sonrisa amplia, el pelo rojo y rizado, las manos embellecidas con anillos de todo tipo. Era casi imposible resistir el deseo de abrazarla. Decidió hacerlo, forzándose por sonreír. Quizá podía sonsacarle una confesión, un secreto. Quizá podía entender qué le había ocurrido a la Mary Thompson alternativa, qué la había empujado a envenenarla. Al fin y al cabo, como acababa de constatar, estaba rodeada por personas difuntas... es más, por el recuerdo de personas difuntas. ¿Qué tenía que perder? En aquellos como nosotros resplandece una luz.

Quien os ha hecho daño no era consciente de ello. Lo ha hecho y basta.

Existe una energía en el universo... es la misma energía que da la vida y la destruye.

A menudo se manifiesta simplemente en la realidad que nos rodea fluyendo en torno a nosotros, invisible e indefinible, orbita en torno a nuestras vidas y a veces toma posesión de ellas.

Las palabras de Thomas Becker resonaron en la cabeza de Jenny mientras sus ojos y los de Mary Thompson se unían, convirtiéndose en una sola cosa. No sabía dónde se despertaría al final de aquel breve viaje, pero al atravesar el túnel de los recuerdos le había venido a la mente aquella críptica explicación de Becker, el profesor alemán que los había guiado a son de enigmas hacia Memoria, había dado sentido a la muerte de la Jenny alternativa y al electrochoque sufrido por Alex. Hablaba de energía. De luz. Aquellos «como ellos» eran distintos. ¿Qué eran, pues?

Cuando Jenny enfocó la habitación circundante, algunos elementos captaron su atención y le arrancaron una sonrisa melancólica. Se encontraba en un dormitorio, sentada en el suelo. Los ojos cayeron inmediatamente sobre un cuadrado en el que figuraban ella y sus padres en su primer día de escuela. Clara y Roger estaban arrodillados junto a la pequeña Jennifer Graver, el pelo castaño largo y el flequillo que caía sobre la frente, una margarita entre las manos y una sonrisa encantadora que le iluminaba el rostro.

¿Qué realidad era? ¿Qué mundo?

Recordaba la decoración del cuarto, pero algunos detalles parecían fuera de lugar. La camita rosa era indudablemente la suya, y ya estaba el escritorio que permanecería también durante toda la adolescencia. En aquellos tiempos estaba cubierta de pegatinas de personajes de dibujos animados, que desaparecerían hacia los doce años al grito de: «¡Ahora ya soy mayor!». Sobre la pared encima de la cama estaban colgadas las fotografías de algunas victorias de su padre durante los campeonatos nacionales de natación. Y también esas las recordaba, aunque en posiciones diferentes. En el techo estaban pegadas las estrellitas fosforescentes que su padre había fijado para reproducir parte del firmamento y hacerla dormir cada noche bajo la deliciosa nana del cosmos.

Pero sobre un estante del lado opuesto de la habitación había algo que no recordaba en absoluto; un enorme acuario con cinco o seis peces de colores en el interior. Nunca lo había visto, podía apostar por ello. Además, sobre el lado derecho del escritorio no estaba colgada la foto de los abuelos, que en la realidad de la que procedía no se había movido nunca de allí.

Jenny decidió levantarse y registrar aquel lugar de su memoria.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que era una niña.

Corrió hacia el pasillo y llegó al baño. El espejo era alto, pero conseguía verse. «No puedo creerlo...», murmuró mientras observaba su piel dorada y tersa, los rasgos infantiles, el cuerpecito delgado. «Tendré cinco o seis años...».

Abrió el grifo para echarse agua en la cara y oyó pasos por las escaleras.

—¿Cariño? ¿Por qué no bajas a merendar?

Era ella. Era la voz de Mary.

«Si he terminado en la realidad del envenenamiento, esta será la última merienda...».

—¡Voy! ¡Estoy en el baño! —gritó Jenny mientras se secaba el rostro.

Recorrió el pasillo, titubeante. Sentía que no tenía el valor de bajar y vivir aquel momento, pero debía hacerlo. ¿Y si no hubiera bebido aquella taza de té? ¿Qué cambiaría si modificaba los acontecimientos en el interior de un recuerdo? ¿Memoria era solo un lugar de reproducción mental o tenía algún efecto sobre el espacio-tiempo?

«Aunque cambiara los acontecimientos del pasado, no tendría efecto sobre el futuro. No hay ningún futuro. Estamos todos muertos igual».

Jenny bajó las escaleras, enmascarando con una falsa sonrisa la desilusión generada por aquel último pensamiento.

Llegó al salón y se sentó en el suelo, cerca de un montón de hojas y pinceles esparcidos. Desde la cocina provenía un ruido de vajillas.

—Ya estamos... —se dijo a sí misma, luego respiró hondo y esperó.

Mary apareció pocos instantes después con una bandeja entre las manos. Bizcochos caseros. El té. La expresión jovial pintada en el rostro, inequívoca.

—Finalmente, no veía la hora... —dijo Jenny, contenta.

—Hay bizcochos calientes, recién hechos, como nos gustan a nosotras, ¿estás contenta?

—¡Claro! ¡Y tu té delicioso!

Mary apoyó la bandeja sobre la mesita enfrente del diván y se sentó.

Jenny gateó hasta la mesita.

—Prueba uno, dime si te gusta —susurró Mary mientras alargaba un bizcocho a la niña.

—¡Enseguida! —respondió ella. Hundió los dientes en la pastaflora al cacao y se metió en la boca también la segunda parte.

—Mmmm... ¡buenísimo! —exclamó con la boca llena.

—Ahora pruébalo con el té y verás qué delicia... —dijo Mary, alzando las cejas como para animar a la pequeña.

—Mary, ese mueble de allí... ¿se ha roto? —preguntó Jenny alargando el brazo hacia la pared detrás de su niñera. Permaneció con el índice apuntado y la mirada curiosa, mientras la mujer torcía el busto y se volvía para controlar. «¡Ahora o nunca!». Con la mano izquierda, en una fracción de segundo, Jenny giró la bandeja, invirtiendo la disposición de las tazas.

—No creo —respondió Mary, volviéndose otra vez hacia ella.

—Me parecía... —dijo la niña encogiéndose de hombros—. Quiero probar el bizcocho en el té... ¡venga! ¿A qué esperamos?

Jenny cogió la taza humeante y se la llevó a la boca. La mantuvo apoyada sobre los labios, mientras que Mary hacía lo mismo. Luego sorbió el té.

—No es tan bueno —comentó, para atenerse al guión que la mujer esperaba que interpretara.

—Adelante, bébelo, de lo contrario, nada de bizcochos. Es buenísimo, ¡mira cómo lo saborea tu tata preferida!

—¿De verdad te gusta? —preguntó Jenny, mientras la expresión de su rostro cambiaba en una mueca enigmática.

—Sí, claro, ¿por qué? ¿Acaso alguna vez te he hecho un té malo?

—Bueno, no sé... dímelo tú. —Jenny clavó su mirada en Mary y la dejó helada con una carcajada—. Porque la taza de la que estás bebiendo es la mía.

Las mejillas rojas de la niñera empalidecieron de golpe y su frente se perló de sudor. Mientras las pupilas de Mary Thompson se convertían en dos canicas oscuras carentes de luz, la taza le cayó de la mano y se hizo añicos sobre el parqué.

—Tú... cómo has...

—¿Puedo hacerte una pregunta, Mary... antes de que te ahogues? ¿Por qué lo has hecho? Es más. ¿Por qué lo querías hacer?

—Yo... yo no...

—Ahora no tienes nada que perder. Dentro de poco dejarás de respirar. Solo explícame por qué motivo me habrías hecho esto a mí. ¿Alguien te ha obligado? Haz esta buena acción antes de morir. Dímelo.

Mary cayó hacia atrás con la espalda sobre el diván. Puso en blanco los ojos y comenzó a toser. Jenny apoyó la taza sobre la mesita, se levantó y se acercó a la mujer. Le cogió una mano.

No hubo necesidad de una respuesta. Bastó cerrar los ojos y Jenny vio.

Vio a Mary sentada al borde de la cama, pero en su habitación de la primera planta, con las manos unidas y la cabeza baja.

—No puedo hacerlo... no puedo.

Vio las lágrimas de la mujer, mientras parecía hablar con... ¿Dios? Era extraño, Mary nunca había sido religiosa.

—Te olvidarás... —replicó una voz masculina—. Cuando hayas cumplido tu misión, te olvidarás de lo que has hecho... pensarás que ha muerto de un ataque al corazón.

¿Quién demonios le estaba haciendo un lavado de cerebro? ¿Dónde se escondía?

—Pero yo... yo adoro a esa niña... ¿cómo puedo hacerlo?

—O tu vida o la suya. Si no quieres que la locura te atenace hasta el último día de tu existencia... hazlo.

Jenny trató de examinar la habitación con la mirada, pero en aquel dormitorio solo estaba Mary Thompson. Sentía los latidos de su corazón, percibía cada emoción de la mujer. Advertía el terror, la conciencia de no poder escapar de aquel yugo, de no poder huir de la condena. De pronto, entendió. «No hay nadie en esa habitación, está hablando sola. ¡La voz masculina está solo en su mente!».

—Prométeme que te irás de mi cabeza, si hago lo que me dices... —dijo la mujer, de pronto, confirmando la sospecha de Jenny.

—Así será. Si haces lo que debes hacer.

De repente, Jenny fue succionada por el remolino, desarraigada del dormitorio de Mary Thompson y lanzada fuera de aquella cueva de angustia y terror.

«Esa voz», pensó, «era un mensaje sin rostro». Provenía de alguna otra parte cargada de energías oscuras y portadoras de muerte. Era el sonido distorsionado del ánimo de Mary, que se doblegaba ante una fuerza destructora y manipuladora. Era la locura.

Las palabras de Becker comenzaban a tener un sentido: una energía negra, inmaterial e impalpable, invadía el universo, fluía a través de las mentes, infectaba y condicionaba los comportamientos de las personas.

Y *aquellos como ellos*, fuerzas opuestas y portadoras de luz, almas cándidas en las que se albergaba la pureza, eran los blancos más buscados.

ALEX avanzó a paso rápido hacia el mar, dejando a sus espaldas la entrada posterior del Casino, único rincón luminoso de una calle que parecía olvidada del mundo. Algún desconocido, de vez en cuando, cruzaba su mirada. Una anciana que apenas se sostenía en pie con la ayuda de un bastón. Un hombre en la cuarentena, elegante, en americana y corbata. Un par de chicas en ropa deportiva que hacían *jogging*. Rostros de memorias ajenas, personajes de un pasado extraño para él. De sus padres ya no había rastro. Cuando estuvo en el paseo, se volvió hacia la derecha. El paseo marítimo se perdía a lo lejos, engullido por la oscuridad. A la izquierda, las olas lamían lentamente la orilla, mientras el color del mar se confundía con las tonalidades de la noche. ¿Cuánto tiempo había pasado? En el lado opuesto, más allá de la calle, las luces de las casas parecían mil ojos apuntados sobre él. Daba la impresión de que decían: «Vete de aquí, Alex... vete».

Luego apareció una silueta.

Salió de la oscuridad, a un centenar de metros de él, mientras la débil luz de un taxi, aparcado con el motor encendido junto al Passeig Marítim de la Barceloneta, la iluminaba a medias.

—¡Marco! —gritó, y empezó a correr a su encuentro.

—¡Alex!

El amigo se precipitó a estrecharlo entre sus brazos y los dos permanecieron así algunos instantes, como si no hubiera nada más en el mundo que pudiera darles consuelo, mientras en torno reinaba la paradoja. Su amistad, su conciencia de la engañosa realidad de Memoria, eran el único y último asidero para no enloquecer.

—No puedes imaginarte qué he descubierto... —dijo Marco después de apartarse de su amigo, con las manos apoyadas en sus hombros.

—A quién se lo dices... —rebatió el otro.

Marco dio dos pasos hacia el murete que separaba el paseo marítimo de la playa. Alzó la cabeza durante un momento y vio la luna, con los tres gigantes cráteres capaces de dibujar sobre la cara del satélite aquella expresión casi humana, asombrada, mientras las estrellas se disponían en torno como miles de damiselas sonrientes junto a la novia.

—¿Has hablado con tus padres?

—No solo eso. He vivido un recuerdo de mi madre.

Alex contó a su amigo el viaje mental de 1996, dos años antes de su nacimiento. Le dijo que su presencia en aquel fragmento del pasado era como la de un fantasma, invisible para cualquiera. Explicó que cada sensación experimentada por su madre penetraba en su cerebro y tomaba posesión de él, haciéndole percibir los sentimientos y las emociones como si fuera él mismo quien las viviera. Y le contó lo ocurrido en la consulta médica.

—¿La madre de Jenny y la tuya estaban en el mismo sitio? ¿Clara y Valeria se conocieron?

—dijo Marco, incrédulo.

—Tal cual.

—Esto lo cambia todo, no puede ser una coincidencia. Escucha, en mi *flashback* acabé en mi casa, en una realidad alternativa. Aquella de la que te había hablado, la dimensión donde viví los últimos momentos antes del fin del mundo, desde la terraza de una villa.

—¿Y qué has descubierto?

Marco apoyó la espalda en el murete.

Un chico en patines pasó como una flecha frente a ellos y Alex tuvo tiempo de verle la cara. Lo recordaba: era el taxista que lo había llevado del aeropuerto de Tullamarine de Melbourne a la playa de Altona Beach, cuando iba a la cita con Jenny. La misma en que no encontraría a la chica que lo esperaba. Alex sonrió, plegando los labios en una mueca amarga.

—He visto algunos papeles, mapas, libretas de apuntes... y algunos detalles extraños. En aquella

realidad somos... éramos más que ricos, y mi padre era médico. Una lumbrera, por lo que he entendido poniendo patas arriba su escritorio.

Alex apartó la mirada, la fijó en un punto delante de sí, como preocupado, y se pasó una mano por el pelo.

—Todo cuadra. Evidentemente he visto un fragmento de la misma dimensión.

—¿Cómo es posible?

—El recuerdo de mi madre no pertenece a mi pasado. No al pasado en que crucé medio mundo para encontrar a Jenny y tú te quedaste parálítico por el accidente de montaña. Pertenece a una realidad alternativa, aunque muy parecida a la nuestra. Pero es un fragmento de la misma dimensión, en que tú eres rico, no hubo ningún accidente en la montaña y tu padre...

Marco arrugó la frente y observó a Alex con una mirada interrogativa.

—¿Y mi padre?

—No es abogado, sino un famoso ginecólogo. —Alex cerró los ojos, rememoró la figura en bata que acogía a Valeria en la consulta—. Y realizó un experimento con Valeria y Clara, engañándolas.

Un trueno retumbó a lo lejos rompiendo el silencio, mientras algunas gotas de lluvia comenzaban a caer desde el manto fúnebre del cielo sobre Barcelona. Aquella zona mal iluminada de la ciudad se estaba transformando en un teatro poco hospitalario.

Marco seguía sacudiendo la cabeza, reconsiderando lo que había visto.

—Pero entonces... mi padre, los apuntes... está todo relacionado.

—¿Tú qué has visto? —preguntó Alex, mientras el viento levantaba una bolsa de plástico a pocos metros de él.

Marco se dio un impulso con la mano y se apartó del murete, luego se encaminó al paseo marítimo, lentamente. Alex lo siguió, con las manos en los bolsillos y la mirada perpleja.

—He tratado de memorizar todos los detalles posibles. Era el único modo de poder hablar de ello, una vez vuelto a esta especie de punto de partida.

—¿Detalles de qué?

—De los papeles que he encontrado en la consulta de mi padre. Había descubierto que en aquella realidad era médico. He visto su diploma colgado detrás del escritorio. Pero no sabía nada de este experimento, y no imaginaba que Valeria y Clara hubieran sido cobayas inconscientes. Lo que me has contado encaja con lo que he visto. Es más, es precisamente la tesela que faltaba.

—¿Qué quieres decir?

Marco dio una patada a una lata, lanzándola hasta el borde de la calle. El paseo marítimo estaba desierto, mientras que los truenos se sucedían uno tras otro y la lluvia comenzaba a golpear con violencia sobre el terreno.

—No conseguimos explicarnos el porqué del don que hace que Jenny y tú seáis tan especiales. Pero, antes del impacto del asteroide, he descubierto que en una dimensión alternativa también yo era un viajero. Y nos hemos encontrado en Memoria. Somos los únicos que nos movemos en una realidad ficticia con el conocimiento de lo que ha ocurrido en el mundo. Los demás, todos los que vemos, son solo proyecciones.

—Dime algo que no sepa.

—No hay nada físico, aquí abajo.

—¿A dónde quieres llegar?

Marco se detuvo y se volvió hacia Alex.

—El único elemento que nos une a ti, a Jenny y a mí... es la realidad paralela en que mi padre es un médico y vuestras madres se han conocido en su consulta. Entre los apuntes de mi padre había algunas páginas dedicadas a algo que inicialmente he descuidado, pero que ahora encaja con todas las demás piezas del puzle. Algo concerniente a una enzima.

—¿Una enzima?

—Sí, había algunas fórmulas, varias páginas de apuntes... pero creía que no podían servirme, así que no memoricé gran cosa. Pero algo, en cambio, captó mi atención.

—¿O sea...?

—Un dibujo... la representación de un sitio.

Alex empezó a caminar mientras algunas piedras de granizo se mezclaban con la lluvia y rebotaban sobre el asfalto. Varias le cayeron en la cabeza, sin provocarle dolor.

—¿De qué se trata?

—No lo sé con precisión, una especie de salita. He visto algunos esbozos. Una habitación con una serie de cabinas horizontales.

—No entiendo... ¿Qué sentido tiene?

—También yo me lo pregunto. Y ahora que me hablas de ese fármaco, me pregunto qué demonios consiguió inventar, o descubrir, mi padre. Dices que has visto a tu madre y a la de Jenny, juntas, en su consulta médica. Si mis cuentas no me fallan, y ese experimento está en el origen de nuestro don, la primera persona en probarlo, antes que vuestros padres...

Alex se bloqueó de golpe, mientras otro trueno estallaba amenazante a poca distancia...

—¡Fue tu madre! ¡Tú naciste cinco años antes! Está bien, admitamos que los tres estamos ligados a ese experimento. ¿Qué sabes de esa enzima?

—Poco. He leído sobre un proceso llamado «mutagénesis insercional», pero no he entendido demasiado. —Marco se encogió de hombros y sacudió la cabeza; luego continuó—: Debemos marcharnos de aquí, encontrar un camino. Debe de haber una manera. Quizá deba buscar a mi padre, interrogarlo, preguntarle... Alex, ¿me estás escuchando?

—¡Aquella es Jenny! —gritó él, y comenzó a correr en dirección al puerto diciendo el nombre de la chica. Marco no conseguía ver más allá del temporal, apresuró el paso, pero dejó una cierta ventaja a su amigo.

Apoyada en el murete, con la mirada dirigida hacia las olas encrespadas, Jenny estaba llorando. Se percató de la llegada de Alex cuando oyó su nombre repetido a voz en cuello, a lo lejos. Se volvió, extendió los brazos y esperó a que llegase y la estrechara.

Empapada, sollozando y con los ojos hinchados, se abandonó a aquel abrazo casi como un cuerpo muerto. Cuando levantó la vista y se miraron a los ojos, se acercó y posó los labios sobre los de Alex, casi con violencia.

El mechón rubio calado de agua, los ojos cerrados, Alex la abrazó, mientras el granizo continuaba cayendo con mayor vehemencia sobre sus cabezas.

—¿No lo entiendes? —preguntó ella cuando se separaron, con la mirada fija en los ojos de hielo de Alex.

—Yo... ¿no entiendo algo?

Jenny negó con la cabeza y bajó la vista, desconsolada. Entonces vislumbró la silueta de Marco y se soltó del abrazo de Alex.

—¿No lo entendéis? ¿Estáis tan perdidos en vuestros razonamientos y en vuestras teorías que no lo conseguís entender?

Marco reaccionó con una expresión de estupor, mientras que Alex frunció el ceño:

—¿Qué deberíamos entender, Jenny?

Ella lo miró con ojos acusadores, cerró los dedos de la mano derecha en un puño y se lo asestó directo a la cara. Marco se quedó atónito frente al cuerpo de Alex, que se tambaleaba en el intento de recuperar el equilibrio.

—¿Te has vuelto loca? —gritó Alex.

—No, en absoluto.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me has golpeado?

Jenny alzó el rostro y mantuvo los ojos muy abiertos mientras el granizo seguía cayendo del

cielo. Entonces miró a Marco, que parecía petrificado.

—Maldición, claro —prorrumpió Alex—. Amigo, mira a tu alrededor. Nos está granizando en la cabeza. Y nosotros caminamos y hablamos sin ni siquiera percatarnos de ello. Y en cuanto a su puñetazo... no he sentido ningún dolor.

Jenny alzó las cejas, inclinó la cabeza y sonrió sarcástica, como diciendo: «Ya era hora».

—¡Claro! —respondió Marco—, ¡es verdad! ¿Qué sucede?

—Es absurdo... —susurró Jenny, con la mirada baja, en señal de rendición.

Marco miró a su alrededor, mientras solo la luz débil de una lejana farola buscaba una rendija para penetrar en el muro de agua que se estaba derramando sobre la ciudad. Los tres estaban empapados de la cabeza a los pies, pero ninguno de ellos advertía la más mínima sensación de fastidio o de frío. Los vaqueros pesados, la camiseta pegada a la piel y el pelo calado eran solo proyecciones mentales.

—Estamos perdiendo el recuerdo de las sensaciones físicas... —dijo Alex, de pronto, mientras Jenny se secaba el rostro con las manos, en un gesto del todo carente de significado.

—Sí —añadió ella—. Tenías que haberlo entendido por el beso. No por el puñetazo.

Alex se quedó en silencio, mientras Marco tomó la palabra, con la voz temblorosa:

—Tengo miedo de que nuestro tiempo aquí no sea eterno. Si no volvemos a una realidad física, olvidaremos poco a poco cualquier sensación corpórea. ¿Qué haremos, entonces? Necesito reflexionar, necesito... necesito pensar.

—Jenny —intervino Alex—, Marco y yo hemos descubierto algo que puede sernos útil.

—Dime.

Alex la cogió de la mano. Su gesto comunicó a la chica una fuerza de voluntad que no admitía réplicas. Pero aquella determinación no estaba en el apretón de la mano. Estaba escrita en sus ojos.

—Ven conmigo, demos una vuelta.

—¿LO ves? Está ocurriendo.

La voz del hombre era firme, consciente. Ni un indicio de pánico, ni una sombra de preocupación. A sus espaldas, las repisas se agitaban enloquecidas, los pequeños animales de cristal caían uno a uno al suelo y se hacían añicos. Los libros volaban uno tras otro, casi a un tiempo, como para escandir una cuenta atrás coordinada por un experto director de orquesta. Los armarios y el escritorio de la sala se habían separado de la pared y, centímetro a centímetro, estaban ganando el centro de la habitación. Más allá de la vidriera que daba a la terraza, el caleidoscopio de colores enloquecidos había transformado el cielo en la paleta de dibujo de un niño, mientras el humeante enredo de nubes se había abierto en el centro como un cortejo que se separa en dos alas para liberar una vía de acceso a las autoridades. Y la autoridad era él. Imparable, implacable, macizo y letal como una bola de plomo lista para golpear el corazón de un escudo demasiado frágil para detenerla. Ya no era tiempo para estadísticas. Ya no tenían sentido los cálculos de probabilidades. Había llegado. Seguido por una larga estela luminosa como el más horripilante de los cometas, el último legislador de la humanidad estaba a punto de desgarrar la atmósfera terrestre.

El hombre y el chico salieron a la terraza, donde la mujer estaba observando la escena; en las campiñas circundantes los campesinos gritaban aterrorizados y una tempestad de polvo y detritos hacía el aire irrespirable. El hombre miró al muchacho a los ojos, ignoró el nudo que se le formaba en la garganta y enterró el último velo de melancolía. Luego, seguro de sí, dijo:

—He cumplido con mi cometido. Moriré feliz.

Y sonrió.

—Esos dibujos... esa sala, las cabinas... ¿qué son? —preguntó Marco.

Su padre alzó las cejas, perplejo.

—Deberías decírmelo tú. Son tuyos.

Marco abrió enormemente los ojos, mientras el temporal seguía arreciando sobre el paseo marítimo de Barcelona. Con las manos apoyadas en el murete y la mirada fija en las olas que entrechocaban agitadas sobre la orilla, para después retirarse deprisa, reflexionó sobre cuanto acababa de recordar. La realidad alternativa. Su padre, el doctor Stefano Draghi, había cumplido «su cometido», que era el secreto de su diversidad, la razón de su don. Por eso estaba sereno. Por eso sonreía.

Una lágrima surcó el rostro de Marco, confundiéndose con la lluvia. Había recordado. Había visto. Aquella enzima era lo que distinguía a Jenny, Alex y él del resto de la población. ¿Pero de qué modo? Jirones de recuerdos se superponían en su mente, confusos como piezas de un puzle en busca de orden. Resonaban continuamente fragmentos de frases robadas del pasado. La activación de la enzima a causa de... penetrando, pues, la membrana de la placenta, en presencia de un elevado número... tendrá, por tanto, efecto solo sobre el feto...

Marco cerró fuertemente los ojos en el intento de concentrarse y recordar todos los detalles posibles, mientras las piedras de granizo rebotaban sobre el murete delante de él y las ropas empapadas ya estaban pegadas a la piel.

—Ese fármaco no tuvo ningún efecto sobre nuestras madres... —dijo, de pronto. Nadie podía oírlo. Alex y Jenny se habían alejado, y el Passeig Marítim de la Barceloneta era una franja de asfalto desierta e imponente bajo los golpes de la tempestad.

De pronto, una descarga de *flashes*.

Como diapositivas iluminadas por una fracción de segundo en el teatro de su mente, aparecieron las imágenes del relato de Alex. La consulta de su padre, la sala de espera. Clara y Valeria. La inyección. *Flashes* de una realidad lejana que Marco no había visto, pero que

conseguía imaginar gracias a la descripción de su amigo.

La mutagénesis insercional...

—¿Qué te sucede, Jenny?

Alex se sentó en un banco y esperó a que la chica hiciera lo mismo. Los truenos seguían resonando en torno, pero ninguna piedra de granizo, por más violenta que fuera, conseguía arañar la invisible película que protegía a los chicos. El inesperado escudo del olvido, que no les permitía acceder a las sensaciones físicas. En Memoria era tan potenciada la capacidad mental, como insignificante el cuerpo: una mera proyección de sí, un inútil accesorio.

—No puedo más... —dijo ella, y comenzó a sollozar. Posó la cabeza sobre el hombro de Alex, mientras la fila de palmeras que separaba el área peatonal de la calle ondeaba sin pausa.

—Debes resistir. De algún modo conseguiremos...

Jenny se volvió hacia él y le clavó una mirada glacial, mientras en sus ojos las lágrimas se confundían con la lluvia.

—Estamos muertos, Alex. Cada instante que pasa ya no recordamos qué era un beso, qué era el dolor. ¿Qué es esto? ¿El purgatorio a la espera del paraíso? ¿Un lugar de redención? ¿Qué es?

—No lo sé. Pero podría haber una vía de esc...

—¡Tonterías! Sigue haciendo caso a tu amigo y pasarás los últimos instantes de tu existencia hablando de física cuántica, en vez de estar conmigo.

Alex frunció el ceño.

—Tú has dejado de creer en...

—¡Yo nunca he creído en ello! Porque el mundo ya no existe. Si este es el eco del Apocalipsis y a nosotros nos es concedido vivir eternamente en los recuerdos... ¡quiero que sean los nuestros! Nuestra cita en el muelle, nuestro encuentro en el Planetario, nuestra fuga... quiero revivir esas emociones. Es lo único que tiene sentido. El resto es destrucción. El resto es nada.

—Jenny, yo...

—Mira a tu alrededor, Alex. No existe nada. Estamos en un sueño lúcido. Nos movemos, recordamos a las personas, a veces nos encontramos frente a personajes fuera de contexto... exactamente como en un sueño. Y ya no sufrimos. Ya no sentimos emociones reales. Antes te he besado. ¿Has sentido algo... *dentro*?

Alex apartó la mirada y observó un cartel colgado en un poste, entre dos palmeras. Invitaba a una velada de flamenco en una calle del Barrio Gótico, el corazón de la ciudad más antigua. La foto en el centro representaba a una mujer en traje rojo, con los brazos alzados y las castañuelas apretadas entre los dedos, la cabeza de lado y la mirada que seguía los movimientos de los pies desnudos. Detrás de ella, las mesas del bar. Alex se demoró observando el póster mientras pensaba que no, no había sentido absolutamente nada. Ninguna emoción, vibración o excitación había recorrido su cuerpo mientras Jenny lo besaba. Quizá Memoria era mucho peor que un sueño.

Luego lo vislumbró.

Escondido en un segundo plano, al fondo, detrás de la bailarina de flamenco. Sentado a una de las mesas del bar publicitado por el cartel. Lo estaba mirando.

Su aspecto era siempre el mismo, lo recordaba bien. Nunca lo había abandonado. Cuando era pequeño aparecía en su habitación y le contaba el futuro. Y él dibujaba. Pero había desaparecido durante años, junto a Jenny y a todo el resto, después del electrochoque. Después había vuelto, durante el viaje hacia Melbourne. Se había manifestado por la calle, en Kuala Lumpur, sentado detrás del banquito de madera, con las piernas delgadas como si los pantalones envolvieran un esqueleto, con el largo cabello desgreñado, el rostro demacrado y la mirada enigmática. Lo sabía todo de Alex. Lo sabía todo de cualquier cosa. Pero también él solo era un fragmento. Una sugestión, que aparecía y desaparecía en el tiempo de un suspiro. En sus papeles estaba escrito el destino de la Tierra, su risa maliciosa era el detalle más grotesco e

inexplicable que el Multiverso había mostrado hasta aquel momento. Había sido él, el vidente maltés, quien los había acogido en Memoria. Y ahora era él quien sonreía desde el cartel.

—Vámonos de aquí —dijo Alex, aferró la mano de Jenny y se levantó de repente.

No había respondido a la pregunta de la muchacha, pero ambos sabían que aquel beso había sido como una operación con anestesia general. Estaban perdiendo cualquier sensación corpórea, y, por más que la mente fuera capaz de viajes extraordinarios a cualquier lugar y tiempo pasado, ambos sentían la necesidad física de rozarse, de tocarse, de estrecharse.

A falta de emociones reales, era mejor cerrar los ojos para siempre.

LA tormenta que estaba anegando Barcelona seguía arreciando, mientras Marco permanecía con los codos apoyados sobre el murete y la mirada arrebatada por el mar.

El aguacero era de una violencia impresionante. Encrespaba las olas con la furia de un tornado y doblaba los árboles mientras sobre el paseo marítimo, cualquiera que fuese la dirección emprendida, el viento parecía siempre en contra. Las persianas de los edificios asomados al Passeig Marítim de la Barceloneta estaban cerradas, la calle paralela al paseo estaba desierta. De vez en cuando algún taxi corría por el carril libre, con la luz verde difícilmente visible en medio de aquella copiosa cascada de agua.

Cuando Marco se volvió, dando la espalda al murete, su padre estaba delante de él.

—¿Qué significa esto?

El hombre estaba sentado detrás del escritorio de madera antigua, con la cabeza baja, concentrado en garabatear sobre una hoja con la pluma que surcaba con fogosidad el papel. El escritorio se encontraba en el centro del paseo. El diploma de doctorado *summa cum laude* en Medicina estaba colgado del tronco de una palmera.

—Papá...

Stefano Draghi levantó la vista.

—Marco, ¿no ves que estoy trabajando?

—La mutagénesis insercional. ¿Cómo funciona? Debo saberlo.

El doctor miró a su alrededor, mientras la tempestad arrastraba las hojas del escritorio.

—¿No te acuerdas? He creado una enzima de restricción. Endonucleasa del segundo tipo. No necesita energía y el corte se produce en relación con secuencias muy específicas con...

—¿Qué demonios quieres decir? —Marco se acercó, titubeante.

El hombre esbozó una media sonrisa.

—Al aumentar el sustrato, la velocidad de reacción aumenta hasta el nivel máximo. ¿Y sabes cuál es el sustrato?

—¡Papá, te lo ruego! No sé de qué me estás hablando, así no me ayudas.

Stefano no apartó los ojos de su hijo:

—¡Las HCG! ¡Las gonadotropinas coriónicas!

Marco agachó ligeramente la cabeza y escrutó a su padre con aire confuso. Luego se llevó las manos a la cabeza, impotente ante aquella absurda visión, mientras la lluvia mezclada con granizo estaba haciendo jirones cada hoja de la mesa de trabajo de Stefano, y el viento arrastraba plumas, blocs de notas y agendas.

—¿Qué son? No entiendo...

—¡Las hormonas del embarazo, Marco, despierta! Cuántas veces te he contado la historia de aquellas diez mujeres... He inyectado en sus cuerpos esa enzima, que se activa solo en presencia de un alto número de gonadotropinas coriónicas. ¿Y cuándo se verifica esto?

—¡Yo... no lo sé!

—¿Cómo no lo recuerdas? ¡En el caso de un embarazo, Marco! Bien, para decirlo todo, también en presencia de algunas neoplasias.

—¿Diez mujeres? —preguntó Marco—. Creía que...

—Eran todas pacientes mías. Estaban pensando en traer al mundo un niño. La situación ideal. Para la activación de esa enzima se necesitaba un alto número de HCG, por tanto, un embarazo. Solo así las endonucleasas del segundo tipo cumplirían la misión para las que las había proyectado. Penetrar la membrana de la placenta y dar en el blanco establecido: vuestro cerebro, en las primeras semanas de vida. En el período en que se va formando.

Antes de vislumbrar a Alex y Jenny a lo lejos, y antes de que su padre volviera a desvariar sin dignarse ya a mirarlo, Marco balbuceó con un hilo de voz:

—¿Nuestro... nuestro cerebro?

El hombre alzó la cabeza y lo miró.

—Es el milagro de la mente humana, Marco. Por eso puedes ver lo que ves, puedes ir adonde vas y eres... *sois* distintos. Es el descubrimiento de mi vida. He cumplido con mi cometido. He hecho mi contribución al progreso de esta civilización.

Cuando Marco pensó en las pacientes a las que su padre había practicado el pinchazo subcutáneo, la conexión fue rápida e inevitable.

—Hay otros.

Stefano Draghi se puso de nuevo a escribir en la única hoja que quedaba sobre el escritorio, mientras Alex y Jenny cruzaban la calle y se acercaban a Marco.

—¿Lo veis también vosotros, verdad? —preguntó.

—¿La mesa con el hombre que toma apuntes? Sí, la veo —respondió Jenny.

—Yo también. ¿Es tu padre, no? —preguntó Alex.

Marco lo miró con ojos aterrorizados, mientras las hojas seguían revoloteando y ondulando enloquecidas en el aire.

—¡Maldición! —gritó mientras se acercaba al escritorio, con el corazón estallándole en el pecho, pero sin sentir ninguna sensación de ansiedad o miedo—. ¡Dámelo! —gritó después de haber dado un puñetazo sobre la mesa de madera.

—¿Qué demonios haces? —gritó Alex mientras su amigo intentaba arrancar una hoja de las manos de su padre.

Cuando se volvió hacia los otros dos, Marco tenía los ojos de quien daría su vida para obtener las respuestas que buscaba. En la mano derecha apretaba un trozo de papel.

—Estos son los nombres de los otros.

—¿Qué otros? —preguntó Jenny, mientras en un banco a lo lejos sus abuelos se tenían de la mano.

—Los otros viajeros.

—¿Tu madre y la mía? En la misma sala de espera de una consulta médica.

Jenny miraba, incrédula, a Alex, con el rostro tenso en una expresión de confusión y sorpresa. Marco, entre tanto, estaba leyendo la lista de nombres arrancada de las manos de su padre. Estaban los apellidos de las mujeres implicadas en el experimento, junto a una flechita al lado y el nombre del hijo sobre el que habría tenido efecto la enzima. Diez madres. Cuatro hijos varones, entre los cuales estaba Alex. Seis hijas mujeres, entre las cuales estaba Jenny. Y él, cinco años mayor respecto del grupo. Por tanto, era verdad, su madre había sido la primera en someterse al experimento.

Marco se volvió, dio la espalda a Alex y Jenny, que se estaban contando cuanto habían descubierto en Memoria. La extraña visita ginecológica a la que había asistido Alex, el día del envenenamiento revivido por Jenny. Ecos de realidades paralelas, de vidas alternativas que en Memoria se recomponían todas juntas, como jirones del mismo traje.

Marco siguió reflexionando sobre las palabras de su padre, mientras se alejaba algunos pasos de Alex y Jenny. Aquel dibujo, la salita con la fila de cabinas horizontales... ¿cómo podía haber sido él quien lo realizara? ¿Qué había visto? ¿Y en qué realidad?

Sobreviviremos... he visto los proyectos... cómo es que lo sabe...

Las palabras que giraban en la cabeza de Marco desde que había explorado la realidad paralela en que su padre había sido un gran médico volvieron a resonar dentro de sí. Pero esta vez resplandecían con una luz nueva, hija de un distinto recorrido del razonamiento, inicio de un sendero nunca recorrido. «No es mi padre quien sabía que yo, Alex y Jenny sobreviviríamos», pensó.

Era él quien lo sabía.

Los proyectos eran suyos, suyos los dibujos. ¿Pero dónde había ocurrido? ¿A qué infinitas

dimensiones había que retroceder para encontrar respuesta a aquel interrogante? ¿Y qué vínculo había con el experimento realizado por su padre?

—¿Qué demonios sucede? —La voz de Alex llegó hasta los oídos de Marco, superando la barrera de agua que los separaba.

El muchacho se volvió, se acercó a los otros dos y respondió con una expresión interrogativa.

—Mira —continuó Alex, alzando la vista al cielo y apuntando el dedo hacia el sol.

Marco inclinó la cabeza hacia atrás, observó y luego la sacudió.

—No tiene sentido.

—Tengo miedo —dijo Jenny con un hilo de voz, mientras un nudo en la garganta le destrozaba las cuerdas vocales—. Resplandece el sol, y a la vez llueve y nos graniza encima... allá están mis abuelos, que se tienen de la mano, sentados en un banco. Si vamos al Hard Rock Café quizás encontremos a mi clase. Y si subo a aquel edificio y me tiro abajo, con toda probabilidad no me haga nada. No me gusta, chicos, este sitio me da escalofríos.

Alex se acercó a la chica y la abrazó, mientras intercambiaba una mirada de preocupación con su amigo.

—¡No me gusta! —repitió Jenny apretándose contra él.

—Se están superponiendo los recuerdos... quizá no solo los nuestros —dijo Marco, mientras el granizo seguía pegando y rebotando sobre su cabeza—. Debo marcharme. Debo saber la verdad.

Alex lo miró, perplejo, mientras con el rabillo del ojo vislumbraba al entrenador de su equipo de baloncesto que se apoyaba en el murete del paseo marítimo y encendía un cigarro. Parecía hablar solo y repetía una única frase de manera compulsiva:

—En estas condiciones, no puedo incluirte en los *play-off*.

—¿Cuánto permaneceremos aquí, Marco? —preguntó Alex.

FRAGMENTOS fluctúan en el silencio del tiempo infinito.

Rápido corre el reloj del cosmos, los minutos se convierten en eras, los ciclos vuelven al punto de partida. Se despeja la oscuridad dominante, vuelve a reinar la luz. La interminable espera es interrumpida. Una nueva chispa enciende el motor, una virginal voz rompe el silencio. Es el grito de un corazón palpitante, el punzante sonido del renacimiento.

El primer vagido del mundo.

Aún giran las manecillas. Lo basto se refina, lo encorvado se alza, el árbol del conocimiento restituye el saber, atávicas memorias sugieren el camino y guían lo desconocido. El rebaño seguirá a su pastor, despreocupado del recorrido. Aceptará la comida de buen grado, no se interrogará sobre los ingredientes. El nuevo comienzo trae consigo crípticos e indescifrables signos, milenarias preguntas, como siempre ha sido. Pero con fuerza, los dientes del piñón empujan los de la corona; y el engranaje está de nuevo en movimiento.

Y todo vuelve a su sitio.

Un paso tras otro, conquista a conquista, mientras el día sigue siempre a la noche por encima de la cabeza, y debajo está sepultada la Historia, custodia de huellas y signos perdidos, de tiempos que no volverán.

Y mientras las manecillas saltan, alguien tiene los ojos cerrados. Aún no es su instante, pero pronto llegará su momento. El puente se iluminará otra vez con luces deslumbrantes. El pentagrama se llenará de notas soñadoras.

En el otro lado aún hay una calle. Un escenario dispuesto, para que vuelva a sonar la orquesta.

En el otro lado resplandece y calienta el sol.

En el otro lado.

Ha comenzado la pista escondida del disco.

El interminable silencio ha acabado.

CON los párpados apenas entreabiertos, una hoja cortante de luz artificial hirió su campo visual, mientras los músculos del cuerpo aún no respondían a la llamada.

El primer instinto fue cerrar los ojos.

Jenny lo intentó de nuevo, varias veces.

La luz avanzaba decidida, como una mano dispuesta a ser aferrada, para devolverla al mundo real, para arrastrarla fuera de la oscuridad.

Cuando consiguió abrir completamente los ojos, el resplandor de la placa de neón del techo la embistió con violencia, y durante algunos momentos fue como encontrarse en un limbo etéreo. Una plaza sin edificios ni confines en un lugar sin habitantes.

Luego, llegó la primera respuesta de los músculos del cuello. Y poco a poco los hombros, las caderas, rodillas y pantorrillas. Lentamente, un haz de nervios tras otro, mientras un soplo cálido empezaba a envolver su cuerpo. Pero a cada estímulo nervioso seguía una punzada atroz. Como mil agujas plantadas a lo largo de aquel cuerpo que trataba de volver a vivir.

Un murmullo de fondo llegó, acolchado y lejano, a los pabellones auditivos. Indistinguible, mientras poco a poco en la realidad circundante empezaban a delinearse algunos contornos y la vista encontraba superficies, ángulos y bordes: asideros familiares, que permitían reconocer algunas siluetas.

La primera fue una mesita. La vislumbró girando la cabeza algunos grados hacia la izquierda, con un primer e importante esfuerzo premiado por los músculos nuevamente receptivos, pero capaces solo de pequeños y lentos movimientos. Sobre la repisa había algunas carpetas.

—Se ha despertado —dijo una voz a su derecha, de timbre femenino. Jenny giró apenas la cabeza y la vio. Una mujer menuda y delgada. Llevaba una bata azul, el rostro carecía de expresión. La nariz poco prominente y los ojos almendrados habrían podido sugerir su nacionalidad, pero ninguno de aquellos datos estaba presente en la memoria de Jenny, o quizás estaban sepultados demasiado profundamente para ser recuperados.

—Sigamos el protocolo establecido.

Desde atrás de la mujer provino otra voz, esta vez masculina.

—Este olor es nauseabundo... —comentó un timbre joven, agudo.

—Haced entrar la camilla —dijo otro.

Las voces se encabalaron, resonando en la habitación.

—Nos ve... increíble... ¡mirad los ojos!

—Señores, compostura —se impuso la voz autoritaria que ya había ordenado hacer entrar la camilla—. Ponedle el camisón.

Debía de haber al menos cuatro o cinco personas en la habitación, pero Jenny aún no tenía fuerzas para levantar la cabeza y mirar a su alrededor. Lo intentó con la visión periférica, permaneciendo recostada. Solo conseguía vislumbrar a la mujer de la nariz achatada, mientras que a sus espaldas empezó un trájín de personas con bata azul.

Cerró los ojos.

Silencio.

No el silencio de las voces. El silencio de la mente. Ninguna respuesta a sus preguntas. Como piedras lanzadas a un abismo cuya profundidad se desconocía, a la espera de que un ruido la indicase. Esta vez no. No había nadie en la otra parte. Como si no existiera un *antes*. Como si el presente fuera una página en blanco, sobre la que comenzaban a aparecer apuntes nuevos. Mesita. Carpetas. Mujer. Batas azules. Me he despertado. Los veo. Lo consideran increíble. Protocolo.

No conseguía acceder a nada anterior. Mientras dos chicos la levantaban con delicadeza y la recostaban sobre una camilla, los repetidos intentos de repescar algo del pasado daban

siempre el mismo resultado: mesita, carpetas, mujer. Y así sucesivamente.

Su recuerdo más antiguo, en aquel momento, era mesita.

Quién era, dónde se encontraba y por qué, eran interrogantes sin respuesta, como anzuelos lanzados en un mar de hielo y carente de peces.

Con los ojos cerrados, Jenny oyó una voz nueva mientras las ruedecillas de la camilla chirriaban y las luces artificiales caían sobre los párpados cerrados.

—¿Cómo han decidido llamarla?

Fueron solo tres minutos, no volvió a quedarse sola durante mucho tiempo. Los muchachos empujaron la camilla a lo largo de un pasillo, luego entraron en una sala envuelta por la oscuridad pero con un disco de luz en el centro. La dejaron allí.

Solo tuvo el tiempo de levantar el brazo derecho, y pareció un esfuerzo sobrehumano, como si tuviera una roca atada en la muñeca. Con la cabeza ligeramente ladeada, vislumbró su propia mano. La giró y observó con curiosidad primero los dedos ahusados y también la palma. Después la articulación se derrumbó y golpeó contra la camilla, como si sus pocas fuerzas ya se hubieran agotado. Jenny permaneció con la nuca apoyada y los ojos vueltos al techo, fijos en la luz.

Escuchó su propia respiración, pesada y fatigosa como un jadeo, hasta que una voz masculina rompió el silencio, acompañada por el zumbido de una puerta automática que se cerraba.

Reconoció el timbre. Era el mismo que pocos minutos antes había dado órdenes a los otros. Le sobrevino, proveniente quién sabe de qué recovecos de la memoria, el término *jefe*.

—He esperado largamente este momento —dijo el hombre mientras se sentaba junto a ella y apoyaba una mano sobre el borde de la camilla, cerca de su brazo—. ¿Me oyes, verdad? ¿Puedes entender lo que digo?

Jenny permaneció inmóvil. No giró la cabeza, ni lo miró directamente a la cara, pero advirtió un temblor en las articulaciones inferiores y sintió un escalofrío que le recorría toda la espina dorsal hasta hacerle vibrar el cuello.

—Tú eres un milagro —continuó—. El descubrimiento más extraordinario desde el alba de los tiempos. Mi razón de vida y de estudio. ¿Puedes oír mis palabras? ¿Estás en condiciones de decir algo?

Jenny movió lentamente la cabeza hacia la derecha y sus ojos se encontraron con los del hombre. Miró aquel rostro durante un momento, mientras su cerebro era atravesado por impulsos que no conseguía decodificar.

Miraba al hombre, pero veía un muelle.

Una franja de tierra en medio del mar, mientras el sol se ponía hundiéndose entre las olas. Era una imagen llena de paz, un recuerdo reconfortante. Pero solo conseguía verlo. No entendía qué representaba.

—Yo me llamo Ben —continuó él—. Soy yo quien te encontré. Dirijo esta unidad desde hace dieciocho años, puedes confiar en mí. No tienes idea de qué significa tu despertar. Nunca ha ocurrido nada semejante.

Jenny siguió observándolo, mientras lejanas e indescifrables visiones se asomaban, amenazantes. Ahora había un barranco. Una profunda vorágine negra de la que apenas se veía el fin. Y ella estaba sobre el borde.

—Estoy impaciente por comenzar con los exámenes. Bienvenida a bordo, Alfa.

Cuando oyó aquella frase, Jenny frunció el ceño como por un reflejo espontáneo. Podía comprender las palabras del hombre, pero el nombre con que la había llamado generaba confusión en su cabeza. Asociaba *alfa* con algo distinto, alejado de ella. Pero no conseguía profundizar más. Ni manifestar su turbación.

—Dentro de poco los muchachos te llevarán a otra habitación. No debes tener miedo. Te someterán a algunos análisis, ninguno te hará daño.

Con los párpados cansados y pesados, Jenny cerró los ojos, mientras la voz del hombre seguía resonando en la habitación, alejándose poco a poco.

—... Un descubrimiento sensacional... dentro de algunos días... de seguro aquí... he esperado tanto tiempo... tanto... tiempo.

CUANDO Jenny se durmió, el hombre salió de la habitación. La puerta automática se cerró a sus espaldas mientras Ben entraba por un pasillo a paso rápido.

Una fila de luces de neón bajo sus pies indicaba el camino, en las paredes estaban colgadas algunas planimetrías y cada quince metros del suelo salía un tubo metálico con una pantalla puesta en la parte superior. Recorrió el pasillo hasta el fondo, luego introdujo el dedo índice en una ranura en la pared y esperó. Un puñado de segundos más tarde, la puerta corredera frente a él se abrió y el hombre cruzó el umbral.

Mientras el ascensor lo llevaba a la planta de abajo, Ben intercambió con su imagen reflejada en el espejo una sonrisa de complacencia. A pesar del cansancio, estaba radiante. Se sonreía a sí mismo, orgulloso del resultado de la operación. En un instante la fatiga desapareció. Se desvaneció el sufrimiento por cuatro años de investigaciones pasados lejos de casa, encerrado en aquel que podía parecer un centro de vanguardia, pero no era más que una prisión submarina. Su esposa y los niños habían esperado, pacientes, porque su *cometido* estaba antes que cualquier otra cosa, era su máxima prioridad. El mar era la nueva frontera, al menos desde hacía un centenar de años. Era allí donde habían recuperado los hallazgos. Aquella infinita extensión de agua custodiaba la Historia.

Su abuelo se lo había repetido hasta el aburrimiento, cuando era pequeño:

—Naves cargadas de hombres parten cada día del puerto de Nes. Alguien volverá con las manos vacías. Alguien no volverá. Pero de vez en cuando, habrá quien vuelva con la bodega llena. Es gracias a esos hombres que el oscuro ayer se está convirtiendo en el refulgente mañana. Es gracias a su valor que sabemos quiénes somos y de dónde venimos. Incluso la lengua que hablamos, mi niño... también ella viene del mar. Antaño los pueblos que habitaban estas tierras hablaban dialectos incomprensibles, hijos del enfrentamiento entre las primeras tribus. Pero el redescubrimiento de nuestra lengua actual ha unificado las razas. Y todo es mérito de esos aventureros.

Era así, desde hacía siglos. Y él se convertiría en uno de aquellos hombres. Claro, su abuelo hablaba de simples naves, mientras que Ben se embarcaba en estaciones submarinas de vanguardia, organizadas para hacer frente a cualquier tipo de necesidad. Cuántas cosas habían cambiado en los últimos cincuenta años... Incluso demasiado rápidamente. El mar ya no era aquella inhóspita extensión de aguas ricas de insidias, gracias al admirable progreso científico y tecnológico, y una *campaña* podía durar años, diera o no resultados.

Pero junto a la exaltación por el descubrimiento hecho, había también un pensamiento que lo atenazaba.

Su abuelo nunca había hablado de los distintos investigadores que habían descubierto en los recónditos fondos marinos esta o aquella clave para la evolución de la humanidad. Elogiaba y admiraba su trabajo, su compromiso, pero sabía perfectamente que ninguno de ellos pasaría a la Historia.

Porque los descubrimientos no tenían padres.

Si los padres no eran más que peones.

Las puertas automáticas se abrieron y Ben salió, dejando su sitio a un hombre y una mujer que saludaron con un imperceptible gesto de la cabeza. Se encontró en un túnel de un centenar de metros, cuya estructura tubular estaba constituida por una base de acero y una protección de vidrio más allá de la cual se podía observar el espectáculo externo a la galería que conectaba dos sectores diferentes de la estación submarina. Era imposible no quedarse arrobado por aquella fascinante visión, mientras se recorrían los cien metros que conducían al bloque siguiente. El túnel no era más que un sendero rodeado de agua. Los faros situados en la parte externa de la estructura iluminaban aquel punto específico del océano, penetrando en la

oscuridad de los abismos e interrogándola.

Ben apresuró el paso, llegó al fondo y bajó por una plataforma revestida por una delgada alfombrilla de goma color verde agua, pasando por debajo de un letrero luminoso que decía: SECTOR D. Su mirada fue atraída durante una fracción de segundo por una ampliación fotográfica de la estación submarina, colgada en una pared de la sala en que se encontró al final de la rampa. *Mnemónica*, este era el nombre de su segunda casa, impreso en letras mayúsculas sobre una de las fachadas del sector A. El panel, extremadamente definido y cuidado en todos sus detalles, representaba los cuatro bloques que componían la estructura. Cada bloque estaba conectado al siguiente por una serie de galerías idénticas a aquella que Ben había recorrido. De un extremo de Mnemónica al opuesto había unos mil quinientos metros, y toda la estación era desmontable: en caso de necesidad, cada bloque podía seguir su recorrido submarino por su cuenta, desenganchándose del resto de la nave por medio de un mecanismo automatizado. Cada sector se movía gracias a verdaderas escuadras de motores gobernados por una unidad central situada en la planta más baja del bloque, y poblada por decenas de hombres a los que Ben nunca había conocido. Era la ley de su gente, sobre la que no había discusión: cada uno tenía su *cometido*, no había ningún motivo por el cual un timonel debiera entrar en contacto con un investigador. Se podía viajar durante años en la misma nave sin saber quién la conducía. Ben se detenía a menudo a reflexionar sobre el hecho de que, en los tiempos de su abuelo, el timonel era de verdad un hombre al timón de una embarcación. Solamente dos generaciones después, estas inmensas estructuras eran guiadas a través de paneles digitales.

Pero en años y más años de servicio nunca había interactuado con ninguno de estos timoneles. Para no meterse en líos bastaba con desarrollar la propia función sin provocar desórdenes. Colaborar con los empleados del mismo sector era una señal de buena conducta, curiosear en secciones distintas de la propia no lo era en absoluto. Ben nunca había fallado, y esto le había valido la estimación y el respeto de sus superiores. Naturalmente, tampoco de ellos había sabido nunca nada. La comunicación se producía mediante mensajes digitales. Ni un rostro, ni un timbre de voz verdadero. Sus patronos podían tranquilamente ser unos procesadores, por cuanto él sabía.

Sin embargo, esto había llevado al Bienestar; las revueltas populares ya eran solo un recuerdo de los tiempos de su abuelo y de las naves a timón, por tanto, era justo que las cosas fueran así. En el fondo, a las pequeñas Melissa y Lara no les faltaba nada, y su esposa, Loren, podía ir a hacer las compras gracias al fondo familiar. Mientras él desarrollara de la mejor manera su *cometido*, mientras todos lo desarrollaran, las ciudades estarían en orden y las estructuras funcionarían. Bastaba con que cada uno estuviera en su puesto.

—¿Cuándo comenzaremos con los análisis? —exclamó Ben, entusiasta, mientras daba los primeros pasos en la sala. El equipo de colegas en bata azul, traje distintivo de la unidad de investigación de la que él era el jefe, ya estaba preparando las máquinas. Dos muchachos estaban conectando los extremos de algunos cables a una caja negra situada en la base de una columna en el centro de la sala, otros estaban empeñados en repiquetear con las yemas de los dedos sobre una lámina multicolor proyectada sobre una repisa blanca levemente inclinada. Frente a él, una fila de pantallas de alta resolución cubría toda la pared.

—¿La chica ha dicho algo? —preguntó una mujer de color mientras ordenaba un pliego de hojas sobre un mostrador semicircular en el centro de la sala, delante de la columna.

—Aún no. Le he comentado lo que sucederá ahora, y le he dicho que no tuviera miedo. Con toda probabilidad no ha entendido una palabra. Por favor, no la espantéis. Tiene la mirada de un niño recién salido del regazo materno, todo lo que la rodea es nuevo e impresionante. Sabemos poco de ella, pero no creo que tenga memoria del propio pasado, al menos aún no.

—Quién sabe de dónde viene... —susurró, preocupado, un muchacho veinteañero, con el rostro lampiño y la mirada fija en el vacío. Sus ojos aún brillaban con la luz cargada de la esperanza

típica de los jóvenes reclutas que atestaban los centros de investigación. Pero no todos conseguían subir a bordo de una estación de alto nivel como Mnemónica. Muchos, después de una larga carrera, acababan marchitándose detrás de un panel en un despacho estrecho y anguloso, encerrados en algún anónimo edificio del centro de una metrópolis. Aquella luz pronto se apagaría, sofocada por una sombra gris como el uniforme de los investigadores no operativos. Poco más que simples archivistas, en realidad.

—Ahora no es importante de dónde viene —replicó Ben—. Debemos entender cómo está. Necesitamos un cuadro de sus funciones vitales, un análisis de los órganos internos y del aparato respiratorio y cardiovascular. Y todo lo demás, en resumen. Exámenes motores, oculares...

—A propósito —intervino la mujer de rasgos asiáticos cuya plaquita colgada del bolsillo de la bata identificaba como Sara—. Tenías razón.

—¿En qué?

—La cabina de la que la hemos extraído. Salió un gas en el momento de la apertura. Se ha dispersado por la habitación, los muchachos de la C5 lo están analizando.

Le agradaba el tono coloquial con que una persona rigurosa como Sara hablaba de las otras secciones. Los *muchachos* eran, en realidad, los miembros de una unidad especializada en análisis químicos con los que el equipo de Ben colaboraba desde siempre. Se trataba de hombres y mujeres entre cincuenta y sesenta años con una experiencia de largo recorrido en el campo de la química y de la física. Trabajaban en el sector C en la quinta planta, de allí lo de *los muchachos de la C5*. Con ellos, a pesar de que eran secciones distintas, estaba permitido encontrarse para discutir los resultados. En el fondo, la unidad de Ben obtenía los materiales y la otra los analizaba: la existencia de un grupo no tenía sentido sin el trabajo complementario del otro. Obviamente, los encuentros debían ser de carácter estrictamente profesional. Sin embargo, fuera de allí, en alguna sombría y olvidada periferia, Ben había vislumbrado el letrero apagado de algunos locales populares que antaño debían de haber sido el punto de reunión de trabajadores y conocidos, habituados a descargar las tensiones de la jornada laboral en compañía. Se trataba de una costumbre borrada por el tiempo, de la que solo los ancianos tenían memoria. La nueva generación había crecido respetando un protocolo social del todo diferente.

—Por el olor parecía H₂S, ácido sulfhídrico —dijo Ben mientras extraía algo del bolsillo de la bata—. Quizás el resultado nos diga algo de la conservación del cuerpo.

Dio algunos pasos hacia Sara y luego acercó su boca al oído de la mujer.

—Ten —susurró—. Dentro de media hora exacta, no digas nada.

Después se volvió hacia los demás.

—Dos de vosotros id a coger a Alfa y luego comenzad con los análisis. Venga, muchachos, a trabajar.

Sara siguió con la mirada a Ben, que daba la espalda al grupo y cogía de nuevo la rampa, mientras apretaba en la mano derecha la notita que el hombre le había pasado pocos momentos antes.

Se encaminó hacia el otro lado de la sala mientras el equipo montaba camillas y máquinas para los análisis, luego se sentó en una silla frente a un panel luminoso. Después leyó el apunte de Ben.

ALMACÉN 3F

Desde que habían encontrado la cabina, el hombre se comportaba de una manera extraña, y ella lo había notado. A pesar de que se trataba de actitudes casi imperceptibles, las había reconocido y, podía apostar por ello, no eran una buena señal.

Después de veintiséis años de trabajo a su lado, conocía a Ben mejor que a su marido. Había algo que no marchaba.

LA mujer se sentó al borde de la cama y acarició con dulzura una mejilla de la niña de pelo castaño. Sonrió y suspiró, luego le dio un beso en la frente.

—Todo irá bien, cariño.

La niña se secó una lágrima y respondió:

—Tengo miedo.

—¿De qué? —preguntó la mujer.

—De desilusionar a papá —respondió ella, y se volvió hacia el lado opuesto, sin lograr contener el llanto.

—Amor, papá está orgulloso de ti. Has llegado hasta este punto, para él ya es un éxito enorme, vaya como vaya mañana.

La pequeña alzó la vista. El techo era un hormiguelo de estrellitas fosforescentes que volvían mágica cualquier noche, en su dormitorio. Su pequeño rincón de la Vía Láctea, que la acompañaba siempre entre los brazos de Morfeo.

—¿Vaya como vaya?

—Claro, cariño. Porque eres una niña extremadamente adorable.

Río. Su madre sabía hacer desaparecer cualquier tensión. Le bastaban pocas palabras, una mirada. Podía acariciarle el corazón.

—Gracias, mamá.

La mujer sonrió y le pasó una mano por el cabello, despeinándola en broma.

—De todos modos... ¡pobre de ti si mañana no ganas!

La niña rio de nuevo y se ocultó debajo de las mantas. Su madre le estrechó la mano y la llevó a los labios para un último beso ligero, luego se levantó.

Cuando estuvo en el umbral, se volvió otra vez hacia ella.

—Será una gran final, Jenny. Lo sé.

Se despertó sobresaltada. Abrió desmesuradamente los ojos, encontró la luz de neón encima de su camilla y apartó la mirada. El resto de la habitación estaba inmerso en la oscuridad. No había rastro del hombre que le había hablado. ¿Pero qué era la visión que acababa de tener? ¿Era un sueño? ¿Un recuerdo?

Había percibido una emoción real, un afecto sincero. ¿Aquella era su madre? En tal caso, ella se llamaba Jenny. No estaba segura, pero de momento era la única respuesta a sus mil preguntas. Mejor tenerla en cuenta.

Será una gran final, Jenny...

El zumbido de las puertas automáticas rompió el silencio. Decidió cerrar los ojos, dejando abierta una sutil rendija para escrutar sin ser vista. Dos muchachos se acercaron, se intercambiaron un gesto con la cabeza y se pusieron en los dos extremos de la camilla, listos para empujarla.

—Es de veras guapa... —dijo uno de los dos, mientras Jenny fingía dormir.

Cuando estuvieron en el pasillo, un fuerte resplandor embistió sus párpados, y los encendió de un rojo fuego. Jenny mantuvo los ojos cerrados durante todo el tiempo, mientras sus pensamientos comenzaban a hacerse insistentes.

¿Qué es todo esto?

¿Qué ha sucedido antes de todo esto?

¿Quién soy?

Ben volvió al sector C después de haber recorrido la galería en medio del océano y alcanzó la cápsula de levitación magnética que conducía de un lado al otro del área. Insertó el índice en una ranura situada a la derecha de la puerta corredera y en pocos segundos esta se abrió. A veces, para mantenerse en forma, a Ben le agradaba recorrer el sector a pie, de un extremo al otro, a paso rápido. En caso contrario, se servía de la cápsula. Gracias a la suspensión

electrodinámica, que aprovechaba las polaridades opuestas de los magnetos de la cabina y de la vía sobre la que viajaba, este medio estaba en condiciones de moverse a velocidad sostenida a lo largo del bloque y cruzarlo en menos de treinta segundos.

Durante el breve trayecto Ben observó la zona circundante desde la ventanilla de la cápsula, mientras el latido de su corazón se hacía más insistente y subía hasta la garganta. ¿Era correcto lo que estaba a punto de hacer? Sin duda, no, era una locura. Era plenamente consciente de ello. Pero las imágenes de los diligentes empleados en bata verde del sector biotécnico que corrían rápidas frente a sus ojos le confirmaban la bondad de sus intenciones. No podía continuar sintiéndose uno de los engranajes. Y debía actuar antes de que tuvieran el más mínimo indicio de que algo no estaba funcionando de la manera correcta.

Cuando estuvo en el lado opuesto, salió de la cabina y entró a pie en otro túnel submarino. Llegado al fondo, pasó bajo el letrero que rezaba SECTOR B y se desvió hacia la derecha, donde una escalera descendía a la planta inferior. Cruzó un pequeño corredor y llegó frente a una puerta. La placa ponía:

BEN RJK546T8
UNIDAD DE INVESTIGACIÓN

Con una ligera presión del dedo índice sobre un pequeño panel anaranjado, la puerta se abrió. Una vez dentro de la habitación, Ben se desabotonó la bata y la apoyó sobre el respaldo de una silla frente a la mesa de trabajo. Luego se quitó la camiseta, desabrochó el cinturón de los pantalones y también se los sacó. Cuando estuvo desnudo, fue hacia una puerta corredera en el lado opuesto de la habitación y la abrió manualmente. Dio un par de pasos en el baño, se acercó a la ducha y la encendió apretando una tecla sobre un pequeño dispositivo empotrado. Aquel no era su despacho. Era su vivienda, desde que había embarcado en Mnemónica. Un estudio de treinta metros cuadrados, compuesto por una habitación y un baño. Había espacio suficiente para albergar una mesa de trabajo color nata sobre la que había un panel digital, un teclado y una pequeña impresora, una cómoda para archivar los documentos en papel y guardar los efectos personales; un minibar abastecido de botellitas de 35 cl de Frey, el agua mineral distribuida gratuitamente a todos los empleados; un sillón blanco, de piel de imitación, que en quince segundos se convertía en cama; un armario empotrado bastante estrecho, pero suficientemente grande para guardar las pocas ropas que necesitaban los empleados. Aparte de la bata azul que cada día se podía retirar de la lavandería de la planta, bastaba llevar un par de pantalones y una camiseta, además de los zapatos. No había motivo para tener más de un par de recambios, dada la eficiencia y rapidez de las lavanderías. También allí, como en todas partes, cada uno desarrollaba su cometido. Y las cosas funcionaban. La maravillosa máquina del Bienestar, como alguien había dicho durante un discurso político. Alguien sin cara, naturalmente, desde el momento en que los discursos eran distribuidos de manera digital y leídos por una voz automática, al igual que los periódicos y las revistas. No era necesario que los ciudadanos conocieran los rasgos de quien los gobernaba. La gente votaba el programa. Ben mismo le había dado su apoyo, por última vez, cuando había sido llamado a expresar una opinión mediante el voto. Pero en verdad, se preguntaba, ¿qué opinión habría marcado alguna diferencia? ¿O estaba todo tramado y sabiamente programado desde arriba?

Nadie tenía nada que objetar a que fuera así, mientras el gobierno recargase con cadencia semanal el fondo familiar y las mujeres que se ocupaban de la gestión de la casa pudieran hacer las compras o adquirir las ropas para los niños con la simple identificación mediante un microchip subcutáneo. Monedas y papel no se usaban desde hacía tiempo, estaba todo archivado en el perfil digital de cada ciudadano.

Aquello era el Bienestar, el programa político ideal que todos habían votado y todos deseaban mantener. Criminalidad reducida a los mínimos históricos, máximo rendimiento de cada sector productivo, seguridad para el futuro de los niños.

Que se convertirían en peones, como sus padres.

Peones felices.

Mientras hacía correr el agua de la ducha por su espalda, Ben pensó que no tenía ninguna intención de permanecer clavado en aquel tablero durante mucho tiempo.

Mientras el agua corría sobre el rostro de Ben y barría el velo de hipocresía, los recuerdos afloraban impetuosos. No podía borrarlos. Golpeaban como un ariete contra el portal cerrado de su disciplina, presionaban insistentes sobre las paredes de su cerebro e infectaban sus ideas con la despiadada violencia de un virus.

Podía tomarle el pelo al prójimo. Podía interpretar y aceptar serenamente la realidad de peón en que vivía.

Pero no podía engañarse a sí mismo.

Era un investigador, un veterano, ya. ¿Cuántas historias conocía? No era el único que había tenido un abuelo charlatán, no solo él se había preguntado demasiadas veces «por qué».

Esta vez, no.

No podía continuar fingiendo. No aceptaba la idea de hacer la pesca más increíble de su carrera, hacerla analizar y dejarla en las manos de personas cuyos rostros y fines desconocía. Sucedió desde siempre. Y desde siempre las historias de sus colegas estaban envueltas en el misterio. El padre de un investigador que conoció algunos años antes había encontrado en el fondo del mar conocimientos de altísimo nivel, útiles para el proyecto de sistemas de localización por satélite. Después se había colgado de una viga de un almacén de la Delta V, una vieja nave de dimensiones notablemente inferiores a aquella en la que trabajaba Ben. Un submarino histórico, gracias al cual se habían recuperado hallazgos de importancia crucial para el progreso de la civilización. Naturalmente, aquella tragedia privada no había llegado a los oídos de los ciudadanos.

Otro veterano había muerto a causa de un tumor fulminante en el cerebro, un mes después de haber sacado de los fondos marinos toda una biblioteca de publicaciones oficiales custodiadas en una habitación blindada, donde el agua no había conseguido penetrar. En los años sucesivos, extraordinarios descubrimientos médico-científicos de distinto tipo se habían encabalgado con una frecuencia sorprendente. Desde la compleja estructura del genoma humano hasta la interacción cuántica entre las partículas subatómicas; desde las células estaminales adultas reprogramadas, en condiciones de retroceder hasta el estadio embrionario y transformarse en todos los tejidos del cuerpo humano, hasta los materiales superconductores capaces de transportar electricidad sin oponer resistencia a determinadas temperaturas.

Las historias de los distintos investigadores acabadas en tragedia no merecían los honores de las páginas de sucesos, y poco interesaban a la gente corriente. El ciudadano medio seguía el progreso de la ciencia con distanciamiento, preocupándose solo de conservar el puesto de trabajo y mantener a su familia. Ignorante huésped en el banquete de la propia civilización, se conformaba con la comida sin interrogarse sobre los ingredientes. Y sin ver nunca la cara del cocinero.

Ben estaba seguro de que había llegado el momento de descarrilar de esa tranquilizadora vía.

Historias como aquellas conocía a montones. Quien quería hacerlo, las liquidaba como leyendas urbanas. O mejor, en este caso, marinas. Pero cualquiera que las contara no era desde luego un confabulador, un visionario o un subversivo. Era alguien que, como él, no aceptaba el papel de autómatas que la sociedad le había asignado. Y poco a poco, anidaba en la sombra.

La espuma descendía a lo largo del cuerpo de Ben, mientras el agua lo purificaba con su fresca caricia. Pensó otra vez en el Bienestar. Una vida totalmente regulada por leyes y contenida en límites, una ilusoria libertad de acción en un mundo planteado en esquemas. Claro, era verdad: Melissa y Lara podían comer y estudiar. ¿Pero quiénes eran sus profesores? ¿Qué dogmas aprendían cada día? Ben recordaba a la perfección la sede del Instituto de Formación, a pocos pasos de su casa. Sus hijas asistirían a esa escuela al cumplir los doce años. El complejo estaba

formado por tres edificios de cuatro plantas cada uno, rodeados por un amplio patio. Ben había ido junto a Loren, con mucha anticipación, para la inscripción en un escalafón especial que permitía ahorrar algo en el momento de la entrada propiamente dicha de las hijas en clase. Había visto a los alumnos. Filas de muchachos uniformados, educados en el rigor y en la disciplina, ordenados hasta el punto de parecer actores de una representación. Mejor, de una farsa.

¿Eso era libertad? ¿Cuál era la frontera entre la buena educación y la sumisión? ¿El ciudadano medio de la generación de sus hijas había sido de verdad libre de elegir? ¿De tomar un camino en vez de otro?

Si había un momento en que tenía sentido desviar el avión hacia metas ignoradas y salir de los esquemas, había llegado. Nadie habría podido pensar nunca en encontrar en el fondo del océano a un ser vivo. Estaban habituados a descubrir restos de ciudades sumergidas, conocimientos y testimonios. Del mar habían salido códigos, invenciones, textos y fórmulas. Y un día él, precisamente él, había tropezado con aquella cabina.

La placa sobre la base metálica era tan breve como extraordinaria: 2014.

Sabía perfectamente qué significaba. Quizá la mayor parte de los ciudadanos lo ignoraba, pero un estudioso como él no podía desconocer la Historia.

Cuatrocientos cuarenta y dos años antes, un asteroide había impactado sobre el planeta Tierra, y se decretó la extinción de la anterior civilización en una fecha que el antiguo calendario marcaba como 2014. Huellas y testimonios de la catástrofe estaban presentes en cualquier hallazgo del mar. En el desván de su vivienda Ben conservaba un mapa, tomado en préstamo durante el curso de estudios de investigación y que nunca había devuelto. Mostraba el mundo antes del Apocalipsis. Los continentes, los océanos. La vieja geografía. Era uno de los mapas más detallados que había visto nunca, y con el tiempo supo que encontrar uno similar era cada vez más difícil. Quizás era necesario que la gente ignorase el pasado para aceptar el presente.

El presente en que vivía Ben era el corazón de la vieja Europa, en el área que antaño estaba marcada en los mapas con los nombres de Alemania y Francia y que ahora tomaba el nombre de Gea. Todo el resto, según aquello que podía suponer observando los mapas, se había separado como un trozo de pan partido en dos, y se había hundido bajo las bofetadas de gigantescos tsunamis que habían arreciado durante mucho tiempo después del impacto del asteroide. O bien se había simplemente alejado creando una isla aparte, como Oriente, aquella que en los viejos mapas parecía corresponder a un gran continente llamado Asia, cuyas costas eran inaccesibles a causa de una prohibición legislativa impuesta en los tiempos de su abuelo a consecuencia de la más espantosa batalla naval que recordaban los libros de Historia.

Por cuanto él sabía, el continente en que vivía era muy similar en su forma a la vieja Australia: una enorme isla en medio del mar, eso era Gea. El puerto de Nes del que siempre hablaba su abuelo y del que partían la mayoría de las campañas, situado en la región del sudoeste, podía encontrarse en la zona que antaño era Montpellier, en Francia. La capital, Domus, en cambio, en cuya periferia vivía su familia, era una metrópolis de seis millones de habitantes que se extendía en la zona en que centenares de años antes surgía Fráncfort. Y la lengua cuya evolución le había contado su abuelo, que había unificado a las gentes y era hablada ahora por todos, era el italiano. Casi todos, en Gea, conocían las lenguas de origen, que se aprendían en la escuela en los cursos de Étimo, o sea, el latín y el griego. Y casi todos ahora hablaban corrientemente italiano, con la excepción de un mínimo porcentaje de analfabetos. Sin embargo, había «un agujero en la Historia», como le gustaba decir a él. No se conocía el momento en que las gentes habían sido unificadas bajo una única bandera, no se sabía cuándo datar la inflexión cultural, social y política de aquel continente, y esto porque quien había guiado las operaciones había impedido que se hiciera una crónica de ellas. Eran los albores de aquel programa político que había llevado al Bienestar. En el giro de un par de generaciones,

eran pocos los que recordaban sus orígenes. Seguro que había habido un momento preciso, durante el curso de los acontecimientos, en que los descubrimientos venidos del mar habían permitido un salto evolutivo extraordinario, y quien detentaba el poder había conquistado y unificado los territorios imponiendo una única lengua y una única ley. De allí en adelante, el progreso había avanzado con la rapidez de una avalancha: no daba tiempo de descubrir y conocer una tecnología cuando era suplantada, de inmediato, por otra más eficiente. Las barcas habían sido reemplazadas por las naves, las naves por los submarinos y estos por las estaciones submarinas como Mnemónica. «La memoria del agua» era el eslogan en los tiempos del diseño de la nave, cuando Ben aún era un estudiante lampiño que soñaba con guiar algún día una unidad de investigación.

¿Pero cómo había recomenzado la vida en la Tierra? Sobre este interrogante Ben se había devanado los sesos durante toda la adolescencia. Sentía desprecio por el desinterés de sus coetáneos con relación a los orígenes de la nueva civilización, y aceptaba a su pesar la política de desinformación que se empleaba al respecto. Los órganos de poder siempre habían vendido como creíble la historia de una población superviviente al fin del mundo, que había transmitido sus conocimientos y reiniciado la civilización en el curso de pocos centenares de años, pero Ben era un estudioso. Un arqueólogo, un conocedor atento de los secretos del mar. Y había interrogado a los hallazgos para entender el efecto de aquel Apocalipsis, los había examinado hasta concluir que no, no podía haber sobrevivido nadie. 2014 había sido el final de línea de la anterior civilización, sin excepciones. Cualquier cosa que dijeran por ahí, para dar explicaciones inatendibles que la masa nunca habría osado poner en tela de juicio, no era la verdad.

¿Cómo había aflorado la vida, pues? Sabía perfectamente que había una sola persona capaz de aventurar una hipótesis para proporcionar una respuesta a la cuestión. Pronto podría verla de nuevo y someterla a una pregunta que nunca se había atrevido a hacerle.

Cuando salió de la ducha y se secó el rostro, su imagen reflejada en el espejo del baño le devolvió un adulto desilusionado, cansado de creer en fábulas, necesitado de respuestas verdaderas.

Su única posibilidad era aquella muchacha, a la que había llamado Alfa cuando le habían pedido que redactara un informe, según una antigua y consolidada usanza por la cual la mayor parte de los descubrimientos y de los proyectos eran denominados con términos de origen griego o latino, que conferían importancia. El mismo continente, Gea, tomaba el nombre de la antigua denominación de la Tierra.

¿Pero quién estaba detrás de todo esto? Clavado a la propia mirada en el espejo, Ben continuaba torturándose con el mismo interrogante de siempre.

Ellos lo sabían. Quienesquiera que fuesen, sabían de su descubrimiento. Esperaban los análisis, quizás, antes de intervenir. ¿Cuánto tiempo le quedaba de vida? ¿Cuándo lo colgarían de una viga, o le inyectarían algo haciendo escribir «tumor fulminante en el cerebro» en la ficha clínica?

Volvió al estudio, con la toalla sujeta a la cintura, y su mirada se posó sobre un objeto cilíndrico apoyado sobre la mesa, junto al panel de trabajo. Lo cogió entre dos dedos y, como un pergamino enrollado, lo extendió sobre la superficie. Se trataba de un pequeño panel portátil, interactivo. Cuando se encendió, ofreció a los ojos brillantes de Ben una foto de Melissa y Lara, sus deliciosas niñas de pelo rubio y rizado, mientras jugaban con un perro de peluche más grande que ellas. En segundo plano, su esposa, Loren, con los codos apoyados en el diván y una sonrisa encantadora.

Habían pasado cuatro largos años desde aquella despedida hecha con nudos en la garganta y párpados hinchados. Cuatro interminables años, durante los cuales sus únicas relaciones eran mensajes escritos mediante un programa llamado Texto, instalado en el panel de trabajo y en la tableta portátil. Una correspondencia anónima, tan fría que a menudo le hacía dudar de que en

el otro lado estuviera de verdad su mujer, contándole cómo crecían las niñas y cuánto lo echaba en falta. El último mensaje estaba allí, en la pantalla del dispositivo, frente a su mirada cargada de hostilidad.

LAS NIÑAS ESTÁN ORGULLOSAS DE SU HÉROE.

TE ESPERAMOS, TRABAJA SIEMPRE CON SERENIDAD. CUANDO VUELVAS A CASA VERÁS LA NUEVA HABITACIÓN DE LAS PEQUEÑAS.

TE AMO, LOREN

Ben abrió la cronología de los mensajes, para buscar confirmación a una sospecha que se estaba abriendo camino en su mente. Le llevó algunos minutos, pero valió la pena.

—Bastardos... —imprecó en voz baja cuando encontró un mensaje fechado exactamente un año antes:

LAS NIÑAS ESTÁN ORGULLOSAS DE SU HÉROE.

TE ESPERAMOS, TRABAJA SIEMPRE CON SERENIDAD. CUANDO VUELVAS A CASA VERÁS LA NUEVA HABITACIÓN DE LAS PEQUEÑAS.

TE AMO, LOREN

«Esta no es mi mujer, es un condenado programa automático. Con unos fallos evidentes, por otra parte...».

Ben sopló y esbozó una sonrisa amarga. Respondería a aquel mensaje, claro. Sería afectuoso, como siempre, aunque en el otro lado probablemente solo había un algoritmo. Que le hubieran tomado el pelo durante años, no cambiaba nada. Solo confiaba en que no les hubiera ocurrido nada a sus seres queridos, y sabía a quién pedirle explicaciones atendibles al respecto. Pero antes debía salir de allí.

Habían transcurrido cuatro largos años. Melissa y Lara ya eran casi adolescentes... Era también para ver otra vez sus ojos que Ben estaba maquinando la fuga.

EL almacén 3F era un área de depósito en el interior de un vasto pabellón en la planta más baja del sector C. La planta más baja para Ben, naturalmente. En efecto, en el nivel inferior de cada bloque se encontraban las salas de máquinas, las unidades eléctricas, la cabina de pilotaje y los alojamientos de los timoneles, o sea, de toda la tripulación responsable de la navegación. Pero ni Ben ni Sara habían puesto nunca un pie allá abajo.

Cuando llegó al almacén, Alan lo acogió con la mirada baja y seria, como de costumbre. El muchachote de treinta y ocho años, casi del todo calvo, obeso y de gafas gruesas, quebrantaba a menudo las reglas. Alan sufría de autismo. En ciertos aspectos era muy poco fiable, pero en la gestión del almacén sabía cumplir con su deber. Era capaz de desarrollar su cometido de la mejor manera, y sobre todo de no discutir. Llamaba a todos «capitán», hasta a los encargados de la limpieza. El programa preveía la inclusión de personas como él en la máquina productiva, sin tareas de decisión, sino de gestión. No se abandonaba a un muchacho en apuros, se lo convertía en un diligente trabajador. Se le daba una oportunidad. O, al menos, esto era lo que se comunicaba a la gente para mostrar una fachada siempre loable.

—Capitán, ¿necesitas medicinas? —empezó el muchachote sin levantar la mirada, mientras desenroscaba el tapón de una botellita de agua Frey.

—¿Dónde ha ido a parar tu panel?

—No funcionaba, capitán. Se lo he dado a los de asistencia. Me traerán uno nuevo.

—Entiendo. Por tanto, si te pregunto dónde están las probetas de 12 de la *Synthesis* no puedes acceder al archivo para responderme.

Ben sabía que le acababa de hacer una pregunta de respuesta previsible, pero era un juego que le agradaba repetir cada vez con el encargado del almacén, como una tradición que respetar. No existía ningún archivo en el panel. O, mejor, existía. Pero no podía competir con la base de datos encerrada en la cabeza de Alan.

—Capitán, las probetas que buscas están en la fila 38, estante 6. Paquete azul con borde color amarillo oro. Código de producto X3... espera... X3-48-AG9. Sí.

Ben estiró los labios en una carcajada mientras miraba a Alan, que tosió.

—Eres el mejor —concluyó; luego se volvió y desapareció por uno de los pasillos.

La solicitud era naturalmente una distracción. El único interés de Ben era hacerle creer al muchacho que lo necesitaba para algo. Estaba seguro de que Sara habría hecho lo mismo. Entrar sin un motivo preciso habría despertado las sospechas incluso de un empleado especial como Alan, bien adiestrado para denunciar anomalías. Para muchos, el Gobierno era benévolo y magnánimo al ofrecer puestos de trabajo a personas con distintos tipos de minusvalía. A los ojos de Ben, en cambio, gente como Alan trabajaba porque seguía esquemas de comportamiento lineales, fáciles de modelar y dirigir. Si hubiera visto algo extraño, diferente de lo que le habían enseñado y vendido como justo, lo habría denunciado sin perder el tiempo ni experimentar escrúpulos morales. Un peón perfecto.

Sara no se hizo esperar. Apareció de detrás de una fila de estantes y cruzó la mirada con Ben. Los dos se acercaron y permanecieron uno junto al otro, fingiendo que hurgaban entre los estantes. Hablaron en voz baja sin mirarse.

—¿Qué demonios te pasa? —susurró Sara.

—Me la llevaré. Tienes que cubrirme. Solo puedo fiarme de ti.

La mujer abrió desmesuradamente los ojos mientras cogía una caja, simulando leer la composición de un medicamento.

—¿Te llevarás a quién? ¿A la chica? ¿Acaso te has vuelto loco?

Ben suspiró, con los ojos cerrados y las manos apoyadas en el estante.

—Si nos quedamos aquí, temo que las cosas se pongan feas. Para todos. Si me marcho con ella,

salvaré también al resto del equipo. El fugitivo seré yo, el buscado será solo uno.

—Estás delir...

—Sara, ¿cuántas veces en tu carrera has oído hablar de unidades enteras desaparecidas en la nada? Profesionales engullidos por el mar durante una operación en el exterior, por ejemplo. ¿Te lo crees? Yo, no. Tenemos entre las manos a un ser humano que pertenece a la anterior civilización. No sabemos cómo, pero está vivo y coleando. Se ha salvado del fin del mundo de 2014 y ha abierto los ojos casi quinientos años después. ¿Te das cuenta? Podría empezar a hablar de un momento a otro. Estamos frente al hallazgo más importante de toda nuestra Historia, de un milagro de la naturaleza o quizá de la tecnología que nos ha precedido. La misma tecnología que hemos heredado en los siglos, gracias al mar, y mejorado. Tendremos un fin desagradable, también tú lo sabes.

Sara escuchó el desahogo de Ben y luego reflexionó durante un momento: compartía cada una de sus palabras, y su experiencia de décadas la había llevado a hacer los mismos razonamientos en más de una ocasión. Cuando encontraron la cabina, su primer pensamiento había sido para su marido, que la había despedido en el puerto de Nes cuatro años antes, conteniendo las lágrimas. ¿Lo vería de nuevo? En calidad de investigadora casi debía desear no encontrar nada extraordinario en el fondo del mar. Una carrera sin picos de gloria la habría mantenido viva. También porque aquella gloria no habría salido de Mnemónica.

—¿Qué quieres hacer? —susurró la mujer.

—Dentro de dos semanas está previsto ese amarre submarino de media jornada para la entrega de los materiales del sector A en el puerto de Marina, ¿correcto?

—Claro. ¿Y entonces?

—Debes ayudarme.

El amarre submarino era una tipología de parada que a veces era preciso hacer, durante la campaña. A menudo la unidad seguía trabajando y ni siquiera se percataba. En efecto, Mnemónica no emergía, permanecía completamente bajo el agua, pero el sector A apuntaba directo hacia la costa, donde, a cincuenta metros de profundidad, un túnel excavado bajo tierra que terminaba en un gigantesco portalón automático estaba listo para unirse a la estructura sobre la nave. Una vez adyacentes, los dos portales se abrían y los camiones y los coches podían salir del aparcamiento de la nave para tomar el túnel que los llevaría a la ciudad. Entre esos camiones y esos coches se metería el todoterreno de Ben.

Él conocía el punto débil de la sociedad en que vivía: el condicionamiento ético y psicológico que sufrían las personas cada día no empujaba a nadie a cometer acciones perversas o imprevisibles desde hacía mucho tiempo. Esto había debilitado el sistema de control, ahora acostumbrado a la pacífica conducta del rebaño. Nadie habría soñado con cometer un acto semejante. Quizás era precisamente por eso que Ben podía conseguirlo.

—Capitán, he dicho fila 38... no 18... —La voz de Alan resonó desde el lado opuesto del pasillo.

Ben se volvió de golpe, disimuló la sorpresa y trató de contener la tensión.

—Sí, Alan... por eso no las encontraba.

El encargado del almacén lo miró desconcertado, y la frente ligeramente arrugada no era una señal positiva. Era mejor que no sospechase demasiado o la misión habría comenzado de la peor manera posible.

Ben trató de ponerle remedio sin demora:

—¿Me acompañas? Siempre me pierdo por estos malditos laberintos...

El muchachote dudó, pero después se acercó tímidamente a Ben y a Sara.

—Te llevo yo, capitán. Conozco este almacén mejor que mis bolsillos.

Ben lanzó una mirada de complicidad a la mujer, que respondió con un suspiro y una mirada cargada de preocupación. No era una situación fácil de gestionar. Había un equipo de dieciséis individuos empeñado en realizar los análisis a la chica encontrada, y dos semanas críticas que

pasar hasta el amarre submarino, prestando atención a que nadie sospechase nada. O todo se habría ido al garete.

Sara era la única colega de la que podía fiarse. Una de las pocas personas con las que se abría, de vez en cuando, lejos de ojos indiscretos. En los últimos quince años habían pasado más tiempo bajo la superficie del mar que sobre tierra firme. Aquella a bordo del Mnemónica era la quinta expedición en que tomaban parte juntos.

Y en aquel momento ambos sabían que sería también la última.

A los ojos de Ben, la primera semana del despertar de Jenny pareció que no pasara nunca. Los días transcurrieron uno tras otro, lentos e infinitos, igual que la espera de un momento tan importante como para inmovilizar las manecillas del reloj. Los análisis del cuerpo de la muchacha se sucedieron sin que ella opusiera resistencia, sin que dijera una palabra. La reeducación motora comenzó desde el primer día después de la apertura de la cabina y dio resultados positivos en tiempos más rápidos de lo previsto. El corazón respondió bien a las pruebas de esfuerzo y, a pesar de algunos valores descabellados, también la sangre parecía en orden y los números entraron pronto en los parámetros de referencia.

Electrocardiogramas y análisis del aparato cardiocirculatorio fueron repetidos varias veces, y se notó una mejora de las condiciones generales ya después de seis días de test. Nadie sabía formular una hipótesis de cómo era posible que hubiera permanecido centenares de años en un estado de suspensión de la existencia. Qué función había desarrollado el ácido sulfhídrico presente en la cabina, quizás algún médico de alto nivel habría podido explicarlo. Tal vez *los muchachos de la C5* proporcionarían conjeturas atendibles, antes o después.

Jenny comenzó a alimentarse de inmediato, a beber con regularidad, a mover articulaciones inferiores y superiores siguiendo al pie de la letra las indicaciones de la fisioterapeuta. Pero continuó sin hablar. No dijo ni una palabra. El neurólogo se convenció de que la muchacha sufría un fuerte estrés postraumático y no fue capaz de suponer cuándo comenzaría a decir algo.

Ben y Sara, en cambio, no volvieron a hablar del desatinado plan del hombre, hasta que, a seis días del amarre submarino que habría llevado a Ben y Jenny fuera de allí, todos los miembros del equipo de investigación fueron despertados al alba por un mensaje en Texto, asociado a un tono que indicaba máxima prioridad, como siempre ocurría en caso de avisos de las altas esferas.

ATENCIÓN

HOY A LAS 5.30 HORAS P. M. AMARRE SUPERFICIE PUERTO DE HORUS.

ENTREGA ANÁLISIS SUJETO ALFA.

Ben esperó a que Sara saliera de su habitación y sin decir una palabra la aferró por un brazo y la arrastró a un trastero a mitad del pasillo.

—¿Lo has leído también tú? —empezó en la oscuridad, cuando estuvieron al abrigo de oídos indiscretos.

—Alguien nos espera en el puerto para la entrega de los análisis —susurró ella.

—*Me* espera en el puerto. Habitualmente estas entregas me corresponden a mí, en calidad de responsable de la unidad —respondió Ben. La expresión contrita de su rostro empezaba a tomar forma mientras los ojos de Sara se habituaban a la oscuridad.

—¿Pero por qué no se la hacen transmitir por medio de Texto?

—Porque evidentemente temen que los informáticos de Oriente estén en condiciones de navegar de incógnito en nuestros sistemas y robar informaciones. Este tipo de entregas, por lo que sé, siempre se han hecho en mano. Informaciones en papel, dentro de un sobre sellado.

—¿Sospechas algo?

Ben alzó las cejas y respiró hondo, mientras echaba un fugaz vistazo al corredor desierto.

—Todo lo que te he dicho se verificará. Este repentino interés por los análisis de la chica no hace más que confirmar mis sospechas sobre nuestro destino. Estamos condenados a desaparecer en la nada. Y nadie vendría a buscarnos.

—¿Con quién te encontrarás?

—No tengo ni idea. Probablemente un intermediario. Ya me he cruzado con ellos, en el pasado. Hablan poco, cogen las cosas y se van. No creo que los contraten para hacer preguntas.

Sara suspiró.

—Esta situación no me gusta nada. Presta atención.

—Estate tranquila. Nadie tiene ni la más mínima idea de aquello que estoy a punto de hacer. Hace una vida que les servimos en silencio. Lo de hoy es solo un contratiempo.

Ben enarcó una ceja y una sonrisa se pintó en su rostro.

—Además, pegar un salto a la ciudad y respirar por última vez el aire de Gea como hombre libre... me hará bien. ¿Te traigo un regalito? Tengo buen gusto, ¿sabes?

Sara lo miró a los ojos, luego alargó una mano y entrelazó sus dedos con los del hombre. Un gesto que, en público, habría sido, como poco, mal visto.

Cuando Sara entró en la sala de análisis, la unidad ya estaba reunida y operativa. Estaban todos, solo faltaban Ben y ella. Jenny estaba sentada al borde de la camilla, con el camisón que le dejaba las piernas al descubierto. Alzó lentamente la cabeza cuando vio entrar a la mujer y esbozó una sonrisa estirando levemente los labios.

—¿Dónde se ha metido el jefe? —preguntó uno de los muchachos.

—¿No está aquí?

Sara fingió sorpresa. Alguien sacudió la cabeza.

—Buenos días a todos —exclamó Ben desde la rampa de conexión, mientras bajaba a paso rápido.

—Buenos días —lo acogió Sara, volviéndose e intercambiando con él una mirada de complicidad.

—¿Hoy subimos a la superficie, pues? —preguntó uno de los muchachos. Era bajo y con un par de gruesas gafas colgadas de la nariz pronunciada.

—Exacto. Es más...

Ben lanzó un vistazo hacia el fondo de la sala, donde una serie de monitores ofrecían las imágenes en directo del exterior de la nave.

—Parece que *ya* estamos en la superficie.

En realidad, la mitad inferior de Mnemónica, que alojaba la planta de los motores y las cabinas de mando, no salía nunca del agua. Cuando la estación submarina amarraba en la superficie, solo los niveles del tercero en adelante emergían de las olas. Lo que la gente veía desde la costa era una imponente y reluciente construcción de metal negro, formada por cuatro grandes bloques conectados entre sí por filas de estructuras tubulares que permitían el paso de una sección a otra. Daba la idea de que era una construcción sólida, indestructible. Los niños soñaban con subir a bordo y habrían falsificado sus documentos para conseguirlo.

—El anuncio decía cinco y treinta de la tarde, si no recuerdo mal —observó una mujer de pelo negro corto con un flequillo sobre la frente.

—En efecto —confirmó Sara—. Ben entregará los datos que hemos reunido hasta hoy. Por eso... ánimo, comencemos a trabajar. Antes de la pausa para comer será bueno haberlo impreso y recogido todo. Y entretanto continuemos con los análisis, el equipo debe mantenerse operativo también durante el amarre.

—¿Cuándo volvemos a partir? —preguntó otro muchacho, alto y enjuto, con una gran nuez de Adán que atraía la atención sobre el cuello antes que sobre los ojos.

—La cita es en la zona del puerto de Horus —respondió Ben—. He recibido un segundo mensaje, privado, con las coordenadas. Conozco el lugar, no falta mucho. Creo que la estación se detendrá solo para esta entrega, como máximo cargarán algunos suministros. En mi opinión, zarparemos dentro de una hora.

El muchacho asintió, con una mueca de desilusión en el rostro. Quizás habría querido echar un vistazo fuera, ver el mundo, respirar el aire fresco de la tarde. Demasiado para un muchacho de ni siquiera veinticinco años, aún lleno de ambiciones y esperanzas que la sociedad pronto habría destruido.

—Ánimo, a trabajar —concluyó Sara, y cada uno se dirigió a su puesto. Ben se apartó y dio algunos pasos hacia Jenny. Cuando estuvo frente a ella, la mirada dulce de la chica lo arrebató durante un momento. En sus ojos color avellana estaba custodiado el secreto. Una verdad de que quizá ni siquiera ella era consciente, pero que pronto podría manifestarse. Pero no allí. Y no bajo los dictámenes de un jefe sin rostro.

Ben se giró hacia los monitores que reproducían las imágenes tomadas por las cámaras situadas en el exterior de Mnemónica. Las altísimas agujas de los edificios en el centro de Horus se recortaban en el cielo límpido de la mañana, y descollaban, autoritarias, sobre la alfombra de inmuebles de alrededor. Esbeltas, sinuosas e imponentes, eran el orgullo de la arquitectura moderna y el alarde de una presunta riqueza de la que la ciudad se llenaba la boca. Después de Nes, el de Horus era el puerto más vasto de Gea, capaz de alojar casi trescientas embarcaciones y dar trabajo a la quinta parte de los padres de familia del lugar. Algunas horas más y Ben podría admirar aquel panorama desde tierra firme, en vez de hacerlo en una pequeña pantalla plana. No era la primera vez que hacía un alto en Horus, conocía la zona del puerto y tenía bien impresa en la mente la calle comercial, que desde la costa llevaba derecho al centro, donde, sin duda, podría comprar un regalo para sus niñas, si tenía tiempo. Se volvió de nuevo hacia Jenny, le apoyó una mano en el hombro y la miró como si fuera su hija. Luego se puso a trabajar.

Mnemónica entró en el puerto a las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde, con gran anticipación respecto de lo anunciado por el aviso digital. El pliego impreso con los análisis del sujeto Alfa estaba listo desde las dos. El altavoz anunció que, en quince minutos, aquellos que tenían una cita en la ciudad podrían bajar de la nave. Ben se quitó la bata y la apoyó sobre una silla. Alcanzó una fila de taquillas en el lado opuesto de la sala, abrió una y sacó una chaqueta marrón.

—Hasta luego, muchachos —dijo sin mirar a nadie a la cara. Jenny estaba reposando en una de las camillas y el resto de la unidad estaba trabajando sobre los resultados de los análisis.

El lugar de la cita era un local de descanso en las cercanías del puerto, a no más de cinco minutos a pie del punto en que la nave había atracado. Estos locales habían reemplazado en el curso de las últimas décadas las ya olvidadas fondas, que en los tiempos del abuelo de Ben eran el principal lugar de encuentro después de una extenuante jornada de trabajo. Los locales modernos eran tiendas sin personal de servicio, provistos de dispensadores de bebidas y comida de programación digital. Sobre un lado estaban los productos, sobre el opuesto los contenedores para los desechos, mientras que una larga mesa blanca en el centro de la tienda servía como apoyo para comer. Se podía pedir cualquier tipo de platos de un menú riquísimo expuesto en la entrada, porque los locales no vendían comida envasada o platos precocinados. Una verdadera cocina, inaccesible al público, trabajaba a pleno ritmo, generalmente en la planta inferior. La mayoría de la gente pedía, esperaba, retiraba y llevaba a casa la comida, en perfecto acuerdo con el protocolo social que estaba agrietando cada vez más las relaciones humanas. Eran pocos los que se demoraban para comer, pero no estaba prohibido. De seguro que la larga mesa en el centro del local bastaba y sobraba para satisfacer a los pocos que querían consumir la comida en el lugar.

Mientras paseaba por el puente de conexión entre Mnemónica y la tierra firme, Ben miró a su alrededor y empezó a respirar hondo. «Falta tan poco...», pensó, mientras saboreaba la embriagadora sensación de independencia que la huida le ofrecería, una semana después. Claro, en pocas horas se habría convertido en un fugitivo, pero ¿cuánto merecía la pena intentarlo? ¿Cuán seductora era la fascinación de la libertad?

Ben alcanzó el final del puente, dio algunos pasos hacia delante, alzó la mirada y se volvió hacia Mnemónica. La sombra de los altísimos edificios del centro de Horus, iluminados desde atrás por el sol de la tarde que había empezado su descenso y pronto habría desaparecido tras las colinas, se recostaba silenciosa sobre el océano. Solo la sombra del edificio central, sede de las

unidades gubernamentales, con su imponente y ahusada figura, cubría toda la estación submarina.

Ben se volvió nuevamente hacia la ciudad. La explanada de enfrente era una especie de gigantesca área peatonal, inaccesible a los automóviles. Había un discreto ir y venir de personas, pero de Mnemónica habían salido pocos hombres, como confirmación del hecho que, probablemente, el objetivo principal de aquella etapa era su encuentro con el intermediario.

Los ojos de Ben examinaron el área circundante. Al fondo de la explanada, una hilera de bloques bajos, de tres o cuatro plantas como máximo. De fachadas blancas y anónimas, pero en buenas condiciones. Algunas calles paralelas se insinuaban estrechas entre los edificios y penetraban en el corazón de Horus. Una de esas, la más ancha y elegante, era la vía Comercial, pero desde el punto en que se encontraba no era visible, y el local que debía alcanzar estaba en la dirección opuesta. Ben se encaminó hacia el lugar de la cita, con el pliego bajo el brazo y una mano en el bolsillo. Trató de no intercambiar miradas con la gente del lugar, fiel como siempre a aquel código de comportamiento que sugería —imponía— no interactuar con el prójimo durante las horas laborables, cuando no era estrictamente necesario.

Mientras cruzaba la explanada, su mirada se posó durante un momento sobre una larga fila de personas frente a un panel digital que daba sobre la acera. El letrero luminoso encima de sus cabezas decía **RATIO**. Se trataba de un dispositivo del que se servían los ciudadanos, con periodicidad mensual, para actualizar su fondo familiar. Estaba activo solo en determinados horarios, por tanto, era fácil que se creara una cola —silenciosa y ordenada— frente al panel. Introduciendo el dedo índice en la correspondiente ranura, la pantalla presentaba la situación patrimonial del individuo y ponía al día su fondo familiar, los créditos sanitarios y el estado de las compras.

Ben apartó la mirada y apuntó directamente hacia una tienda que había despertado su atención. Vendía hallazgos marítimos. El letrero en madera decía **TESOROS DEL OCÉANO**. Naturalmente, no había que ser un veterano para entenderlo, aquel sitio no ofrecía más que reproducciones, falsificaciones, objetos de diversa naturaleza que tenían poco que ver con el mar, y baratijas. El escaparate estaba lleno de collares de piedras de colores, estrellas marinas, viejas anclas oxidadas de la época de su abuelo, brazaletes formados por pequeñas piedrecillas y diversos tipos de cuchillos.

«Deberían darse una vuelta con nosotros por el océano», pensó Ben, mientras su mirada era capturada por un objeto en exposición. Faltaban dos minutos para la hora de la cita, pero la puntualidad no representaba ya una de sus prioridades. En el fondo, pronto sería un forajido. Podía permitirse un ligero retraso por algo que a sus niñas les agradaría mucho.

—Buenos días —dijo Ben en cuanto entró en la tienda. El comerciante era un anciano de pelo blanco desordenado, vestido de manera extravagante: llevaba una camisa floreada que caía sobre un par de pantalones blancos estrechos. No era una vestimenta comúnmente aceptada, pero se pasaba por alto a las personas de una cierta edad. Como decía siempre el abuelo de Ben: «Cuando te haces viejo ya no le interesa a nadie que te adaptes al estándar».

—Hola. ¿Qué desea? ¿Le agrada el mar?

Tenía una voz chillona y nasal. Su tono amistoso sonaba decididamente anacrónico.

Ben miró a su alrededor y se deslizó entre la total confusión que reinaba en el interior de la tienda; luego sonrió de forma bonachona.

—Diría que sí.

—Entonces está en el sitio correcto. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Quisiera un objeto que tiene en el escaparate. Mis niñas lo han visto en un libro sobre fábulas antiguas y me lo han pedido de regalo.

—Delicioso... un padre enamorado de sus hijas.

Ben levantó las cejas, mientras empezaba a pensar en las consecuencias que podía tener su inmotivado retraso.

—Perdone... tengo un poco de prisa.

—Claro, claro... —El hombre se acercó a Ben y prosiguió hacia el escaparate—. Dígame, ¿qué objeto necesita?

—Aquel colgante de allá —respondió alargando un brazo y apuntando el índice hacia un pequeño collar del que colgaba un pendiente de plata formado por tres segmentos en espiral entrelazados entre sí, con un extremo en común formando una especie de vórtice.

—Oh, delicioso... sus niñas son afortunadas. Pronto tendrán entre las manos un poderoso talismán, un antiguo Triskell. ¿Conoce usted la historia de este símbolo?

Ben suspiró y empezó a manifestar signos de impaciencia. Debía estar en el local al cabo de algunos minutos.

—Lo siento, por desgracia no puedo entretenerme para escuchar la *deliciosa* historia de este símbolo... ¿Por casualidad, tiene dos?

El señor lo miró mal, casi ofendido, mientras se alejaba hacia el Triskell y lo sacaba del escaparate.

—Claro, claro, entiendo. Tendrá que volver al trabajo. De todos modos, no, tengo solo uno. Si quiere, puedo ver si consigo encar...

—Déjelo correr —lo interrumpió Ben—. Y perdone la prisa. Me llevo este.

El viejo le tendió el colgante y se volvió para regresar al mostrador, ofreciéndole los hombros y la espalda gibosa.

—¿Quiere que se lo envuelva con...?

No terminó la frase.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamó Ben después de haber oído un estruendo. Los vidrios de la tienda temblaron durante un momento. El propietario se volvió con los ojos desorbitados y las cejas altas, que dibujaban filas de arrugas profundas sobre la frente.

En pocos segundos ambos estuvieron en la calle, mientras varios transeúntes se reunían en pequeños corros a lo largo de la acera.

—Oh, joder... —susurró Ben, mientras miraba a lo lejos, en la dirección de la que provenía el humo.

—¡Maldición! ¿Qué era? —gritó el viejo.

Ben miró a su alrededor, mientras un estremecimiento le atravesaba la espina dorsal. Se guardó el Triskell en el bolsillo y huyó a la carrera, directo hacia la estación submarina.

A sus espaldas, el local donde tenía que presentarse para la entrega del pliego estaba invadido por las llamas y a su alrededor se dispersaba una voluminosa nube de humo, negra como el fin de la existencia que Ben había evitado por pocos minutos gracias a aquel desvío inesperado.

«Debía entrar en ese local para morir», pensó, mientras desde la acera llegaba la voz entrecortada del viejo que reclamaba el pago del Triskell. «Contaban con mi puntualidad. Nunca he llegado tarde a una cita... Yo también tenía que saltar por los aires».

Mientras corría hacia el puente de conexión con la estación submarina, el pliego debajo del brazo y el colgante que daba tumbos en el bolsillo derecho de la chaqueta, Ben comprendió que sus hijas, de manera del todo inconsciente, le acababan de salvar la vida.

Frunció los labios en una mueca de desafío.

Una vez a bordo, nadie dijo palabra de lo ocurrido. Quizá no sabían lo que había pasado, el equipo se había mantenido operativo y el estruendo no había llegado a su bloque. Ben fingió que no pasaba nada, como tampoco había dicho esta boca es mía cuando descubrió que detrás de los mensajes de su mujer había un generador automático.

Solo el panel de su cabina reproducía una noticia de última hora, que él leyó justo antes de irse a dormir. El clásico despiste mediático, como era lógico esperar:

HORUS.

EXPLOTA BOMBONA DE GAS EN LAS COCINAS DE UN LOCAL DEL PUERTO.

MUERTOS CINCO COCINEROS Y DOS CLIENTES.

Ben se esforzó por conciliar el sueño. Había intentado esconder a los otros su preocupación, había hecho lo posible para que la unidad siguiera trabajando con serenidad.

En efecto, nadie se dio cuenta de nada y nadie sospechó que su propia vida pudiera estar en peligro a causa de su increíble descubrimiento. Ben consiguió serenarse y continuó trabajando y comportándose con lucidez. Ya tenía una solución alternativa, perfecta para salvaguardar también al resto del equipo. Solo confiaba en que no atentaran de nuevo contra su vida en los días siguientes.

Durante aquella última semana de hombre libre, algunos intercambios de mensajes privados en Texto le informaron del hecho de que podía transmitir los análisis mediante el panel, gracias al interfaz digital.

Ningún temor de que algún experto informático de Oriente los interceptase, pues... Para Ben era la confirmación de que la entrega en mano solo servía para liquidarlo.

Obedeció, como era correcto hacer para no despertar ninguna sospecha. Y siguió trabajando en silencio, llevando una máscara y escondiendo sus ideas al resto del equipo. Se descubrió habilísimo para mentir. Salvo en una única ocasión ya sepultada entre los recuerdos, nunca había sido proclive a la mentira.

Hasta que llegó la vigilia del amarre submarino y el corazón comenzó a latirle aprisa en el pecho, mientras el rostro disimulaba cualquier emoción con un extraordinario autocontrol. Pocas horas más y su condición de hombre libre, por otra parte discutible, habría terminado para siempre.

LA aguja penetró en el brazo de Jenny y un estremecimiento la atravesó de la cabeza a los pies, haciéndole abrir desmesuradamente los ojos. La mujer que le estaba tomando una muestra de sangre la miró con aire perplejo, pero calló. Tenía un rostro de rasgos dulces, algunas arrugas en la frente indicaban que ya no era una chiquilla, y era levemente estrábica. En el momento en que la aguja se metió bajo su piel, Jenny tuvo una visión que la arrastró a otra parte durante un momento. Vio a una persona con una bata blanca que ejecutaba el mismo tipo de toma, luego sonreía y decía: «¡Enhorabuena, campeona! Estaba en la grada el sábado pasado, durante tu final».

En rápida secuencia, otros fragmentos se superpusieron, confusas telas de un mosaico en busca de orden, como le ocurría desde hacía dos semanas. Vio una plaquita de madera con la inscripción DR. MORGAN, vio un podio montado sobre una alfombrilla de hierba sintética a pocos metros de una piscina, vio una medalla de oro y a un hombre que, visiblemente emocionado, se arrodillaba delante de ella y le susurraba: «Estoy orgulloso de ti, cariño... un minuto y dieciséis segundos, ¿te das cuenta? ¡Uno y dieciséis!».

—Hecho. Llevo las probetas al laboratorio —dijo la mujer dirigiéndose a sus colegas después de haberla hecho extender sobre una camilla. En torno a Jenny había un trájín de camisas azules, cada una con su tarjeta de identificación colgada del bolsillo. La señora que le había sacado la sangre se llamaba Claudia, y antes de alejarse le levantó el respaldo y esbozó una sonrisa. Parecía una expresión forzada, poco natural. Jenny permaneció impasible.

Algunos instantes más tarde, dos hombres se acercaron y uno le dijo:

—Ahora aplicaremos unas pequeñas ventosas a lo largo de tu cuerpo, pero no debes preocuparte, no durará más de diez minutos y no sentirás nada. Lo hicimos también hace cinco días, te portaste muy bien.

El hombre la miró como un veterinario mira a un perrito enfermo mientras le pone una inyección, seguro de hablar una lengua incomprensible para el paciente.

Ella no se descompuso, se limitó a mirarlo a los ojos. Fue solo un instante, pero vio algo. Un muchacho, un escritorio, una pila de libros, paquetes de hojas llenas de apuntes y una foto enmarcada que representaba una nave con la inscripción *Delta V* en mayúsculas. Sintió también una vibración emocional, una mezcla de sensaciones. Tenacidad, ambición y dedicación.

En aquel momento tuvo la confirmación de cuanto estaba en condiciones de hacer. No era empatía. Era una percepción real. No una intuición, sino una verdadera *lectura*. Las personas con las que interactuaba, sus mentes, sus recuerdos... eran como un libro que hojear. Se necesitaba concentración y el puente era frágil, evanescente. No sabía decir si era un poder, un don o una simple capacidad. Pero ya le había sucedido, estaba segura. Ya había *leído* en la gente. Ya había caminado por senderos ajenos. No había empezado en aquella nave.

El hombre comenzó a desabotonar el camisón que le cambiaban cada mañana. Era una especie de capa violeta que se ataba sobre las caderas y se ponía del revés, como una camisa de fuerza. Jenny no se opuso mientras el hombre la desnudaba completamente. Solo giró la cabeza hacia abajo y vislumbró sus pechos, con los pezones turgentes a causa de la temperatura fría de la sala. Alguien se acercó para atarle el largo cabello castaño, hasta aquel momento suelto. Lo recogió en una gomita elástica y se alejó.

Pocos instantes después llegó otra mujer, tiró de una palanca y acomodó la camilla en posición perfectamente horizontal. Cuando se plegó sobre ella, Jenny reconoció la mirada, recordó aquellos ojos almendrados y el rostro ligeramente aplastado. En un instante le pasó ante los ojos un cartel luminoso en una calle oscura. Decía CHINESE RESTAURANT - *Melbourne's first choice*. Más allá del letrero, al fondo de la calle, una fila de palmeras corría a lo largo de la

travesía. Detrás de las palmeras, una extensión de agua sobre la cual centelleaba el reflejo de la luna.

—Hola, Alfa. Quién sabe si consigues entender mis palabras. Hagamos este rápido examen, luego te dejaremos en paz. Las ventosas son antipáticas, pero no hacen ningún daño.

Jenny estiró levemente los brazos, sonriendo a Sara con benevolencia. Ahora había entendido que Alfa era solo un nombre en código inventado por aquellos hombres y no le pertenecía de verdad. Mientras la mujer hablaba y ella la miraba fijamente a los ojos, tuvo una extraña e incomprensible visión. Una hojita arrancada, con una inscripción encima que decía ALMACÉN 3F. Jenny leyó, al fondo de su mirada, que Sara estaba allí para ayudarla.

Ben volvió a su despacho. Se encerró dentro, apoyó un bloc de notas sobre el escritorio y permaneció inmóvil durante un momento; después se llevó una mano a la frente para masajear las sienes con el pulgar y el medio. Era el momento de actuar.

Los análisis habían durado demasiado y los resultados positivos no eran una buena señal. Si alguien hubiera querido poner punto final a su unidad, pronto habría dado señales de vida. Nada de escarapelas para los investigadores. Muchos aplausos para los detentores de la información y del poder.

A la mañana siguiente estaba previsto el amarre submarino y aquella era su única ocasión. No había tiempo que perder. Pasó al lado opuesto del escritorio, se sentó, comprobó el reloj en la pantalla del panel y lo activó con una leve presión del índice sobre una plaquita metálica lateral. Las 17.46.

Una hora y un cuarto y sería la hora de la cena, taxativa como el protocolo imponía a todos los empleados de su sector. Cada sección tenía un horario diferente, el suyo era 19-19:45. Por la tarde, si había análisis o investigaciones particulares que hacer, se proseguía con el trabajo, de otro modo se podía regresar al propio alojamiento y reposar.

Seguramente, dada la importancia de los tests en curso, muchos miembros de su unidad trabajarían a pleno ritmo al menos hasta la medianoche, horario en que todos debían regresar a sus estancias para dormir hasta las seis. Pero cada noche era costumbre que un miembro del equipo, de manera rotativa, hiciera el turno de guardia, o sea, horas extraordinarias hasta la mañana siguiente para controlar las unidades y mantener los ojos bien abiertos sobre lo que los detectores marinos podían señalar de un momento a otro. Por lo demás, Mnemónica continuaba moviéndose bajo la superficie del océano y los avistamientos no daban preavisos.

Controló quién estaba de guardia aquella noche: Lidia.

—Perfecto... —comentó para sus adentros. Una muchacha de veintidós años, tímida, fiel al deber y, sobre todo, en su primer cometido. Fácil de embaucar.

Ben se levantó de golpe, apagó el panel, salió de la habitación y se dirigió hacia el bloque D, donde el equipo estaba efectuando los análisis. Debía encontrar un modo de verse a solas con Sara, otra vez. Ahora que se había sincerado con la colega y se había asegurado de que sería su cómplice, no quedaba más que comunicarle horarios y desplazamientos previstos por su plan. Y contarle aquella única y gran mentira sepultada en su pasado.

—Ya era hora, te echábamos en falta —le dijo Jonas, un colega algunos años más joven, en cuanto Ben apareció en la sala donde sus compañeros estaban trabajando a pleno ritmo. Alto y robusto, la tez aceitunada y los ojos pequeños y cercanos, Jonas era un veterano como él, pero nunca habían congeniado demasiado. Era uno de aquellos que nunca perdía la ocasión de subrayar que su manera de actuar era la más conforme al protocolo, o para pinchar a quien cometía una ligereza, un error. Hacía gala de su celo. Si hubiera tenido un amo de carne y hueso al que tener como referencia, lo habría adulado de la mañana a la noche. No se podía decir que no fuera un investigador capaz, eso no. Tenía experiencia, conocía muy bien varias lenguas preunificación y sabía traducir incluso los numerosos hallazgos marinos pertenecientes a antiguas naciones del período que había precedido al impacto del asteroide. Se podía contar

con su preparación, sin duda.

Ben hizo un gesto con la cabeza y lo saludó de mala gana.

—¿Te ha pasado la fiebre?

Si Sara era su cómplice en aquel desatinado intento de fuga, Jonas era aquel del que había que guardarse con mayor atención. Tiempo atrás había denunciado a los superiores que un colega se había saltado una cena o se había presentado con media hora de retraso por la mañana. Además, Ben estaba convencido de ello, la denuncia era un acto vil, un gesto que era un fin en sí mismo. No se sabía *a quién* se presentaba la denuncia, solo se lo hacía para parecer diligente. A menos que se hubiera sorprendido a un colega boicoteando una misión, robando o desertando, poniendo a los otros en dificultades, ninguno de los investigadores estaba obligado a denunciar a nadie. Pero, en este deporte, Jonas sobresalía desde el día en que Mnemónica había dejado el puerto de Nes. La anomalía estaba representada por el hecho de que, en casi todos los ámbitos laborales, había demasiados personajes miserables y taimados. Pero entre los investigadores, desde siempre, regía un código de leyes no escritas que difícilmente llevaba a alimentar ese despreciable sistema. El investigador era la mayoría de las veces un puro, un virtuoso. Desarrollaba su cometido con meticulosidad, pero, cuanto más se documentaba sobre el pasado, más llegaba a comprender las maquinaciones del presente. Desafortunadamente para ellos, los investigadores eran demasiado pocos para constituir una clase social peligrosa o una célula temible. Y el hecho mismo de ser obligados a pasar años y más años en el mar, lejos de casa, los encadenaba a una especie de exilio forzoso. Era más fuerte el deseo de volver a abrazar a sus seres queridos que el de organizar una revuelta, y quien gobernaba debía de saberlo perfectamente.

—Sí, por suerte. Maldita infección —respondió Jonas—. He seguido todos los progresos de los análisis a la muchacha mediante las actualizaciones de Texto. Sorprendente... Ah, tengo una noticia para ti. He pasado por C5 para saber más sobre el gas contenido en la cabina.

—¿Y entonces...?

Sara se introdujo en la conversación mientras Jenny, recostada en la camilla, solo podía prestar atención a las voces.

—Se trata de ácido sulfhídrico, como sospechabas.

—Estaba seguro. ¿Hacían falta dos semanas para saberlo? Ese hedor a huevos podridos es inconfundible —respondió Ben.

—En efecto —lo apoyó Sara.

—¿Aquí cómo va? —Ben se dirigió deliberadamente a ella, ignorando a Jonas y dejándolo fuera de la conversación. Cosa que fastidió visiblemente al colega.

—Hemos hecho otros análisis. El grupo sanguíneo de Alfa es B positivo. Los valores están en los límites, en constante mejora. Es algo absurdo. Si hago la misma toma a mi sobrina de quince años sin duda está peor.

—Muy bien —comentó Ben mientras su mirada iba más allá de la mujer y encontraba a lo lejos el cuerpo desnudo de la muchacha tendida sobre la camilla, con el tórax, los brazos y las piernas invadidos por los electrodos.

—Y estamos repitiendo algunos tests cardiovasculares —intervino Jonas, aclarándose la voz antes de hablar, para obtener la atención de Ben. Por más que no hubiera simpatía entre los dos, Ben continuaba siendo el director de aquella unidad, aunque Jonas nunca lo había considerado un jefe—. También hoy la tensión es perfecta —añadió—. Ciento cinco sobre sesenta.

—¿Cómo lo haremos esta tarde? —preguntó Sara a Ben, lanzándole una mirada que decía: «Tenemos que hablar en privado».

—Lidia tiene el turno de guardia. Podríamos mantenernos operativos hasta medianoche y luego dejar reposar a Alfa hasta mañana. Quisiera seguir con la prueba de esfuerzo, a la vuelta de la

cena.

Sara asintió con una lenta subida y bajada de la cabeza, mientras su imaginación ya estaba figurándose la fuga de Ben con el cuerpo de la chica a la espalda.

—¿Creéis que hablará? —preguntó Jonas, enarcando una ceja.

—No lo sé, pero en ese caso estate listo para traducir. —Ben sonrió, sarcástico—. ¿Cuántas lenguas sabes... del viejo continente?

Jonas miró a su alrededor, levemente avergonzado. Su pregunta parecía una invitación a alardear como de costumbre, pero por debajo había un velo de ironía punzante que le impedía responder con la pedantería de siempre.

—Algunas... —respondió, fastidiado—. Vuelvo a trabajar, dentro de poco está programada la fisioterapia en el agua, llevaré yo a Alfa a la piscina. También hay un par de *screening* antes de la cena.

Era casi molesto oír hablar a Jonas, cuando quería jactarse de sus conocimientos. Usaba un vocabulario repleto de términos técnicos robados a lenguas preexistentes como el inglés y el alemán, que según decía la Historia habían condicionado e influido al italiano hasta invadir los diccionarios en las últimas décadas antes de la extinción. El inglés, por otra parte, era la lengua materna de Oriente, la antigua Asia. Pero Ben no podía estar seguro, dado que desde su nacimiento no había habido ningún contacto con sus habitantes. Se lo había contado su abuelo, que quizás era el libro de Historia más creíble con el que jamás había estudiado.

Cuando se sentía en dificultades, Jonas sacaba vocablos como *screening*, o *test*, que nadie soñaba con utilizar en un contexto como aquel. Toda la unidad, que durante los cursos de arqueología había tenido que hacer exámenes de neurociencia, medicina general y biología, había estudiado con la *Enciclopedia Médica* hasta gastarla, y sabía que se trataba de un texto fundamental, un importantísimo hallazgo de la civilización preexistente. Sin aquel cofre de informaciones recuperadas del pasado, no habrían evolucionado hasta el punto de superar en tan pocos lustros los conocimientos del mundo que había cerrado los ojos en 2014 del viejo calendario. Era como si la vieja civilización se hubiera detenido en un peldaño de la escalera del progreso, interrumpida por el Apocalipsis, y la nueva hubiera partido de cero para recuperar poco a poco todos los viejos conocimientos y conseguir alcanzar en escaso tiempo el escalón más alto. Lo que Ben se preguntaba a menudo, dado que ningún texto lo mencionaba, era cómo había recommenzado la vida sobre la Tierra tras décadas, quizá centenares de años de silencio. No estaba tampoco seguro de que fueran de verdad cuatrocientos cuarenta y dos desde el fin del mundo precedente, y había llegado al punto de pensar que sabía mucho más sobre la civilización extinguida que sobre aquella a la que pertenecía. Los hallazgos no mentían, mientras que quien detentaba el poder sobre su gente era ciertamente hábil en el arte de la manipulación.

A pesar de que la *Enciclopedia* en cuestión estuviera en italiano, estaba atestada de términos robados a otras lenguas. Pero, en Gea, la costumbre —o quizá sería mejor decir el dogma— era no hacer mezclas. Se había impuesto una lengua desde los tiempos de la unificación, y esa debía permanecer. Pura. Incontaminada.

En los nombres propios de las personas se podían encontrar rastros de un pasado más rico en mezclas y menos vinculado a los dogmas. Los registros de a bordo estaban llenos de nombres ingleses y alemanes; respecto de esto nunca se había promulgado ninguna ley. Muchos niños tomaban el nombre del abuelo o de la abuela, manteniendo así viva la musicalidad de lenguas que, salvo revoluciones socio-políticas, con el tiempo se habrían perdido para siempre.

Ben guiñó un ojo a Jonas, como para decir: «Bien, ahora quítate de en medio».

Sara esbozó una sonrisa. Habría preferido llevar personalmente a Alfa a la piscina, pero, según el orden de tareas que habían establecido, aquel encargo correspondía a su colega, ausente desde hacía días a causa de una desagradable infección del aparato respiratorio que lo había

obligado a guardar cama. Dejó que el hombre se alejara y se volvió hacia Ben, con la mirada preocupada.

—Te estás arriesgando mucho —murmuró, dando la espalda a los colegas concentrados frente a las pantallas. Sara y Ben estaban suficientemente apartados del resto del equipo para hablar sin que nadie los oyera.

—Lo sé. O salgo libre o salgo cadáver. Alfa es la ocasión de mi vida.

Sara lo miró, y sus ojos parecían decir: «Te lo ruego, no lo hagas». En cambio, preguntó:

—¿Cómo estaremos en contacto... después?

Ben guardó las formas, mientras con el rabillo del ojo mantenía bajo control al resto de la unidad, para evitar despertar sospechas.

—No estaremos en contacto —respondió sin mirarla a la cara.

—¿Quieres desaparecer en la nada?

—Sé adónde ir. Sería demasiado arriesgado intercambiar informaciones después de mi fuga. Tendrás que creer en mí. Si no recibes noticias de mi captura, significará que todo ha ido bien. Y un día, tal vez... quién sabe.

Sara bajó la mirada, en señal de rendición. No tenía sentido tratar de detener a Ben y la única opción era la de encubrirlo. Él tenía razón: todo el equipo sería eliminado, después de un descubrimiento de semejante importancia. Quizá ni siquiera esperarían a los resultados de los análisis o al próximo amarre en superficie. Y lo más terrible era que no sabían de quién y de qué tener miedo. Sus jefes podían ser una manada de microchips, dado que se presentaban solamente en forma digital. No saber a quién temer era el peor de los miedos. Si Ben escapaba con la chica antes de que se hubieran llevado a término los análisis, quizás el equipo sería perdonado. Las autoridades se concentrarían en el fugitivo. En el fondo, el descubrimiento del cuerpo de una joven en perfecto estado de salud siempre se podía vender como un colosal disparate marino... una historia destinada a permanecer bajo la superficie del océano. Los ciudadanos nunca sabrían nada, ningún órgano de prensa daría relieve a la noticia y la unidad seguiría trabajando a bordo de Mnemónica.

—De acuerdo, Ben. Cualquier cosa que decidas, te encubriré. Aunque no tengo idea de cómo podrás desaparecer sin que te cojan.

—Te lo he dicho, sé adónde ir.

Sara lo miró, perpleja, durante un momento.

—¿O sea...? —preguntó luego.

—Una vez te conté mi primera campaña, ¿verdad?

Sara asintió y alzó las cejas, invitando a Ben a continuar.

—Era un novato, acababa de terminar los estudios. Me encontré catapultado a una salida al exterior, con otros tres colegas. Tres veteranos. Estábamos a bordo de una pequeña nave, menos de la mitad de un bloque de esta.

—Sí, eso me lo habías dicho. ¿Entonces?

Ben miró a su alrededor. Nadie los estaba observando.

—Cuando con Mnemónica encontramos la cabina de Alfa, yo reconocí el lugar.

Sara arrugó la frente y guiñó los ojos.

—¿Cómo? ¿Perdona?

—Ya lo había visto. Ya había estado. Esa salida con los veteranos es el motivo de mi insubordinación de hoy. Han pasado treinta años. Nunca he hablado de ello con nadie, pero aquel día encontramos algo. En aquellos tiempos no había un control tan maniático como hoy. Mis colegas lo sabían y se pusieron de acuerdo. Nunca nadie supo nada de aquella... pesca. Y cuando atracamos en la isla de Limen, los veteranos hicieron transportar el hallazgo a tierra firme, para hacerlo desaparecer.

—¿De qué estás hablando?

—De otra cabina. Idéntica a la de Alfa.

Sara abrió desmesuradamente los ojos y se llevó una mano a la boca, en un teatral gesto de sorpresa que no fue captado por el resto de la unidad, enfrascado en las investigaciones.

En un instante le pasó por delante toda su carrera. Vio a Ben bajo una luz distinta; su mirada, de pronto, era enigmática y misteriosa. No podía sospechar que su amigo y colega de toda una vida guardara semejante secreto.

—¿Cómo terminaron los veteranos? —preguntó con un hilo de voz.

—Uno ha muerto, hace algunos años. Víctima de un infarto a los setenta y cinco años. Otro creo que aún está en el manicomio de Roden. Nunca ha hablado de ello, nunca ha revelado la entidad de aquel descubrimiento, ni siquiera cuando perdió el juicio.

—¿Y el tercero?

—Y el tercero es la persona que me ha enseñado a pensar como un hombre libre. El que me ha hecho abrir los ojos, que me ha educado para mirar la realidad desde otro punto de vista. Un brillante investigador, pero también un experto en informática, lenguas antiguas y medicina. Estoy hablando de mi padre. Ahora tiene sesenta y nueve años, vive en la isla de Limen y desde siempre nos escribimos a través de mensajes cifrados en Texto. Es un lenguaje que ha programado él y solo conocemos nosotros dos. Lo que quiero decirte es que cuando encontramos a la muchacha y abrimos la cabina, hace dos semanas, él hizo lo mismo con la suya. Dentro había un chico. No tengo idea de por qué ha esperado todos estos años, pero nunca ha querido decírmelo. Pero sé que siempre lo ha tenido y protegido, hasta el día de nuestro descubrimiento.

Sara, atónita, siguió sacudiendo la cabeza mientras observaba los ojos sinceros de Ben. Nunca se habría inventado una historia semejante, no con ella. Solo podía creerlo.

—Entonces Alfa no es la única...

—No, y creo saber su verdadero nombre, aunque con el equipo debería seguir llamándola Alfa.

—¿Cuál es?

Ben sonrió, excitado y estimulado ante la idea de evadirse de Mnemónica llevando consigo su descubrimiento más extraordinario antes de que cayera en manos equivocadas.

—Mira, hace dos semanas que mi padre estudia al chico, desde que abrió los ojos. Exactamente como estamos haciendo nosotros. Es un joven atlético, de pelo rubio y rasgos delicados. Pocos días después de despertar, comenzó a hablar. Aún no recuerda mucho de su pasado, pero parece que nombra continuamente a una tal Jenny.

SITUADA en la zona más extrema del bloque, la piscina donde Jonas llevó a Jenny para la fisioterapia en agua era una tina de veinticinco metros de largo, dividida en tres calles por dos filas de flotadores rojos. La sala estaba iluminada por una serie de luces difusas de tonalidades verdes y azules, que se reflejaban sobre el agua creando sugestivas reverberaciones de color.

—Aquí está nuestra piscina, Alfa —dijo Jonas extendiendo un brazo y señalando la tina, mientras Jenny miraba a su alrededor, desorientada.

—Tengo curiosidad por verificar tu respuesta motora también en el agua, después de haber comprobado que tienes un estado de salud, como poco, inexplicable —continuó el hombre, con la vehemencia de quien habla la propia lengua en tierra extranjera y el auxilio de gestos que le permiten hacerse entender, de una manera u otra.

—Puedes cambiarte en esa habitación —añadió mientras ofrecía a la chica un traje de baño violeta entero y con un movimiento de la cabeza le indicaba el vestuario—. Te espero aquí.

Jenny no profirió palabra, cogió el bañador y entró en el cuartito. Se quitó el camisón mientras, en alguna parte, en sus recuerdos, se encendía una débil luz. Una rendija por la que se filtraban escenas sepultadas en los meandros de su memoria compuesta de fragmentos, minúsculas piezas de un puzle imposible de completar. No se sentía a gusto con aquel hombre. Advertía su oportunismo, su alma taimada y exhibicionista. Pero tenía ganas de sumergirse en el agua y nadar. Sabía que era capaz de hacerlo. Sentía que lo necesitaba.

Se puso el bañador y salió del vestuario, luego sacó del bolsillo del camisón una goma y se ató el pelo. Jonas la esperaba al borde de la piscina, cerca de la escalerita, con una libreta entre las manos.

—Entonces, Alfa... empecemos con un poco de calentamiento en el agua —dijo, imitando con los brazos algunos movimientos de *stretching*.

Jenny caminó hasta el borde de la piscina sin dignarse a mirarlo, se volvió, de espaldas al espejo de agua, y bajó por la escalerita. Como si fuera un comportamiento habitual, un esquema mental que no necesitaba aprender. Se sumergió y cerró los ojos durante un momento. Un indistinto rumor acolchado presionaba sobre las paredes de su cráneo, en el intento de romper la resistencia y manifestarse. Podía tratarse de un recuerdo, un jirón de su pasado, algo que no pertenecía a aquel mundo en el que había vuelto a abrir los ojos. No estaba segura de ello, pero parecía que aquel confuso estruendo resonaba desde alguna parte de su cerebro.

Jonas comenzó a pegar saltitos y a agitar los brazos, para mostrar a Jenny los movimientos que debía repetir. Ella continuó ignorándolo, y también la voz del investigador se alejó cada vez más, hasta desaparecer. Jenny estaba allí con su cuerpo, pero se encontraba en otra parte con el pensamiento. Aún no sabía dónde, pero era ciertamente un lugar mejor, cargado de emociones y sensaciones exaltantes.

Miró derecho frente a sí, con los ojos fijos y decididos. Cogió aliento, dio un pequeño salto, con el pie derecho se dio impulso y empezó a nadar, frente al estupor de Jonas, que se quedó inmóvil observando la escena.

En aquel instante, entre los recovecos del espacio y del tiempo, las imágenes de otra vida se superpusieron de repente, el recuerdo que presionaba con insistencia rompió cualquier barrera, y aquel rumor acolchado se hizo distinto, claro, condenadamente *cercano*.

Cuando el rostro estaba inmerso en el agua, Jenny mantenía los ojos cerrados, los labios apretados y estaba allí, en una piscina cubierta en el interior de una estación submarina, casi quinientos años después del fin de su mundo.

Cuando levantaba la cabeza para respirar, estaba en una piscina olímpica al aire libre, el estruendo proveniente de las gradas, los gritos de aliento de su padre, Roger, que llegaban hasta sus oídos y la empujaban adelante, una brazada tras otra, derecho hacia la victoria.

Y luego otra vez abajo, con los ojos cerrados, en el presente.

Y nuevamente en la superficie, medio milenio atrás en el tiempo. Con un rápido vistazo mantenía bajo control a sus rivales en las calles a su derecha, mientras al fondo el estadio de atletismo estaba repleto y de fiesta, con las banderitas agitadas al viento por los hinchas que se mezclaban en un arco iris de colores.

«Esta soy yo... esta era mi naturaleza, mi vida...».

Llegada al final de la tina, Jenny se enroscó y se dio un nuevo impulso con los pies, volvió a alternar las brazadas y a coger velocidad. Habían pasado dos semanas de su despertar, pero solo en aquel momento, finalmente, se podía considerar viva.

Cuando volvió al punto de partida, se agarró con las manos al borde de la piscina y alzó la vista. Jonas estaba de rodillas, con la mirada maravillada. Jenny se volvió, partió otra vez e hizo otros dos largos, pero empezó a advertir la fatiga física debida al esfuerzo. Los brazos se hicieron pesados, las pantorrillas insinuaron pequeños calambres que la empujaron a recorrer el último tramo de espalda, para distender los músculos. No podía continuar. Volvió hacia la escalerita y salió, mientras Jonas iba a su encuentro con un albornoz y una amplia sonrisa.

Visiblemente satisfecho, la cubrió y la acompañó al vestuario, luego pasó el índice sobre una pantalla empotrada y en la pared opuesta se activaron cuatro chorros de agua.

—Ven... —susurró, después la cogió de la mano, le quitó el albornoz y lo arrojó sobre un banco.

Cara a cara con aquel individuo que no le inspiraba ninguna confianza, Jenny frunció el ceño pero no dijo una palabra. Si bien deseaba escapar, alejarse de allí lo antes posible, sentía que el único comportamiento sensato era complacer, obedecer y no oponer resistencia.

Jonas acercó los dedos al cuerpo de la muchacha y aferró los tirantes del bañador, lo bajó lentamente, le descubrió primero el pecho y luego el resto del cuerpo. Cuando estuvo desnuda, la condujo debajo del chorro de agua; cogió un bote de una taquilla y vertió un gel verdoso sobre la espalda y el pecho de la muchacha. Jenny la advertía claramente: era una sensación chocante y peligrosa, desembocaba de los ojos de Jonas y la embestía de lleno. Era excitación. El hombre comenzó a rozarle el cuello con la mano derecha y pasó el gel sobre la espalda, masajeándola con un movimiento delicado. Aquella sensación aumentó todavía más, subió hasta convertirse en una amenaza. Cuando Jonas desplazó la mano de la espalda a la cadera y empezó a subir hacia el pecho, Jenny se la aferró y la apartó. Lo observó con una mirada penetrante, decidida. «Asqueroso», pensó. «Ni lo intentes».

Ben y Sara se unieron al grupo para trabajar hasta la hora de la cena, mientras Jonas y Jenny volvían de la piscina. El hombre informó de los resultados alentadores de la sesión de natación, sin aludir a aquel momento embarazoso en el vestuario. Lo habría negado, si algún día la chica se decidía a hablar.

Cuando fue el momento de ir a comer, Sara acompañó a Jenny a su camilla, la hizo extender y la cubrió con una sábana azul. Bajó la iluminación de la sala y se dirigió hacia la mesa junto a Ben. Permaneció operativa solo Lidia, porque era preciso que alguien controlara a la muchacha mientras los demás estaban ausentes, y el encargo fue para la misma que aquella noche tendría que permanecer de servicio para el turno de guardia.

—Literalmente increíbles, los valores, digo —comentó Sara mientras seguía a los otros a la planta superior. Ben estaba junto a ella, asentía con la cabeza y aflojaba el paso para permanecer al final del grupo. Jonas, pensó Ben, sin duda había notado aquella confabulación, pero él y Sara trabajaban juntos desde hacía tanto tiempo que a menudo se apartaban para cambiar opiniones entre ellos sin recurrir a los demás. No era una costumbre bien vista por el grupo, pero era comprensible. Una novata como Lidia, por una especie de temor reverencial, cuando los advertía hablando en voz baja ni siquiera se acercaba.

—Quiero decir... ¿cómo es posible? —insistió la mujer, manteniendo un tono bajo, mientras el grupo entraba en el comedor.

—Mi padre ha hecho personalmente algunos análisis al muchacho y me ha referido las mismas cosas. Corazón perfecto, órganos internos en orden, valores de la sangre dentro de lo normal..., en resumen, un adolescente saludable. A propósito... mentí cuando dije que probablemente Jenny no había entendido una palabra de cuanto le había dicho. ¿Sabes?, hace dos semanas, antes de empezar con los análisis.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que puede comprender nuestras conversaciones.

—¿Cómo puedes saberlo?

Ben cogió una bandeja de una pila y miró a su alrededor, furtivo.

—El muchacho que encontró mi padre dice que se llama Alex. Vivía en Italia, el país en que se hablaba nuestra misma lengua. Si la Jenny a la que se refiere es la chica que hemos pescado, nos encontramos frente a dos novietes nacidos hace unos quinientos años. O a dos hermanos, dos amigos, no lo sé.

Sara sopló con las cejas levantadas, en señal de desconcierto, y le entró la risa.

—Es una suerte que no hablen alemán o inglés, de otro modo deberíamos pedir ayuda a Jonas.

—Sí...

Los colegas ya habían terminado de llenar las bandejas y se acomodaron en las mesas. El amplio local contaba con treinta de seis puestos, y el lado izquierdo estaba ocupado por los mostradores donde estaban dispuestas las comidas. Al fondo de la sala, una maxipantalla transmitía las veinticuatro horas contenidos de política y exámenes en profundidad de temas sociales. La difusión de noticias edulcoradas y tranquilizadoras era uno de los instrumentos más eficaces para mantener bajo control a los ciudadanos, que se sentían constantemente protegidos y seguros en un Estado donde todo funcionaba «gracias al empeño de todos», como decía el eslogan.

—Entonces, ¿cómo pretendes moverte? —preguntó Sara, vacilando en la elección de un segundo plato. Había a disposición filetes de lenguado, lubina, dorada, tortilla mixta y luego menús de carne con salchichas a la parrilla, buey, pollo y pavo.

—Sé cómo distraer a Lidia. Es nueva, no me preocupa. Actuaré antes del fin de su turno, alrededor de las cinco. El amarre está previsto para las cinco y media y nuestro equipo tiene el despertador habitual a las seis. A las cinco y cuarto debo tratar de llegar abajo con la chica. La escondo en el coche y me pongo a la cola detrás de los camiones. El procedimiento tarda una media hora; por tanto, debería estar en el túnel que lleva a la ciudad antes de las seis.

—Cuando suene el despertador...

—Tal cual. —Ben posó una botellita de agua Frey junto al plato de calamares y gambas, sobre la bandeja. Dio algunos pasos y soslayó el mostrador de la fruta—. Cuando estéis a punto de empezar las operaciones de la mañana, yo ya estaré en el túnel. Naturalmente se emitirá un comunicado de emergencia, Jonas o alguien en su lugar hará la denuncia y...

Sara miró a Ben mientras fingía elegir entre algunas manzanas.

—No, hazla tú —dijo él.

—¿Qué?

—La denuncia. Así nadie podrá insinuar que me has ayudado. Ni siquiera Jonas, que nos está mirando desde que se ha sentado a la mesa. No arriesgas nada, y, en todo caso, alguien la hará. Hazla tú antes. Denuncia la desaparición del cuerpo en cuanto bajas.

—Está bien, la haré. Pobre Lidia, la someterán al tercer grado.

—Creo que comprenderán que Lidia no tiene ninguna responsabilidad.

—O. K., pero ahora sentémonos. Estamos perdiendo demasiado tiempo y nos ven hablar desde que hemos salido de la sala.

—Bien. —Ben alzó el tono de voz mientras se volvía y buscaba una mesa con dos puestos libres—. Tienes razón, ha sido un hallazgo genial. Todos esos puestos de trabajo para la

reconstrucción del estadio de atletismo en las afueras son la señal de que en el poder están las personas adecuadas, que saben cómo optimizar los recursos, cómo implicar a todas las clases sociales en la maquinaria productiva.

Sara suspiró y dijo:

—Sí... de verdad que no podemos quejarnos.

Luego los dos se sentaron y la comedia prosiguió en la mesa. Eran las 19.12 y en la cabeza de Ben la cuenta atrás ya había comenzado.

La muchacha en bata azul tenía un rostro ovalado de rasgos delicados, pelo rubio recogido y una sonrisa tímida. Se acercó a la camilla sobre la que yacía Jenny para abotonarle el camisón detrás del cuello. En la sala reinaba el silencio y la mayoría de los neones habían sido apagados. Mientras Lidia se inclinaba hacia delante, su tarjeta de identificación colgó frente a los ojos de Jenny. Se miraron durante un solo y fugaz instante.

—Tú y esta manía de ser investigadora... —El hombre, calvo y sin cejas, con una vistosa cicatriz que le atravesaba toda la frente, tenía la mirada de piedra—. ¿Sabes lo difícil que es para una chica? Podrías seguir el ejemplo de Amanda, de Giulia... Ellas sí que tienen un trabajo serio, sin riesgos, con un salario digno y...

—Están diez horas al día introduciendo datos en un panel. ¿Eso quieres para mi futuro?

—¡No te atrevas a dirigirte de esa manera a tu padre! ¿Quién te crees que eres? —El hombre dio un puñetazo sobre la mesa de la cocina y sacudió la cabeza, como para expresar toda su desilusión.

—Correcto, yo no soy nadie.

—Haz lo que quieras... Si no te cogen a bordo de ninguna nave, no vengas a llorarme. Sabes dónde acaban los investigadores no operativos. En un despacho, como tus hermanas. Archivando datos. Yo siempre he trabajado, sin perseguir sueños inútiles... Si vivimos en la era del Bienestar, es gracias al empeño de los de mi generación.

—La era del Bienestar... —repitió ella con sarcasmo, en voz baja.

—Si tienes un techo bajo el que dormir —continuó el hombre, que no había captado la pulla de su hija—, debes agradecerérselo a tu viejo, que nunca ha tenido pretensiones que estuvieran fuera de su alcance. En cambio, ella quiere ser investigadora... tu madre se revolverá en la tumba. —Lidia se levantó y le dio la espalda sin replicar. Dejó la cocina mientras su padre vociferaba algo que ella no habría escuchado. Lo abandonó allí, salió de casa e hizo seis kilómetros a pie bajo la lluvia, hasta el cementerio público. Sus zapatos se hundieron en el fango mientras cruzaba los senderos entre las lápidas, hasta que llegó a la de Greta, su madre. Se arrodilló y cerró los ojos, pero no lloró. Solo dijo:

—Seré investigadora. Cueste lo que cueste. Lo haré por ti, mamá.

Lidia se volvió después de haber abotonado el camisón detrás del cuello de Jenny y estaba a punto de marcharse.

De repente, ella la aferró por un brazo. Fue un gesto espontáneo, del que solo se dio cuenta cuando su mano ya se había agarrado a la piel tersa de la investigadora. Lidia se sobresaltó, abrió desmesuradamente los ojos y la miró con temor, mientras el corazón en una fracción de segundo había duplicado la frecuencia del latido.

Pero Jenny se limitó a sonreír. Fue una sonrisa sincera, una expresión de total empatía. Había visto la determinación de una muchacha que sabía qué quería y para conseguir su objetivo habría combatido con toda su persona contra los prejuicios. En un solo instante, Jenny había robado un fragmento del pasado de aquella joven mujer, lo había visto como si fuera la escena de una película, había entrado en sintonía con ella.

Y había sentido de nuevo una verdadera emoción.

La última que había experimentado, a la que en aquel momento no estaba en condiciones de remontarse, había sido la sensación de terror en el instante en que había saltado al vacío, de la

mano de Alex, mientras el asteroide se hacía añicos en la atmósfera terrestre. Los últimos y sombríos siglos de Historia, desde aquel momento hasta su despertar, habían durado un parpadeo, una eternidad mental sin tiempo. Pero ahora sus ojos estaban de nuevo abiertos.

EL equipo volvió a estar operativo en torno a las ocho de la tarde.

Lidia no dijo palabra sobre el episodio ocurrido con Jenny. Sentía que algo la frenaba, se convenció de que no había ocurrido nada importante y calló. En el fondo, solo le había estrechado un brazo y sonreído. Luego la había soltado y había dormido durante una buena media hora. Desde que había obtenido aquel puesto, Lidia había estado siempre muy atenta a la relación con los colegas. No quería ser la clásica principiante que se impresiona por cualquier rareza, o que corre donde los otros para comentar sin parar acontecimientos como si fueran extraordinarios.

Se reanudaron los exámenes. Jonas y Ben levantaron de la camilla a aquella a la que seguían llamando Alfa; la hicieron subir sobre una tarima y verificaron los progresos motores, sosteniéndola por los brazos. La muchacha ya se sostenía bien sobre sus propias piernas, y, cuando el *tapis roulant* comenzó a correr, a velocidad muy baja, respondió caminando. Claudicante, en equilibrio precario, como si estuviera soportando una pesada fisioterapia después de una terrible desgracia y no estuviera bien coordinada, al final incluso consiguió correr.

A Ben le interesaba particularmente el resultado de ese examen. Dentro de pocas horas trataría de huir. En la mejor de las hipótesis no sería preciso que Jenny se moviera sola o pudiera correr, pero si hubiera sido necesario era mejor asegurarse de que podía hacerlo.

Al término de la prueba, mientras Jonas se sentaba frente a un panel para visualizar los gráficos del examen motor, Ben aferró un brazo de Jenny y se lo llevó al cuello, la ciñó por la cintura y la acompañó de nuevo a la camilla. La recostó despacio, con dulzura y respeto. Sin hablar, se intercambiaron una mirada que duró un instante y una eternidad a la vez, abriendo un paso sin tiempo entre las almas y los mundos, entre el infinito y la materia. Ben la miró, emocionado, con el corazón que le galopaba en el pecho, pero la mano firme y el rostro inescrutable. Nadie habría sospechado de él. Desde aquel primer descubrimiento, cuando su silencio había sido correspondido con una promoción y los veteranos, entre ellos su padre, le habían ordenado que nunca informara, por ningún motivo, del secreto de aquel hallazgo. Aquel episodio había sido como una semilla que poco después había hecho germinar la naturaleza rebelde de su pensamiento. Había vuelto a aquel punto del planeta. Lo había conseguido. A pesar de que cada campaña tenía rutas predefinidas por los «de arriba», a pesar de que un investigador o un timonel no tenían ninguna libertad en la elección de los lugares que recorrer, había logrado volver a pasar por allí. Suerte, quizá. Recordaba perfectamente cuando él y los tres veteranos habían encontrado la primera cabina. Se la habían llevado deprisa, como si estuvieran robando algo. Y entonces habían desviado la ruta hacia la isla de Limen y allí habían escondido el hallazgo. Cuando el resto de la tripulación había sospechado, uno de los tres veteranos había tratado de restablecer el silencio y el orden. De aquel pequeño submarino con doce hombres a bordo, solo tres habían vuelto sanos y salvos a casa. Los cuerpos de los otros ya eran patrimonio del mar. A los superiores se les informó de un ataque pirata y Ben obtuvo una promoción al grado superior por haber salvado la vida de dos veteranos, gracias a su testimonio. El tercero no lo había conseguido, había sido raptado y su rastro se había perdido. El tercero, obviamente, era su padre.

Desde aquel día, su viejo había sido considerado desaparecido y, como preveía la ley, después de diez años se había dispuesto la ceremonia fúnebre. Nadie, en toda Gea, podía sospechar que el padre de Ben estaba escondido en Limen bajo una identidad falsa y custodiaba uno de los hallazgos más importantes que el mar había entregado nunca a los hombres. Limen no pertenecía a la jurisdicción de Gea. No pertenecía a ninguna jurisdicción. Era considerado un puerto pirata, para algunos un andurrial que debía evitarse durante cualquier ruta marina. Gea

no estaba interesada en el control de una isla poco atractiva en medio del océano, llena —según las leyendas— de bucaneros, delincuentes y expresidarios. Geográficamente estaba situada a medio camino entre Gea y Oriente; en efecto, parecía que era el gobierno de la ex Asia el que controlaba políticamente la isla y la usaba para exiliar a los indeseables, pero nadie tenía la certeza de ello. Ben tenía algunas informaciones más gracias a los mensajes cifrados que intercambiaba con su padre, pero tampoco su viejo había sido nunca del todo claro respecto de aquel lugar.

Lo que, en cambio, Ben no entendía en absoluto era el motivo por el que su padre nunca había abierto aquella cabina, en todos los años que había pasado observando y protegiendo el increíble hallazgo. Solo cuando Mnemónica había repescado en el fondo del mar la cápsula de Jenny se había decidido a desbloquear el mecanismo y a sacar al chico. ¿Por qué?

Ben acarició la mano de Jenny y le sonrió, mientras reflexionaba sobre los misterios del pasado y aquel secreto que nadie nunca había conseguido descubrir. Su tacha. La cruz que su conciencia había llevado a las espaldas durante años. Había encubierto una masacre y había aceptado una promoción manchada de sangre. Había obedecido las órdenes de su padre en la firme convicción de que era *lo correcto*, ¿pero cuántos cadáveres habían aleteado en su habitación, desde aquel día, cada noche? ¿Cuánto tiempo tendría que pasar antes de que expiara totalmente su culpa?

Cada pensamiento suyo era como un telón que se abría en la imaginación de Jenny y la invitaba a observar la nueva escena. Como si el alma de Ben estuviera hablando, mostrándole quién era de verdad. El hombre se acercó despacio con el rostro, admiró durante un momento la piel tersa y dorada de la chica, y luego dijo:

—Te pondré a salvo... no te tendrán.

Ella no apartó la mirada, sonrió solamente con los ojos, abriendo apenas los labios, y con un hilo de voz respondió:

—Lo sé, Ben.

Él no parpadeó. Con el rabillo del ojo se aseguró de que los colegas estuvieran suficientemente lejos y volvió a mirar a la chica. Inmóvil, impassible, como si nunca hubiera ocurrido nada. Como si aquellas palabras fueran solo una esperanza o se las hubiera imaginado. Pero no era así, la chica las había pronunciado de verdad: aquellas tres sílabas habían dado sentido a toda su carrera.

Entonces todo era verdad. El descubrimiento que custodiaba su padre era solo la mitad del preciosísimo patrimonio heredado de la *civilización del Dos mil*, como algunos textos la definían. Él tenía enfrente a la otra. Su padre se había llevado la cabina y ya no se había vuelto a saber nada; él, en cambio, había seguido interrogando al mar, hasta regresar exactamente al mismo punto y descubrir que la caza del tesoro no había concluido en absoluto.

¿El hilo de qué trama ligaba a los dos chicos, entonces? ¿Cómo y por qué habían sobrevivido al fin del mundo, conservándose durante centenares de años en un estado de perfecta salud y viviendo una especie de coma, de no conciencia, de sueño aparentemente sin fin del cual se habían despertado de pronto, una vez abierto el caparazón que los protegía?

La chica lo miró, serena, y Ben concluyó en voz baja:

—He vivido y trabajado solo para esto, Alfa. Todo irá bien.

Ella sonrió y abrió desmesuradamente los ojos cuando oyó pronunciar su nombre. No, en realidad no lo había oído pronunciar. Ben había dicho «Alfa» y había pensado «Jenny». También la mujer del sueño la había llamado así, de modo que era de verdad su madre. Era un recuerdo *suyo*. Pensó por un momento en la deliciosa expresión de afecto en el rostro de la mujer. ¿La habría encontrado alguna vez? ¿Habría podido abrazarla de nuevo? Cerró los ojos y suspiró, mientras de los pensamientos de Ben emergía un concepto nuevo: «Han pasado cuatrocientos cuarenta y dos años del fin del mundo... y estás aquí, sana y salva, frente a mis

ojos».

Ben se alejó; Jenny no había hablado, no frente a los demás miembros de la escuadra. Estaba seguro. Por quién sabe qué motivo, sentía que aquella chica conocía sus pensamientos, compartía sus emociones más profundas y estaba dispuesta a seguirlo, a fiarse de él. No era una persona cualquiera, era un mensaje del pasado. Era un puente entre dos civilizaciones lejanas. Si ella y Alex habían sido expedidos hasta allí, debían de tener algo especial. ¿Qué los distinguía del resto de la gente? ¿Cómo habían sobrevivido? Lo descubriría, con la ayuda de su padre y lejos de ojos indiscretos. Dedicaría a ello el resto de su vida.

Pero primero era necesario sacar a Jenny de allí.

—**S**I queréis, me quedo aquí con Lidia hasta medianoche para no perder de vista a Alfa —dijo Jonas mientras Sara bajaba las luces para permitir que Jenny reposara. Eran casi las once y la jornada de análisis podía considerarse concluida, algunos investigadores ya se habían retirado. La mujer se volvió de golpe hacia Ben, como para pedir su opinión.

—Claro —la descolocó él, asintiendo con la cabeza—. Es una buena idea.

Sara frunció el ceño. No pensaba que Ben dejaría a Jonas solo con Jenny y con la inexperta colega encargada del turno de guardia. Pero inmediatamente después entendió el significado de aquella elección: el último veterano del equipo en quedarse solo con Jenny sería Jonas. Por tanto, en caso de indagaciones o acusaciones, Sara no tendría ningún problema. Por Ben, obviamente, no tenía sentido preocuparse. Con todos los testimonios con que contaba aquel sensacional hallazgo, y las fotos de la cabina y de Jenny ya enviadas al Centro de Investigación de Olimpia, se pondría precio a su cabeza automáticamente. Tendría a toda la policía continental pisándole los talones. Era casi divertido pensar que someterían al tercer grado a Jonas, dado que, entre un veterano y una investigadora novata como Lidia, el único que podía ayudar a Ben en semejante operación era el sabihondo políglota.

Sara y Ben salieron de la sala por el lado opuesto al túnel de conexión con el sector C. Al fondo había una puerta que conducía a un pequeño vestíbulo con dos ascensores.

—Ya casi estamos —dijo Ben mientras ponía el índice sobre un panel y las puertas automáticas frente a él se abrían.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? ¿Has pensado en todo?

—Naturalmente.

—¿Sabes que si te cogen eres hombre muerto, verdad?

—¿Sabes que si no me llevo a la chica de aquí todos estaremos muertos, y ella, con toda probabilidad, acabará en las manos de un puñado de desequilibrados, verdad?

Sara calló. El ascensor se detuvo en la segunda planta y los dos salieron. Estaban en el D2, el nivel reservado a las salas de detección. En la primera, dos filas de instrumentos ópticos de las dimensiones de potentes telescopios ocupaban las paredes laterales. Cada segmento de forma cilíndrica salía de una maciza placa metálica y la misma estructura se repetía, especular, en la sección externa de la nave, donde los enormes tubos atravesados por lentes, pequeños faros y cámaras salían del casco de acero para examinar las aguas. Vistos desde fuera podían parecer una serie de cañones. En realidad, solo eran decenas de ojos curiosos.

En el centro de la sala, numerosas mesas de trabajo estaban invadidas por paneles y teclados, mientras que, al fondo, una maxipantalla alternaba las imágenes provenientes de los detectores como un gigantesco monitor de servicio, pasando cada cinco segundos de una cámara a otra. Algunos miembros de la unidad de Ben estaban allí para una verificación de final de jornada, otros probablemente se encontraban en las siguientes cuatro salas equipadas para escrutar las aguas e indagar el mar.

Una estación submarina como Mnemónica estaba en condiciones de hurgar entre los fondos marinos y encontrar incluso una aguja. Para curiosear bajo la superficie del mar, Gea tenía las mejores armas posibles.

Cómo se las apañaban con las pesquisas de los prófugos en la tierra firme, en cambio, era toda otra cuestión.

2:37 HORAS

Recostado sobre su sillón-cama abierto, con los ojos de par en par, Ben reconstruyó por centésima vez el recorrido de fuga. No hacía otra cosa desde que se había acostado. No dormiría ni un segundo, estaba seguro de ello.

Sabía adónde ir. Su padre, con el que había intercambiado el último mensaje cifrado hacia la

una en Texto, lo esperaba a primera hora de la tarde en un punto estratégicamente perfecto: una estación de servicio en la autopista que cortaba en dos una zona deshabitada del interior. Tenía unas cuantas horas para urdir algún plan. Para hacerlo debía coger el túnel de conexión, recorrerlo hasta salir a la superficie, luego salir del tramo de autopista y llegar a las afueras de la ciudad de Marina, que se asomaba sobre la costa. Destino: la tienda de Mark. Una etapa decisiva.

Era de locos pensar que unos hallazgos en el fondo del océano habían sido cruciales para el desarrollo de la civilización en que vivía, reflexionó. Casi todo estaba organizado de la manera como la *sociedad del Dos mil* había enseñado. El salto hacia delante que su gente había hecho, en términos de progreso, concernía al control de los ciudadanos y la estructura de los servicios. La costumbre de fichar a las personas existía desde antes de que naciera su abuelo, pero de los archivos en papel compilados a mano se había pasado a las fichas digitales en los paneles, y de estas se había llegado al microchip subcutáneo. En el perfil de cada ciudadano estaba cargado el estado civil, la cuenta bancaria, la posición sanitaria, la propiedad de vehículos, casas o fincas, el currículum —una especie de crónica de los acontecimientos destacados de la propia vida— y diversos detalles, desde el número de zapatos al color de los ojos. Desde que ya no existía ninguna moneda de intercambio, el dinero se había convertido oficialmente en solo números. Cada servicio presente en el continente estaba provisto de un lector de microchip; por tanto, bastaba pasar el índice sobre un pequeño panel para adquirir la comida, pagar la gasolina o saldar la cuenta de un hotel. Y este era uno de sus principales problemas, al pensar en la fuga. Sin duda, habría necesitado carburante, pero no podía pasar el dedo sobre el detector del surtidor de gasolina. Ni en el peaje a la entrada de la autopista. Habrían seguido sus movimientos. Por desgracia, no había vías alternativas; por tanto, el único modo de llegar al lugar de la cita era procurarse una identidad falsa en la tienda de Mark, situada en la zona sudoeste de la ciudad. La tienda universal, como a su padre le agradaba llamarla.

3:55 HORAS

La cabeza osciló un par de veces, pero Ben se despertó con un salto rápido, abriendo desmesuradamente los ojos.

Era tiempo de levantarse. Había programado el despertador en el panel para las cuatro, faltaban un puñado de minutos. Desactivó la alarma antes de que sonase y sonrió. Otro hallazgo genial de sus tiempos. Cada panel podía estar asociado al propio perfil digital. Esto hacía posible algunas extrañas funciones. Por ejemplo, en el caso de un despertador, se programaba en el panel el horario deseado, se seleccionaba el traslado de alarmas al propio microchip y se despertaba por una serie de estímulos subcutáneos como la pulsación y la vibración del dedo índice.

Tenía una hora para prepararse, aunque había poco que hacer en aquella habitación.

Reinició el panel, para borrar cualquier dato personal de su interior. Conocía el procedimiento, aunque naturalmente era una operación prohibida. «Total», pensó, «sin duda habrá alguien dispuesto a un *back-up* automático. Lo saben todo de mi vida hasta hoy, solo debo desaparecer e impedirles controlar mi mañana».

Luego puso en una bolsa su ropa y la tableta interactiva con la foto de su familia programada como fondo de pantalla. Su padre nunca había visto a Melissa y Lara, y aquel artilugio era el único medio para presentar al abuelo fugitivo a sus encantadoras nietecitas que siempre preguntaban por él.

Recogió las últimas cosas, las llaves del todoterreno, algunos mapas en papel, una gorra y las gafas de sol.

La excitación por el inminente cambio de su vida le aceleraba el latido del corazón, hacía frenético cada movimiento, fulminante cada pensamiento.

5:00 HORAS

Con la bolsa en bandolera y la gorra negra del agua Frey en la cabeza, Ben salió de su alojamiento oyendo por última vez el zumbido de la puerta automática que se cerraba a sus espaldas.

Por los corredores de Mnemónica aleteaba un silencio espectral. Alguien que como Lidia estaba haciendo el turno de guardia en otros sectores lo vislumbró desde lejos y le hizo una señal de saludo con la mano.

Cuando llegó al túnel submarino que llevaba a la sala donde reposaba Jenny, echó un último vistazo al escenario más allá de las vidrieras. Había recorrido miles de veces esos cien metros, rodeado por el mar, embrujado por las profundidades del océano, custodio de la eternidad y amigo de toda una vida. ¿Era un adiós?

Llegó a la rampa a paso rápido, bajó y cuando estuvo en la sala entrevió a Lidia sentada de espaldas en el lado opuesto, frente a un panel. En el centro de la habitación, envuelta por una oscuridad casi total perturbada solo por la luz de las pantallas, estaba situada la camilla sobre la que yacía Jenny.

—¡Lidia! —exclamó Ben desde una treintena de metros de distancia.

La muchacha se sobresaltó y se volvió de golpe.

—Ben... no esperaba que... es... ¿qué hora es?

—Perdóname —dijo él, acercándose. Con la gorra en la cabeza, la bolsa en bandolera, la chaqueta y los zapatos de paseo en vez de aquellos suministrados a la tripulación, Ben tenía el aspecto de quien estaba a punto de ir a alguna parte, esto lo habría notado cualquiera. Pero Lidia nunca se habría permitido hacer preguntas.

—Son las cinco. Necesito que alguien controle la sala de detección. Podríamos estar cerca de hacer un hallazgo, si algunos de los cálculos que he hecho esta noche en los mapas son exactos.

—Entiendo... voy de inmediato, entonces. ¿Pero la muchacha?

—Yo no la pierdo de vista. Dentro de una hora llegarán los otros y te mandaré a algunos colegas para sustituirte, así podrás irte a dormir. Pero ahora en la sala de detección no hay nadie, prefiero tener al menos a un investigador para monitorizar la situación. Si la muchacha se despierta trataré de iniciar el trabajo sobre el lenguaje. Hoy quiero concentrarme en eso.

Lidia asintió. Nunca habría contradicho a Ben o a cualquiera más experto que ella —todos, en aquella unidad—, y nunca habría desobedecido, incumpliendo una solicitud. Claro, como todos los ciudadanos de Gea, estaba obligada a denunciar cualquier anomalía. Pero Lidia era una novata apenas contratada en una unidad de investigación con la que siempre había soñado. Aquel cometido era su redención, el arma con que demostrar su valor a un padre convencido de que ella debía sentarse en una centralita y responder al teléfono todo el día. Nunca habría hecho ninguna denuncia, si bien la vestimenta de Ben y la orden impartida en un horario en que el capitán no debía estar operativo eran detalles decididamente anómalos. Luego obedeció y dejó la sala.

Ben se acercó a la camilla en que reposaba Jenny, apoyó una mano sobre el brazo de la muchacha y susurró.

—Es el momento de marcharnos.

Tú eres como yo, muchacho.

Nacidos para no tener amo.

Para buscar siempre la verdad.

Para ver más allá.

Tú eres como yo, y, antes o después, también tú estarás destinado a huir.

Ben cogió de la mano a Jenny y la ayudó a bajar de la camilla, mientras las palabras que su padre le había dicho tanto tiempo atrás resonaban como una cantinela en su cabeza.

—Me parece haber entendido que conoces mi lengua. Ahora deberás caminar —dijo Ben, mientras los pies desnudos de Jenny encontraban el frío pavimento.

—Lo sé —respondió ella en voz baja, mientras con una mano se apoyaba en el pecho del hombre para mantener el equilibrio.

Ben permaneció inmóvil durante un momento, con los ojos clavados en aquellos labios tan delicados y jóvenes. Aquellos labios que habían vuelto a hablar, susurrando aquellas dos sencillas sílabas, como si la muchacha supiera en su fuero interno qué le esperaba y quién estaba de su parte. Estaba seguro de que se encontraba en condiciones de entender y hablar su lengua. Pero era muy emocionante vérselo hacer.

—¿Te fías de mí? Si no huimos ahora, corremos el riesgo de que las cosas se pongan muy mal.

Ella lo miró a los ojos.

—Me fío —se limitó a responder, con la voz rota, entrecortada.

Ben se arrodilló y hurgó en un estante de la camilla, casi a la altura de las ruedas. Cuando se levantó, tenía entre las manos una bata azul.

—Ponte esto. Cruzaremos un túnel para llegar al sector C; luego, con un vehículo, recorreremos el B y haremos lo mismo en el bloque A. Una vez allí, con un ascensor, llegaremos al aparcamiento.

Jenny asintió.

—Ahora te ataré el pelo. Vestida así no deberías llamar la atención. Pensándolo bien, yo llamaré más la atención. Pero saben quién soy. A esta hora, por suerte, hay poca gente por ahí. Cualquier cosa que suceda, tú déjame hablar a mí, ¿entendido?

—Sí.

Ben se detuvo a observar los ojos de la muchacha durante un momento. Estaban asustados, como los de un cachorro abandonado. Pero sentía que Jenny se fiaba completamente de él. Y lo seguiría.

—Vamos.

El paso por el túnel fue fácil, a aquella hora nadie más lo habría cogido. El resto de la unidad estaba aún durmiendo, y Lidia se hallaba en otra parte, en la sala de detección.

Ben y Jenny caminaban a paso lento y ella tuvo ocasión de mirar a su alrededor.

Las oscuras anfractuosidades del océano. Las inmensas extensiones de agua que habían engullido parte del mundo. Su única morada. El profundo abismo.

Llegados al fondo, Ben se adelantó algunos pasos y se asomó al sector C.

Había una ventaja al intentar fugarse por un sitio semejante: no había ningún centinela controlando la nave. Las únicas personas que temer eran los encargados del turno de guardia como Lidia, que de noche vigilaban las distintas áreas. Y si la colega de la primera campaña no constituía peligro, lo mismo valía para los otros.

Un muchacho alto en bata cruzó a paso lento un corredor a lo lejos y desapareció tras una puerta. Vía libre.

Ben cogió de la mano a Jenny y la arrastró consigo durante algunos metros, hasta la cápsula de levitación magnética. Tenía un nudo en la garganta, la respiración afanosa y una gota de sudor

le atravesó el rostro. Con la excepción de su primera campaña con los veteranos, era la primera vez después de tantos años que quebrantaba la ley; es más, que quebrantaba *varias* leyes.

Una vez arrancada la cápsula, Ben se volvió hacia Jenny.

—¿Recuerdas algo de tu pasado?

Ella miró a su alrededor y sacudió ligeramente la cabeza. Alzó las cejas y respondió:

—El agua...

—Claro. El agua te ha custodiado hasta hoy. Te hemos sacado de...

—El océano... el muelle... —continuó ella, mirando al vacío.

Ben la dejó hablar. Allí dentro nadie podía oírlos, y algo estaba aflorando a la memoria de la muchacha.

—Dónde estamos... —preguntó ella, pero no sonaba como una pregunta. Sus ojos se perdían más allá del vidrio observando las secciones de la nave, que corrían y se alternaban como paisajes fuera de la ventanilla de un tren. Y emergían imágenes borradas por el tiempo, diapositivas esgrafiadas de un mundo que ya no existía.

El muelle. Casi conseguía verlo delante de ella, en la película que la mente interponía entre sus ojos y la realidad circundante. Lo recorría mientras las olas se rompían sobre los escollos bajo el embarcadero y algunas gotas arrastradas por el viento acababan en sus mejillas, le arrancaban una sonrisa melancólica y de inmediato se secaban bajo los rayos del sol. Buscaba algo, la sensación era esa. Sentía un vacío, una carencia. Faltaba alguien.

Una voz metálica rompió su viaje y la devolvió a la realidad.

—¿Qué pasa? —preguntó, escuchando apenas las palabras.

—Tranquila, es un aviso. Estamos en una estación submarina llamada Mnemónica, Jenny. Lo que has visto antes, más allá de las vidrieras del túnel que hemos recorrido, es el Océano Europeo. Te sonará familiar, aunque no existía en los tiempos en que tú vivías. Entonces estaba Europa. A causa del impacto del asteroide, gran parte de las tierras que la formaban fueron engullidas por el agua. La Península Ibérica, Italia... y también Inglaterra, Irlanda... ya no existen. ¿Te acuerdas de esos sitios? Es increíble, yo los he estudiado mucho... tú los has vivido. ¿Verdad? ¿Es de allí que vienes?

—Yo... creo que sí, no lo sé.

—Ahora estamos bajo el agua, pero dentro de poco esta nave se acercará a tierra firme y se abrirá un paso. Muchos camiones saldrán del aparcamiento al que nos estamos dirigiendo y nosotros nos confundiremos en medio de ellos.

Jenny permaneció con la mirada fija en Ben. En su mente seguían rodando las palabras *impacto del asteroide*. Sí, se acordaba de esa historia. Sentía que la había vivido. ¿Pero cuándo? ¿La conocía de verdad? ¿Solo había oído hablar de ella?

—Quién soy... —murmuró, con los párpados entornados. Una vez más no sonaba como una pregunta. Había recordado un montón de escenas diversas, durante aquellas dos semanas a bordo. Había entrado en la mente de Ben para entender que se encontraba en una realidad alejada cuatrocientos cuarenta y dos años de su mundo de origen. Distintos rostros, diferentes escenarios y voces desconocidas se alternaban en su cabeza. Pero aún no tenía clara su identidad, que se estaba recomponiendo trozo a trozo.

Ben apoyó las manos sobre los hombros de la muchacha, mientras la cápsula disminuía la velocidad en las inmediaciones del último tramo. Era el momento de sonreír, de aflojar la tensión.

—¿Quién eres? Eres una chica que tiene casi quinientos años, Jenny. Pero los llevas decididamente bien.

Recorrieron la galería entre el sector C y el B mientras el aviso era repetido a volumen muy alto por los locutores: *maniobra de enganche en curso, cinco minutos para el cierre de las puertas entre los sectores A y B... maniobra de enganche en curso, no permanecer en los tramos de*

conexión...

Debían darse prisa. Era costumbre que durante el ataque se cerraran las puertas al fondo de los túneles, y ellos aún tenían que recorrer aquel entre el sector B y el sector A.

Ben aceleró el paso, confiando en que Jenny no se cansara demasiado. Desde luego, no podía cogerla del brazo, habría atraído la atención. Precisamente mientras entraban en la cápsula que los llevaría al final del sector B, un hombre con bata verde salió de una puerta e hizo una señal a Ben, como diciendo «¡Alto!».

La sangre se le heló en las venas.

El hombre se acercó mientras las puertas de la cápsula estaban aún abiertas y entró.

—Gracias. Perdona, tengo una entrega, no tengo tiempo de esperar al próximo.

Ben esbozó una sonrisa y respiró de nuevo con calma. Se volvió hacia Jenny y con la mirada trató de hacerle entender que se volviera y mirara hacia otra parte. La interacción social no estaba bien vista; por tanto, el comportamiento de Jenny no habría resultado maleducado, sino solo respetuoso del protocolo. El hombre, en todo caso, no podía reconocer el rostro de la muchacha. Las imágenes de la cabina habían circulado solo en el sector de Ben y habían sido enviadas al Centro de Investigación de Olimpia. La bata verde del desconocido lo identificaba como un biólogo marino. No podía saber nada de aquel hallazgo. Por esta vez, las férreas leyes de Gea se volvían en contra de sus creadores.

El vehículo se detuvo, el hombre salió deprisa y desapareció por un corredor. Ben y Jenny se apresuraron a alcanzar el túnel entre los sectores, que pronto sería cerrado. En efecto, el aviso fue repetido, pero los minutos ya no eran cinco, sino uno.

Cuando estuvieron en el fondo del túnel, superaron las puertas automáticas y se encontraron finalmente en el bloque A. Ahora no quedaba más que descender al nivel cero, el del aparcamiento. Detrás de ellos las puertas emitieron un sonido metálico y se cerraron herméticamente. El sector donde se encontraban era el dispuesto para el amarre y la maniobra ya estaba en curso. Ben y Jenny cruzaron un pequeño corredor y llegaron a la zona de los ascensores.

Había cuatro a disposición. Ben apretó un botón para llamar al más cercano, que estaba subiendo desde A0. No podía imaginar qué le esperaba detrás de la puerta automática que se abrió delante de ellos en pocos instantes.

—¿Y tú qué haces aquí... con ella? —preguntó Jonas, con la frente arrugada y la mirada al mismo tiempo sorprendida y amenazante.

Ben respiró hondo, para ganar tiempo.

En otro momento, habría replicado: «¿Qué haces *tú* aquí, a esta hora?». Pero no estaba en disposición de polemizar.

—Entremos —dijo dirigiéndose a Jenny, sin tener la más mínima idea de cómo salir de aquella situación. Habría podido encontrar a todos los miembros de su unidad y quizá se las habría apañado con una excusa. Todos, salvo a Jonas.

El ascensor partió.

—¡Responde! ¿Adónde demonios la estás llevando?

Jonas contrajo los músculos de los hombros y del cuello y se echó ligeramente hacia delante.

Jenny permaneció inmóvil, mientras percibía la ansiedad de Ben y advertía la crueldad del hombre que tenían enfrente, cuyo primer pensamiento —lo había captado como si Jonas se lo hubiera gritado a la cara— había sido: «Denunciar la anomalía».

—Quieres raptarla, ¿eh? Lo sabía.Quieres llevártela aprovechando el amarre. No creas que podrás salir de aquí sin que yo aülle a los cuatro vientos que te estás escapando con el descubrimiento más importante desde que existe nuestra unidad.

El ascensor se detuvo. Fue un momento interminable, mientras la estructura disminuía la velocidad antes de la apertura de las puertas.

Fuera de allí, en la planta del aparcamiento, encontrarían un buen tráfago de gente. Si Jonas montaba un número, para Ben la misión habría fracasado antes de comenzar. Pero no tenía armas consigo y la idea de agredir a su colega para ponerlo fuera de juego no era ganadora: nunca la había emprendido a puñetazos, ni siquiera de joven, sin contar con que alguien habría visto abrirse las puertas como un telón que se desplegaba sobre una riña.

Jenny aferró un brazo de Jonas, que la miró atónito.

Lo apretó con fuerza, tanto, que Ben vio las uñas de la muchacha clavándose en la carne y presionando hasta hacer salir un reguero de sangre.

Estaba seguro, mientras observaba la escena como un espectador atónito: Jenny estaba tramando algo extraño. No solamente lo estaba deteniendo, no le estaba haciendo daño.

Parecía que le hablara con los ojos.

Cuando las puertas se abrieron, Jenny lo soltó y salió del ascensor junto a Ben.

Jonas retrocedió, luego miró a su superior con aire sorprendido.

—Buen viaje, capitán —dijo. Y las puertas se cerraron frente a su expresión idiota.

Ben miró incrédulo a Jenny, mientras a sus espaldas los motores de los camiones ya estaban encendidos y el mecanismo que había abierto el paso para salir estaba en funcionamiento.

—¿Cómo...? ¿Qué le has hecho? —preguntó con un hilo de voz.

Jenny distendió la frente, dulcificó la mirada y sonrió.

—Yo... no lo sé exactamente. Pero sé que ese hombre no nos molestará.

LA planta A0 era una vasta área de aparcamiento llena de coches, furgonetas y camiones. Los vehículos no estaban amontonados, sino ordenados en filas de diez, y entre cada una de ellas había el espacio suficiente para la maniobra de salida que canalizaba los vehículos en un carril lateral especial. Al fondo del aparcamiento, Ben y Jenny pudieron admirar el majestuoso ingenio metálico que tenía el aspecto de un enorme portalón de acero, en aquel momento en fase de apertura con los dos segmentos de la estructura que corrían lateralmente para dar paso. Más allá, comenzaba el túnel subterráneo. La comodidad del amarre submarino permitía que el resto de los bloques continuaran operando sin tener que interrumpir estudios y detecciones a causa de la parada.

El reloj de Ben marcaba las cinco y veintiséis. Sin interrogarse más sobre aquello que Jenny había hecho para liberarse de Jonas —profundizaría en el tema después del asunto, porque algo extraordinario *debía* de haber sucedido—, cogió de la mano a la muchacha y se escabulló junto a ella entre los vehículos. La mirada de Jenny estaba llena de curiosidad. El mundo en que se encontraba, en algunos aspectos, era muy similar al suyo, y esto facilitaba el resurgimiento de recuerdos perdidos en el tiempo.

El ruido en el aparcamiento era fastidioso.

Además del estrépito de los motores de los camiones listos para dejar la nave, estaba el estruendo que la estructura metálica emitía durante el procedimiento de apertura. Por momentos parecía producir un aullido siniestro, un reclamo tétrico y poco tranquilizador.

Superaron una fila de furgones y llegaron frente al todoterreno de Ben. Nadie los obstaculizó, allí abajo. Todos estaban demasiado ocupados en ponerse en la cola o estaban acomodando las últimas cargas.

—Cuando estemos en el túnel —dijo Ben mientras sacaba las llaves del coche de un bolsillo interior de la chaqueta—, habrá, sin duda, un puesto de control. Debes ponerte detrás y cubrirte con esa lona que ves sobre el asiento posterior.

Las puertas del coche se desbloquearon ante la presión de una tecla sobre las llaves. Jenny se acomodó detrás y Ben sacó de la guantera un pequeño destornillador y se puso a desmontar lo que parecía un autorradio.

—Estos estéreos contienen un sistema de detección de la señal de localización por satélite. Lo curioso es que la mayoría de los ciudadanos no tienen ni idea de que está instalado en su coche.

—Fantástico —ironizó Jenny.

—Hace muchos años —continuó Ben mientras separaba la placa de metal con un gesto violento y empezaba a desconectar todos los cables de la parte de atrás—, había detenidos que intentaban huir escondiéndose en los medios de transporte durante los amarres submarinos. Pero cuando el vehículo se acercaba a uno de los puestos de control de los que te hablaba, la pantalla del aduanero señalaba la presencia de un individuo buscado a bordo. Debes saber que, en esta maravillosa sociedad, todos tenemos un microchip subcutáneo en el dedo índice. Algunos detenidos consiguieron incluso evadirse, en el pasado. Cuando los encontraron, vivos o muertos, todos tenían el dedo índice cortado. Tú, obviamente, no tienes ningún microchip bajo la piel. Por tanto, creo que pasar por la aduana no será complicado.

—¿Adónde vamos? —preguntó tímidamente Jenny mientras se recostaba sobre los asientos posteriores, con un borde de la lona gris apretada entre los dedos de la mano derecha.

—A un lugar seguro —respondió Ben. Pero en la cabeza de la muchacha cogió forma el nombre de Alex, como si el hombre entendiera que aquel era su destino.

Jenny se cubrió con la lona mientras un nuevo aviso invitaba al respeto de las normas y de los procedimientos de salida de Mnemónica.

Aquel nombre. Alex. Aquel nombre estaba removiendo algo dentro de ella.

Aún no sabía decir desde qué profundísimo pozo estaba repescando aquellos jirones de vida pasada, pero una serie de pensamientos confusos comenzaron a formársele en la cabeza como un extraño tiovivo fuera de control.

Nuestra mente es la clave...

Era el timbre del muchacho el que pronunciaba la frase.

Arderemos, Jenny... debemos saltar...

Entreveía dos ojos azules y determinados...

A la de tres...

Sí. Sabía quién era Alex. No recordaba aún dónde lo había conocido, no conseguía encuadrar un lugar, pintar un contorno. Pero su mirada, su voz... sus palabras. Todo latía aún con fuerza en su corazón, a siglos de distancia.

Cuando el portalón estuvo completamente abierto, una fila de neones situados en las paredes laterales de la planta A0 pasó de un rojo encendido a un blanco deslumbrante.

Era la señal de vía libre.

Ben puso en movimiento el todoterreno, mientras los primeros camiones dejaban la nave y cogían el túnel que conducía a la ciudad. Jenny se había acurrucado sobre los asientos posteriores, envuelta con la lona. Él aferró la bolsa y la apoyó sobre el cuerpo de la muchacha, luego se quitó la chaqueta y la acomodó al lado.

—Perdóname, espero que consigas respirar sin problemas. Así no parecerá que transporto un cadáver. Si todo va bien deberíamos pasar sin tropiezos el puesto de control, las cargas no las controla nadie desde hace años... Estamos aprovechando uno de los puntos débiles de esta sociedad. ¿Todo bien ahí abajo?

—Sí... sí, respiro —respondió Jenny mientras apretaba las piernas contra el pecho para tratar de ocupar el menor espacio posible.

—Perfecto. De ahora en adelante dejaré de hablar y volveré a hacerlo solo cuando hayamos superado el paso. En ese momento podrás levantarte.

—Está bien —dijo ella.

La fila se estaba moviendo de manera ordenada. Camiones y furgones salían uno a uno de la nave y se perdían a lo lejos como pequeños puntitos luminosos engullidos por el túnel. Qué ganas de ver otra vez el cielo. Qué ganas de volver a respirar. Aquel trabajo, aquel cargo que había deseado tanto en el pasado, ahora era una soga en torno al cuello. ¿Qué sería de Loren y de las pequeñas Melissa y Lara? ¿Cuando consiguiera escapar, ver a su padre y reunir a Alex y Jenny para poder estudiar finalmente a aquellos dos prodigios de la naturaleza, su familia estaría a salvo? ¿O los castigarían a ellos por su insubordinación?

Mientras esperaba su turno para dejar Mnemónica, recuerdos dulces y melancólicos golpeaban a la puerta del corazón de Ben. Las noches en blanco pasadas sobre los libros, antes del examen de admisión como investigador. Aquella primera convocatoria, cuando su padre ocupaba el que ahora era su papel. La tecnología que cambiaba con el paso de los años, desde las primeras misiones en los submarinos de doble casco hasta la última campaña en una nave extremadamente sofisticada como Mnemónica, la «memoria del agua». Nunca olvidaría las banderas blancas y azules de Gea que se agitaban imperiosas sobre la colina de Nes, como para dar un orgulloso saludo a la tripulación en partida. Y cómo olvidar la caza de hallazgos en el mar, la catalogación, la datación de los descubrimientos, las horas de análisis y camaradería con Sara. La Historia de una civilización considerada extinguida, reconstruida fragmento a fragmento, descubrimiento tras descubrimiento, como un puzle de informaciones y conocimientos reunidos con paciencia y dedicación.

¿Qué sabían los otros ciudadanos del mundo que los había precedido? ¿Qué filtraba el gobierno? ¿Qué creían las masas?

Además, ¿estaban realmente interesadas en saber qué había habido antes de ellos, en ese planeta?

Él, ahora, llevaba el pasado recostado en los asientos posteriores del coche. Y aún estaba vivo.

El último furgón delante de él dejó el aparcamiento y Ben aceleró para seguirlo.

Jenny estaba silenciosa hasta el punto de que él creyó durante un momento que estaba solo en el coche. Y de esto era mejor que se convenciera, si quería evitar que el corazón le estallase en el pecho. Lo que estaba haciendo era tan ilegal que ni siquiera conseguía imaginar de qué modo sería ajusticiado, en el caso de que lo descubrieran.

Ben cogió el túnel, con una sonrisa tensa dibujada en los labios.

Él y Jenny estaban finalmente fuera de Mnemónica.

Al final de aquel túnel, que remontaba desde los abismos para emerger donde batía el sol, la fuga proseguiría al aire libre.

—Estoy a una decena de metros de la carretera, en el primer tramo del muelle. Frente a mí hay una farola y a pocos pasos una escalerita que baja hacia la playa.

Silencio.

—¡Jenny!

Silencio.

—¿Aún me oyes?

—Alex, yo estoy frente a la misma farola, cerca de esa escalerita. Exactamente donde dices que estás tú.

De golpe, Jenny abrió desmesuradamente los ojos y encontró la oscuridad. Con la cabeza apretada contra el respaldo, la lona sobre la cara y el ruido del motor del todoterreno que le rebotaba en las sienes. No dijo nada, pero pensó: *¡Memoria!*

Había recordado. Y no se trataba de un recuerdo cualquiera.

El muelle de Altona parecía el encuadre de una vieja película en blanco y negro. Y ella estaba allí. Sola, en aquellos ochenta metros que había recorrido y vuelto a recorrer continuamente.

«Memoria...», repitió mentalmente. No habría sabido decir qué era Memoria. Parecía un lugar sin tiempo, algo indefinido y extravagante. Pero sabía que la escena que había recordado era una paradoja, un laberinto sin salida, un limbo recreado en la mente. Ella y Alex habían vivido y revivido aquella escena continuamente, como un disco rayado repite el mismo *loop* sin tregua. Habían tratado de modificar la escena de todas las maneras posibles. El resultado era siempre el mismo: ambos se hallaban en el mismo sitio, en el mismo muelle, pero en dos realidades paralelas del Multiverso. Y no podían encontrarse.

De golpe, otros *flashes*, mientras el todoterreno de Ben iba a toda velocidad por el túnel en busca de la luz: una señora de pelo rojo; tazas de té; un muchacho que se levanta de una silla de ruedas y dice algo a propósito de una jaula. Y luego todavía un atestado *pub* con instrumentos musicales y vestidos chillones colgados de las paredes, y una mesa llena de chicos de su edad que la invitaban a unirse al grupo.

Todo esto había ocurrido durante su vida.

Y había ocurrido de nuevo en Memoria.

¿Pero cuántas veces? ¿Y por cuánto tiempo?

He aquí qué era aquel lugar, pensó: un laberinto de espejos, donde el alma se perdía eternamente en el juego de los reflejos y las facetas siempre diferentes se encabalgaban, confusas.

Las había visto todas, las infinitas calles del Multiverso, durante aquel parpadeo. El instante interminable que la había llevado del impacto del asteroide al despertar en la cabina. El instante que había durado casi quinientos años, que su mente prisionera de Memoria había vivido sin darse cuenta del paso del tiempo.

Había alguien más, sí... se esforzaba por pescar aquella carta del mazo, pero en vano. Sin duda había alguien más. O mejor, alguien más *como ellos*. Porque Memoria era una plaza llena de

gente, oh, sí, no faltaba la compañía. Pero eran todas proyecciones de la mente. Sin embargo, debía de haber otra persona. ¿Conseguiría recordar, antes o después? «No importa... si este hombre tiene razón, te veré de nuevo, Alex», pensó Jenny. De momento, unir las teselas de un mosaico tan complejo era una empresa prohibitiva. En la cabeza de la muchacha, con frecuencia, estaba aún poco clara la distinción entre los hechos ocurridos durante la vida real y aquellos revividos en la proyección mental en que se había encontrado después del fin del mundo. El sentimiento que experimentaba por Alex era un vector constante de sus pensamientos. Percibía el deseo de verlo de nuevo, de abrazarlo, pero no conseguía recordar todas las etapas de su conocimiento, ni recordar los momentos más significativos.

Vuestras almas están ligadas desde siempre... le sobrevino repentinamente.

¿Quién lo había dicho? ¿Y cuándo? ¿Había sido en la realidad o en Memoria?

Se lo repitió varias veces, y poco a poco la frase se coloreaba con un timbre, y el timbre daba forma a un rostro. Un muchacho moreno, con el pelo desgreñado y las gafas gruesas...

«Sí... ahora lo recuerdo», verificó la muchacha. «Era el amigo de Alex, Marco. Él siempre tenía una respuesta para todo...».

El todoterreno desaceleró y la voz de Ben interrumpió sus pensamientos.

—Ya estamos, Jenny. Al final del túnel está el puesto de control. Permanece en silencio y estate tranquila. Si todo va bien, dentro de algunos minutos podrás levantarte.

Jenny no respondió.

Solo respiró hondo y cerró de nuevo los ojos.

Y esperó.

EL furgón delante del todoterreno de Ben desaceleró en las inmediaciones de un arco iluminado a la altura de la salida del túnel, al final del último tramo de recta. Más allá del arco se entreveía la luz del primer sol de la mañana. La camioneta pasó a velocidad reducida bajo la estructura y prosiguió fuera de la galería, mientras Ben frenaba con una ligera presión sobre una palanca detrás del volante.

Entrevió una gaviota más allá del arco, sobre la derecha. Había una persona sentada en el interior, con un panel enfrente. Un controlador. Si algo no iba bien, el hombre alertaba a las patrullas armadas con una denuncia inmediata y el delincuente de turno tenía los minutos contados. No ocurría a menudo ver a la policía en acción en Gea. Ninguna escuadra molestaba, ninguna efectuaba rondas o vigilancias. Era una policía exclusivamente operativa: entraba en acción, detenía y entregaba a los órganos judiciales. En casos extremos, eliminaba al sujeto, con un exceso de violencia que era puntualmente ocultado.

Ben contuvo la respiración. La mirada recta frente a él, sin la más mínima intención de volverse hacia la gaviota, como si no tuviera nada que temer. Moderó la velocidad y condujo el todoterreno más allá del arco, fuera de la galería.

—Todo bien, Jenny.

La muchacha sonrió bajo la lona. Se levantó, miró a través de la ventanilla y vio el sol de una nueva época resplandecer en el cielo azul y límpido. Aquello que la rodeaba era el futuro. Tenía el aspecto tramposo del pasado, respondía a las mismas leyes y estaba aún sometido al dominio de aquella estrella que su padre, en un recuerdo todavía inaccesible, le recordaba que no mirara demasiado: «De otro modo, el sol te roba los ojos», decía.

Pero era el futuro. Tan lejano de su lugar de origen que daba vértigo de solo pensarlo. Los rayos caían oblicuos sobre una campiña desierta y árida, mientras en la distancia se erguía un pequeño promontorio. La carretera, una vez fuera del túnel, proseguía recta cortando en dos los campos como una kilométrica cinta gris sobre un anónimo paquete marrón. Pero cualquier aspecto que tuviera la naturaleza, para ella era una promesa de vida. Una vida que creía partida, llegada a su final. Alguien la había sacado del Apocalipsis, le había permitido sobrevivir. ¿Quién había sido? ¿Y por qué?

—¿Echabas en falta todo esto? —le preguntó Ben, percibiendo su mirada soñadora reflejada en el espejo retrovisor.

—Es como si viera el mundo por primera vez.

—Esta es la región de Atenas. Bastante desierta, como puedes notar. Si se prosigue a lo largo de la autopista, la ciudad más cercana está a ciento cuarenta kilómetros. Los camiones probablemente se dirigen allí, es un importante centro de intercambio de mercancías y comercio de materiales. Nosotros, en cambio, saldremos en la primera rampa; nos dirigimos a las afueras de la ciudad de Marina, la segunda ciudad más importante de Atenas.

—Atenas... —susurró ella, con la mirada perdida más allá de la ventanilla.

—Muchos de los nombres que usamos en Gea son de derivación latina y griega. Hemos estudiado las dos lenguas gracias al descubrimiento de los restos en el mar. Eran las más fascinantes desde el punto de vista etimológico. Cuando este continente se unificó, se impuso la lengua italiana, que hunde sus raíces en aquellas antiguas culturas. Tú lo hablas, pero tu nombre no es italiano, ¿verdad? ¿Vivías en otro Estado, por casualidad?

—Yo... no lo sé...

—Cuando recuperamos tu cabina y te llevamos al interior de la nave, decidimos llamarte Alfa, la primera letra del alfabeto griego, para celebrar el descubrimiento del primer ser humano vivo hallado en los abismos marinos.

Jenny encontró la mirada de Ben en el espejo.

—La estación submarina se llama Mnemónica, la etimología es griega. Y la región en que nos encontramos es justamente Atenas, por el nombre de la antigua...

—Atenas... recuerdo este nombre... ¡lo recuerdo! Atenas, las olimpiadas... yo...

Ben permaneció en silencio durante el esfuerzo de la muchacha, que parecía empeñada en excavar con fatiga en sus pensamientos para desenterrar un cofre escondido bajo metros y metros de tierra.

—¡La natación! —exclamó, con la mirada encendida y las manos temblorosas—. Las olimpiadas, la carrera... la final...

Será una gran final, Jenny... lo sé...

—¡Yo nadaba! Miraba y volvía a mirar las carreras de natación en las olimpiadas de Atenas, de pequeña, continuamente... ¡y quería ser profesional!

Ben asintió, sonriente, como disfrutando con la muchacha. Luego calló y dejó a Jenny en sus propios pensamientos. Era bueno que todo volviera poco a poco a flote: representaba la confirmación de sus esperanzas. El encuentro con Alex soltaría cualquier freno. Ya no faltaba mucho.

—Abre la bolsa, Jenny —dijo—. Está a tu lado.

La muchacha se volvió, vio la mochila, la cogió y tiró del cierre.

—¿Ves esa especie de folio de goma enrollado? Ábrelo.

Jenny hurgó y encontró la tableta interactiva. La extrajo y, después de haberla desplegado, su mirada se hizo dulce y melancólica.

—¿Es tu familia, verdad? —preguntó, conociendo ya la respuesta.

—Sí —dijo Ben, mientras sus ojos observaban la carretera y su mente estaba en otra parte, en el salón de casa.

—¿Cómo se llaman?

—Mi mujer, Loren. Las niñas son Melissa y Lara.

Jenny cerró los ojos por un instante. Las emociones de Ben la embistieron como un viento cálido, abrazándola como una manta de lana en una gélida noche invernal. Sentía que lo necesitaba.

—Son bellísimas.

—Recuerdas algo... —empezó Ben, titubeante—. ¿Recuerdas algo de tu familia?

—He soñado con mi madre. En el sueño he descubierto que era mi madre. Y creo haber recordado a mi padre, al borde de la piscina... me animaba durante una carrera de natación. No recuerdo mucho más. Pero aunque hubieran sido de verdad mi madre y mi padre, ciertamente están muertos. Están todos muertos.

—Si consigues recordarlos, aún están. Estarán siempre contigo. Quizás aún sea pronto y no sabes exactamente dónde y «cuándo» colocarlos. No debe de ser fácil. Pero en tu mente el tiempo no existe. Y allí tus padres pueden vivir eternamente.

Jenny calló durante un rato.

Ben siguió conduciendo, con la expresión serena. Casi no podía creerlo: todo había transcurrido según sus planes, había aprovechado de verdad el punto débil del mundo esquemático y opresivo en que vivía. Ahora solo quedaba reunirse con su padre, que seguro había tramado un plan perfecto para llevarlos a Limen sin correr riesgos. No había mejor estrategia que su padre.

—¿Por qué yo? —preguntó, de improviso, Jenny, con un hilo de voz.

—¿Cómo dices?

—Toda esta historia, digo: ¿por qué yo? Si pertenezco a una civilización de hace casi quinientos años, ¿cómo es posible que esté aquí, ahora? ¿Quién me ha permitido sobrevivir?

Ben sacudió la cabeza.

—Eso deberías decírmelo tú. Quizás antes o después lo recuerdes. Y quizá sea oportuno que me expliques qué has hecho antes en el ascensor. Con Jonas.

Jenny alzó las cejas y respiró hondo.

—Es difícil de explicar, fue espontáneo. Ese hombre era peligroso y malvado. Nos habría detenido, lo sentía. Advertí una fuerza que crecía dentro de mí, un deseo fortísimo, pero que no sabría definir. Debía impedirle que nos obstaculizara. Le di una orden. Se la di a su mente.

Ben reflexionó sobre aquellas palabras. Era evidente que la muchacha debía de tener algo especial. Había hecho bien llevándosela. Quizá no era solo un increíble puente entre dos civilizaciones. Quizás era mucho más. Si la hubiera dejado en las manos equivocadas, cualquiera que fuese su naturaleza, la habrían manipulado y usado a su favor. O eliminado.

La autopista seguía recta; Ben apretó las manos sobre el volante, enérgicamente. Luego la rampa de desaceleración apareció a lo lejos, sobre la derecha, precedida por un cartel situado al lado de la carretera: MARINA. Ben moderó la velocidad y cambió de dirección con prudencia, listo para salir. No había tenido manera de avisar a Mark de su llegada, pero sabía que el hombre no dejaba el comercio ni siquiera durante los festivos. La tienda era como una segunda casa para él, mientras que para Ben representaba una etapa fundamental en su carrera hacia la libertad.

—**D**ENTRO de poco estaremos a cero —dijo Ben después de haber cogido la rampa, y se volvió para encontrar la mirada de la muchacha, que respondió con una expresión de perplejidad.

—¿A cero? —preguntó Jenny, mientras Ben volvía a mirar la carretera.

—De carburante. Debemos detenernos en un área de descanso. El problema es el microchip. Cualquier servicio, en este país, se paga con el condenado microchip. Nuestro dinero está cargado en el perfil digital.

—Por tanto, no puedes usarlo.

—Exactamente, descubrirían a dónde nos hemos dirigido. Me preguntaba... —Ben vaciló un instante, mientras observaba a la muchacha por el espejo retrovisor—. Eso que hiciste antes, con Jonas. ¿Serías capaz de hacerlo de nuevo?

Jenny se volvió instintivamente y de inmediato sus ojos se perdieron más allá del vidrio de la ventanilla y se dejaron arrastrar por el paisaje. ¿Sabía encontrar una respuesta a aquella pregunta?

La campiña árida e infecunda seguía corriendo rápida más allá de las ventanillas como un libro de ilustraciones idénticas entre sí, hojeado velozmente. De vez en cuando algunas construcciones interrumpían el paisaje monótono, pero eran frías y mudas estructuras cilíndricas de las dimensiones de un edificio, cuya función Jenny ignoraba. Poco a poco, a lo lejos, aparecieron algunas siluetas, una junto a la otra. Era la zona industrial de Marina, hecha de fábricas y casas populares. Las afueras de la ciudad. Allí adonde se dirigían.

Jenny trató de concentrarse, de recordar otros detalles de su pasado, de agarrarse a las imágenes que pasaban, veloces, frente a sus ojos, rogándoles volver atrás.

Sentía que lo que había hecho con Jonas no era nada especial, aunque a los ojos de Ben parecía milagroso. ¿Era algo que había aprendido? ¿Era un don natural?

De golpe vio a un niño. Sentado en un tren, junto a su madre. La miraba con aire triste y le contaba algo con los ojos. Una traición, quizás. Un problema entre sus padres. ¿Había ocurrido en Memoria? No estaba segura.

Luego vio a Mary Thompson. Vio la mente de la mujer abrirse como el portal de una majestuosa villa e invitarla a compartir recuerdos y secretos, a buscar en todos los cuartos y a hurgar en todos los cajones. Y volvió al salón de la casa de Blyth Street, frente a su taza de té envenenada.

La clave estaba custodiada allí, lo advertía. Se esforzó y después le costó una migraña. Pero la encontró.

Los primeros tiempos, en Memoria, iba a ver a Mary y se divertía alterando el curso de los acontecimientos. Se había dado cuenta de que invertir las tazas había modificado su recuerdo, pero no había tenido otros efectos. No estaba a bordo de una máquina del tiempo, no podía cambiar el pasado para volver a un presente alterado. Todo lo que hacía era *revivir* un recuerdo de una manera distinta. Y una vez terminado el entreacto, era siempre escupida de nuevo al paseo marítimo de Barcelona, como si el mecanismo estuviera encasquillado. Pero en el salón con Mary había descubierto también cómo podía aprovechar este perverso mecanismo.

Había ocurrido una vez casi por casualidad, después de decenas de veces en que había revivido la escena desde el inicio y cambiado este o aquel detalle para evitar beber de la taza envenenada. Se le había ocurrido de improviso, lo había hecho sin premeditación.

La niñera estaba sentada en el diván mientras ella, con su vestidito de algodón lila, estaba con las piernas cruzadas sobre la alfombra de la sala, con los rotuladores y las hojas de papel esparcidos por el suelo, la bandeja ya lista en la mesa de enfrente. Sabía perfectamente que la

taza dirigida hacia ella era la que la habría mandado al otro mundo.

Esta vez no había usado ninguna estratagema para invertirlas.

«Coge mi taza y bebe, Mary», había pensado. Y lo había hecho con una intensidad extraordinaria, con la precisión de un campeón de tiro con el arco que lanza su flecha apuntando al pequeño disco central del blanco, como único objetivo posible.

«Cógela... sonríe... y bebe».

La niñera parpadeó rápidamente y miró al vacío, como aturdida.

«Cógela... sonríe... y bebe».

Había seguido así durante algunos segundos, mirando con dos ojos de hielo a la niñera mientras con las manos continuaba golpeando un rotulador rojo sobre uno azul con una cadencia rítmica precisa, casi escandiendo el tiempo. La mujer estaba clavada en su mirada, como en trance. Jenny había percibido la posibilidad concreta de hacerle hacer lo que quería. En el fondo, se trataba de un recuerdo. De uno de los escenarios eternos de Memoria. Plasmables y modelables como sueños lúcidos. Habría podido volver allí una infinidad de veces más, como ya hacía con Alex cuando decidían revivir la experiencia del muelle.

Mary Thompson había hecho exactamente lo que le había ordenado.

Había inclinado el busto hacia delante, alargando el brazo para coger la taza más alejada de ella, y se había recostado cómodamente sobre el diván. Había sonreído. Y sorbido el té.

En silencio.

Lo había bebido todo, mientras ella la miraba y una sonrisa despiadada se asomaba poco a poco en su rostro.

Jenny apartó los ojos de la ventanilla y miró hacia abajo. Los fragmentos de la experiencia en el limbo de Memoria empezaban a salir a flote uno tras otro, y proporcionaban respuestas confusas, distorsionadas y parciales. Pero útiles. Quizás aquel lugar ficticio en que su mente había flotado durante siglos a la espera del despertar no era una prisión de la que salir. Quizá Memoria había sido una especie de adiestramiento.

—Creo que sí —respondió alzando la mirada hacia el espejo retrovisor—. Creo que podría hacerlo.

Un letrero pasó ante los ojos de Ben pocos minutos más tarde. Era un cartel cuadrado, gris, y la inscripción blanca en relieve indicaba un área de descanso. La pantalla del todoterreno marcaba una autonomía de quince kilómetros, y el área siguiente con toda probabilidad requería al menos cuarenta. Esta, en cambio, estaba a solo dos kilómetros. Podría poner gasolina, finalmente. En la modalidad de pago —confiaba— habría pensado la muchacha.

Ben desaceleró, cogió la salida para el área de descanso y aparcó en una zona semidesierta, ocupada solo por un par de camiones, mientras Jenny alzaba las cejas y suspiraba.

—¿Qué pasa? —dijo el hombre, volviéndose.

—Esto... esta bata. ¿Tengo que salir así?

Ben sacudió la cabeza.

—No lo había pensado. No, claro.

—¿Cómo hacemos?

Ben reflexionó por un momento. «Qué estúpido olvido», pensó. Desde luego no podía arriesgarse a que alguien la viera con esa pinta.

—Mira en la bolsa... —dijo, al fin, indicando con un gesto de la cabeza la mochila junto a Jenny—. Hay unos pantalones negros. Por suerte eres bastante alta. También hay una camiseta blanca.

—Está bien —dijo la muchacha, y comenzó a hurgar dentro de la bolsa.

—Luego te pondrás esto —concluyó Ben quitándose la gorra del agua Frey y dejándola caer sobre las rodillas de Jenny.

—Vuélvete —añadió ella—. Por favor.

Ben la vio sacar los pantalones de la mochila y comprendió que el pudor debía de ser inherente al alma humana, si ni siquiera cinco siglos en coma podían hacer olvidar a una joven la incomodidad de ser observada mientras se desvestía. Quién sabe si a bordo de Mnemónica Jenny había experimentado el mismo malestar cuando sus colegas la desnudaban para conectar los electrodos.

Ben bajó una ventanilla y apoyó un codo en la puerta. Después de algunos instantes, vio por el espejo lateral que alguien se acercaba. Un energúmeno de dos metros. Detrás del hombre, un gran camión parado con la inscripción DARREN sobre el costado. Conocía aquel nombre. Era una sociedad que proyectaba paneles. La dotación de Mnemónica, específicamente, solo preveía paneles Darren.

«No vendrá aquí...», pensó Ben, mientras la ansiedad aumentaba y el corazón empezó a martillearle con violencia en el pecho.

—Se está acercando una persona. ¿Ya estás? —preguntó a Jenny.

—S... sí... ya. Me pongo la gorra y estoy lista.

—Tú no digas nada, si alguien pregunta algo eres mi hija.

Jenny sonrió y asintió, pero un velo de melancolía le ensombreció por un instante el rostro. No recordaba ni siquiera cómo se llamaba su verdadero padre.

El energúmeno pasó junto al todoterreno y se dirigió hacia un dispensador de bebidas. Lo vio mientras introducía el grueso dedo índice en la correspondiente ranura y esperaba. Se inclinó y sacó una botella de un litro de K8, una bebida dulzona, que a Ben nunca le había gustado.

Cuando el hombre se encaminó de nuevo para volver atrás, Ben trató de desviar la mirada sobre alguna otra cosa. Se puso a observar el baño público, una especie de cabina con una puerta azul ajustada, situada a dos metros de la fila de matas. Jenny, mientras tanto, estaba doblando como mejor podía la bata para meterla en la bolsa.

Cuando el hombre estuvo cerca del todoterreno, Ben no pudo contenerse y lo escrutó. Cruzó sus ojos a través del parabrisas, pero apartó de inmediato la mirada.

«Vete», pensó, esperando que se alejara.

—Eh, tú —dijo el hombre golpeando en la ventanilla del todoterreno.

Ben respiró hondo, luego abrió la puerta y bajó.

—Dime, ¿necesitas algo?

—Te lo digo, hombre, te lo quiero decir... se ha terminado la K8.

Ben arrugó la frente.

—¿Cómo?

—La he terminado —repitió el otro, extendiendo los brazos en señal de desolación. Tenía dos enormes círculos de sudor bajo las axilas—. He terminado la K8, hombre. He cogido la última. Llegado el caso... si las quieres, no hay más. Solo hay agua Frey y botellas de leche.

Ben sonrió y las arrugas de su frente se alisaron. El gigante no era peligroso. Tenía la expresión inconsciente de un niño, los movimientos lentos y torpes. No había nada que temer. En la mirada poco reactiva del muchacho, Ben volvió a ver por un instante a Alan, el almacenero. Con toda probabilidad el hombre provenía de la nave, podía haber desembarcado junto a él.

—No te preocupes, amigo —rebatía Ben, aliviado, con la mirada amistosa—. Gracias por habérmelo dicho. No me gusta demasiado la K8, y, visto que el viaje es largo, haré acopio de Frey.

El tipo asintió y su mirada se desvió hacia los asientos posteriores.

—Bonita muchacha, hombre... ¿Es tu hija? Bonita muchacha, de verdad.

Jenny se volvió hacia el otro lado.

—Sí —respondió Ben—. Debes perdonarla, es un poco tímida.

—Adiós, muchacha bonita. Adiós, hombre. Me marcho.

Ben hizo un gesto con las cejas como para saludar al extraño, que se alejó. Lo observó en el

espejo mientras regresaba a su camión. Era muy corpulento.

—¿Todo en orden? —preguntó, volviéndose hacia Jenny.

—Sí. Yo, sí —respondió ella, sarcástica.

—Demos de beber a este coche, ahora —dijo Ben, que encendió otra vez el motor, puso marcha atrás, y condujo el vehículo hasta el surtidor a veinte metros de ellos, más allá de la estación de servicio.

—No hay nadie... —Notó la muchacha.

—Es así, hoy. Cada uno hace sus cosas. Seleccionas el importe en aquel distribuidor que ves allá abajo, pasas el índice por la ranura y te sirves.

—¿Y cómo pretendes hacerlo, si no puedes usar tu dedo?

—La única posibilidad es esperar a que llegue alguien y... bueno, en resumen, por las buenas nunca pondremos gasolina.

—¿Y es aquí donde entro en juego yo? —preguntó Jenny, irónica.

Ben se volvió hacia ella. La gorra del agua Frey enmarcaba de manera deliciosa el rostro de rasgos suaves de la muchacha.

—Si sabes cómo hacerlo, ahorrémonos los malos modales.

Jenny lo miró con expresión pensativa, mientras poco a poco resurgían en su mente las imágenes robadas a la vida de los otros, cuando había tropezado con la mirada de este o aquel miembro de la unidad de Ben, Jonas incluido. Observar y excavar en la intimidad de los demás no le gustaba. Ocurría, a menudo contra su voluntad, pero no le agradaba hacerlo. Menos gracia le hacía poder *manipular* el pensamiento ajeno. Pero en una situación como aquella, si era capaz de semejante prodigio, no podía desde luego echarse atrás.

—Trae aquí al gigante.

EMBAUCAR al camionero fue bastante sencillo. Casi como lo había sido hacer creer a Alan que Ben se había dirigido al almacén solo para coger dos cajas de probetas.

En cuanto Ben alzó la mirada, antes de alcanzar al desconocido, tropezó con una vieja cámara oxidada, situada encima de un pilar. Era un modelo Lax, uno de los más difundidos. El objetivo apuntaba derecho a él, como el ojo letal de la mira de un fusil.

Por suerte, pensó Ben, la época de las cámaras había terminado hacía tiempo. Habían sido eliminadas desde que el gobierno había decidido dotar a todos los ciudadanos del microchip subcutáneo. Antes la población era vigilada casi en cualquier rincón del país por medio de una costosa red de cámaras. En efecto, *demasiado* costosa. De las Lax, pequeñas y compactas, a los sistemas de circuito cerrado de la Oculo de los que estaban provistos todos los edificios gubernamentales, en el curso de un año se habían desmontado todos los aparatos. Aún se podía encontrar algún viejo modelo en las afueras, en las estaciones de servicio abandonadas a su suerte o en los sitios en que se habían olvidado de quitarlas o las mantenían como reliquias, pero ninguno de los aparatos funcionaba.

Ben llamó al muchachote para pedirle ayuda, sin especificar qué tipo de problema había en el surtidor de gasolina. Llegado a las inmediaciones del todoterreno, el camionero se dirigió directamente a Jenny, apoyada con el trasero en la puerta del coche:

—¿Me necesitas, guapísima?

Ella lo miró sin responder, después de haberse refregado los ojos a causa del sol que le daba directamente en la cara. Luego lo miró bien. Nariz de patata, cabeza rapada, los ojos redondos y color avellana. Tenía el aspecto de un perro apaleado y el sudor le caía, copioso, de la frente.

Ben permaneció apartado observando la escena. No vio más que un intercambio de miradas entre los dos, después de lo cual el tipo se volvió, caminó hacia el surtidor y alargó una mano hacia la pantalla.

—Hombre, todo en orden. Ahora puedes llenar el depósito —dijo, con una amplia sonrisa estampada en la cara. Y entonces se alejó.

—Es de locos —comentó Ben.

Los dos partieron algunos minutos más tarde y él permaneció en silencio durante un buen rato. Reflexionaba sobre lo increíble que era el descubrimiento que había hecho. Nunca había pensado que en la *sociedad del Dos mil* hubiera personas en condiciones de usar poderes extrasensoriales de aquel nivel. Ninguna crónica hallada entre los restos del mar testimoniaba algo similar. Había leído de supuestos magos, de sanadores, de estudios sobre cuerpos alienígenas encontrados tras la caída de una astronave llegada del espacio. De todo y más, pero nada que concerniese a personas en condiciones de someter la mente ajena. Cómo era posible, para él era un misterio.

Ver en la pantalla que la autonomía del todoterreno había saltado a setecientos cincuenta kilómetros sirvió para tranquilizar a Ben. Continuó por la autopista y superó un par de salidas que conducían a la parte sudeste de la periferia. Después, en las proximidades del tercer empalme, salió. La rampa tenía una curva de 240 grados, pasaba bajo la autopista y desembocaba en una larga recta.

—¿Adónde nos dirigimos? —Jenny rompió el silencio y despertó a Ben de sus pensamientos.

—Al final de esta avenida estaremos en la periferia sur de Marina. Es una zona industrial. En esta parte de la ciudad se producen sobre todo piezas de recambio para medios de transporte. Gran parte de los materiales que componen Mnemónica son ensamblados aquí.

—Sí, pero... ¿adónde nos dirigimos? —Jenny subrayó la pregunta marcando las últimas tres palabras, mientras la mirada se perdía más allá de la ventanilla, a lo lejos, y encontraba una hilera de cobertizos y palacetes. Al otro lado de aquella alfombra de fábricas y viviendas

ruinosas con las fachadas surcadas de grietas, sobresalían algunos rascacielos, distantes pero bien visibles y de una imponencia que dejaba sin aliento. Las cimas de los edificios parecían perderse por encima de las nubes, y el conjunto tenía el aspecto de una iglesia rica en puntiagudas y esbeltas cúspides. En un instante el pensamiento de Jenny fue transportado a un *otra parte* más lejano de cuanto podía imaginar. Como si su mente hubiera generado un imposible puente entre dos civilizaciones lejanas, sus ojos se deslizaron de aquella visión a la imagen de la Sagrada Familia, la fascinante basílica catalana obra del genio de Gaudí, que había admirado durante la excursión a Barcelona. Vio sus agujas ahusadas que se superponían a los edificios y, como dedos oblongos, apuntaban al cielo. Expulsó el recuerdo y volvió a admirar las fachadas relucientes de los edificios golpeadas por la luz del primer sol de la mañana. Jenny imaginó que aquel era el centro de Marina, pero no hizo más preguntas. Por el momento le bastaba saber el motivo de aquella incursión en una zona habitada y potencialmente peligrosa.

—Con mi identidad —respondió Ben, con los ojos fijos en la carretera poco transitada—, no vamos a ninguna parte. Tengo que ver a una persona.

—¿Dónde?

—No muy lejos de aquí. En un sitio seguro.

Cuando Ben dejó a sus espaldas la zona industrial y se adentró en el corazón de la periferia, aparecieron finalmente transeúntes, escaparates de tiendas y carteles luminosos. Nada muy distinto de la imagen residual que Jenny conservaba de la propia civilización de pertenencia, aunque todo le parecía sobremanera frío.

—¿Es un barrio pobre? —preguntó mientras notaba los letreros medio destruidos de las tiendas, la vestimenta descuidada de la mayor parte de las personas que caminaban por la acera, la carrocería maltrecha de los coches aparcados.

—Sí... pero la gente ni siquiera se da cuenta —respondió Ben.

Jenny notó su tono amargo.

—¿En qué sentido? —preguntó.

El hombre desaceleró y giró. Luego se volvió hacia ella.

—Aquí todos piensan que la pocilga en que viven es la mejor posible. Se ilusionan con ser libres, mientras caminan con cadenas en los pies. Con tal de sentirse protegidos, aceptan vivir en una jaula, ser fichados, y se beben el eslogan según el cual «un ciudadano controlado es un ciudadano seguro». Esclavos felices, yo los llamo así. A cualquier clase social que pertenezcan.

—Esos rascacielos que he visto antes... son el centro de la ciudad.

—Exacto.

—Parece un sitio para ricos. ¿También allí la gente es esclava?

Ben sonrió, sacudió la cabeza y la miró con tristeza.

—Mientras tengan acceso a cualquier información, sea una compra, un desplazamiento o una preferencia, y controlen nuestras relaciones sociales, ideales, ideas... —Ben alzó el índice y se lo mostró, dibujando un círculo en el aire—. Mientras exista todo esto, no habrá ninguna diferencia en que el perfil esté más o menos cargado de dinero. Nos moverán siempre como peones, a voluntad. Compraremos lo que quieran vendernos, votaremos el programa que ya han elegido antes de consultarnos, moriremos de las enfermedades con las que hayan decidido infectarnos. Quizá no sea el único que ha abierto los ojos, y lo he hecho gracias a mi padre, pero desde luego somos pocos. Trata de convencer a un siervo de que su existencia es una condena. Será capaz de defender las decisiones de su amo antes que admitir la propia condición.

Jenny se quedó atónita ante el desahogo de Ben. No estaba en condiciones de comprender del todo gran parte de sus consideraciones. Miró a su alrededor y notó que se habían acercado a una tienda en cuyo rótulo leyó el nombre OMNIA.

—Ahora ven conmigo —continuó Ben—. No debemos llamar la atención, baja la visera y no respires.

—Está bien.

Descendieron del coche y la mirada de Jenny se paseó por los objetos expuestos en el escaparate de la tienda. Había libros de tapa dura, cuchillos, chalecos sin mangas pero con un montón de bolsillos, binóculos, brújulas, botas, cinturones... y un eslogan grabado en una placa de madera que rezaba: TODO LO QUE BUSCÁIS ESTÁ AQUÍ.

Ben entró en la tienda y la apertura de la puerta hizo relampaguear una fila de luces de neón rojas situadas en el techo. Jenny lo siguió, con la visera bajada sobre la frente, el andar torpe. El interior del local era un revoltijo de estantes, objetos de diversa naturaleza apilados uno sobre el otro, repisas repletas de utensilios cuya existencia ignoraba o no recordaba la función.

Detrás del mostrador, un hombre bajo y corpulento de piel aceitunada, con el pelo negro y reluciente recogido en una coleta, saludó al cliente con el que estaba hablando y se volvió hacia Ben. Una desagradable quemadura que empezaba en la base de la oreja le atravesaba el lado derecho del cuello. El estupor se pintó en el rostro del hombre, que parpadeó varias veces, como para estar seguro de lo que veía.

—No me lo puedo creer... —murmuró.

Ben esbozó una sonrisa, y solo cuando el cliente salió de la tienda y los tres estuvieron solos respondió:

—No tengo mucho tiempo, Mark.

—Pero tú no deberías estar... ¿Ha sucedido algo? —preguntó el hombre mientras salía del mostrador y se acercaba a Ben con los brazos abiertos.

—No aquí —lo frenó Ben, alzando una ceja que tembló por el nerviosismo.

—Vamos al sótano —propuso Mark, firme, y los condujo hacia una escalerita en el lado opuesto de la tienda. Mientras seguía al hombre, Jenny lanzó una mirada más allá del escaparate, a la calle. ¿Ya habían puesto precio a sus cabezas? ¿O aún tenían tiempo antes de que la policía empezara a buscarlos?

Ben y Jenny siguieron a Mark por las escaleras y se encontraron en una habitación dominada por una larga mesa de madera llena de papeles.

Al abrigo de ojos curiosos y circunspectos, los dos hombres se estrecharon en un caluroso abrazo.

—Jenny —dijo Ben—. Él es Mark, el hermano de mi mujer. La única persona de la que podemos fiarnos en este momento. Un hombre de mil recursos, además.

—Hola —lo saludó Jenny con un hilo de voz, sonriendo tímidamente pero sin levantar la visera.

—Y esta —continuó Ben, con la mirada dirigida a su cuñado— es la persona que no debe acabar en las manos equivocadas. Se llama Jenny.

Mark frunció el ceño y observó a la chica con mirada interrogativa; luego se sentó en un banco, que crujió, pero aguantó su peso.

—¿Qué necesitas, Ben? ¿Tú deberías estar en tu puesto, o me equivoco?

—Otra identidad. Sé que puedes hacerlo. Debo ver a mi padre, y en pocas horas seré un fugitivo. Si ya no lo soy.

—¿A quién debes ver, perdona?

Ben bajó la mirada, sin responder. Era el momento de quitarse la máscara; con Mark podía y debía hacerlo.

—No ha muerto. Vive en la isla de Limen desde hace muchos años. Y hoy ha venido aquí para ayudarme.

—¿Está aquí... en Gea? ¿Vivo? ¿Bromeas?

—No. Debo verlo hoy por la tarde. Pero solo puedo hacerlo si me procuras una identidad falsa para superar un par de puestos de control. Y, si puedes, también un coche. El mío es mejor hacerlo desaparecer de la circulación lo antes posible.

Mark sacudió la cabeza, incrédulo, mientras Jenny observaba la escena sin respirar.

—Tú acabarás mal. ¿Por qué causa estás luchando? ¿Qué quieres obtener?

Ben alzó las cejas e intercambió una rápida mirada con Jenny.

—Cuanto menos sepas, mejor. Y, además, no hay tiempo para explicaciones. ¿Puedes procurarme lo que necesito o no?

—La identidad no es un problema. Pero el coche lo intentaré. ¿Algo más?

Ben miró a Mark a los ojos, con un nudo en la garganta.

—Dime que mi familia está bien. Las comunicaciones con la nave están manipuladas; podría jurar que no era mi mujer quien me escribía en Texto.

—Tu familia está muy bien... No lo entiendo, ¿por qué deberían hacerte algo semejante?

—Mark observó a Jenny por el rabillo del ojo—. ¿Has descubierto algo que no debías descubrir?

Ben cerró por un instante los ojos y suspiró, la conmoción estaba por tomar la delantera.

—Si me sucede algo, te lo ruego, prométeme que no serás solo un hermano para Loren, sino también un padre para mis hijas. Y otra cosa... —Ben puso una mano en el bolsillo y sacó el Triskell cogido en el puerto de Horus, se lo tendió a Mark mientras sus ojos se volvían brillantes—. Dales esto a Melissa y a Lara, diles que... —Ben estalló en sollozos y se llevó la mano a la cara, cubriéndose los ojos mientras cedía al peso de las emociones— que solo he encontrado uno.

Mientras el colgante pasaba de una mano a otra, Jenny lo siguió con la mirada y se quedó sin aliento. «Yo conozco... ese símbolo».

Su mente hizo el resto. Excavó sin frenos en los abismos de su memoria, revolvió en ellos sin que ella pudiera oponerse y un instante después Jenny se encontró sentada en el diván de un salón, con una pareja de ancianos sonrientes frente a ella, los rostros surcados de arrugas, los ojos aún capaces de reflejar el amor incondicional del que su corazón era capaz.

Cuando Jenny bajó la mirada, en su cuello estaba el mismo colgante.

—Cuenta el origen gaélico de nuestra familia —le dijo el abuelo.

Sí, lo recordaba bien. Se acordaba como si acabara de ocurrir. Como si las emociones más puras y sinceras de su vida no conocieran el desgaste del tiempo, y estuvieran custodiadas en un lugar siempre accesible de la mente. Habría dado lo que fuera por abrazar una vez más a sus abuelos, por permanecer encerrada en aquel recuerdo, protegida, segura. En cambio, abrió los ojos, mientras Mark y Ben la observaban asombrados.

—¿Qué sucede? —preguntó Ben mientras se secaba el rostro.

—Nada —respondió ella—. Solo un recuerdo repentino...

«Uno de los más felices de mi vida pasada».

ANTES de terminar vendiendo objetos de todo tipo en aquella tienda de la periferia de Marina, Mark había trabajado en la Lax durante quince años. La industria no solo fabricaba cámaras. Si hubiera sido así, habría quebrado, desde el momento en que la producción de sistemas de control se había ido a pique después de la decisión del gobierno de adoptar los microchips. La fábrica no solo no había caído en la miseria, sino que había desbaratado cualquier posible competencia. En efecto, también los microchips eran una patente firmada por Lax.

El cuñado de Ben conocía las patentes y estaba en condiciones de reproducir un implante con el auxilio de materias primas y un panel con un *software* específico. En el pasado, Mark había confiado a Ben que, durante un momento oscuro de su existencia, después del despido de la Lax, se había puesto a hacer contrabando de microchips. Nadie nunca había llegado hasta él: la tienda que había abierto representaba una tapadera perfecta, y Mark era un tipo de pocas palabras.

—La llamada ha tenido el resultado que esperaba —dijo el hombre en cuanto volvió al sótano, del que se había ausentado durante algunos minutos—. Me dejan un coche en la parte de atrás dentro de un cuarto de hora. Ya no lo volveré a ver, ¿cierto, Ben?

—No creo. Pero puedes desmontar mi todoterreno y revender las piezas. Es todo tuyo.

—Lo imaginaba. Hubiera podido ser peor, me debían un favor, y además es un trasto. En cuanto al todoterreno... no, demasiado arriesgado. Lo haré desaparecer.

Ben no pudo contener una carcajada amarga.

—Deberías rebelarte también tú, algún día. Tú ves este asco. ¡Lo reconoces! Igual que yo.

—Hemos hablado de ello un millón de veces —lo interrumpió Mark—. ¿Una guerra solo contra todos? No, no la combatiré. No sé en qué lío te estás metiendo con esta chica, y tienes razón: cuanto menos sepa, mejor es. Pero una cosa es segura y deja que te la diga. Estás arriesgando mucho.

Ben suspiró y frunció el ceño, con la mirada gacha.

—Es lo correcto, Mark. Lo único correcto que puedo hacer.

Un cuarto de hora más tarde, Ben estaba a bordo de un Galera gris de ocho, quizá nueve años de antigüedad. No se veían muchos por ahí, era un modelo superado y la misma fábrica ahora ponía en el mercado solo furgones y vehículos comerciales. Montaba neumáticos con una acanaladura tan imperceptible que al primer aguacero, si no hubiera estado atento, Ben habría corrido el riesgo de acabar haciendo un trompo. Los interiores estaban estropeados, con el tejido de los asientos desgarrado en varios puntos. También la carrocería estaba en pésimas condiciones, abollada y marcada por todas partes.

Un trasto, como lo había definido su cuñado, pero era el auto perfecto para quitarse de en medio sin llamar la atención.

Mark había entregado a Ben una cajita de cartón con un microchip. Para conseguir hacerlo utilizable de inmediato, Mark lo había asociado a la identidad de una persona fallecida hacía menos de un mes. Los archivos digitales de Gea casi con seguridad aún no habían registrado la notificación; por tanto, los detectores no habrían sido un obstáculo.

—Pero cuando saliste de la nave... ¿cómo hiciste para escapar de los detectores? —había preguntado Mark mientras Jenny subía al coche.

—He utilizado mi perfil. Saben perfectamente que he huido, incluso he pedido a una colega que me denunciara para liberarla de eventuales acusaciones de complicidad. Me preocupa lo que ocurrirá de ahora en adelante. No sé qué intenciones tiene mi padre y ya no puedo utilizar mi identificación, de otro modo descubrirían de inmediato dónde me encuentro. A propósito, este coche...

—No tiene localizador por satélite, tranquilo. Una última cosa, Ben. Tu padre... ¿por qué ha fingido que estaba muerto desde hace tantos años? ¿Qué secreto custodia?

Ben miró largamente a su amigo.

—Cuanto menos sepas, mejor. ¿Lo has olvidado? Y te lo ruego, no le cuentes nada a Loren. Solo dile que la amo desde el primer día en que nos encontramos en el Ateneo.

Mark asintió y los dos hombres se despidieron estrechándose en un largo abrazo. Ben había advertido la sensación gélida de un silencioso adiós. ¿Habría podido ser de otra manera? Tanto si conseguía llevar a Jenny fuera de allí como si era capturado y muerto, difícilmente se volverían a ver.

Ben se sentó en el puesto del conductor, arrancó y se alejó de la tienda. Dejó el barrio de prisa, apuntando directo hacia la entrada de la autopista.

El Galera conducido por Ben cogió la autopista hacia las ocho y cuarenta de aquella bochornosa mañana estival.

Jenny, que había permanecido en silencio durante todo el tiempo, reflexionaba sobre cuanto había visto y oído mientras la ansiedad continuaba atenazándola, como si una cuerda apretada al cuello le quitara la respiración. Solo el recuerdo de aquel viejo colgante conseguía devolver su mente a una realidad feliz, pero lejana una eternidad.

Cuando llegó a las proximidades del puesto de control, Ben sacó de la cajita que le había entregado Mark un artilugio cilíndrico de plástico con un extremo redondeado de color rosa. Aquel era el punto en que había sido instalado el *software*. Debía meter en el detector el pequeño dispositivo, tal como hasta el día anterior habría hecho con el índice.

—No sé ni siquiera cómo me llamo... —Trató de desdramatizar mientras el panel identificaba el falso perfil y sobre la pantalla aparecía la inscripción: ¡GRACIAS Y BUENOS DÍAS!

—¿Ahora vamos adonde está tu padre? —preguntó Jenny, tímidamente.

—Sí.

Ben volvió a partir, dejó el peaje a sus espaldas y respiró, aliviado. La ayuda de Mark había sido muy provechosa, y al menos tenía la garantía de que alguien cuidaría de Melissa y Lara si las cosas iban mal dadas.

Algunos kilómetros después, mientras el pensamiento vagaba entre los recuerdos de los momentos pasados con Loren y se detenía sobre aquel, inolvidable, en que había descubierto que esperaban a su primera hija, su corazón se detuvo de golpe.

—Maldición, un puesto de control... —dijo mientras los músculos del cuello se contraían y las manos se apretaban con fuerza al volante.

Jenny se levantó y acercó la cara al hombro de Ben.

—¿Es normal?

—No, en absoluto. Hay cada vez menos y los colocan solo cuando algo no marcha. No me lo esperaba, maldición.

—Nos buscan...

—Jenny —dijo él mientras desaceleraba. Los agentes, una decena, se habían dispuesto junto a tres coches de color azul oscuro, con dos franjas blancas que recorrían los laterales, trama que se repetía en los uniformes de los policías. Dos de ellos tenían en la mano una paleta luminosa levantada en señal de alto—. No sé qué puedes hacer con la mente. Pero estamos jodidos. Todo lo que seas capaz de hacer... hazlo.

Jenny cerró los ojos durante un instante.

Tu mente es la clave...

El coche de Ben frenó en las proximidades de uno de los coches de policía aparcados en medio de la carretera. Un agente de uniforme se acercó. Llevaba gafas de sol y tenía el pelo rizado, canoso y untado de gel. Ben bajó la ventanilla mientras Jenny, en el espejo retrovisor, se acomodaba la gorra bajando ligeramente la visera.

—Policía de Gea —empezó el hombre—. División Atenas-12. La mano, por favor.

—Claro —asintió resuelto Ben, alargando el brazo más allá de la ventanilla. Su sonrisa forzada estaba en total contraste con la descarga de latidos cardíacos enloquecidos que estaba tratando de ignorar.

—Ben... RJK546T8 —leyó el policía en la tableta electrónica que sostenía en la mano, conectada por un cable a un pequeño sensor de las dimensiones de una moneda que el agente había colocado sobre el dedo del hombre.

—Sí...

—¿Usted no debería estar a bordo de la estación submarina Mnemónica, en este momento?

Mientras Ben se demoraba tratando de balbucear una respuesta, el agente se volvió hacia los colegas, levantó un brazo y con un gesto de la mano los invitó a acercarse. Luego se dirigió a Jenny con tono autoritario:

—Baja del coche.

Otros dos hombres de uniforme avanzaron e instaron a Ben a salir lentamente del vehículo, mientras Jenny permanecía sentada, inmóvil, con la mirada directa al frente, como en trance.

Ben bajó, le hicieron darse la vuelta y lo registraron, mientras el primer agente, perdiendo visiblemente la paciencia, abrió con fuerza la puerta posterior.

—¿Me has oído, chiquilla? Baja enseguida de este coche.

Jenny no movió ni una ceja.

El policía la miró durante un momento y advirtió un estremecimiento de inmotivado temor. Extrajo la pistola de la funda y la apuntó contra ella. En el mismo momento, uno de sus colegas asestó un puñetazo en el costado de Ben, que se desplomó junto al auto.

Cuando el policía armado aferró a Jenny por un brazo y la sacó del coche, tirando con violencia, ella cruzó finalmente su mirada.

Penetró las negras pupilas del hombre siguiendo la llamada del miedo, respondiendo a un instinto primordial de supervivencia. No sabía hasta dónde podía llegar, y un estremecimiento le recorrió la espalda mientras tomaba posesión de las profundidades del ánimo de aquel individuo.

Fue un instante. El policía cargó el arma con un movimiento del pulgar, luego se volvió de golpe y comenzó a disparar, presa de un arrebato, mientras Ben, de rodillas, alzaba la mirada y veía a los dos agentes desplomándose en el suelo, como un peso muerto.

Otros tres policías cayeron, tomados desprevenidos por aquel movimiento. Dos se escondieron detrás de sus respectivos coches y otros dos trataron de responder al fuego.

«¿Qué demonios está sucediendo?», pensó Ben, aturdido por la escena insensata y, como poco, grotesca que tenía ante los ojos. No podía perder ni un segundo.

—¡Sube! —gritó a Jenny mientras se metía rápidamente en el coche y arrancaba el motor. Partió a toda velocidad, mientras el policía que había analizado su perfil caía redondo en el suelo bajo los disparos de sus colegas supervivientes. Ben no tuvo tiempo de evitar los cuerpos de los caídos. Pasó por encima de ellos y golpeó con el faro anterior derecho el lateral de un coche de la policía, con lo que lo desplazó y logró abrirse paso.

Un par de tiros resonaron en el costado mientras salía a toda pastilla. Los cuatro agentes supervivientes saltaron a dos de los tres autos y se lanzaron a la persecución dejando detrás de ellos un reguero de sangre.

—¿Cómo estás, Jenny? —preguntó Ben, con los ojos fijos en la carretera.

—Me estalla la cabeza. Y no ha servido para nada.

—¡Venga! Los has reducido a la mitad. Podemos conseguirlo.

—Nunca llegaremos a donde tenemos que llegar. ¿Lo sabes, verdad? Estamos jodidos, como dices tú.

Ben se mordió un labio. Los agentes pisándole los talones, sin duda, ya estaban movilizando a

toda la policía de la región de Atenas. Dentro de poco lo habrían rodeado. Estaba de acuerdo con Jenny, pero no quería admitirlo ni siquiera a sí mismo.

BEN aceleró al máximo, pisando a fondo el pedal.

Sabía que no serviría de nada. Cada vehículo en Gea estaba provisto de un limitador de velocidad, nadie podía superar los ciento diez kilómetros por hora, y los dos coches de la policía no tardarían mucho en acercarse. Era un punto sin retorno. De allí en adelante, cada minuto marcado en la pantalla representaba un paso hacia un tan dramático como doloroso epílogo.

—¡Maldición! ¡Maldición! —gritó, pegando un puñetazo sobre el volante.

Jenny se agarró a los asientos anteriores, volviéndose de vez en cuando para comprobar la posición de los coches de la policía. Otro par de proyectiles golpearon el lateral del todoterreno.

—¡Nos siguen disparando! —exclamó ella, con el corazón en la boca.

Ben tenía los ojos fijos en el espejo retrovisor, mientras delante de él la autopista estaba semidesierta y el sol de la mañana hacía brillar el asfalto.

—Están fallando aposta —dijo mientras superaba un camión—. Esto significa que me matarán solo a mí. Como era de prever.

—¿Qué dices?

—Es así como debe ser. Ganan siempre ellos. Los policías de esta región son todos tiradores escogidos. Si no están disparando a los neumáticos o a la luneta posterior es porque tienen la orden de mantenerte con vida a toda costa. Saben quién eres. La denuncia llegada de Mnemónica debe de haber desencadenado una inmediata caza del hombre. Esperaba que tuviéramos más tiempo. —Ben calló un instante—. Jenny... —continuó luego, visiblemente agitado—. Mi padre se llama Ian. Nos espera en la estación de servicio en el kilómetro 481 de la B47. Memoriza estas informaciones, no sé qué te harán una vez que nos hayan cogido, pero si consiguieras escapar lo encontrarás allí. Estará aguardando dentro de un coche de alquiler, lo puedes distinguir porque todos los demás tienen la bandera blanca y azul de Gea cerca de la matrícula, el suyo tendrá un sello amarillo... o verde, según la compañía de la que lo haya robado.

—Espera... —lo interrumpió ella, con la voz temblorosa—. No hables como si...

No logró terminar la frase. La mirada de Ben era fría. Consciente. Resignada.

—Yo soy hombre muerto.

Algunos instantes después los autos azules empezaron a espolear el lateral del todoterreno para encerrarlo entre ellos y frenar la carrera. No se necesitó demasiado. Fue el mismo Ben quien desistió, quitando el pie del acelerador. Era importante que Jenny sobreviviera, no tenía sentido poner en peligro la vida de la chica.

¿Cuántos minutos más duraría la suya?

En cuanto los coches se detuvieron, los cuatro agentes salieron y se dispusieron en semicírculo junto al vehículo; entonces obligaron a Ben a bajar. Uno de ellos se ocupó de coger a Jenny y la subió a un coche. Ben fue tirado sobre los asientos posteriores del otro con las manos atadas a la espalda, con lo que en jerga se llamaba *bloqueador*, una cadena metálica que se enlazaba en torno a las muñecas del detenido y con la presión de un botón se acertaba hasta apretarlas. La acción era irreversible. Para liberar las manos se necesitaba un *desbloqueador*, un anillo que se cerraba en torno a la cadena y en el curso de treinta segundos fundía el metal.

El agente que lo había empujado dentro del coche cerró la puerta y dio órdenes a los otros:

—Vosotros llevad a la chica al Centro Operativo, nosotros nos ocuparemos del hombre. Cuando hayamos terminado, nos vemos para el informe.

La voz acolchada llegó a Ben, que ya tenía los ojos cerrados.

«Cuando hayamos terminado... Me dispararán en cuanto se hayan separado», pensó. «Me liquidarán aquí, en medio de la nada».

El primer coche se alejó con Jenny a bordo, prosiguiendo por la B47 en la dirección que Ben estaba siguiendo antes de tropezar con el puesto de control.

El agente que conducía era un muchacho en la treintena, moreno, de piel aceitunada. El compañero parecía más viejo, pero no mucho. El pelo con entradas, con una barba descuidada que enmarcaba un rostro surcado por varias cicatrices. Llevaba un par de gafas de sol y seguía volviéndose hacia Jenny y carcajeándose.

—Verás —rio el hombre—, todo irá bien, basta que seas buena. Nos han dicho que tienes algo especial... ¿Qué es?

—Corta el rollo, Leno —le dijo el otro, con los ojos fijos en la carretera—. No podemos fiarnos, ni siquiera tiene las manos atadas.

—Con esta me gano siempre el respeto y la confianza de todos, Stan... —rebatía el colega apuntando la pistola a la cara de Jenny, que respondió retrocediendo, con una expresión de disgusto en el rostro.

—Has visto lo que ocurrió antes. ¿O debo recordártelo? Deja de hacer el tonto. Llévemola al Centro Operativo y basta.

Jenny apartó la mirada y decidió no hacer más caso al policía. Luego intercambió una mirada con el agente que conducía a través del espejito central. Tenía un rostro limpio y sus ojos reflejaban un ánimo puro. Permaneció en silencio, se concentró y lo observó otra vez. De golpe, vio un estrado, una jura frente a una multitud. Después un desfile, algo oficial, importante. Percibió orgullo, gratificación, éxito. Vio a muchos jóvenes exultantes que disparaban un tiro al aire. Los uniformes todos iguales, el corte de pelo impecable. Fue una descarga de *flashes*, como si el muchacho le estuviera mostrando un recuerdo indeleble que conservaba en la memoria y en el corazón. El momento en que le habían asignado aquel cometido.

¿Podía someterlo? ¿Usarlo? ¿Podía salvarse de algún modo?

Su colega dejó de hacer bromas, extrajo del salpicadero frente a él una tableta interactiva y comenzó a escribir velozmente sobre la superficie con las yemas de los dedos.

Jenny permaneció en silencio durante una buena media hora.

De pronto, el hombre estalló en carcajadas de gusto y exclamó:

—Lo han eliminado. Me lo acaban de confirmar a través de la actualización. Incluso tienen la imagen.

Leno giró la tableta hacia Stan, que asintió sin comentar cuando observó la foto en la pantalla.

También Jenny la entrevió, por pocos instantes.

El cuerpo de Ben estaba tendido sobre un costado en la maleza, con las manos atadas a la espalda y los ojos desencajados. La cabeza estaba inmersa en un charco de sangre.

SÉ que estás...

La voz de Alex resonó en la cabeza de Jenny, acurrucada en los asientos posteriores del auto de la policía que corría por el asfalto reluciente. Se había desvanecido de golpe ante la visión del cadáver de Ben. Ni Stan ni Leno se percataron de que no estaba sencillamente durmiendo.

Te esperaré. Debes estar también tú en este sitio...

Cada sílaba era un soplo de viento cálido, una caricia dulce al corazón. Cada palabra era un abrazo que faltaba desde tiempo inmemorial, un sueño lejano pero destinado a recomenzar. ¿Podía responder? ¿Estaba en condiciones de hacerlo?

Jenny permaneció por algunos instantes como inmersa en la burbuja de beatitud y serenidad en que aquella voz la estaba envolviendo. Un escudo capaz de protegerla de la energía oscura que penetraba el cosmos. Habían pasado los siglos, los habían transcurrido juntos. Mano en mano, en el limbo de Memoria. Poco a poco todo salía a flote. Un fragmento tras otro.

Sabía quién era Alex. Una persona especial, como ella.

Los pensamientos de Alex y los suyos eran partículas que vibraban en un microcosmos de destinos entrelazados, un núcleo impenetrable, un mundo con sus reglas en contraste con el ambiente circundante. ¿Podía hablarle, pues? ¿Podía romper la barrera invisible que los separaba y sobre la cual estaban apoyando la palma de la mano, en la esperanza de rozarse? ¿Podía reconstruir el puente destruido por el tiempo?

Te oigo, Alex...

Jenny abrió los ojos de golpe. Estaba recostada en el asiento del coche, las voces de los policías la alcanzaron.

¿Había soñado?

Alzó la cabeza y vio la campiña desierta pasando rápida más allá de las ventanillas del auto. Luego un letrero llamó su atención:

ÁREA DE DESCANSO
5 KM

Trató de recordar las palabras de Ben. Leno se volvió para reírse de nuevo en su cara y hacer una de sus bromas fuera de lugar, pero Jenny ni siquiera lo escuchó.

Kilómetro 481, autopista B47.

Había dicho eso, estaba segura. Sus ojos fueron en busca de un cartel que indicase el punto en que se encontraban. Esperó durante algunos segundos; luego, una señal rectangular con la inscripción en blanco sobre verde pasó por su lado, rápida pero clara: KM 477.

—¿Has soñado con los angelitos? —La pinchó Leno.

Era el momento de jugar su carta.

—Debo ir al baño —respondió, seca.

Leno se volvió hacia Stan y de nuevo hacia ella:

—Esperarás.

Jenny comprendió que en una situación semejante no estaba en condiciones de dictar la ley, pero podía intentar alcanzar el objetivo con astucia.

—Como quieras. Lo haré aquí en el asiento, entonces. Total te lo harán limpiar a ti, imbécil.

Leno extrajo con furia la pistola de la funda, se volvió y la apuntó a la frente de Jenny.

—¿Cómo te permites dirigirte a mí de ese modo? ¡Pídeme inmediatamente perdón o te disparo a la cara! —gritó, fuera de sí.

Ella lo miró, desafiante, manteniendo la calma.

—Perdona... no eres un imbécil. Solo eres un esclavo. Dispárame, venga. Aprieta ese gatillo. Oh, sí. No puedes hacerlo. No puedes hacer nada que no te hayan ordenado.

El hombre continuó mirándola a los ojos, pero la mano le temblaba. Le castañeteaban los

dientes, como en busca de una réplica ganadora que no alcanzó a encontrar.

—Corta el rollo, Leno —intervino Stan en tono autoritario—. ¡Quita de ahí esa arma, maldita sea!

La mueca de Jenny se transformó en una sonrisa complacida mientras Leno se volvía e intentaba calmarse.

—Hay un área de descanso a un kilómetro —añadió Stan, mirándola por el espejito central—. Tendremos que ir al baño contigo, y sobre esto no hay discusión, ¿entendido?

Jenny bajó los párpados e hizo un gesto con la cabeza como para aceptar el compromiso; después permaneció en silencio.

El hombre llevaba una chaqueta sin mangas beis sobre unos pantalones negros, con la mirada oculta detrás de unas gafas de sol reflectantes. Estaba apoyado con la espalda en una pared y fumaba un cigarro. Tenía la frente surcada por las arrugas; en la cabeza, su escaso pelo se agitaba al viento, y la perilla blanca enmarcaba el rostro de un casi setentón. Frente a él estaba aparcado un automóvil negro con la puerta abierta. Sacó de un bolsillo de la chaqueta una especie de octavilla y la agitó cerca del rostro para ventilarse. Hacía mucho calor, el sol pegaba despiadado sobre el asfalto. Cada tanto algún camión entraba y se detenía en el área de descanso.

Cuando el coche de la policía apareció por la rampa proveniente de la autopista, el hombre tiró la octavilla en el cesto de la basura, junto a él, y caminó lentamente hacia su coche, con el cigarro apretado entre los labios. El auto azul pasó a su lado y fue a terminar la carrera frente a los dispensadores de bebidas y emparedados. Fue en aquel momento cuando la vio, más allá de la ventanilla posterior derecha. La gorra del agua Frey en la cabeza, el pelo castaño que caía sobre los hombros anchos de nadadora. Llevaba una camiseta blanca. Se volvió hacia él mientras los policías bajaban del coche. Ya la había visto en los archivos cifrados que Ben había conseguido enviarle en Texto desde el panel de su alojamiento de Mnemónica. Era Jenny.

—Ha llegado solo ella... —susurró para sí mismo, tragando con dificultad. Luego se inclinó y cogió algo del auto, de espaldas a los dispensadores.

Detrás de él, a una veintena de metros de distancia, Leno aferró a Jenny por un brazo, la sacó del coche y la arrastró hacia los servicios. Stan miró a su alrededor y permaneció a la espera, mientras el hombre de la chaqueta beis se volvía, con los labios torcidos en una expresión despiadada, el cigarro colgando en un costado de la boca, las gafas de sol anónimas cubriéndole los ojos brillantes y una ametralladora negra y centelleante entre las manos.

—¡Hombre armado, Leno! ¡Hombre armado! —le gritó Stan, mientras Ian, el padre de Ben, aquel que había sacado la cabina de Alex del fondo del océano, descargaba una ráfaga de proyectiles sobre su pecho.

Leno abrió desmesuradamente los ojos y permaneció inmóvil, mientras Jenny se soltaba y escapaba detrás de la fila de dispensadores. Ian caminó lentamente hacia el agente, que había empezado a temblar como una hoja al viento.

—¿Lo habéis matado, verdad? Dime solo eso —dijo mientras apuntaba la metralleta contra el policía.

—¿A quién? —gritó Leno, jadeando—. ¿De quién hablas? ¿Te has vuelto loco? Estás firmando tu condena de muerte, viejo.

—No —respondió Ian, glacial—. Acabo de firmar la tuya.

La ráfaga de tiros que embistió al agente lo hizo retroceder tres metros, donde se desplomó. Siguió un instante de silencio irreal, mientras la sangre se derramaba sobre el asfalto y se mezclaba con el polvo. El hombre escupió el cigarro en el suelo en señal de desprecio y se acercó al cuerpo de Leno. Se arrodilló junto al cadáver, sacó de un bolsillo de los pantalones un cuchillo y cortó en seco el índice de la víctima.

Ningún camionero aparcado en el área de descanso salió del propio vehículo. Ninguno se

atrevió a curiosear, mientras Ian regresaba al coche y arrojaba la metralleta sobre el asiento del conductor.

Cuando se volvió, Jenny se estaba asomando desde atrás del dispensador. La muchacha dio algunos tímidos pasos hacia delante, puso una mano en el bolsillo más ancho de los pantalones y sacó la tableta enrollada. La había cogido de la bolsa y escondido, antes de que los coches de la policía bloquearan el todoterreno de Ben en la autopista.

—¿Usted es Ian, verdad? —preguntó Jenny con un hilo de voz, tendiendo la fotografía al hombre—. Su hijo quería que viera esto.

Él se quitó las gafas de sol, las metió en el bolsillo y observó los rostros de Loren y sus nietecitas, reproducidos en la pantalla de la tableta interactiva.

Sonrisas inocentes y lejanas, que su hijo Ben ya no volvería a ver.

Y lloró.

EL sol de aquella dramática mañana de fines del verano era un disco candente en el cielo límpido, y pegaba sobre el parabrisas del coche conducido por Ian, obstaculizando la visual, mientras el hombre contaba a Jenny cómo había terminado en la isla de Limen, tantos años antes, después de haber cambiado de identidad, recomenzando de cero en aquel sitio de forajidos.

—¿Por tanto, es allí adonde estamos yendo? —preguntó ella, sentada delante, con un brazo apoyado fuera de la ventanilla. Con el latido del corazón finalmente regularizado, Jenny observaba la campiña, que respondía árida y monótona. Una fila de campos estériles y desiertos, como las mentes de los ciudadanos que Ben había pintado en sus relatos.

—No —respondió Ian—. No podemos.

Jenny frunció el ceño. El hombre parecía seguro de sí.

—No iremos a la isla, sino a un sitio seguro, a pocos kilómetros de aquí. Pero antes debo arreglar un asunto.

La chica respiró hondo y luego volvió a observar aquel paisaje insignificante. ¿Dónde estaba Alex? ¿De verdad había conseguido oírlo en su cabeza o se había tratado de un sueño?

Se había despertado en un mundo que no era el suyo, en un tiempo que no conocía, era una extranjera en una tierra más lejana de cuanto pudiera imaginar. Alex representaba el único vínculo con las raíces de la civilización en que había nacido. Era parte de ella. Siempre había estado, compartía su mismo don y la había cogido de la mano durante los siglos de espera en Memoria, que ahora volvían como diapositivas confusas, a veces horripilantes.

Jenny permaneció un buen rato en silencio, mientras Ian conducía hacia un destino para ella desconocido. Pero antes, como había dicho, tenía que *arreglar un asunto*. No requirió más que un par de minutos: en un momento dado, se desplazó sobre el carril más a la derecha de la autopista y salió en las proximidades de un cartel que indicaba un pueblo llamado Sirio. Le pidió que lo esperara en el coche, ella asintió y se quedó mirando. Ian se acercó a un puesto de control que delimitaba la salida de la autopista. Bajó del auto. En torno, el único rumor era un continuo chirrido de grillos y no había sombra de otro vehículo. Como la estación de servicio, tampoco el puesto estaba controlado por ningún ser humano. Jenny vio que Ian se acercaba a un distribuidor poco más alto que él. Extrajo algo de un bolsillo de la chaqueta y lo introdujo en una ranura. Parecía un dedo. *Era* un dedo. Una fila de pequeñas estructuras cilíndricas más allá del puesto se hundieron en el terreno durante algunos segundos. Luego resurgieron.

Cuando Ian volvió al puesto del conductor, ella lo interrogó con una mirada perpleja.

—Pronto alguien seguirá nuestros pasos. En el área de descanso había camioneros. Ni han soñado con intervenir, pero sin duda habrán denunciado mi espectáculo a las autoridades. Quien llegue al sitio notará que he cortado un dedo de ese bastardo y pensará que lo he usado para pasar este control. Lo hacían los delincuentes hace tiempo, es una costumbre que ya no está de moda. Nosotros, en cambio, ahora hacemos marcha atrás.

Ian sonrió y una arruga de fascinante astucia se dibujó en torno a sus labios. Después añadió:

—Un pequeño despiste, en resumen. Siempre que sean tan estúpidos como para caer en él.

Jenny asintió y respondió a la ironía de Ian levantando las cejas de forma elocuente, mientras el hombre volvía a arrancar y cambiaba de dirección, dejando el puesto de control a sus espaldas. El viejo condujo durante unos treinta kilómetros y se acercó a una amplia área de emergencia.

—Y ahora —dijo a la muchacha con tono sarcástico, metiéndose entre los dientes un nuevo cigarro— nos liberamos de este pésimo modelo de coche.

Bajaron del auto; Ian desembragó la marcha dejándolo en punto muerto y lo empujó por la puerta de la izquierda pidiéndole a Jenny que hiciera lo mismo en el lado opuesto.

El área de emergencia estaba delimitada por una fila de matas de más de tres metros de altura,

más allá de las cuales el terreno descendía, escarpado y baldío, hasta un riachuelo. Una vez en marcha, el auto se deslizó sin problemas por el asfalto, penetró en el matorral y en aquel punto los dos lo soltaron y se alejaron. Por el estruendo que oyeron pocos segundos más tarde, el coche debía de haber terminado donde Ian esperaba que detuviera su carrera: en el río.

—¿Y ahora? —preguntó Jenny mientras se frotaba las manos sobre la camiseta que caía ancha sobre los pantalones tomados en préstamo de Ben.

—Y ahora proseguimos a pie.

La mirada de la muchacha se ensombreció.

—¿A pie?

—No te preocupes, son solo diez minutos. Tengo una pequeña base de apoyo por esta zona. Por eso había citado a mi hijo en el kilómetro 481.

Jenny no hizo más preguntas. Siguió al hombre mientras se adentraba por un sendero entre las matas con la familiaridad de un cazador experto y se metía entre los árboles dejando la autopista a sus espaldas. Los buscarían, claro. Pero estaba en buenas manos, según parecía.

—Pronto —dijo Ian mientras se escabullía entre las ramas— tendrás las respuestas que estás buscando. No sé si saldremos de esta situación ni cómo. Sí sé cómo hemos llegado a ella. Conozco nuestros límites. Pero también los suyos.

Jenny no respondió. Dejó hablar al viejo, que parecía desvariar. ¿Qué sabía él de las respuestas que ella estaba buscando? ¿Qué sabía de su pasado? ¿Del mundo del que provenían ella y Alex, un mundo que había cerrado los ojos en una mañana de diciembre de 2014? La familia de Ian y Ben era una familia de investigadores, eso estaba claro. Pero, por más hallazgos que hubiera ofrecido el mar a la nueva civilización que poblaba el planeta, nadie habría sabido contar qué era la Tierra antes del asteroide mejor que ella, o que Alex.

Caminaron durante unos veinte minutos, cruzando campos donde no se podía decir, desde luego, que la vegetación creciera exuberante. Parecía una zona abandonada a sí misma y quizás era por eso que la «base de apoyo» de Ian estaba situada por aquellas tierras.

Te siento, Jenny...

El pensamiento de Alex la embistió como una ráfaga imprevista de viento, como un reclamo que resonaba en el aire y le silbaba al lado para revolotear y volver de nuevo, en una cantinela que habría escuchado hasta el infinito.

Alex... ¿dónde estás?

Jenny se detuvo, mientras Ian avanzaba entre los campos. Cuando el viejo se volvió, ella tenía la cabeza levantada, los brazos abiertos y los ojos cerrados. Estaba como perdida en la beatitud mística de un sueño, víctima de un delicioso encantamiento. Los labios dibujaban una sonrisa sincera, mientras respiraba a pleno pulmón el aire que arrastraba los pensamientos de Alex para entrelazarlos con los suyos.

—Casi hemos llegado, Jenny —dijo Ian—. Dentro de poco estarás a salvo.

Ella se despertó, se restregó los ojos y se puso otra vez en camino.

Pasaron una decena de minutos, pero fue una eternidad. Adondequiera que estuvieran yendo, el único deseo de Jenny era volver a encontrar a Alex, abandonarse sobre su pecho y olvidar pasado, presente y futuro. Borrar el fin del mundo, los siglos pasados en el limbo mental de Memoria y despertar en medio de una nueva era.

Cuando Ian le señaló una granja a lo lejos, la mirada de ella se volvió curiosa.

—Ya estamos —dijo el hombre, apuntando con el índice de la mano derecha hacia la construcción—. Adelántate. Entra y espérame en la sala. Yo voy de inmediato.

Jenny asintió. Con las rodillas doloridas, los tobillos que parecían a punto de partirse de un momento a otro, se encaminó hacia la granja. Cuando estuvo enfrente de la puerta de madera, la empujó con fuerza. La voz de Alex resonaba en su cabeza continuamente, presionaba con insistencia sobre las paredes del cráneo y parecía cada vez más cercana, como si el muchacho

susurrara a su oído desde el interior.

En cuanto Jenny entró en la amplia sala, su latido cardíaco se detuvo por un instante. En el centro de la habitación, de espaldas, frente a una pared con dos fusiles colgados formando una X, estaba él. Estaba Alex.

Cuando se volvió, con el mechón rubio despeinado sobre la frente como el primer día que lo había visto, los ojos hinchados y brillantes y una sonrisa dibujada en los labios, a ella le faltó el aliento.

Ninguno de los dos habló. Se quedaron inmóviles durante un momento, luego corrieron el uno hacia el otro y se abrazaron. Se estrecharon más fuerte que nunca, hundiendo las uñas en la carne para demostrarse a sí mismos que todo era verdad. Que se habían encontrado otra vez en una realidad física, que la vida les había ofrecido una segunda oportunidad y la habían jugado juntos. Finalmente el dolor era vivo. No era la granizada ficticia de Memoria. Ni el frío o la lluvia de una simulación mental. Era algo que hacía daño en serio. Una sensación extraordinaria, paradójicamente adorable.

Sus labios se unieron y fue un instante suspendido en el tiempo, capaz de arrastrarlos a otra parte, a un lugar que solo sus almas conocían, una fortaleza inexpugnable e impenetrable. Una fortificación perdida en un cosmos desconocido, donde nadie habría podido nunca entrar. Era la magia de un amor que había entrelazado sus destinos y los había ligado para siempre. Además de los infinitos caminos. Además de los ciclos de la vida, y el inicio y el fin de todo. Ahora Jenny podía recordar.

Finalmente las sensaciones la envolvían y la devolvían atrás. Le restituían el recuerdo de aquel amor puro, decidido quizá por el destino, quizá por el azar. Ahora sabía de verdad, de nuevo, quién era Alex.

Él entró en la sala sin hacer ruido y apareció a sus espaldas sin decir nada, con total respeto hacia aquel momento. Había una luz distinta en la habitación. Como si el polvillo del aire hubiera sido embestido por un resplandor fortísimo y siguiera reflejándolo.

Como si se hubiera liberado una energía desconocida, impalpable e invisible. Una fuerza que actuaba en un plano superior e invadía la materia sin que el ojo pudiera reconocer su forma, sino solo percibir sus efectos.

Estaban de nuevo unidos, casi quinientos años después.

De nuevo juntos.

LAN entró en el amplio salón. Detrás de él, una repisa corría a lo largo de toda la pared. Alojaba una hilera de marcos; la mayoría de las fotos representaba a una mujer rubia, de pelo rizado, rostro redondo y mofletudo, con la mirada encendida y radiante. En algunos retratos era más joven, en otros debía de tener unos cincuenta años. En un par la mujer posaba la mano en la mano de Ian.

—Es magnífico veros juntos —comentó mirando a los dos muchachos—. Os estaréis haciendo un montón de preguntas... —añadió mientras se sentaba en un sillón y dejaba en el suelo la mochila con la metralleta.

Alex y Jenny se volvieron, aún abrazados. Ambos sorprendidos y, quizá por primera vez, casi espantados por aquella presencia. ¿Qué sabían, en el fondo, del viejo? ¿Por qué le interesaba tanto unirlos? ¿Los había sometido a algún experimento?

—Partiremos a la caída del sol —dijo él con voz ronca; luego tosió—. Es necesario que estéis al máximo de vuestras fuerzas.

—¿Adónde iremos? —preguntó Jenny mordiéndose el labio inferior, con la mano aferrada a la de Alex.

—Fuera de esta ratonera. Venid conmigo.

Ian se levantó y abrió camino. Los muchachos lo siguieron por un estrecho corredor y entraron en un cuarto amueblado de un modo totalmente informal, con un escritorio polvoriento al lado de una cama matrimonial y la persiana bajada con una cortina deshilachada delante. Solo las sábanas parecían nuevas, o por lo menos limpias.

Los ojos de Jenny se posaron sobre un retrato de mujer, en blanco y negro, enmarcado y colgado en la pared sobre el escritorio.

—Esa es... era mi mujer. —Ian se adelantó a la pregunta de la muchacha.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Alex.

—Beth. Murió cuando mi hijo tenía nueve años.

En la habitación se produjo un silencio cargado de dolor y melancolía; Ian siguió hablando:

—Tendréis muchas cosas que contaros. Pero os ruego que descanséis. Nos espera una noche difícil. No podemos esperar a mañana para escapar. Actuar de noche nos dará ocasión de atraer menos la atención.

Alex asintió, mientras Jenny se sentaba en el borde de la cama.

—Os despertaré cuando sea la hora —concluyó el hombre y dejó la habitación cerrando la puerta a sus espaldas.

Alex se sentó junto a Jenny y se acercó hasta apoyar la cabeza sobre el hombro de la muchacha. Luego la cogió de la mano y apretó con fuerza los dedos en torno a los suyos, como si quisiera demostrar que aquel contacto era auténtico.

—El perfume de tu piel... es real. Tus dedos, tu rostro... Aún no puedo creerlo. ¿Cómo hemos terminado aquí? Me lo pregunto desde que volví a abrir los ojos.

—Me cuesta mucho recordar. Me había olvidado incluso de ti, al despertar. Has vuelto despacio...

—A mí me ha ocurrido lo mismo. Al principio eran como relámpagos... veía rostros, oía voces que pertenecían a una vida lejana, pasada. A algo que ya no existe. Después has resurgido y sabía que te había encontrado. Lo sentía, tú también estabas en este sitio, estabas a salvo. ¡Aún estamos vivos, Jenny! ¿Te das cuenta?

La mirada de Jenny se entristeció.

—El hijo de ese hombre ha sacrificado su vida para salvar la mía.

—¿Hablas de Ben? —preguntó Alex, sorprendido.

—Sí. Fue él quien me sacó de la nave, debíamos llegar juntos a la cita con su padre.

—Es terrible. Ian ha hablado muchísimo de él, en los últimos días. Tenía miedo de que las cosas fueran mal. Quizá se lo esperaba.

—Este es un sitio de locos...

—¿Sabes, Jenny? Es absurdo, por cuanto recuerdo hemos estado una eternidad en aquel lugar, Memoria...

Ella permaneció con la mirada al frente, como si la película de los recuerdos le pasara por delante mientras Alex hablaba.

—Lo sé —respondió—. Ha sido como revivir continuamente nuestra breve vida juntos antes del impacto.

—¿Cómo demonios es posible que hayamos terminado aquí? —preguntó él, levantándose de golpe. Dio algún paso hacia el escritorio lleno de polvo y apoyó las manos sobre la superficie, pero las retiró de inmediato.

—No tengo ni idea.

—Lo último que recuerdo del mundo antes de Memoria es un salto a una especie de barranco. Tú estabas conmigo.

—Lo sé. Me acuerdo.

—¿Y entonces quién nos ha metido en esas cabinas? ¿Y cuándo lo ha hecho? ¿Será la enésima ilusión de la mente?

Jenny abrió desmesuradamente los ojos, incrédula. Sacudió la cabeza.

—No. No puede ser...

Sus pensamientos eran un enredo de imágenes confusas, rostros sin voz, citas carentes de autor. De pronto, recordó.

Estamos perdiendo gradualmente el recuerdo de las sensaciones físicas...

Finalmente. Tenías que haberlo entendido por el beso. No por el puñetazo.

—Este sitio es real, Alex —dijo luego, con tono decidido—. El dolor es verdadero. También nuestro beso de antes lo era.

—Ian debe saber algo. Sobre las cabinas, quiero decir. Ha sido él quien me ha sacado de allí.

—Quizá también Ben sabía algo. Yo, en cambio, solo sé que morimos aquel día, en el barranco. Morimos todos. Pero ahora estamos aquí, hablando, no se sabe en qué punto del futuro.

Alex reflexionó durante algunos instantes, frotándose un dedo sobre la frente y mirando el suelo.

—En nuestra vida pasada, en este punto me había dirigido a Marco.

Ian recorrió el pasillo hasta el fondo, abrió la puerta de la derecha y entró en un dormitorio similar al de los huéspedes, pero donde numerosos cuadritos de familia estaban alineados uno junto a otro sobre las repisas.

Se acercó y cogió uno. Después dio algunos pasos hacia la ventana que daba al patio desierto de la granja. Sus ojos se perdieron en las extensiones del anónimo paisaje, mientras las manos apretaban la foto contra el pecho. Cuando la observó de nuevo, ya no pudo contener las lágrimas. Bajaron rápidas, surcando su rostro rugoso e hinchando los ojos, luego cayeron sobre la expresión feliz de Ben, que en el cuadrado sonreía despreocupado mientras el viejo labrador, llamado *Colt*, le lamía la cara. Había conseguido aguantar, esconder el dolor, llevarse a Jenny y huir manteniendo los nervios bajo control. El derrumbe, una vez solo en el silencio de su habitación, era inevitable.

Ian se volvió, fue a recostarse sobre la cama y permaneció inmóvil mirando el techo, con la foto apretada contra el pecho y los ojos brillantes. Le había enseñado muchas cosas a aquel niño siempre deseoso de aprender, de entender el sentido de la vida. Cuánto tiempo habían pasado juntos estudiando la historia de su mundo, antes de que la vida los separase. Antes que la primera campaña de Ben se transformara en la última del veterano Ian.

Porque en el fondo del mar, el viejo no había encontrado solo un cuerpo encerrado en una

cápsula y aparentemente vivo, a pesar de que habían pasado más de cuatrocientos años. Había encontrado lo que buscaba desde siempre.

Jenny se recostó sobre la cama y se acurrucó llevándose las rodillas al pecho, dando la espalda a Alex.

—Apaga la luz, es mejor que descansemos.

Él se levantó y buscó el interruptor. Con la persiana cerrada, en un instante la habitación cayó en una total oscuridad. Se sentó en el borde de la cama, se extendió sobre un costado y apoyó delicadamente la mano sobre el hombro de Jenny. La acarició sin decir nada, bajando por el brazo y llegando hasta la muñeca, para volver a subir.

—Todas esas historias sobre el Multiverso... —dijo ella mientras un escalofrío le recorría la espalda—. Poco a poco me han venido a la mente todos los detalles. En tu opinión, ¿todo ha terminado? Es decir...

—¿Me estás preguntando si esta es la única realidad que queda?

Jenny se volvió y se encontró cara a cara con Alex, aunque en la oscuridad no conseguía vislumbrar los rasgos delicados de su rostro. Pero sentía su respiración, percibía cada pensamiento y emoción. Había pasado una infinidad de tiempo desde la primera y única vez que se habían encontrado solos en una habitación, en la oscuridad, pero nada había cambiado. Estaban condenados a ver entrelazados los respectivos destinos y deseos, y cómo el cielo y el mar no eran inmunes al hechizo de la noche, que confundía a uno en los colores del otro. Por toda la eternidad.

—Te estoy preguntando si tenemos una alternativa.

Alex le pasó una mano por el pelo, acomodándole un mechón detrás de la oreja.

—¿Tienes miedo de este sitio?

—No quiero morir. Pero tampoco quiero convertirme en una cobaya de laboratorio. Si Ian fracasa, como ha hecho Ben...

—Ben te ha sacado de la nave. No ha fracasado.

Jenny permaneció en silencio. La punta de su nariz rozaba el hombro de Alex. Era verdad: sin la ayuda de Ben aún estaría a bordo del Mnemónica con un enredo de sensores pegados al cuerpo. ¿Pero y si le sucedía algo también a Ian? ¿En quién podrían confiar, en una cárcel al aire libre como Gea?

—¿Qué era Memoria? —preguntó, mientras Alex apoyaba una mano sobre su costado.

—No lo sé. Quizás era la eterna juventud de la mente. O acaso un simple limbo, un refugio sin tiempo.

—¿Podremos volver allí?

Alex cerró los ojos.

Siglos y siglos giraron como en un remolino de emociones inasibles, rápidos como cometas que flotan en el cielo antes de ser arrastrados por el viento. Los dedos de la mano entrelazados con los de Jenny, el vacío negro y sin futuro frente a ellos, y luego abajo. Abajo, sin frenos, mientras los rostros que han acompañado toda una vida desfilan delante por última vez, y la humanidad cierra para siempre los ojos frente a la omnipotencia de la Naturaleza.

Pero no es un adiós, y la partitura vuelve al punto de partida. Esta vez las notas se mezclan, se enmarañan y avanzan desordenadamente. Ya no hay un director de orquesta, los instrumentos no siguen un tempo común. Los repiques en el péndulo del cosmos resuenan desde los abismos mientras el pensamiento vaga en busca de un porqué. Pero lo que ve no es más que una réplica. Una peonza que gira sobre sí misma con movimiento perpetuo. Y es allí donde uno envejece sin ver los signos, se hace daño sin sentir dolor, mientras se indaga en el universo ajeno robando secretos, direcciones, intenciones y sueños. Es allí, en el corazón de Memoria, donde el tiempo ya no existe.

—No lo sé. Pero si lo que tenemos alrededor es la vida real, por más peligroso que sea, quiero

vivirla hasta el fin. Te he besado demasiadas veces sin sentir la dulzura de tus labios, te he estrechado sabiendo que solo éramos hologramas de nosotros mismos, reflejos de nuestro pensamiento. Ahora estamos aquí. No sé cómo hemos llegado, pero aún hay un mundo ahí fuera, y no es un teatrillo de marionetas virtuales. Es nuestra segunda oportunidad.

Los ojos de Jenny, ya acostumbrados a la oscuridad, vislumbraron una sonrisa en el rostro de Alex. No era necesario que él intentara convencerla. El deseo del muchacho era el suyo.

Jenny se acercó, cerró los ojos, apoyó los labios sobre los de Alex y se abandonó completamente. Fue como dejarse caer hacia atrás, seguros de encontrar los brazos de la persona que amamos listos para sostenernos. En aquel instante estaba el sentido de su viaje infinito y de la magia que los unía, estaban la luz y la oscuridad, el día y la noche. En aquel beso estaba el ciclo de la naturaleza que empezaba, evolucionaba y terminaba, para renacer de nuevo. Estaba el pensamiento que se convertía en energía y desquiciaba cualquier barrera del espacio y del tiempo.

Estaba el amor. Su fortaleza inexpugnable. Su cofre secreto. Más allá de la vida, más allá de la eternidad.

CUANDO Alex y Jenny se despertaron, no supieron decir cuánto tiempo había pasado.

Se levantaron juntos, con los músculos aún entumecidos, los huesos doloridos, frotándose los ojos para procurar penetrar la oscuridad. Alex encontró el interruptor y encendió la luz.

—¿Cuánto hemos dormido?

—No lo sé —respondió Jenny, mientras intentaba estirar cuello y hombros—. Pero Ian no ha venido a despertarnos.

—Vamos a buscarlo.

Salieron de la habitación y recorrieron el pasillo; se detuvieron frente a la puerta del fondo. Decidieron llamar.

—No responde nadie —dijo Alex—. ¿Será su dormitorio?

Jenny no replicó y alargó una mano sobre el pomo para abrir la puerta.

La habitación estaba vacía, la cama, en el centro, estaba deshecha.

—Ven. —Alex la cogió de la mano y la condujo a la sala donde se habían vuelto a abrazar pocas horas antes. Por las ventanas se filtraba una débil luz. Estaría anocheciendo.

—¿Dónde se ha metido?

—No tengo ni idea.

Alex miró a su alrededor.

La notita estaba bien a la vista, sobre el sillón donde Ian se había sentado cuando los había acogido. No la vio de inmediato, pero cuando se percató la cogió a toda prisa.

—*Bajad* —leyó en voz alta.

—¿Qué quiere decir?

—¿Que hay un sótano? ¿Pero por dónde se baja?

—Quizá por la entrada. Me parece haber visto una escalera. —Jenny abrió camino—. ¡Aquí está! —señaló con un gesto de la cabeza.

Una estrecha escalera de caracol llevaba abajo. Se acercaron, titubeantes, y empezaron a descender; los pasos resonaban en el silencio espectral que envolvía la casa.

Jenny fue la primera en verla.

Estaba en el centro de la habitación. La estructura imponente, la protección de vidrio centelleante como la urna de una reliquia.

—La cabina... ¿cómo...? —dijo Alex a su espalda—. ¿Qué hace aquí?

Jenny le apretó la mano y se refugió contra su pecho. Temblaba. Temía que alguien la encerrara de nuevo allí dentro. Sin embargo, no conseguía apartar la mirada de ella.

Luego vio algo. Se adelantó un paso y escrutó más allá de la barrera de vidrio; distinguió una silueta.

Alex y Jenny se sobresaltaron cuando la urna se abrió de par en par y una figura emergió del interior. Era Ian.

El viejo levantó una pierna y la pasó más allá del borde de la estructura. Cuando estuvo de pie, con una sonrisa complacida en el rostro, ya no dudó. Había esperado incluso demasiado tiempo aquel momento.

—Os había dicho que os sacaría de esta jaula.

Ni Jenny ni Alex lo miraron a la cara, después de haber oído aquella frase. Ambos bajaron la cabeza, con los ojos perdidos en el vacío y las mentes en busca de un asidero, de algo a que agarrarse antes de precipitarse de nuevo en un abismo cuya profundidad no conocían.

¿Cuánto debían retroceder para encontrar aquella frase que sonaba tan familiar, tan cercana y, sin embargo, casi inaccesible?

Ánimo, muchachos. Salgamos de esta jaula.

En el mismo instante, los ojos de Alex y Jenny se encendieron con la misma y centelleante

conciencia. Encontraron en los recovecos del pasado aquella escena, detuvieron el fotograma y finalmente supieron la verdad.

Alzaron los ojos hacia Ian y lo llamaron a coro con su verdadero nombre, aunque sonaba absurdo pronunciarlo frente a un anciano.

—¡Marco!

Los invitó a sentarse en un par de viejas y gastadas sillas y él lo hizo sobre la cabina.

—¿Qué bromas nos juega el destino, eh? —les dijo mientras encendía el cigarro que había sacado del bolsillo de la chaqueta.

—No es posible... —Alex entornó los ojos, como para intentar escrutar a través de una impenetrable cortina de humo.

—Yo recuerdo a un muchacho... —intervino Jenny, mientras su mano se apoyaba en la de Alex—. Lo sabía siempre todo, y... ¡en Barcelona, sí! Estaba en Barcelona.

Para los tres, en aquel momento, *Barcelona* era como una palabra en código para decir *Memoria*.

—Tengo tantas cosas que contaros —continuó el viejo—. He esperado tanto este momento... Toda una vida, cuyas huellas llevo marcadas.

Alex y Jenny permanecieron en silencio, con el corazón que les tamborileaba en el pecho y los ojos curiosos e incrédulos al mismo tiempo.

—Yo soy Marco. Vuestro Marco. Quizá no lo recordéis: estuvimos siglos en Memoria, casi cinco siglos, pero nos separamos muy pronto. En un momento dado, los recuerdos enloquecieron, nuestros pasados y los de las personas a nuestro alrededor se mezclaron y conocimos de cerca el miedo, el mismo pánico que se sentiría al encontrarse en medio de un tiovivo de fantasmas sin saber cómo salir. Todo comenzó cuando el escritorio de mi padre apareció en medio del paseo marítimo de Barcelona, durante aquella tempestad de granizo. ¿Os acordáis? No sentíamos el dolor a pesar de que las piedras nos golpeaban en la cara.

Alex sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa, mientras reflexionaba sobre la absurdidad de aquella escena. Era uno de los últimos recuerdos claros que tenía de Memoria, después de lo cual reinaba la confusión. Si hasta aquel momento había albergado serias dudas, oír mencionar aquel delirante momento de colapso de Memoria confirmaba que el viejo que estaba frente a él era de verdad su mejor amigo.

—Pero... ¿qué significa todo esto? —le preguntó Jenny, subrayando con la entonación las últimas dos palabras, referidas evidentemente a la diferencia de edad.

—Después de aquel acontecimiento nos separamos. Tú estabas desesperada, Jenny, corrías el riesgo de perder la cabeza. Alex te llevó con él, yo me quedé en el paseo marítimo. Y...

El viejo se detuvo durante un momento, suspiró y continuó:

—Y no os volví a ver.

Alex se levantó de golpe.

—¿Por qué? ¿Por qué hablas desde este cuerpo? ¡No tiene sentido, Marco! ¡No es el tuyo!

El amigo permaneció inmóvil, dio una calada al cigarro y exhaló el humo. Sonrió y alzó las cejas respondiendo con su usual vena sarcástica:

—Lo es, ¡y cómo! Tengo algunos añitos más, claro... ¿me estás diciendo que los llevo mal?

Alex apoyó las manos sobre la mesa, dando la espalda a los demás. Se volvió e hizo señas a Marco de que continuara.

—He tenido tiempo para indagar, para entender cómo habían ido realmente las cosas. Una infinidad de tiempo. He revivido cada recuerdo y comprendido, al fin, cómo funcionaba Memoria. Sin duda, también a vosotros os está ocurriendo lo mismo. Pero yo he tenido a disposición casi cincuenta años, aquí en Gea, para hacer salir a flote la mayoría de los momentos vividos en aquel sitio. Vosotros os habéis despertado hace poco y os recuperaréis despacio.

—Cincuenta años... *reales* —comentó Alex, atónito.

—Sí. ¿Qué recordáis de Memoria?

—Yo solo sé que hemos revivido continuamente algunos momentos —dijo Jenny. El muelle de Altona Beach se le apareció como una visión.

—Incluso hemos intentado cambiarlos, sí... —añadió Alex—. Pero era inútil.

—Es verdad, podíamos revivir cualquier recuerdo de nuestra vida, o de la ajena. Pero si tratábamos de modificar algo en el curso de los acontecimientos éramos como... escupidos de nuevo hacia atrás. El pasado nos rechazaba, porque las cosas no habían sido así en la vida real. Cuando entendí esto, dejé que los recuerdos vivieran solo para estudiarlos. Así he podido indagar más a fondo y entender qué había sucedido antes del fin del mundo en algunas de mis vidas alternativas —dijo Marco.

Jenny pensó en cuántas veces había invertido las tazas de té y envenenado a Mary Thompson.

—¿Y qué has descubierto? —preguntó Alex, directo.

—He encontrado la dimensión en que he conseguido garantizar nuestra supervivencia. Ya no sé cuándo, en el fondo hemos estado casi quinientos años en Memoria. Pero la he encontrado. La he *recordado*. Lo de mi padre ya lo sabíais, estábamos juntos cuando lo descubrí. Había puesto en práctica un experimento científico orientado a introducir una enzima en los cuerpos de nuestras madres. «Mutagénesis insercional», la llamaba. Se trataba de una enzima aplazada, que se activaría solo en el paso a través de la membrana placentaria, en relación con un elevado número de gonadotropinas coriónicas, la hormona del embarazo. Es decir, precisamente durante la gestación. No tendría ningún efecto sobre las mujeres, pero potenciaría el desarrollo cerebral del feto en los primeros meses de embarazo, en los cuales el cerebro está en vías de formación. Esto ha generado individuos como nosotros, en condiciones de percibir la multiplicidad de los mundos, que a las demás personas es inaccesible. Y capaces de usar facultades de distinto tipo. Quizás en esto seamos ligeramente distintos. Que yo sepa, por ejemplo, vuestra telepatía es única.

Alex se volvió hacia Jenny, con la mirada concentrada y atenta, mientras continuaba repitiéndose mentalmente *mutagénesis insercional*. Ella se pasó una mano por el pelo y lo sacudió, confusa.

—¿Pero por qué no nos dices a qué se debe esta diferencia de edad?

Con el cigarro colgado de un costado de la boca, Marco se puso las gafas y dio algunos pasos por la pequeña habitación, que tenía el aspecto de un refugio antiatómico, con las paredes cubiertas de estantes llenos de cajones de víveres y cajas de herramientas.

—Estamos aquí gracias al Multiverso. En dimensiones diferentes, hemos realizado gestos determinantes que han garantizado nuestra supervivencia. Me explico: en la realidad en que mi padre experimentó la enzima, obtuvimos este don. Eso tuvo efecto sobre todas las realidades alternativas, porque, una vez potenciadas las facultades de nuestro *alter ego*, habríamos podido *cruzar el umbral* y guiar cualquier otra versión de nosotros mismos. Descubrí que en el Multiverso aletean algunos mensajes. Los vemos en distintas formas: personas, objetos, verdaderas comunicaciones. Yo veo desde siempre la figura de un profesor llamado Thomas Becker. No son seres humanos, son solo mensajes, flujos de energía provenientes quién sabe de dónde. Pero desde el momento en que nosotros somos seres humanos, nuestro cerebro tiene la necesidad de darles una forma, de hacerlos creíbles.

Alex golpeó un puño contra la palma de la otra mano.

—¡El vidente maltés! Ahora recuerdo... desde pequeño siempre tenía esta visión. Me contaba un futuro catastrófico y yo lo dibujaba todo... los míos pensaban que tenía problemas psíquicos. Marco se volvió y apoyó la espalda en la ventana.

—Exacto, Alex. Fue gracias a uno de estos mensajes que supe del fin del mundo y entendí cómo podíamos salvarnos. Quizá muera sin entender de dónde provienen. También porque, y esto es

evidente, no me queda demasiada vida. Lo que sé es que no responden a ninguna constante de tiempo. En efecto, a nosotros nos resultan la mayoría de las veces proféticos, exactamente como un *déjà vu*. O como un sueño premonitorio. Me he convencido de que vienen de una realidad temporalmente distorsionada, donde todo ya ha ocurrido. Por eso, cuando les damos un cuerpo y una voz, nos desvelan algo que aún debemos vivir. Pero es solo una hipótesis.

Alex se sentó sobre el brazo del sillón y sacudió la cabeza.

—Está bien. Pero ahora debes decirnos cómo has acabado así.

—Es sencillo. Me sacaron antes al exterior.

Jenny arrugó la frente.

—¿En qué sentido?

—Venid conmigo.

Alex y Jenny siguieron a Marco mientras subía la escalera de caracol y alcanzaba la entrada de la granja. Salieron al aire libre. Los rayos aún calientes del sol estival se filtraban entre las hojas de los árboles mientras el cielo se teñía de rojo a lo lejos, sobre la línea del horizonte. Casi anochecía.

Marco cogió un sendero que se adentraba en un bosquecillo y los muchachos lo siguieron. Jenny observó con estupor la vegetación que se hacía cada vez más densa y exuberante. La senda avanzaba entre los árboles con un recorrido tortuoso y en pocos minutos se encontraron rodeados de plantas, escondidos en un refugio de la naturaleza, dirigidos a donde solo Marco sabía. A los ojos de la muchacha aquel sitio parecía casi una visión, en el contexto árido y carente de vida de aquel punto del nuevo mundo.

—En una de las realidades alternativas —continuó—, yo sabía exactamente cuándo terminaría el mundo. E ideé el plan para nuestra salvación. Se llama «animación suspendida» o *criostasis*. Con esta técnica he reducido al mínimo el proceso de envejecimiento de nuestras células, en un lugar a temperatura bastante... baja.

Jenny lo miró con aire perplejo mientras reflexionaba sobre cuanto acababan de oír.

—Es de locos. Nos has... cómo era aquel término... ¿*hibernado*?

—No exactamente. En 2014 sometían a hibernación a los enfermos terminales, con la esperanza de descongelarlos en un futuro en que la ciencia pudiera curar sus patologías. Pero con la hibernación no habría sido posible utilizar las funciones cerebrales. Habrían quedado bloqueadas, como todo el resto del cuerpo. En pocas palabras, no habría sido posible Memoria, que dependía del funcionamiento de nuestro cerebro. Con la criostasis, en cambio, fue como una buena siesta al fresco. Buena y larga, diría. Pero la condición necesaria para no acabar junto al creador, con esta técnica, es la total ausencia de oxígeno en el cuerpo.

—¿Vivos sin oxígeno? ¿Cómo es posible? —preguntó Alex.

—Lo es, en este caso. Encerré nuestros cuerpos en las cabinas, liberando en el interior una fuerte dosis de ácido sulfhídrico, un asco que huele a huevos podridos. Una vez sellados en estas cápsulas herméticas en un lugar cerrado y a temperatura muy baja, el gas liberado nos llevó a la anoxia, haciéndose inerte después de haber desarrollado su cometido y manteniendo así un equilibrio que habría podido durar, teóricamente, toda la eternidad. Con los procesos metabólicos reducidos casi a cero, habríamos podido dormir aún mucho tiempo. Pero alguien descubrió las cabinas, liberó el gas y nos devolvió a una temperatura aceptable, lo que provocó nuestro despertar.

—Perdona un momento —intervino Alex, mientras Marco tomaba aliento—. ¿Cuánto ralentizaste nuestro envejecimiento?

—Es una relación de uno a trescientos, más o menos. Habéis envejecido poco en este medio milenio. Hoy tenéis unos diecisiete, dieciocho años, según vuestra edad biológica.

—Alucinante... —comentó Alex, maravillado por el relato de su amigo—. ¿Y tú, en cambio? ¿Cuándo te sacaron de allí?

—¿Y *quién* te sacó? —añadió Jenny.

Marco alzó los ojos al cielo, sonrió, luego los cerró como si estuviera repescando imágenes del pasado. Y relató.

Les contó acerca del hombre que lo había encontrado en el fondo del mar, puesto a salvo y cuidado como a un hijo, llamándolo Ian. De la familia que él mismo había formado, mientras estudiaba para investigador y a los veintinueve años partía para su primera campaña. Porque sabía que en el fondo del océano, antes o después, en alguna parte encontraría las otras cabinas. O moriría buscándolas.

Habló de su hijo Ben, que llevaba el nombre de un abuelo que no tenía su misma sangre pero que siempre había permanecido junto a él, hasta que la enfermedad se lo había llevado. Y de su mujer, Beth, desaparecida prematuramente cuando su hijo aún no tenía diez años. Toda una vida transcurrida en Gea, mientras los años pasaban y la piel envejecía, los ojos se hacían maduros y los recuerdos cada vez más lejanos. Había educado a su hijo como su padre adoptivo lo había criado a él, y lo había hecho enamorarse del mar. Del mar y de sus secretos. Y cuando ya era un veterano, había invitado a Ben a tomar parte en una excursión con algunos compañeros de largo recorrido. En aquella ocasión habían encontrado la cabina de Alex. De ahí en adelante, la vida de Ian ya no había sido la misma. Se había refugiado en la isla de Limen, donde había esperado el momento.

—El momento en que abriríamos los ojos... —dijo Jenny.

Marco asintió.

—Sí. He esperado toda la vida a encontrar también tu cápsula para despertaros juntos. Al menos vosotros *renaceríais* en el mismo momento... Pero entre tanto yo envejecía y me escondía como una rata en esa tierra de piratas y delincuentes. Había montado una pequeña tienda, donde preparaba medicinas. Me hacía respetar por los habitantes del lugar ofreciendo ungüentos y pastillas en caso de necesidad. Con el tiempo, la mía se convirtió en la herboristería de la isla, si es que recordáis ese término. En *nuestros* tiempos, las había.

Aquella palabra dibujó en el rostro de Alex una sonrisa amarga.

Sus tiempos habían terminado.

El Marco que lo había ayudado a cruzar medio planeta para buscar a Jenny, que había descubierto el secreto de las realidades paralelas, el muchacho que en su dimensión originaria no tenía piernas a causa de un accidente de auto, ya no estaba. En su lugar, había un viejo, esclavo del tiempo y de la naturaleza. Un viejo que se había despertado demasiado pronto.

Un viejo que le había permitido sobrevivir al fin del mundo y encontrar de nuevo a Jenny.

LOS tres se adentraron en el bosque, y, durante algunos instantes, fue como caminar por una realidad imaginífica, fuera del tiempo. En cambio, era sobremanera realista, verdadera y peligrosa. Cruda como la imagen del hijo de Marco que yacía en el suelo en un charco de sangre, horripilante como el miedo de un enemigo sin rostro que movía sus peones sobre un tablero trucado. ¿Cuánto tiempo tenían, antes de que los descubrieran? ¿Cómo era de segura aquella granja perdida en una campiña abandonada a sí misma?

—Cuando encontré la cabina de Alex —continuó Marco—, sabía que en alguna parte debía de estar la de Jenny. Pero había toda una tripulación que gestionar y fui obligado a dejar la zona. Y a hacer... lo que hice. Creyeron en la historia del asalto pirata y por suerte mis colegas veteranos nunca hablaron... hasta hace poco.

—¿En qué sentido? —preguntó Alex mientras desplazaba una rama con la mano y pasaba la cabeza por debajo.

Marco contó la historia del hallazgo y explicó cómo su unidad había conseguido ocultarlo. Reveló que el último veterano de aquel equipo, aún vivo y encerrado en el manicomio de Roden por problemas de naturaleza psíquica, había hablado. Había descubierto las cartas, había admitido que había sido cómplice de un hurto de valor inestimable, y había hecho saltar la tapadera de Marco.

—Te creían muerto —comentó Jenny.

—Para ellos había sido víctima de una fantasmal emboscada pirata. Pero hace algunos días vi un reportaje en un panel. Aquel idiota lo ha aireado todo, y, a menos que no lo hayan tomado por la perorata de un loco, ahora cualquiera en este país sabe que me he escondido durante décadas en la isla. Por eso no iremos allí. Es un territorio sin jurisdicción, pero podría apostar a que ya me están buscando. Por suerte, nadie sabe de esta granja. Pertenecía a un amigo del hombre que me adoptó, el gobierno nunca la ha reivindicado... quizá lo haga cuando decida levantar alguna fábrica en esta zona. En resumen, ha quedado aquí llenándose de telarañas.

—Pero Ben no sabía que yo tenía ciertas... *facultades*. ¿Cómo es posible? —preguntó Jenny.

—Porque siempre he dosificado atentamente las informaciones. Hice que se convirtiera en investigador, lo ayudé a entrar en el núcleo operativo, para que, si no hubiera conseguido encontraros yo, pudiera hacerlo él. Pero cuando descubrimos juntos la cabina de Alex, yo tuve que salir de escena. Él continuó navegando, mantuvo nuestro secreto, y he tenido tiempo de convertirme en un viejo lleno de arrugas a la espera de aquella noticia que tanto ansiaba. Luego llegó, finalmente: el hallazgo de tu cápsula en el fondo del mar, Jenny. Y la apertura del artilugio por parte de la unidad de Ben, que causó tu despertar. En ese punto decidí abrir la cabina de Alex. Quería que al menos vosotros recomenzarais a vivir como coetáneos.

—Todo esto es absurdo, ¡nosotros morimos durante aquel maldito impacto! —exclamó Alex, deteniéndose en medio del claro. Marco se volvió hacia él, con el rostro sereno como para disfrutar de aquel instante de quietud antes de la tempestad.

—En *un* mundo, sí. Pero vosotros lo sabéis mejor que yo. Vivimos en infinitas realidades, las posibilidades son múltiples. En la sincronidad de las infinitas dimensiones del Multiverso, la muerte no existe. Afortunadamente, en alguna parte, habéis... *hemos* permanecido con vida gracias a esas cabinas. De todos modos, como decía, no podía revelar a Ben demasiados secretos del pasado. En la sociedad de hoy las informaciones son peligrosas. Le dije lo justo. Sabía dónde buscar. Esperó la misión adecuada y tuvo éxito en la empresa. Nunca habría podido revelarle que su padre, en realidad, había nacido en la famosa sociedad del Dos mil.

Jenny tenía los ojos brillantes y el pensamiento dirigido a Ben.

—Tu hijo sacrificó su vida para salvar la mía.

Marco se acercó a ella y no pudo contener la emoción. Le tendió los brazos y Jenny se refugió

en ellos. Lloraron juntos, mientras Alex observaba la escena aparte, con los brazos cruzados, reflexionado sobre el vínculo profundo que ahora unía también a su chica con su viejo amigo. Recordó que había sido huraña y desconfiada con él, cuando se habían encontrado en Memoria.

—¿Qué era Memoria? —preguntó, cuando Marco y Jenny se separaron.

—Un limbo —respondió él—. Nuestro cerebro tiene un sistema límbico, dispuesto para diversas funciones psíquicas entre las cuales están las emociones, el comportamiento, la memoria a largo plazo... La enzima que mi padre creó nos ha permitido desarrollar la capacidad de usar nuestra memoria como un campo de acción. Solo así nuestro cerebro, durante los siglos de espera en la cabina, ha podido mantenerse activo, en funcionamiento. Al despertar, poco a poco, hemos recordado. Y nuestro poder se ha reconstituido.

—Por tanto, si he entendido bien —intervino Alex—, nosotros estamos *físicamente muertos* en todas las dimensiones, salvo en aquella en que tú has encerrado nuestros cuerpos en las cabinas antes del fin del mundo y ralentizado el proceso de envejecimiento de nuestras células.

—Exacto. Era necesario que nuestros cuerpos estuvieran vivos al menos en una dimensión para recuperar su posesión cuando alguien, algún día, nos sacara de allí. Claro, no tenía garantías sobre los efectos del impacto del asteroide. La humanidad también hubiera podido extinguirse definitivamente. Mi hijo Ben, como buen investigador, se interrogaba a menudo sobre cómo había vuelto a florecer civilización humana. Pero nunca me lo preguntó directamente. La información, aquí, dice un montón de tonterías. Hablan de poblaciones supervivientes al fin del mundo... Según mis estudios, en este lugar la tierra no fue cultivable durante al menos ciento cincuenta años desde el día del impacto. Por no hablar de la toxicidad del aire.

—¿Y cómo ha vuelto la vida sobre el planeta? —preguntó Alex, con los ojos abiertos como para escrutar en la oscuridad.

—La eternidad transcurrida en soledad en Memoria me ha permitido estudiar, profundizar, hacerme mil preguntas... Cuando me encontré aquí, continué desde donde lo había dejado. Y tengo una teoría. Habría dado esta respuesta a Ben, si alguna vez me lo hubiera preguntado.

—¿Es decir...?

—El fin no ha sido más que un nuevo inicio. Un día descubriré qué hay realmente ahí fuera.

—Ben alzó la mirada al cielo, fijándola en un punto entre las nubes—. Y quien nos observa, nos conoce mejor de lo que nosotros creemos conocer nuestra Historia. Pero pregúntate esto: ¿y si esa bola de roca caída sobre nuestras cabezas aquel día de 2014... no hubiera sido un asteroide?

Alex se quedó con la boca abierta en una expresión de estupor y sacudió la cabeza. Alzó la mirada, como si la escena se estuviera volviendo a proponer frente a sus ojos. Como si las nubes se enmarañaran de nuevo en un infernal fresco portador de muerte. Luego miró a su amigo.

—¿Qué otra cosa podía ser?

Marco sonrió, consciente de la naturaleza singular de su pensamiento:

—Un paquete de regalo, con nuestra dirección bien impresa encima. Y la semilla de una nueva Era contenida en el interior. Quizás alguien quiso que pasáramos la página. Esta es mi idea.

—Incluso si fuera así —susurró Jenny, como si no quisiera oírse—, aparte de nosotros, toda la civilización de la que provenimos se ha extinguido a consecuencia de la caída de ese asteroide. Sin excluir a nadie, ¿correcto?

Marco miró a su alrededor. El silencio que envolvía el bosque era casi irreal. Los árboles que delimitaban el claro parecían mudos jueces de sus palabras, inmóviles máscaras que observaban cada uno de sus movimientos.

—No es exactamente así —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alex.

—Quizá no lo recordéis, pero en el último momento en que vivimos juntos en Memoria, yo arranqué una hoja de papel de las manos de mi padre. Era una lista.

Alex negó con la cabeza.

—Los nombres de las diez mujeres, entre otras vuestras madres, que fueron sometidas sin que se percataran al experimento realizado por mi padre. Y sus hijos.

Jenny cogió de la mano a Alex, mientras las palabras de Marco formaban frente a sus ojos un nuevo escenario, que había reprimido completamente.

—Estás diciendo que...

—En la realidad alternativa en que proyecté las cabinas, busqué uno a uno a los chicos que habían nacido a consecuencia del experimento. Y los encontré a todos. Los encerré en ocho cápsulas y los acomodé en un compartimiento del búnker del que os he hablado. Situé las nuestras en una zona separada, encerrándome en último lugar. Naturalmente tuve que drogarlos para hacerlo. Ninguno habría creído la historia del asteroide.

Alex sonrió de manera burlona y dejó que Marco acabara de contar.

—Me ha tocado vivir casi cincuenta años en este infierno. Tenía veintiuno cuando nuestro mundo fue barrido por el asteroide. O por el proyectil, llamadlo como os parezca. Las cosas, aquí abajo, en Gea, han ido cada vez peor. Hoy la libertad es una ilusión, somos todos hámsters enjaulados. —Marco hizo una pausa y miró derecho frente a ellos, como si toda la vida le estuviera pasando delante de los ojos—. ¿Y sabéis por qué es así? ¿Y por qué este mundo se parece tanto a aquel del que venimos?

Los muchachos permanecieron en silencio, esperando las palabras de Marco con el corazón en la boca.

—Porque las cabinas en las que yacían los ocho muchachos que salvé del Apocalipsis fueron recuperadas del fondo del océano antes que la mía. Y algunos de esos muchachos utilizaron de la peor manera sus facultades, alcanzando posiciones de control y contribuyendo a convertir este sitio en una sucia, asquerosa y maloliente ratonera. Lo más parecida posible a la civilización que conocíamos, pero mil veces más siniestra.

LOS tres amigos siguieron caminando en medio de la vegetación y Marco apresuró el paso. El sol, ya desaparecido detrás del horizonte, había dejado caer su manto azul oscuro sobre el cielo. Un velo que habría acompañado y cubierto su fuga, o envuelto y escondido el fin de cualquier esperanza. En el último tramo del bosque, más denso de árboles y matorrales, cayó una espesa tiniebla, pero el recorrido de Marco parecía un trayecto consciente y directo a un objetivo preciso. Una vez que cruzaron el último sendero, salieron del bosque y se encontraron al borde de una carretera.

—¿Ya estamos... escapando? —preguntó Jenny tímidamente—. ¿No volveremos a la granja?

—Tú estás escapando desde el momento en que atracó Mnemónica.

—¿Y adónde iremos? —preguntó Alex mientras observaba la carretera asfaltada que se perdía a lo lejos más allá de una curva, como una lengua de tierra engullida por un muro de árboles.

—Fuera de este continente. Lejos de Gea.

Alex miró al viejo, escrutó aquel rostro que mucho, demasiado tiempo antes, había pertenecido a su mejor amigo. Aquel rostro ya tan alejado de la juventud, tan próximo a recorrer la última milla de la vida terrenal.

—Marco... antes has dicho que quizá mueras sin saber de dónde provienen los mensajes que aletean en el Multiverso.

—Sí, así es.

—¿Qué quiere decir que morirás? ¿Qué... pretendes...? ¿No existe alternativa? ¿Ya no existe ningún Multiverso? Debes decírnoslo.

Marco se acercó a él y apoyó las manos sobre sus hombros.

—¿Me estás preguntando si en este sitio mi muerte, o la vuestra, determinará el fin de todo?

Alex asintió, casi advirtiendo un cierto temor reverencial frente al viejo. Entre tanto, dos luces aparecieron al fondo de la carretera, como ojos centellantes en la oscuridad.

—El Multiverso existe. Siempre ha existido, o al menos eso es lo que creo yo. Infinitos mundos fueron golpeados por el asteroide, aquel día. Infinitas civilizaciones se han extinguido. Luego el tiempo ha pasado, las nubes tóxicas se han despejado, y ha recommenzado por doquier la vida. En todas las dimensiones posibles. En el fondo, la Tierra es un planeta bastante hospitalario... Pero nuestros cuerpos, el vehículo indispensable para la supervivencia de nuestra mente, están solo aquí, en este mundo. Los he mantenido con vida gracias a la criostasis. Era el único modo de tener una segunda oportunidad, para sobrevivir al cataclismo. Pero lo hice en solo una de las infinitas realidades alternativas, la que ves en torno a ti, en la que nos hemos despertado para volver a vivir.

Marco se volvió hacia las luces, cada vez más cercanas, mientras en el cielo resplandecía, alta, la luna. Alzó la mano como en señal de saludo.

—Lo entendí en Memoria —continuó—, cuando me dejasteis solo. He tenido tiempo de ver otra vez la película de todas mis vidas. Y ahora que lo pienso, mi versión *hacker*, el Marco que te ha ayudado a conocer a Jenny, era decididamente la más inconsciente.

—Por tanto, ¿hay millones de mundos mejores que este, probablemente, adonde no podremos ir porque allí nuestro cuerpo no existe? —preguntó Jenny mientras el vehículo se acercaba a ellos, desacelerando.

—Más o menos... pero ahora debemos marcharnos. Este coche está aquí por nosotros.

Alex aferró a Marco por un brazo.

—No has respondido a mi pregunta. Nuestra muerte en esta ratonera, como la llamas tú, ¿será, por tanto, el fin de todo?

—Pronto lo sabrás. No hay tiempo que perder, Alex. Tengo que sacaros de aquí.

El vehículo que acababa de acercarse era una furgoneta compacta, de color negro metalizado,

con las ventanillas tintadas. Sobre el lateral había algunas inscripciones, pero en la oscuridad no se leían. La puerta anterior se abrió y bajó una mujer, alta y esbelta, vestida con unos pantalones de piel sobre los que caía un anorak azul. El pelo largo, liso y color del fuego ondulaba movido por una imprevista ráfaga de viento.

—Anna... —la saludó Marco abriendo los brazos.

La mujer le guiñó un ojo, luego observó a Alex y a Jenny y se presentó a su manera:

—¿Así que vosotros sois los dos novietes? Bienvenidos al infierno. Ahora movámonos, si no queréis que en la mesa de Marina mañana coman albóndigas preparadas con nuestras vísceras. Anna aferró el tirador de la puerta lateral del furgón y la abrió haciéndola correr hacia la izquierda.

—Adentro, ánimo. Ah, sed amables con la minina, si queréis que ella sea amable con vosotros.

—Entrad, tranquilos... es así —comentó Marco, sonriendo—. Pero está aquí para ayudarnos.

Alex y Jenny se intercambiaron una mirada y subieron a la furgoneta. Dos minúsculos ojos amarillos los observaban desde un rincón cercano a la puerta trasera.

—Se llama *Diletta* —dijo Anna antes de cerrar y dejar a los chicos en la oscuridad total—. Y antes de que me lo preguntéis: sí, araña.

Marco subió al puesto del conductor y puso el motor en marcha mientras Anna se sentaba junto a él y cerraba la puerta con fuerza.

—Tu padre habría estado orgulloso de ti —dijo el viejo mientras arrancaba y partía, con los ojos fijos en la carretera totalmente envuelta por la oscuridad a causa de la ausencia de farolas.

Anna no respondió. Ni siquiera se volvió. No había necesidad de mirarla para saber que en aquel momento tenía los ojos brillantes. Debía de haber elaborado la pérdida, era una mujer fuerte. Pero aún era pronto.

Mientras conducía en el silencio, recorriendo el único tramo de autopista que se parecía a las viejas carreteras que antaño cortaban la campiña, Marco dirigió un pensamiento a aquel hombre de inteligencia refinada, cinco años más viejo que él, alto y guapo, que nunca salía de casa sin el sombrero de fieltro gris y el impermeable largo.

Se llamaba Nathan, vivía en la metrópolis de Domus, capital de Gea. Había muerto hacía pocos meses, en circunstancias misteriosas. El último mensaje cifrado que Marco había recibido de él decía: «Saben de la mutagénesis».

También Nathan había visto el asteroide chocar contra la atmósfera terrestre y arrasarse la civilización anterior.

También su madre, como Valeria Loria y Clara Graver, había sido una paciente del doctor Stefano Draghi, una cobaya inconsciente de aquel experimento.

Nathan era uno de aquellos diez niños.

—Ahora podemos hacerlo —dijo Marco, volviéndose hacia Anna. La carretera frente a él era una franja de asfalto gris oscuro. Podía ver apenas algunos metros por delante, gracias a los faros de la furgoneta. Además, el mundo parecía engullido por las tinieblas.

—Me veré obligada a dejaros en el puerto, la nave zarpa dentro de veinte minutos —dijo Anna mientras abría la guantera y sacaba dos ampollas de plástico—. Esta es una carretera secundaria; por lo que sé, están rastreando solo las principales. Pero debemos darnos prisa. Si nos encuentran antes de...

—Hagámoslo de inmediato —la interrumpió Marco.

Anna respiró hondo, cerró los ojos por un momento, se volvió y apretó un botón entre los dos reposacabezas anteriores. Una cortinilla eléctrica se levantó y descubrió el maletero. Alex y Jenny estaban sentados con las piernas cruzadas, mientras *Diletta* se recostaba panza arriba, en busca de caricias, en un estado de beata inconsciencia, en total contraste con la tensión dramática de su fuga.

—¿Podéis acercaros? —El tono decidido de Anna hizo sonar esa pregunta como una orden. Los

chicos se alzaron, con la espalda encorvada para no golpearse la cabeza, y se pusieron de rodillas sosteniéndose con las manos en los asientos.

Marco los observó por el espejo y comenzó:

—He esperado cincuenta años antes de conseguir veros juntos. Mi paciencia ha sido premiada.

—Pero ahora os jugáis el tipo, si no nos movemos —añadió Anna, cínica como de costumbre.

—¿Si no nos movemos para hacer qué? —preguntó Jenny, con la mirada llena de preocupación—. ¿Acaso ya no estamos escapando?

Marco sacudió la cabeza.

—No es suficiente.

Anna ofreció las ampollas a los muchachos y les pidió que las abrieran.

—¿Qué significa? —La mirada de Alex estaba cargada de desconfianza. Anna lo miró, con una sonrisa forzada.

—Os pido amablemente que hagáis algo poco educado, pero bastante... vital. ¿Podéis escup... dejar caer vuestra saliva dentro de estos recipientes? ¿Y luego cerrarlos? Gracias.

—¿Por qué? —preguntó Jenny, contrariada.

Marco alzó los ojos hacia el espejo, mientras viraba pocos grados y la furgoneta rozaba el borde de la calzada, donde terminaba el asfalto y empezaba el desmonte. Todo en torno era un chirrido de grillos y aquella carretera parecía olvidada del mundo. Marco se volvió para mirar a la cara a los muchachos.

—Alex, antes me has preguntado si esta es la única realidad en que podemos vivir.

—Y tú no me has respondido.

—Hace muchos años conocí a un hombre llamado Nathan —empezó a contar el viejo—, una persona con mucha clase, de gran cultura, un afable conversador y, con el tiempo, un fiel amigo. La sociedad estaba cambiando, se disponía a convertirse en el grosero tugurio disfrazado de palacio real que es hoy. Era joven, pero ya me había habituado a vivir en este sitio. Aún no había hallado la cabina de Alex y durante algún tiempo dudé de si nos encontraríamos todos de nuevo. Un día propuse a mi esposa, Beth, que experimentara la enzima que mi padre inyectó en vuestras madres. Teníamos el deseo de concebir un hijo, y, desde el momento que conocía la fórmula no podía dejar de intentarlo. Pero mi esposa se negó. Hablé con Nathan, que entonces era mi único amigo y se había casado hacía poco. Él trató de convencer a su esposa. Y lo consiguió. Inyecté la enzima en la mujer, la sometí al efecto de la mutagénesis insercional que mi padre, en nuestros tiempos, había realizado con vuestras madres. Poco después nació Anna.

Alex tenía los ojos desorbitados por el estupor. Jenny lo sujetaba de la mano, incrédula, sin respirar.

—¿Lo habéis entendido? —comentó Anna con voz chillona—. Mi padre, una mente refinada nacida casi quinientos años atrás... y una mujer de esta civilización. ¡Solo podía nacer un genio!

Marco sonrió y siguió contando.

—Ella se ríe, pero fue exactamente así. Conozco a Anna desde que nació. He visto los efectos que ha tenido la enzima sobre la hija de un hombre cuyas capacidades cerebrales habían sido, a su vez, potenciadas. Fue como elevar exponencialmente un don ya fuera de lo común. ¿Habéis oído decir alguna vez de un chiquillo que a los dieciséis años recuerda a la perfección sus primeros meses de vida? Ella era capaz. ¿Habéis conocido a alguien que conozca de memoria todo el listín telefónico de vuestra ciudad? Ella estaba en condiciones de hacerlo. Con el tiempo se convirtió casi en un deporte, un desafío. Venía a llamar a la puerta de mi casa para contarme sus prodigios. Cuando me autoexilié en la isla de Limen mantuve un intercambio de mensajes cifrados con Nathan y su hija.

—¿Nos estás diciendo que Anna ha desarrollado una memoria fuera de lo común? —preguntó Jenny, asombrada.

—Exacto. Es curioso cómo se vuelve siempre a este concepto, ¿no os parece?

Alex lo observó, perplejo.

—¿Por qué debemos escupir dentro de estas ampollas?

—Porque Anna es una de nosotros. Puede cruzar el umbral entre las dimensiones. Nació en esta civilización, lo cual significa que ella existe en todas las dimensiones paralelas del Multiverso en que su madre dio a luz. En otra parte, tendrá otros padres, por cuanto Nathan solo ha vivido aquí... pero puede *viajar* y guiar a sus *alter ego* exactamente como hacíais vosotros antes del impacto del asteroide. Ella lo hace desde que nació, y ha visto decenas de sitios mejores que este.

—Es de locos... —comentó Jenny—. ¿Pero me explicas cómo puede sernos útil esto, si nuestro cuerpo está solo aquí y en todo el resto del Multiverso no existimos?

Anna la cogió de la mano. Con la mirada segura, le respondió:

—Porque en este momento, en este planeta, existen solo dos sitios en que se pueden memorizar miles de datos. Uno es la memoria interna de un panel. El otro es mi mente. Piensa, ¿qué diferencia hay entre los dos?

Ella permaneció en silencio, con la mirada baja. Algunos segundos más tarde fue Alex quien respondió:

—Que los paneles no se van por el Multiverso.

—¡Bravo!

Marco lo miró satisfecho.

—No lo entiendo. ¿Me explicas qué datos debes memorizar para llevártelos a las realidades alternativas?

Jenny clavó los ojos en Anna y encontró sus pupilas verdes como el mar.

—Los contenidos en vuestra saliva. Porque, como bien has dicho antes, en las otras dimensiones vosotros no existís. No existís *aún*. Y ahora, si no os molesta... necesitaría esa muestra.

Los muchachos obedecieron mientras Marco tenía los ojos fijos en la carretera. El viejo les explicó que Anna era doctora en varias especializaciones. Era oncóloga, endocrinóloga, genetista y anatomopatóloga. Había pasado años experimentando la replicación del ADN en los animales. Lo cual era bastante sencillo, teniendo a su disposición un ser vivo del que extraer directamente el patrimonio genético. Pero se hacía imposible en ausencia de este, a menos que dispusiera de una base de datos y sintetizara el ADN directamente en el laboratorio desde cero. Marco contó que se había interrogado largamente sobre la posibilidad de hacer de nuevo posible el viaje entre las dimensiones, suponiendo y teniendo casi la certeza de que, sin el cuerpo, la mente no habría bastado. Había gastado toda su vida en ese proyecto. Por último, lo había entendido: solo una persona con las capacidades mnemónicas de Anna estaba en condiciones de despertarse en una realidad alternativa, recordar toneladas de datos y recrear su genoma a partir de aquellas informaciones que, de otro modo, no podrían ser transportables de una dimensión a otra. Los haría renacer en otros mundos, de manera que su mente pudiera encontrar albergue en los cuerpos de sus *alter ego*. Y así pudieran *viajar* de nuevo.

—Pero... ¿cuántas informaciones deberás recordar? —preguntó Alex a la mujer mientras cerraba la ampolla con la saliva y se la entregaba—. Si no me equivoco, los cromosomas son cuarenta... ¿o cuarenta y dos?

—Son cuarenta y seis —lo corrigió Marco—. Y luego están los genes. Y allí estamos en el orden de las decenas de miles. El patrimonio genético de un individuo es un complejo archivo de datos.

—¿Y basta la saliva para conocerlos? —preguntó Jenny.

—Sí, guapa —le respondió Anna—. Habría bastado incluso un pelo con el bulbo, pero no quería estropear la raya. Dentro de poco estaremos en el puerto, nos separaremos y yo me llevaré al

laboratorio estas dos muestras. El genoma de Marco lo conozco al dedillo, a veces lo tarareo como una cantinela. Después de lo cual... veremos si la idea de vuestro amigo funciona. Será casi como el examen de medicina, cuando aprendí de memoria algo así como un millón y medio de nociones, entre vocablos, fórmulas e imágenes. ¿Divertido, no?

Alex alzó la mirada y sonrió, incrédulo frente a una demostración tan extraordinaria del poder de la mente humana. «¿Qué somos?», se preguntó. Si Anna estaba de veras en condiciones de archivar un número tan elevado de informaciones, ¿qué era el cerebro humano? ¿De qué era capaz?

—¿Por qué el puerto? —preguntó.

—Porque hay una nave que zarpa esta noche, hacia Oriente. A pesar de que los gobiernos hacen creer que los dos continentes están en conflicto desde hace décadas, en realidad mantienen desde siempre relaciones comerciales. Los negocios son los negocios...

—Y los estúpidos creen en las estupideces que les proporciona la prensa —comentó Anna.

—Nos embarcaremos en una nave mercantil —continuó Marco, con tono tranquilizador—. No os preocupéis, sé cómo acceder a la bodega. Una vez que hayamos alcanzado la otra parte estaremos seguros, ya nadie nos encontrará. Solo debemos llegar a tiempo.

Una luz deslumbrante llegó desde el fondo de la carretera mientras los cuatro estaban en silencio, cada uno absorto en pensamientos que atravesaban los confines del mundo de las posibilidades. Pero no eran los faros de un auto los que embestían la oscuridad y apuntaban derecho hacia la furgoneta.

La gata comenzó a maullar. Anna frunció el ceño, mientras trataba de entender qué había algunos centenares de metros más adelante. Su corazón aceleró los latidos y la mirada se cargó de ansiedad.

—Maldición.

Diletta no maullaba nunca. La última vez que había chillado de ese modo, una llamada estaba a punto de anunciar la muerte de su padre.

—¡Anna, baja de inmediato! —Marco pisó el freno y detuvo en seco el furgón en cuanto se dio cuenta de que las luces provenían de un imponente puesto de control formado por una decena de furgonetas del ejército.

—Pero yo...

Marco le aferró el brazo y la miró de un modo que no admitía réplicas.

—¡Baja, he dicho! Mientras tengamos tiempo. Tienes el ADN, debes marcharte. Tírate entre esos árboles, allí. Escapa. ¡Quítate de en medio!

Ella se volvió de golpe hacia Alex y Jenny, mientras *Diletta* pegaba un brinco sobre el asiento y abría las fauces en señal de terror. Anna la aferró por la parte de atrás de la cabeza e intercambió una última mirada con Marco.

—Si mi idea funciona —dijo el hombre—, nos encontraremos de nuevo.

Anna suspiró y bajó de la furgoneta de un salto. Empezó a correr y desapareció en medio de la vegetación que bordeaba la carretera.

Marco se preguntó si la vería otra vez.

—¡Nos matarán a todos! —gritó Alex, mientras Jenny apretaba su mano con fuerza.

—No, Alex. Me matarán solo a mí —respondió Marco, en un tono frío y distanciado.

—Pero si Anna consigue hacer lo que dices... —dijo Jenny con un hilo de voz—. Tu muerte no será el fin... ¿verdad?

Marco la miró a los ojos.

—No lo sé.

—¿Qué? —Alex enarcó las cejas—. ¿Cómo que no lo sabes?

—Los que nacerán en una realidad paralela con la sintetización del ADN, si acaso Anna lo consigue, serán nuestras réplicas. Clones, seres humanos idénticos a nosotros. Pero no tendrán

ninguna memoria de lo que los ha precedido, si morimos en este mundo. O, al menos, eso es lo que pienso. En realidad, no lo sé con certeza.

—¿Pero el genoma no tiene memoria? —preguntó Jenny, de improviso.

Marco cerró los ojos, mientras un par de furgonetas militares venían a su encuentro y las luces deslumbrantes se hacían cada vez más fuertes. Le volvieron a la memoria todos sus estudios, los años pasados buscando una solución en la espera de encontrar los cuerpos de sus amigos sepultados en el fondo del mar. Las cenas en casa de Nathan, mientras aquella niña de pelo rojo crecía y demostraba día tras día sus extraordinarias capacidades cognitivas. Las noches pasadas a la orilla del océano con su amigo, discutiendo sobre los caminos científicos que habrían podido recrear el puente entre aquella realidad y el resto del Multiverso.

La pregunta de Jenny no era en absoluto estúpida.

La pregunta de Jenny era el enigma de toda una vida. Si lo hubieran matado allí, en aquel momento, ¿habría servido de algo renacer en otra parte gracias al experimento de clonación de Anna? Su muerte habría desintegrado cualquier puente mental entre esa dimensión y las otras. No habría podido guiar a un *alter ego* setenta años más joven, apenas recreado en un laboratorio. El Marco niño, quizás, habría sido idéntico a él, pero totalmente inconsciente. Ya no habría podido llegar hasta él de ningún modo. En la práctica, sería una anónima fotocopia.

—No sé responderte, por desgracia —dijo Marco mientras seis hombres con uniforme de camuflaje bajaban de las furgonetas y apuntaban las metralletas contra ellos.

—¡Bajad inmediatamente del vehículo! —gritó una voz.

No era el momento de hacerse el héroe.

Alex abrió la puerta corredera y salió de un salto, seguido por Jenny. Marco obedeció a su vez, con las manos en alto para demostrar su disponibilidad a colaborar.

—La chica... ¡es ella! —exclamó uno de los militares.

Jenny solo tuvo tiempo de pensar que quizá podía intentar manipular las mentes de los militares, como ya había hecho para evitarse problemas.

Lo que siguió fue una descarga de golpes repentinos, sin previo aviso. Uno tras otro, violentos y precisos, penetraron en la carne emitiendo un rumor sordo y acolchado.

Alex, Jenny y Marco se desplomaron en el suelo sin sentido, sobre el asfalto iluminado por los faros de las camionetas del ejército, mientras la noche profunda envolvía la campiña y los árboles que bordeaban la carretera observaban la escena, silenciosos.

Con la cabeza apoyada en la tierra dura y punzante, los ojos desorbitados y la boca abierta en una grotesca expresión de estupor, Marco observó, una vez más, el mundo al revés. A pocos metros de él, Alex y Jenny yacían tendidos e inmóviles.

Sobre ellos, la luna, reina melancólica del firmamento.

Epílogo

CUANDO también el tiempo sea domado, también del tiempo se hará mercado.

Los globos se liberan en el aire, danzan festivos y coloridos mientras el viento los empuja cada vez más alto, cada vez más lejos, más allá de los tejados de las casas. Se mezclan los colores, se confunden los gritos y los cantos. ¿Oyes el coro? Son tus amigos, te están festejando. Tu nombre se convierte en un estribillo, mientras sonríes a todos y sigues el enredo de melodías desentonadas tratando de mantener el compás. Alguien te abraza, otros te estrechan la mano. Son caras que conoces bien, compañeros y amigos de tu segunda adolescencia. En medio del jardín, sobre la mesa, acaba de aparecer el pastel. Hay dieciocho velitas que esperan a ser apagadas.

Eres feliz.

Un trueno retumba a lo lejos mientras algunas gotas de lluvia caen sobre las sonrisas y sobre las notas que acompañan la fiesta. Es la vida que siempre has deseado, ¿no? Seguro que es la vida que mereces.

Pero no te has olvidado de quién eres. No puedes olvidar aquello que has sido, los laberintos a través de los cuales ha vagado tu mente, descomponiendo y recomponiendo continuamente la realidad. Las calles entrelazadas de los destinos comunes, de las memorias compartidas, los inminentes fines y los inesperados nuevos comienzos.

Más allá de la verja, a lo lejos, los ves.

Al principio es difícil distinguir sus rostros. Alzas los ojos al cielo. Ha empezado a llover fuerte, los truenos se repiten cada vez más cerca. Conoces esos rostros. Hermanos elegidos por el destino, que han cruzado contigo cualquier posible umbral entre mundos.

Tú siempre los has ayudado. Tú sabías desde el principio.

Dejas a los demás repartiéndose los trozos de pastel y te alejas. Pocos pasos lentos sobre la hierba mojada en dirección a la verja, mientras el cielo ha engullido los globos y se arma de un escudo hecho de nubes negras y amenazantes, y estás frente a ellos.

Él te mira con esos ojos azules, de hielo, desde siempre fieles compañeros de viaje. Ya no tiene aquel mechón rebelde sobre la frente. Ahora lleva el pelo muy corto, al estilo militar. Dentro de sus pupilas se esconden tiempos lejanos, recuerdos de cristal conservados en un lugar seguro.

Ella te sonríe, pero lees en su mirada la turbación del ánimo. La cabellera castaña cae suavemente sobre sus hombros, hombros que han sabido ganar medallas, escalar podios, arrancar aplausos. ¿Pero qué vida era? ¿Qué mundo? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Cuando llegas a pocos metros de ellos, tu mirada es decidida, consciente. Apoyas una mano en la reja mientras miras a los ojos a tu amigo. En el silencio, vuestras mentes son capaces de decirse cualquier cosa.

—¿Habéis recibido también vosotros el mensaje? —preguntas.

Los muchachos de más allá de la verja asienten.

—Quizá deberíamos volver atrás —dices con tono sosegado, pero resuelto, y luego te vuelves. Caminas a paso lento hacia la entrada del chalé, con las manos en los bolsillos, los pensamientos que giran en la cabeza como en un torbellino imparable.

Aquella frase... aquella frase no quiere marcharse.

Cuando también el tiempo sea domado, también del tiempo se hará mercado.

La has escrito por doquier. Está en tus diarios escolares, en los blocs de apuntes apilados sobre el escritorio en el dormitorio, entre las páginas de los libros con los que estudias. Muchos te han preguntado qué significa. Siempre has evitado responder.

Mientras subes las escaleras y vas hacia tu habitación, la repites mentalmente sin parar. Cierras la puerta detrás de ti y tropiezas con la imagen reflejada en el espejo colgado cerca del escritorio. El pelo es rizado como siempre, negro como la pez y ya empapado, mientras las

lentes de contacto hoy han reemplazado a las gafas, porque es un día de fiesta y nunca te las pones en esas ocasiones. Te sientas en el borde de la cama, con las manos en las sienes, que parecen a punto de explotar. A menudo sientes esa punzada. Cada vez que la obsesión se transforma en agonía, que la paranoia se convierte en dolor.

Sobre la mesilla, junto a la cama, hay una hojita amarillenta. La miras durante un momento; ahora la conoces de memoria. Decides cogerla y releerla, mientras la ventana se abre con violencia por culpa del viento y el temporal llega hasta tu cuarto.

He estado en la otra parte, donde os creía muertos.

Lo he sabido todo.

Os habéis vendido para sobrevivir.

No tenéis idea de las consecuencias de vuestro gesto.

ANNA

Hace dieciocho años, tu embrión fue creado en un laboratorio, cultivado y hecho crecer en una realidad alternativa a la ratonera en la cual has vivido durante medio siglo. Hace dieciocho años naciste por segunda vez, junto a tus compañeros de viaje. Has tenido tiempo de recordar todas las etapas del sendero que te ha llevado a ser lo que hoy eres, porque tu memoria no conoce los límites del caparazón en que te encuentras.

Has tenido años a tu disposición. Las historias, enterradas en el fondo del pozo de los recuerdos, han salido poco a poco a flote.

Has recordado los infinitos caminos del Multiverso.

El fin del mundo.

Los interminables silencios de Memoria.

El despertar.

La larga vida en una civilización desconocida, a la espera de reencontrar a tus amigos.

La decadencia de la sociedad. El exilio.

Y, por último, la fuga junto a los muchachos, la emboscada, la descarga de proyectiles y el duro calor del asfalto. La última imagen de aquel mundo que consigues recordar es una puerta que se abre ante tus ojos, dejándote en una anfractuosidad tétrica y gélida. En tu interior, sabes que las palabras de Anna son una realidad: has aceptado un trueque.

Cuando el tiempo haya sido domado, también del tiempo se hará mercado.

Un día recordarás quién lo ha dicho.

Re lees por centésima vez las palabras de la hojita amarillenta firmada por Anna. No sabes si es justo hacerlo. Si es justo volver.

Os habéis vendido para sobrevivir. No tenéis idea de las consecuencias de vuestro gesto.

Ahora vives en un lugar seguro, tienes a tus amigos, la escuela, conoces el calor de un abrazo materno. Finalmente tienes una vida serena, pero cada día captas más el sentido de las infinitas bifurcaciones. Sabes que no es el único sitio en que has estado. ¿Cuántos has visto? ¿Cuántos puedes ver aún?

Y en un instante el pensamiento se rebobina como una cinta enloquecida, recorriendo la vía de la línea del tiempo a toda velocidad, en sentido opuesto. Hacia atrás, sin frenos. Una diapositiva tras otra, el travelín retrocede y no sabes dónde se detendrá. Ves pasar todos los fotogramas y no tienes tiempo de observar de verdad ninguno.

Entonces el mecanismo se bloquea.

Estás en el punto de partida.

¿Quieres tirar el dado?

Cualquiera que hayas sido antes de ser Marco, desde el momento en que el dado caiga y ofrezca su cara, ya no tendrá importancia.

Estás pensando en un número, uno cualquiera. Existen todos, dispersos en las infinitas

bifurcaciones del Multiverso.

Lo visualizas en tu mente.

Ahora puedes abrir otra vez los ojos.

El dado no tiene una cara.

Tiene todas las caras posibles.

Al principio, has lanzado el dado de las múltiples variables. Contiene cualquier respuesta. Tu elección ha abierto de par en par las puertas del Multiverso. Tú eres la causa, tú el origen. Ese número es tu verdadero camino, es la vibración del alma que guía cualquier otra versión de ti. Es tu voluntad y tu objetivo. Tirando ese dado has decidido ver. Has abierto tu corazón al infinito y has elegido creer. Los otros no te entenderán, no están en condiciones de hacerlo. Sus ojos observan y recorren solo un sendero.

Lo que tienes enfrente no es más que un poco de tinta echada sobre una hoja de papel. Una combinación de líneas y curvas negras sobre fondo blanco, insignificantes y anónimas. En otra parte, en este momento exacto, se están levantando rascacielos, las calles cogen forma, las personas eligen direcciones y descartan posibilidades. En otra parte, el espejo se refleja infinitamente a sí mismo. ¿Quién es Marco? ¿Quién eres tú?

Ahora puedes mirar a tu alrededor y tratar de huir. Puedes volver a tu vida de siempre, puedes bajar y abrir los regalos. Pero sabes que hay algo que no cuadra. En efecto, aún estás aquí. Aquí, corriendo en medio de la tinta en busca de ti mismo, de tu historia, de tu número.

Desde que naciste por segunda vez, convives con el sentimiento de culpa. Puedes decidir si volver atrás o permanecer, en el fondo es tu camino. Pero sabes que aquel viejo de ochenta y ocho años se está pudriendo en una celda de cuatro metros por tres. La supervivencia de su mente ha hecho posible la conciencia de la tuya.

Tu vida es un sendero de luces y sombras.

Lo crees por la mañana, cuando te despiertas, te lavas la cara frente al espejo, caminas por las calles de tu ciudad y hablas con la gente. Lo dudas al atardecer, cuando la oscuridad ilumina el teatro de tu imaginación y cogen cuerpo los actores de una historia que no puedes olvidar.

Luego un parpadeo, un vistazo hacia la ventana, la respiración de nuevo regular. La tempestad ya se está aplacando, desde el jardín llegan los gritos festivos de tus amigos.

Pero es solo otra cara del dado.

Agradecimientos

¿Cuántas cosas pueden cambiar en un año? Desde que se han abierto las puertas del Multiverso, mi vida ha cogido un sendero que hasta hace algún tiempo no podía ni lejanamente imaginar. Quién sabe dónde se encuentra mi *alter ego*, en este momento. Aquel que, frente a la encrucijada, ha elegido el otro camino.

El viaje iniciado con esta trilogía ha dado vida a un mundo sintético densísimo de contactos, opiniones y nuevas amistades. Literalmente hemos construido un universo paralelo, y con «hemos» pretendo englobar a todos, desde el que suscribe hasta los lectores, pasando por los blogueros, los librereros, las redacciones y los periodistas. Todos vosotros sois el Multiverso. Por eso me resulta difícil dar las gracias a cada partícula de un sistema tan complejo que ha hecho posible el nacimiento y el crecimiento de esta experiencia narrativa. Como se dice en jerga, *you know who you are*.

Pero algunos merecen una mención de honor.

Mi agente literario, Piergiorgio Nicolazzini, junto a su aguerrida escuadra en la PNLA. Saber que estoy en sus manos es una continua inyección de confianza y una gran responsabilidad. Es mi entrenador, por él daré siempre el máximo en el campo.

Mi editor, Francesco Gungui, que ha invertido energías fuera de lo normal para trabajar de la mejor manera en esta saga conmigo, y que se ha convertido con el tiempo en un querido amigo y un confidente. Juntos hemos entendido que el entusiasmo es el motor de la creatividad. Y el bistec a la florentina en la sangre es el motor del entusiasmo.

La directora editorial de Mondadori Ragazzi, Fiammetta Giorgi, por haber compartido el nacimiento de este proyecto y haber creído en él en primera persona. Y siempre entre los muros del edificio de Segrate, agradezco a Marta Ordine, que sufre conmigo por los años difíciles de nuestro Milán, Elisa Fratton y Manuela Piemonte, por el precioso trabajo sobre el texto, y Nancy Sonsino, siempre en primera línea en cualquier rincón de Italia.

Pero una buena película no puede sostenerse sin una digna banda sonora, así como un buen libro necesita una cubierta que introduzca al lector en el corazón de la historia y lo haga soñar desde el primer momento. Y esto ha sido posible gracias al maravilloso trabajo de Roberto Oleotto, además de los diseñadores gráficos de Mondadori. Con este agradecimiento me hago portavoz de toneladas de correos electrónicos, mensajes privados y opiniones entusiastas de todos los lectores, editores extranjeros y amigos que han adorado la cubierta de la primera novela, y a los que, estoy seguro, les agradará la de Memoria.

Alberto Massari, por el asesoramiento en medicina y ciencia ficción, y por haberme concedido el honor de confiar a una histórica cita suya el futuro y la conclusión de esta saga. ¡Cada vez que hablo con él debería tener una libreta al alcance de la mano para apuntar nuevas sinopsis!

Un apretón de manos también para Maurizio Justice Poetry Valente, director de nada menos que dos cortometrajes inspirados en la saga, además de poeta refinado; mi «*beta-reader vitalicia*» Francesca Belussi; Amelia Logan Ryan, que administra el club de fans de Multiversum en Facebook, donde señoera Sergio Mac Raffaele con sus reelaboraciones gráficas; Liliana Russo de Radio Number One, una persona de rara amabilidad; Rosella Santoro, por su gran disponibilidad; Diego Dalla Palma, por sus preciosos consejos; Aldo Lonobile y los Secret Sphere, por haber compuesto una pieza inspirada en esta novela; Olaf Thorsen y los Vision Divine, por la agradabilísima colaboración en su último disco y por su amistad de largo recorrido; Giorgio Faletti, por un consejo que ha desencadenado un efecto mariposa vital para mí; mi madre, ¡porque madre hay una sola!

En las primeras líneas de esta novela habréis notado que la dedicatoria está dirigida a mi media naranja, Valeria. Pues en las últimas, quisiera agradecer a la criatura más encantadora del mundo, que acaba de apagar su primera velita. Tu sonrisa es nuestra vida. Te queremos con locura, Elena, en cualquier universo posible.



Leonardo Patrignani nació en Moncalieri (Torino) en 1980.

Ha sido cantante y compositor de una banda de heavy metal llamada *Beholder* (con el alias de Patrick Wire).

En 2005 Leonardo empezó los estudios de actor y actor de doblaje y ahora es un actor de doblaje profesional (ha participado en varios famosos videojuegos como *Call of duty* y *Assassin's creed 2*).

Desde 2009, Patrignani es también el comentarista italiano en directo para *EA Sports* en los eventos relativos a FIFA (la simulación de fútbol más famosa del mundo).

En 2011, Leonardo firmó con Mondadori, la editorial italiana más importante, después de proponer su saga *Multiversum*. El autor está representado por la agencia literaria Piergiorgio Nicolazzini. Y de momento los derechos han sido vendidos a nueve países, incluyendo el Reino Unido, Francia, Alemania, España y Australia.